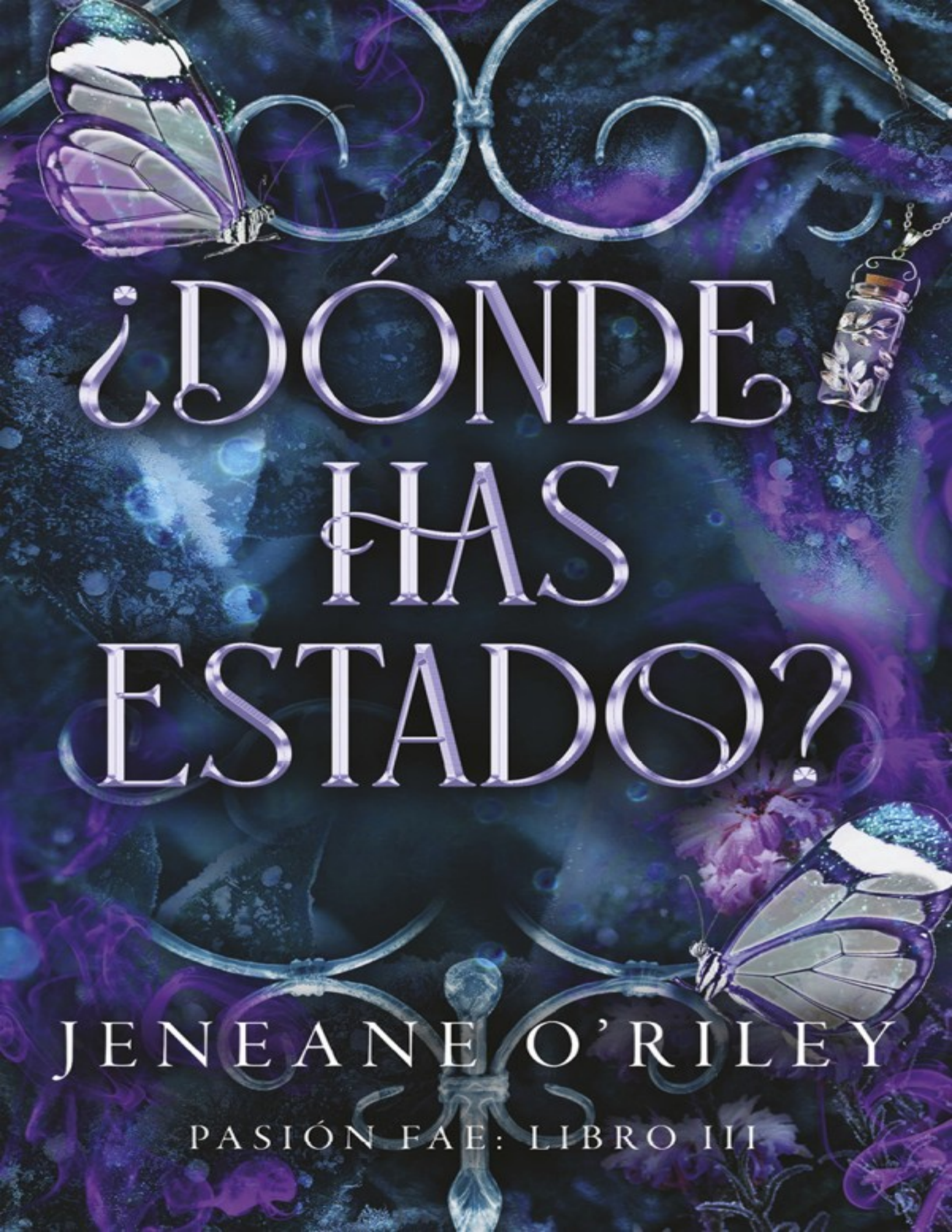

¿DÓNDE HAS ESTADO?
JENEANE O'RILEY
PASIÓN FAE: LIBRO III

JENEANE O'RILEY

¿DÓNDE HAS ESTADO?

Traducido del inglés por Ankara Cabeza Lázaro

FAERIS

Para ti.
Lo siento, tenía que pasar.

A mis lectores:

Gracias por retomar la aventura de Mendax, Eli y Caly conmigo. No he dejado de pensar ni por un momento en lo maravillosos que sois y en todo el apoyo que le habéis brindado a cada libro de esta saga. No hay nada más increíble que descubrir todo lo que una novela es capaz de aportarnos, como una nueva amistad, una fuente de inspiración o un poquitito de alegría. Vosotros me estáis dando todo eso mientras escribo esta historia, así que espero tener la oportunidad de devolveros el favor. No habría podido elegir unos mejores compañeros de viaje.

Con cariño,



NOTA DE LA AUTORA

Vaya, vaya, conque volvemos a vernos. *Gira la silla de escritorio con un chirrido*. Ha llegado el momento de avisarte de lo turbio que es este libro. Hay ciertas partes en esta historia que están plagadas de escenas calentorras, de violencia…, de violencia calentorra, de violencia cortarrollos, de reacciones horribles…, de reacciones calentorras…, bueno, creo que ya lo has pillado. Bromas aparte, aquí encontrarás descripciones gráficas y bastante retorcidas. Arañas que en realidad no son arañas, criaturas espeluznantes que me hicieron aparcar el ordenador durante un día o dos y un montón de cosas más que tal vez no te convenga leer. Si te surgen dudas, no sigas adelante. No vale la pena que pongas en riesgo tu salud mental por leer esta historia. Espero que este aviso eche para atrás a quienes no se sientan cómodos con los temas delicados que se suelen tratar en los libros de *dark romance* y que pique la curiosidad de quienes, como buenos degenerados, os emocionáis al leer este tipo de notas. No me digáis que no os he avisado.

Jeneane

LISTA DE REPRODUCCIÓN

The Dark of You — Breaking Benjamin
Rule the World — Vision Vision
Le Noir — Imminence
Falls of Glory — Three Days Grace
Rain — Sleep Token
By and Down the River — A Perfect Circle
Already Over — Red
Another Life — Motionless in White
Every Time You Leave — I Prevail
Sirens — Fleurie
Snakeskin — Madalen Duke
Soldiers — FJØRA & Neoni
Playground — Bea Miller
Vendetta — UNSECRET ft. Krigarè

(Capítulo 32)
Heroes Fall — Hidden Citizens ft. ESSA
Carry You — Ruelle ft. Fleurie
Hurts Like Hell — Tommee Profitt ft. Fleurie
Goodbye — Ramsey
One Last Breath — Tommee Profitt & Nicole Serrano

CAPÍTULO 1

Caly

—¡Dame esa bala de heno! —aullé.

La tierra arenosa se deslizó bajo mis zapatos. Estaba al límite. Con la nochecita que estaba pasando, tuve que echar mano de hasta la última gota de autocontrol que todavía me quedaba para no tirarme al suelo polvoriento de los establos como una niñata malcriada y ponerme a patalear.

—¡No pienso darte más heno! ¡Apenas hay suficiente para los caballos! ¡Vuelve dentro, pedazo de vidacorta! —replicó el mozo de cuadra de rostro enrojecido.

«Vidacorta» era lo que algunos fae llamaban a los humanos, y estaba lejos de ser un apelativo cariñoso.

—Ella me ha dicho que tú podrías ayudarme. —Me estremecí mientras pronunciaba esas palabras al clavarme las uñas en la palma de la mano—. Solo necesito un poco de heno para preparar uno o dos jergones.

—Te he oído a la primera y te repito que no te voy a dar nada. No tengo suficiente para las yeguas. Estoy seguro de que has visto a los tipos que hay ahí dentro. ¡La mitad son Caídos! Seré yo quien tenga que apechugar con las consecuencias si a sus caballos les falta heno.

Al fruncir el ceño, se le acentuaron los tres surcos que tenía entre los enormes ojos y la piel desgastada y correosa de su rostro hizo que la expresión casi resultara dolorosa.

Estuve a punto de plantarle cara, pero terminé pensándomelo mejor. Estaba dolorida y exhausta, y, por muy profunda que fuera mi

desesperación por conseguir un poco de heno, tampoco era tonta. El muy bruto era enorme, y a saber qué poderes tenía.

Dejando a un lado el riesgo de que se convirtiera sin previo aviso en un tigre o en cualquier otro animal y se me comiera viva, la noticia de que yo había matado a la reina luminosa no había tardado en correr como la pólvora, y el tipo bien podría ser un simpatizante de la reina Saracen. Nadie se ponía de acuerdo en los motivos que habían llevado a la asesina humana de la reina a volverse en su contra. Por si fuera poco, una vez que se supo que tanto el castillo luminoso como el oscuro habían quedado destruidos, por ambos reinos habían empezado a correr muchos más rumores. Y la situación tenía bastante sulfurados a algunos fae.

Corregí mi postura e hice todo cuanto estuvo en mi mano para obligarme a ofrecerle una mirada coqueta y una sonrisa encantadora antes de intentar camelármelo por última vez.

—Lo último que quiero es buscarte un problema o dejar a estos caballos sin comer. La cuestión es que no quedan habitaciones libres y…

—No —me interrumpió el hombre sin apartar la mirada de la manta con la que estaba cubriendo al caballo que tenía al lado.

Estaba claro que nada iba a interponerse entre aquel hombre y su heno. Cuando ya me marchaba, me aseguré de darle una patada a una de las balas sueltas que había junto a la entrada.

—Dale un buen mordisco —le pedí con un gruñido a la yegua zaína que había en la última cuadra.

Una ráfaga de viento frío me azotó la cara tan pronto como puse un pie fuera de los establos. Enseguida metí las manos en los bolsillos de mi enorme túnica en busca de algo de calor y de la seguridad de un arma y cerré los dedos en torno a mi karambit. Bueno, en realidad era solo la garra de dragón que recogí fuera de Malvar, pero era tan útil como un karambit y tenía la misma forma.

Las gotas de lluvia gélida me aporrearon la piel desnuda de la cabeza y los hombros con un golpeteo rítmico mientras permanecía

delante del modesto establo contemplando con mala cara la abarrotada posada.

—¡Ay! ¡Serás cabrona!

Una diminuta sonrisa se adueñó de mis labios en mi camino a la puerta de madera del establecimiento. Sin embargo, tan pronto como había aparecido, se desvaneció al bajar la mirada al suelo húmedo y nevado.

Otra ráfaga de viento sacudió el cartel de madera chirriante que colgaba de una barra de hierro forjado sobre la puerta y rezaba «LINDA LINDE».

Mis ojos cansados contaron por lo menos cien mariposas monarca y mariposas luna tiradas en el barro, muertas o moribundas. Una que apenas estaba viva intentó batir las alas rotas y mojadas. Notaba un nudo tenso y pesado en el pecho, algo que, según parecía, se estaba convirtiendo en una constante en lo que respectaba a mi corazón recién reconstituido.

Dejé a un lado esos sentimientos tan vulnerables y agarré el arma con firmeza. No podía permitirme sentir compasión por aquellas mariposas. Bastante tenía ya con arreglar las cosas con los dos polos opuestos que tenía por compañeros de viaje.

Hice de tripas corazón, pisé a los lepidópteros moribundos y abrí la puerta de la posada de un empellón.

—Se ha negado a darme un poco de heno —anuncié entre dientes.

—Bueno, pues me temo que vais a tener que arreglároslas con un solo jergón, ¿eh? En fin, los colchones de heno son incomodísimos. Las plumas son mucho mejores —dijo con voz rasposa la anciana consumida desde el otro lado del mostrador de madera.

Pasé el pulgar por la superficie negra de la garra de dragón que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué clase de posada es esta? —le espeté—. ¿Cómo es posible que no tengáis una cama o una silla de sobra? ¡Por el amor de todos los soles, nos valdría con una pila de almohadas!

Presioné el pie contra el desgastado suelo de madera para contener el impulso de dar un pisotón mientras el ruido de la abarrotada taberna me saturaba la cabeza, que estaba ya a punto de explotar.

—Somos la única posada ubicada entre los dos reinos, y de ahí nuestro nombre. Está escrito en el cartel, niña. —Negó con la cabeza y su trenza gris azotó el aire y cayó sobre su hombro—. Y, antes de que te las des de importante, vidacorta, te diré que aquí todos sabemos quién eres y con quién viajas, pero todo eso importa una mierda en el espacio intermedio. Tártaro bendito, seguro que ya ni siquiera importa tampoco en vuestros reinos. —La posadera resopló divertida—. No se puede mandar sobre un castillo que no existe, ¿eh? Por aquí las malas lenguas dicen que los fae caídos —bajó la voz en actitud cómplice y se inclinó sobre el mostrador— tienen intención de desterrar a todos los luminosos y oscuros al reino de los humanos para quedarse ellos con los territorios fae.

Se echó hacia atrás y arqueó las cejas a la espera de mi reacción.

—No deberías hacer caso a los rumores —repliqué con una mirada fulminante.

Me alejé de la hosca posadera y subí por la escalera que había a la vuelta de la esquina, agradecida por dejar atrás el estruendoso piso inferior lleno de olores fuertes y penetrantes y criaturas que jamás había visto antes. Los viejos escalones de madera crujieron bajo cada una de mis pisadas intencionadamente ruidosas. Albergaba la esperanza de que los chicos se comportaran si me oían llegar, aunque en el fondo sabía que no tendría tanta suerte.

Me detuve al llegar a lo alto de la escalera con un suspiro molesto y contemplé el pasillo que se extendía ante nuestra habitación. Mientras que al otro lado de nuestra puerta se oían golpes sordos y sacudidas, el resto de las habitaciones permanecían en completo silencio. O sus huéspedes estaban ya dormidos o se estaban emborrachando en la taberna.

Una sarta de gruñidos, palabrotas y ruiditos amortiguados llegaron hasta mis oídos cuando me detuve ante la puerta que nos

correspondía. No me extrañaba que la posadera no quisiera ayudarme.

—Voy a abrir —anuncié en voz alta.

Tras un revuelo, se hizo el silencio.

Las bisagras de la puerta chirriaron como si estuvieran expresando su alegría por verme de vuelta.

—¿Y bien? ¿Has conseguido que nos preparen otro jergón para don Humaredas? —preguntó el atractivo fae de cabello rubio.

Eli y Mendax se encontraban delante de la chisporroteante chimenea, despeinados, sin aliento y con una expresión culpable en el rostro. Los dos fae parecían fuera de lugar en la tosca habitación, y no solo porque el modesto espacio se les quedara pequeño. Los dos hombres destilaban un aura de poder desmedida todo el tiempo. No hacía falta saber nada de ellos ni conocer su título para adivinar que eran personas muy importantes y extremadamente poderosas. Si estar en presencia de un hombre capaz de cambiar de esa manera el ambiente de una habitación ya resultaba abrumador, compartir espacio con dos incapacitaba tanto la mente como los sentidos.

Otro suspiro escapó de entre mis labios cuando me las arreglé para abrirme camino entre ese par de dolores de muelas con músculos y espaldas anchas. Una vez junto a la chimenea, me quité las botas empapadas, las dejé junto al fuego y acerqué los pies al calor de las llamas para recuperar la sensibilidad en los dedos helados.

—No, no tenían más —respondí.

—Pues lo siento, Solete, pero me temo que te va a tocar dormir en el suelo —le dijo Mendax a Eli con tono burlón. Ni siquiera me hizo falta levantar la vista para comprobar que estaba sonriendo, porque era evidente en su voz—. No dejes que las sobras se aprovechen de ti mientras estás ahí abajo.

Se me pusieron los pelos de punta al oírlo mencionar a esos espeluznantes fantasmas que se negaban a regresar al infierno de los fae. Yo nunca había visto uno, pero me bastaba con haber oído historias sobre ellos para que me dieran un miedo terrible.

—Lo llevas claro si pretendes que duerma yo en el suelo —replicó Eli con una seca carcajada—. Aquí el único que encaja con las fantasmales migajas de una criatura escapada del Tártaro eres tú, oh, sombrío príncipe de la noche.

Los dos hombres siguieron discutiendo a mi espalda mientras me esforzaba por hacer oídos sordos y prepararme para meterme en la cama. Pero ignorar el estruendo de una batidora habría sido más fácil.

Llevábamos viajando lo que se me antojaba una auténtica eternidad, aunque sabía que no habían pasado más de un par de semanas. Habíamos montado nuestro campamento allí donde habíamos podido encender un fuego, pero el tiempo se había torcido tan pronto como habíamos cruzado la frontera del Reino Luminoso y nos habíamos adentrado en La Linde.

Desde el momento en que Mendax había terminado de asimilar la muerte de Walter a manos de la reina Saracen (o sea, la madre de Eli), se había pasado todo el tiempo en silencio o intentando hacerle daño a mi mejor amigo siempre que se le había presentado la oportunidad. Por suerte, como Eli y yo seguíamos compartiendo un lazo y Mendax sabía que matarlo también me mataría a mí, todavía no había atentado contra su vida.

La verdad es que morir casi habría supuesto un alivio en aquellos momentos.

Eli, como era de esperar, no estaba de mucho mejor humor que su némesis. Al fin y al cabo, acababa de descubrir que yo lo había tenido engañado durante veinte años mientras planeaba asesinar a su madre. Lo peor era que al final había logrado mi objetivo. Y la cosa no quedaba ahí. Su querida hermanita, la princesa Tarani, había resultado ser la líder de los Caídos. Su mejor amiga y supuesta prometida (o sea, una servidora) había establecido un vínculo con su mayor enemigo. Y los Hados nos habían convocado a Mendax, a él y a mí en el Moirai… con la promesa de matar a uno de nosotros para romper nuestras ataduras. Ah, y mi intención era matar al que fue el mejor amigo de su padre, Zef, también conocido como el Titán

artemi y mi querido papaíto. Eli tenía muchas cosas en la cabeza. Bueno, todos las teníamos.

Tenía un buen puñado de razones para matar a Zef, pero la principal era que había escogido a mi dulce y amable hermana para heredar sus poderes artemi antes de abandonar a toda su familia. Si se hubiera quedado con nosotras, nos habría protegido de la reina Saracen, mamá y Adrianna todavía seguirían conmigo y nada de esto habría pasado.

Encogí los dedos helados ante el fuego. En fin, que el viajecito ha sido un pelín incómodo hasta ahora.

Me alejé del hogar y me dispuse a acostarme. Si no me tumbaba ya en la cama, los chicos acabarían reduciéndola a cenizas mientras se peleaban por ver quién la compartía conmigo. El estrecho colchón se hundió bajo mi peso al subirme encima. Tiré de la áspera manta de lana para cubrirme hasta la barbilla y dejé que mis pesados párpados se cerraran.

Estaba agotada.

Jamás lo admitiría en voz alta, pero resultó que intentar seguirles el paso a los enormes fae era mucho más difícil de lo que pensaba. Sabía que los dos habrían aminorado el ritmo sin dudarlo de habérselo pedido. Santos soles, incluso me habrían llevado en brazos de habérselo permitido, pero habría preferido morir antes que ralentizar el viaje más de lo que ya lo estaba haciendo. Llevaba mucho tiempo esperando encontrar la oportunidad perfecta para acabar de una vez por todas con mi padre. Me moría de ganas por ver cómo la chispa de la vida se apagaba poco a poco en sus horribles ojos.

La cama volvió a hundirse y Mendax me rodeó la cintura con uno de sus brazos musculosos antes de atraerme contra su robusto, robustísimo, pecho. No me hacía falta abrir los ojos para saber que era él. Me bastaba con notar la firmeza con la que me agarraba el cuerpo y oler su fragancia a ámbar y especias mezclada con un ligero toque a humo. No habría podido combatir la forma en que mi cuerpo se sentía atraído hacia el suyo ni queriéndolo.

Era la primera vez que me tocaba desde que nos habíamos embarcado en aquel viaje.

Permanecí inmóvil mientras bebía de cada cumbre y cada valle del torso desnudo presionado contra mi costado. Su cuerpo desprendía tanto calor como un radiador, así que no pude reprimir el impulso de acurrucarme contra él con una sonrisa bobalicona.

—Mi chica, mi cama —ronroneó Mendax—. Duerme en el suelo, zorreras.

—Caly está agotada. Déjale la cama para ella sola, pedazo de memo. Lo mejor es que durmamos los dos en el suelo. Además, no es tu chica —dijo Eli con esa voz más aguda de lo normal que utilizaba para mantener la calma y no explotar.

Abrí los ojos y dejé escapar una risita molesta. Era una situación ridícula.

—¿Ves? Ni siquiera ella se toma en serio tus tonterías. Te puedo asegurar sin un ápice de duda que Caly es mi chica —dijo Mendax con voz ronca junto a mi oído.

Un brillo travieso surcó sus ojos azules cuando encontraron los míos, aunque su intención era lanzarle esa mirada a Eli.

El problema era que Eli no se iba a dejar amedrentar, así que se tumbó en el estrecho espacio libre que quedaba en la cama al otro lado de mi cuerpo. Llegados a ese punto, el colchón se había hundido tanto que estábamos casi en el suelo. Eli me cogió la mano izquierda y tiró de mí para que quedara presionada contra él.

Resoplé divertida, como habría hecho cualquier mujer en su sano juicio al verse convertida en el premio de un tira y afloja entre dos hombres de esos que quitan el hipo.

—Pero ¿qué…? —empezó Mendax.

Eli me acunó la cabeza y me ofreció uno de sus encantadores guiños juguetones.

—Si alguien va a compartir la cama con ella, ese será su futuro marido.

Me eché a reír como una colegiala. Estaba claro que la falta de sueño me estaba haciendo perder la cabeza.

La verdad era que agradecía hacer un poco el tonto con ellos después de todo lo que habíamos vivido. Pese a su seriedad, la situación había adoptado un cariz tan cómico (seguramente por mi bien), que me sentía como si estuviéramos jugando al pillapilla.

Eli nos cubrió con la manta y se cernió sobre mí con una sonrisa.

El aire se me quedó atragantado en la garganta. Santos soles, estrellas y cualquier otra bola de hidrógeno y helio que arda en el espacio, ¿qué narices estaba pasando entre nosotros?

Me acarició la mejilla suavemente con el pulgar justo antes de rozarme los labios con los suyos, como si me pidiera permiso para presionarse más contra mí. Me derretí entre sus brazos, incapaz de esconder lo mucho que me había sorprendido y excitado su beso. Pero ¿habían sido los labios de Eli los que habían desatado esa reacción en mí o era porque sabía que Mendax me iba a comer viva con tal de vengarse? Era absolutamente consciente de cuánto se estaba conteniendo para no matar a Eli en el acto.

Pero… ¿qué podía hacer en una situación así?

—A no ser que quieras terminar el viaje sin cabeza, te sugiero encarecidamente que le quites las manos de encima a Calypso, Aurelius —gruñó Mendax en voz tan queda que se me pusieron los pelos de punta.

En su tono ya no quedaba ni rastro de diversión.

—No pasa nada. Dormiré yo en el suelo. Dadme vuestras camisas para que me sirvan de mantas —intervine al notar una creciente tensión en el ambiente.

Mendax no era un hombre al que conviniera buscarle las cosquillas, así que me tumbé de costado dándole la espalda a Eli. Por alguna razón, me pareció la posición más segura.

—No —ladraron ambos al unísono encontrando la mirada del otro.

—Bájate al puto suelo, luminoso —dijo Mendax marcando cada palabra con cuidado.

—Has sonado como un hipopótamo —susurró Eli en un tono parecido al suyo, sin inmutarse ante su amenaza.

Yo ahogué una risita.

—¿Qué me has llamado? —A pesar de haber hablado en voz baja, su pregunta resonó por la pequeña estancia.

—Mira, Caly y yo ya hemos intentado encontrar algún otro jergón en el que dormir en el piso de abajo, pero no les quedan más camas disponibles. Yo incluso le he tirado los tejos a la anciana que está en el mostrador y no ha servido de nada.

Eli aprovechó que estaba haciéndome la cucharita para acurrucarse contra mi espalda.

Mendax parecía estar a punto de lanzar la cama entera por los aires.

—Esto se nos está yendo de las manos —dije.

Mendax se crujió los nudillos con tanta fuerza que bien podría haberse roto todos los huesos de la mano. Se movió para sentarse al borde de la cama y se me quedó mirando durante un buen rato antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta. Tanto Eli como yo rodamos hacia la derecha para ver qué estaba a punto de pasar. Eché un vistazo por encima del hombro de mi amigo, pues, con el cambio de posición, ahora era yo quien le hacía la cucharita.

—Dale las gracias —dijo Mendax apretando los dientes antes de mirar a Eli.

—¿Perdona? —preguntó él con una sonrisa traviesa.

—Que le des las gracias —insistió despacio—. Arrodíllate para rendirle pleitesía a Calypso por cada minuto y cada hora que continúas con vida, porque ella es lo único, y repito, lo único que está retrasando tu triste e ineludible final.

El Asesino de Humo de casi dos metros abrió la puerta de la habitación y se marchó dando un portazo a su espalda, así que Eli se volvió para mirarme con una sonrisa triunfal y se puso a besarme el cuello.

—Gracias. —Me dio otro beso en la piel sensible del cuello—. Gracias. —Y otro beso más, aunque, en aquella ocasión, llegó acompañado de la caricia de su lengua.

Eli y yo nunca habíamos compartido este nivel de intimidad, y no podía evitar pensar que si se estaba comportando de esa manera no

era porque me deseara de verdad, sino porque quería disfrutar de aquella victoria.

Notaba su sonrisa contra la clavícula desnuda.

Lo que estábamos haciendo no estaba bien. O sea, lo estaba disfrutando, joder que sí, pero no era justo. No quería hacerle aquello a ninguno de los dos. Ni siquiera debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Tenía que mantenerme imparcial, por muy imposible que me resultara en aquel momento. No quería hacerles más daño del que ya les había hecho… o estaba a punto de hacerles.

Uno de nosotros acabaría muriendo al final de aquel viaje, y aquella certeza había acabado empujándome a aprovechar hasta el último segundo que tuviera con los dos, sin importar lo incómodo que resultara.

—Espera. Creo que no deberíamos hacer eso —susurré en voz tan baja que ni siquiera sabía si me había oído… o si quería que me escuchara.

Haciendo honor a su intachable reputación, mi encantador amigo levantó la cabeza y se apartó de mí enseguida llevándose su calidez consigo. En aquel momento lo odié un poco por tener ese oído de zorro tan agudo.

Una sonrisa le curvó una de las comisuras de la boca.

—Lo siento —dijo antes de morderse el labio inferior—. Creo que me he dejado llevar un poc…

Se oyó un estruendo ensordecedor en el pasillo, como si la posada se hubiera derrumbado. Nos incorporamos de golpe y miramos hacia la puerta, pero Eli se levantó de la cama y adoptó una postura defensiva antes de que a mí me diera tiempo siquiera a parpadear. Las paredes de la posada volvieron a estremecerse y una lluvia de yeso y polvo cayó al suelo cuando la puerta se abrió tan bruscamente que a punto estuvo de desencajarse de sus bisagras oxidadas.

Mendax entró cargando con un colchón sucio.

Un coro de gritos y gruñidos se desató en el pasillo justo al mismo tiempo que el príncipe oscuro dejaba su trofeo en el suelo y se volvía hacia la puerta abierta.

Yo me agarré al borde de la cama y, desde detrás de él, me asomé para distinguir lo que parecía un grupo de elfos guerreros, aunque tampoco me daba la vista para confirmar a ciencia cierta lo que ocurría en el pasillo poco iluminado.

Mendax dio un paso hacia la puerta y volvió la cabeza durante un segundo para ofrecernos una expresión que nos empujó a Eli y a mí a intercambiar una mirada inquieta. Luego se giró de nuevo hacia el pasillo.

Le bastó con lanzarles la misma mirada que a nosotros a quienes habían ido tras él para que tomaran la acertada decisión de darse media vuelta.

El príncipe de humo y sombras centró toda su atención en nosotros y Eli se colocó delante de mí para interponerse entre Mendax y yo en actitud protectora.

—No te enfrentes a él, Eli. Piensa que seguimos compartiendo un lazo y que, si tú mueres, yo también —le recordé por millonésima vez.

—Créeme que no se me olvida —replicó Eli de mala gana.

Una peligrosa chispa descontrolada prendió la tensión que ya de por sí se mascaba en el ambiente.

—Tú. A la cama —rugió Mendax señalando el colchón lleno de bultos del suelo.

Su cuerpo había empezado a desprender una lenta y siniestra cascada de humo a modo de advertencia.

Me acerqué al borde de la cama y le pasé la mano a Eli por la espalda. Mi intención era tranquilizarlo y evitar una pelea, pero no me di cuenta de hasta qué punto había metido la pata con ese gesto hasta que Mendax se estremeció al verme tocarlo.

Eli apretó los puños cuando Mendax se colocó frente a frente ante él, aunque el oscuro terminó volviéndose para mirarme con cara de muy pocos amigos.

Debería haber dejado las manos quietecitas.

—Lo mejor será que os quedéis vosotros con la otra cama —propuse.

—Ni hablar —replicaron al unísono.

Mendax empujó a Eli hacia el colchón que ahora descansaba junto a la chimenea. Eli se lo quedó mirando durante un rato, sopesando qué hacer, antes de aceptar a regañadientes su nueva cama.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —me dijo con un falso tonillo alegre al coger una de las mantas del otro colchón.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —repetí ofreciéndole una débil sonrisa.

Aquellas palabras significaban «amor y amistad eternos» en una antigua lengua fae. Nos lo llevábamos diciendo desde que éramos niños.

Mendax gruñó algo desde el otro extremo de la cama antes de empezar a quitarse los pantalones.

El pulso se me aceleró vergonzosamente rápido. Rodé hasta el lado opuesto de la cama y me quedé mirando hacia la pared de color crema para darle al cabreado fae todo el espacio que necesitara e intentar con todas mis fuerzas no pensar en lo que escondía bajo los pantalones.

—¿Cómo has conseguido este colchón? —La voz inquisitiva de Eli llegó hasta mis oídos desde el suelo.

La cama volvió a hundirse y enseguida fui muy consciente de lo reducido que era el espacio que tendría que compartir con Mendax. Pude paladear la energía masculina y poderosa que irradiaba su cuerpo cuando se tumbó a mi lado.

Me rodeó la cintura con un brazo y tiró de mí sin miramientos para atraerme hacia sí a la vez que me daba la vuelta, de manera que mi rostro quedó prácticamente pegado al suyo en la misma almohada.

—Les he dicho que no aceptaría un no por respuesta —le respondió Mendax a Eli sin perder contacto visual conmigo.

En las profundidades de sus ojos se apreciaba cierta dulzura pese a que tenía los dientes firmemente apretados y me estaba sujetando sin la más mínima delicadeza.

—Qué típico —concluyó Eli—. Caly, avísame en cuanto haga algo que te incomode.

Mendax se rio entre dientes.

—Vale, pero, por el amor del sol, vamos a dormir de una vez. Dijiste que nos daría tiempo a llegar al lago Sheridon mañana, así que buenas noches —refunfuñé.

Mendax me estrechó contra su cuerpo y yo caí rendida como si me hubiera tomado un somnífero gracias a la tranquilidad que me infundía su protectora presencia.

A la mañana siguiente me esperaba uno de los días más difíciles de mi triste existencia.

CAPÍTULO 2

Mendax

Los rayos anaranjados del sol incidían sobre el rostro del fae lleno de vida. Mi humo se abrió camino entre sus labios. Cada vez que abría la boca para tomar aire, mis largos apéndices de humo le constreñían la garganta. Podría haberle puesto fin a todo aquello en ese mismo instante. Podría haberlo asfixiado allí mismo. Me costaba creer que no lo hubiera hecho ya. Tenía una buena relación con Kaohs, el dios del inframundo, así que podría pedirle que me devolviera a Caly si mataba a Aurelius y ella moría por culpa del lazo. Un escalofrío me sacudió de pies a cabeza al pensar en su muerte.

Un coro de toses y jadeos resonó por la habitación y caí en la cuenta de que el chico de oro se había tragado un buen puñado de humo mientras yo estaba distraído. Lo retiré rápidamente y cerré los ojos.

Caly se despertó al oírlo atragantarse.

—¡Eli! ¿Te encuentras bien?

Intentó incorporarse y acudir en su ayuda, pero yo mantuve los brazos firmemente ceñidos en torno a su cintura. Me negaba a permitir que me dejara por él.

Aurelius, que todavía tosía atragantado, no fue capaz de contestar.

Caly trató de apartarme de un empujón, así que fingí despertar de mi sopor y cernirme sobre ella estando todavía medio dormido. Asegurándome de que notara cuánto ansiaba mi cuerpo su contacto,

bajé las caderas un poco, lo justo para frotar mi erección entre sus piernas. Me daba la sensación de que moriría aguantando las ganas de enterrarme en su interior mucho antes de que los Hados llegaran siquiera a tomar una decisión.

Respiró hondo antes de rodearme el cuello con ambos brazos y susurrarme al oído:

—Sé lo que has hecho. Te he estado observando mientras tú lo observabas a él.

Me aparté un poco de ella para verla esbozar una sonrisa astuta.

Joder, era retorcidamente perfecta.

Rodé hasta tumbarme sobre la espalda y dejé que mi diosa me dejara a un lado para ayudar al cachorrito indefenso que se asfixiaba en el suelo.

Odiaba a ese fae más que a nada en aquel mundo agotador. Por culpa de su madre y él, yo ya no tenía un castillo al que regresar. Además, les habían arrebatado la vida a mi madre y a mi hermano.

La rabia me inundó las venas al pesar en el momento en que la reina luminosa había enterrado su arma en lo alto de la cabeza de Walter para enviarlo a descansar eternamente al Tártaro.

Encontraría la manera de matar a Aurelius. Acabaría con él de la forma más dolorosa posible. Ya me importaba una mierda que Caly se enfadara conmigo por ello. Un sentimiento desconocido me embargaba cuando la veía cuidar de él. Quería arrancarle la cabeza a cualquier hombre que se cruzara en mi camino, pero eso no era lo que me resultaba extraño. Me daba miedo perderla, y eso me estremecía el alma.

Me vestí sin quitarles el ojo de encima.

Todo acabaría ese mismo día.

El padre de Caly y los Hados nos habían convocado a los tres en el Moirai para juzgarnos por saltarnos sus leyes, pues compartir un vínculo y un lazo a la vez era algo que estaba estrictamente prohibido. Sin embargo, el problema no era la legalidad de la situación (eso a mí me traía sin cuidado), sino que el lazo de Aurelius y el vínculo que tenía conmigo estaban matando a Caly lentamente. En

cualquier caso, no creía que ella fuera consciente de lo que estaba pasando, pues había estado insuflándole mi poder a través del vínculo para evitar que su salud se resintiera, y sospechaba que Aurelius había estado haciendo lo mismo. Si no rompíamos el lazo o el vínculo ese mismo día, nuestra conexión mataría a uno de los tres antes siquiera de que los Hados tuvieran la oportunidad de hacerlo. Además, ya fuera por cederle hasta mi último aliento a Caly o por suicidarme con mi propia espada empujado por la frustración, yo tampoco aguantaría mucho más como no zanjáramos el asunto de inmediato. La mera idea de dejarla con el chico de oro bastaba para fulminarme en el acto, pero no podía permitir que Aurelius consumiera todo su poder para salvarla, porque solo conseguiría matar a Caly también. Esa era la maldición que acompañaba al lazo y el motivo por el que tenía que asegurarme en todo momento de cederle una mayor parte de mi energía que él. Como nuestro vínculo no ponía a Caly en peligro, en caso de que yo muriera, ella siempre podría seguir adelante con su vida hasta que volviéramos a encontrarnos en el Tártaro.

Nunca me había planteado hacer un sacrificio así por nadie, pero por ella lo haría sin pensármelo dos veces en caso de que fuera necesario.

—Es hora de partir. Nos vemos fuera en cinco minutos. Calypso, quédate con Aurelius hasta que lleguemos al lago Sheridon. Hace un día de perros y mi temperatura corporal es mucho más baja que la suya —dije lanzándole una mirada gélida al otro fae antes de salir por la puerta.

Al ser un Maestro del Sol, Aurelius irradiaba mucho más calor que cualquier otro fae, sobre todo si se le comparaba con un príncipe de las sombras y la oscuridad como yo. Lo importante era que Caly no se congelara. Además, me convenía poner distancia con él para evitar perder el control y acabar matándolos sin querer a los dos.

De camino a la salida, hice una parada en la taberna para comprobar si algún oscuro había encontrado la manera de entrar en Linda Linde.

—Un chupito de néctar de huesos —le pedí al orco que había detrás de la barra.

—Yo no tomaría algo así ni aunque fuera mi último día con vida, amigo —comentó un pequeño fae a mi derecha.

Me bebí el líquido blanquecino de un trago y le devolví el vaso al tabernero.

—La cuestión es que todo apunta a que hoy será mi último día —respondí.

CAPÍTULO 3

Eli

El alarido menos masculino de la historia escapó de mis labios cuando Cal me puso las manos heladas en el cuello, pero me apresuré a disimularlo con una tos tan pronto como Mendax volvió su melancólica cabeza para fulminarme con la mirada.

—¡Tienes las manos congeladas! —le dije a Cal con una risotada.

Ella seguía riéndose del agudísimo sonido que se me había escapado un momento antes.

Me detuve en medio del territorio desnudo y cubierto de nieve y me metí sus diminutas manos en la zona más caliente y de fácil acceso de mi cuerpo: mis axilas. Ella se rio con más ganas todavía mientras se quejaba a voz en grito de que después le iban a apestar las manos.

—Aquí hace calorcito, y como no tengas cuidado, se te van a convertir las manos en dos bloques de hielo dentro de nada.

Pegué los brazos a los costados para inmovilizarla y, una vez más, me maravilló lo preciosa que era de cerca. Cuando estudiaba su rostro en forma de corazón, me veía transportado al pasado, a un tiempo mejor, cuando mi mayor preocupación era encontrar el momento de viajar al reino humano para ver aquel rayo de sol contenido en un cuerpo humano.

Por lo menos, yo siempre había pensado que aquellos fueron buenos tiempos. Igual que había creído que Cal era todo luz y amabilidad. Se me borró la sonrisa y me puse tenso. Mi amiga me

había contado muchas mentiras durante aquellos tiempos tan «buenos».

Aunque no estaba de acuerdo con las cosas que mi madre le había hecho (y mucho menos con que hubiera matado a su madre y a su hermana), todavía me costaba asimilar las intrigas que Cal había llevado a cabo para acabar tanto con la vida de mi madre como con todo aquello que le había importado. Al final, la mujer a la que había matado no dejaba de ser la misma que me había traído al mundo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Nada —le dije con una mueca—. Deberíamos seguir. Mendax ya se ha adelantado mucho.

Le ofrecí una sonrisa bastante convincente, pero ambos sabíamos muy bien qué me estaba molestando. Tener una amiga como Cal era lo mejor y lo peor que me podría haber pasado en la vida. Nos conocíamos tan bien que nos entendíamos mejor que nosotros mismos, así que nos bastaba con echarnos un rápido vistazo para hacernos una idea de lo que pasaba por la cabeza del otro.

Pero, por mucho que fuera mi mejor amiga, había matado a mi madre. Incluso había utilizado mi propia espada para hacerlo, aprovechando que yo la tenía inmovilizada para evitar que le hiciera daño a ella.

Acabaría superando lo ocurrido. Entendía perfectamente por qué lo había hecho y era muy consciente de las cosas terribles por las que mi madre le había hecho pasar. Una pequeña parte de mí incluso se sentía orgullosa de Cal. Enfrentarte a tus enemigos no siempre es una tarea tan sencilla como parece a simple vista. De hecho, suele ser más difícil que sufrir en sus manos.

Clavé la mirada en la mata de pelo negro y grasiento del fae que caminaba delante de mí.

Cal era mucho más fuerte de lo que yo siempre había pensado. Me dolía que no hubiera confiado en mí, que no me hubiera permitido descubrir esa parte de ella, plagada de sufrimiento y mentiras. Lo que sentía por Cal no habría cambiado, o al menos eso

era lo que creía. No podía evitar pensar que las cosas habrían sido muy distintas si me hubiera permitido ayudarla. Tal vez podría haberla apoyado mientras lidiaba con su sufrimiento o haberle salvado la vida a mi madre. De todos modos, conociendo a Cal, entendía por qué había preferido mantenerme al margen. Por muy duro que sonara, necesitaba una vía de escape, y yo creía (o al menos esperaba) habérsela dado. Quería pensar que la había ayudado a olvidarse de la rabia, la sed de venganza y la oscuridad que la consumían, aunque fuera solo a ratos. Cal siempre había sido la luz más brillante de mi vida, y me reconfortaba pensar que, hasta cierto punto, el sentimiento era mutuo.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó Cal al sentirlo.

La aparté de mí y enseguida me arrepentí de haberlo hecho.

—¿Yo? Pues claro. Es que se me acaba de ocurrir que debería ir a hablar con nuestro guía para ver por qué no dejamos de caminar en círculos —respondí asegurándome de que Mendax me oyera—. Toma, ponte esto.

Me quité ambas piezas de la coraza y me las sujeté al cinturón, junto al resto de mi armadura. El viento helado me golpeó la espalda al quitarme las dos camisas que llevaba y sacudí la cabeza cuando la tela se me enredó en las orejas puntiagudas. Seguro que, con esas orejitas tan monas, aquello no les pasaba nunca a los humanos.

—¡No puedes ir por ahí a pecho descubierto con el frío que hace! —exclamó ella.

—No me importa, de verdad. Piensa que, con el rollo de tener luz solar corriéndome por las venas y todo eso, soy como un auténtico horno —la tranquilicé mientras le guiñaba un ojo y apretaba los dientes para evitar estremecerme.

No sabía si disponía aún del poder suficiente como para subirme la temperatura corporal tanto como necesitaría. El lazo que compartía con Cal había estado consumiendo más energía de la que pensaba. Técnicamente, Cal solo tenía una ínfima parte del poder artemi de su hermana en las venas y, aunque le permitía ejercer una

influencia considerable sobre los animales, no bastaba para alargarle la vida o concederle la inmortalidad. Lo sabía porque estaba destinando una cantidad absurda de mi propio poder a asegurarme de que su salud permanecía mínimamente estable. El lazo y el vínculo la estaban matando y, paradójicamente, también eran lo único que la mantenía con vida.

El azote de la ventisca amainó un poco, de manera que el agresivo remolino de copos de nieve dio paso a un espeluznante manto blanco de quietud. El repentino cambio hizo saltar todas mis alarmas, y la tensión que agarrotaba tanto a Cal como a don Humaredas me dejó muy claro que los tres nos encontrábamos en la misma situación. Todos habíamos notado la inconfundible huella del peligro en el aire.

La Linde, ese espacio inhóspito que según se decía albergaba toda la magia que los demás reinos rechazaban, ponía los pelos de punta. Era casi imposible salir del Bosque Infinito. A ningún fae con dos dedos de frente se le pasaría por la cabeza adentrarse tanto en la espesura. Hasta aquel momento, yo había sido uno de esos fae sensatos. Lo que uno estaba dispuesto a hacer por sus amigos y seres queridos era digno de estudio.

Aquella sencilla reflexión me obligó a detenerme por un momento. Cal lo era todo para mí, pero los límites que separaban nuestra amistad de algo más se habían desdibujado casi por completo. La verdad era que yo todavía no sabía cómo catalogar la relación que compartíamos, y menos con todo lo que había descubierto sobre ella. Pero, como si deambulara por el Bosque Infinito, yo ya no sabía desandar el camino. Por suerte, cuando encontráramos la entrada al Moirai en el lago Sheridon, ya no nos haría falta volver por donde habíamos venido. Al menos, esa era mi esperanza.

Pensé en la chispa de gratitud que había brotado en mi pecho cuando Cal había comentado que iríamos al lago, y Mendax había mantenido cerrado ese pico suyo tan obscenamente afilado. No me había parecido propio de él dejar pasar la oportunidad de asustarla,

pero, contra todo pronóstico, su reacción había conseguido hacerme ver al oscuro con otros ojos. Seguía siendo un monstruo horrible y malvado que merecía morir, pero Cal parecía importarle de verdad.

En el bosque el silencio era atronador. No era uno de esos silencios que ayudan a calmar los nervios, sino de los que destilan una tensión tan densa por lo que estuviera a punto de pasar que se podía cortar con un cuchillo. Era de esos silencios que se imponían cuando no quedaba nada con vida. El eco de la nieve al crujir bajo nuestros pies reverberaba como un mal presagio entre los pinos nevados.

No sabía qué había empujado a los Hados a hacernos cruzar el Bosque Infinito, pero imaginaba que no sería nada bueno.

Levanté la cabeza al oír un ruido en la distancia.

—¿Qué pasa? —preguntó Cal con nerviosismo.

—¿Eh? —respondí como un idiota al intentar disimular la brusca bocanada de aire que acababa de tomar y ganar tiempo para inventar una respuesta con la que no asustarla.

Gracias a mi habilidad de transformarme en zorro, tenía un oído mucho más agudo que cualquiera de mis dos acompañantes, así que no solo había oído la pregunta de Cal alto y claro, sino también el sonido de una criatura de gran tamaño aproximándose a nosotros.

Mendax, que seguía defendiendo su autoproclamada posición como líder, no miró atrás ni por un momento. Mientras tanto, yo agucé el oído tanto como pude para tratar de averiguar qué era lo que venía en nuestra dirección. Mierda. La cosa pintaba mal.

Me detuve y agarré a Cal del brazo sin pensármelo dos veces. Sus ojos abiertos de par en par y llenos de preocupación encontraron los míos.

—Tengo que hacer pis —solté.

—Vale… —dijo ella despacio.

—¿Qué te pasa, Ricitos de Oro? ¿Por fin has decidido rendirte y dejarte morir? Has aguantado más de lo que esperaba —refunfuñó Mendax desde delante.

Cabrón de mandíbula cincelada.

—Deja de decir tonterías y ve a hacer pis. Ya nos alcanzarás en cuanto termines —dijo Cal, que apretó el paso para ponerse a la altura de Mendax.

—¡No! Quiero que me mires.

Pero ¿qué cojones acabo de decir? Genial. Así seguro que iba a conseguir meterme a Cal en el bolsillo.

—¿Qué? Puaj.

Al ver su mueca de asco, me dieron ganas de hacerme una bolita y dejar que me tragara la tierra.

Joder. Por eso se me daba de pena manipular a los demás.

—Solo tengo que echar una meadita. ¡Cal me la sujetará para que no se me caiga con el frío! —le grité a Mendax.

—Me temo que tendrás que arreglártelas solo con tu picha diminuta, aunque lo lamentaré por ti si la pierdes entre la nieve —replicó él mirando a Cal—. Calypso, cachorrito mío, deja a ese pedazo de pervertido a solas con su polla de quita y pon y ven aquí conmigo.

Agarré a Cal con más fuerza del brazo y ella escudriñó mi mirada con atención mientras reía.

—Métete detrás de un árbol como habéis estado haciendo todo el camino. Tienes uno ahí mismo. ¿Qué mosca te ha picado? —preguntó confundida.

—Mendax…, Mendax dijo cosas muy raras acerca de mi miembro la última vez que nos metimos detrás de un árbol —aseguré bajando la voz.

Toma polla de quita y pon, mascasombras de pelo negro.

Cal ahogó una carcajada.

—¿Qué? ¡Pero qué mentiroso eres! —Sin embargo, la jugada me salió bien, porque Cal se volvió hacia el molesto oscuro y gritó—: ¡Tú sigue adelante! ¡Te alcanzaremos enseguida!

La conduje hasta un pino alto y viejo.

—Es la verdad —susurré, decidido a hacer que se tragara mi mentira. Me asomé por detrás del árbol para asegurarme de que Mendax había seguido caminando—. Cada vez que vamos a mear,

me la mira con una cara rarísima y me dice que le recuerda a un pienumbra.

A duras penas conseguí mantener una expresión seria.

—¿Qué narices es un pienumbra? —preguntó ella arrugando la nariz.

—Son una especie de ogros que tienen una única pierna muy larga terminada en un pie gigante. Son muy rápidos y se tumban sobre la espalda con el pie en alto para proyectar una sombra tanto sobre sí mismos como sobre su entorno.

Tras localizar un pino más grande, agarré a Cal de la mano y la conduje rápidamente hasta él. Esa criatura tan grande cada vez estaba más cerca.

—¿De verdad quieres que me crea que Mendax te miró la polla y te dijo que parecía un pie gigante? —preguntó con incredulidad.

Se me escapó una risotada y tuve que fingir haberme atragantado en un intento por disimular con una tos las grietas que empezaban a abrirse en mi fachada.

—Creo que lo dijo más por la pierna que por el pie, pero, sí, te juro que fue rarísimo. La última vez, uff…, eh, no, estoy bien. Perdona, me he tragado un bicho. La última vez me dijo que tenía cierta fijación con los pies de ogro. Que se la ponían dura y todo eso. Dijo que no podía evitarlo. —Me encogí de hombros.

Iba a ir derechito al Tártaro después de aquello.

—Eres un puto cuentista —replicó ella con una carcajada, aunque era evidente que al menos había conseguido despertar su curiosidad.

Levanté las manos en actitud inocente.

—¿No te diste cuenta de cómo reaccionó al pasar al lado de aquella ogra en la taberna? Casi tuvo que buscarse una almohada para disimular lo palote que se puso. Espero que escondas unos buenos quesos dentro de esas botas si quieres satisfacer aquí a nuestro amigo don Humaredas —le dije señalándole los pies con la cabeza.

—Para ya. Menuda sarta de mentiras. ¡Date prisa y mea de una vez! Seguro que Mendax ya habrá llegado al lago —rio.

Un horrible berrido reverberó por todo el bosque, lo bastante cerca como para borrarme de golpe la sonrisa de la cara.

—Súbete al árbol ahora mismo, por favor —le pedí, mientras la obligaba a volverse hacia el enorme tronco del pino—. Sé que eres perfectamente capaz de trepar, pero ¿necesitas un empujón?

Me coloqué detrás de su diminuta figura humana y le apoyé ambas manos en la cintura, listo para levantarla. La situación era muy distinta a cuando éramos niños. Ahora tenía la sensación de estar rompiendo algún tipo de norma no escrita al tocarla.

—¿Qué está pasando, Eli? —preguntó con un nuevo matiz de preocupación en la voz.

La bestia que nos perseguía profirió otro alarido estridente y, en aquella ocasión, supe que Cal también lo había oído por la tensión que le agarrotó el cuerpo.

—¡Mendax! —exclamó sin pensárselo dos veces.

Yo me la quedé mirando mientras un vacío se abría en mi estómago. Si no hubiera estado intentando conseguir que la guadaña se zampara a ese desgraciado, la preocupación que destilaba su voz habría bastado para hacerme sentir culpable por no ayudarlo. ¿Por qué se preocupaba tanto por él?

—Estará bien. —Mentira—. Súbete al árbol, Cal, por favor —le pedí mientras la arrinconaba contra el tronco. Su espalda chocó con mi pecho cuando intentó darse la vuelta.

La guadaña volvió a aullar y me puso los pelos de los brazos desnudos de punta.

No iba a permitir bajo ningún concepto que Cal muriera por culpa de ese mierdecilla oscuro. Después de aquello, el vínculo entre Mendax y Cal se rompería y nosotros podríamos escapar del espacio intermedio sin tener que ver a los Hados o a su padre.

Además, yo no acabaría con las manos manchadas con la sangre del hombre al que Cal amaba de verdad.

—¿Qué es eso? —preguntó sin dejar de intentar darse la vuelta y mirarme pese a estar atrapada entre el árbol y mi cuerpo.

—¡Hazme caso de una puta vez, Calypso! Súbete al árbol, te lo pido por favor. Trepa hasta la rama más alta y verás lo horrible que es la criatura que emite ese sonido.

Estaba empezando a entrar en pánico. Como intentara ir a buscar a Mendax, la guadaña la atraparía antes de que ella llegara hasta él y moriría por mi culpa.

—¡Por favor, sube! —le grité con toda la delicadeza del mundo.

Estuve a punto de arrancarme el labio de un mordisco al verla cruzarse de brazos como una niña insolente. La parte inferior de sus costillas se presionó contra mis dedos cuando la agarré con firmeza de la cintura. Levanté a la muy cabezota como si no pesara nada y me detuve para susurrarle con los labios pegados a la oreja.

—Como no subas ahí y te pongas a salvo en los próximos tres segundos, pienso cogerte del pescuezo y dejarte en la rama más cercana yo mismo. Así que mueve el puto culo. —Me estaba costando un triunfo contener el impulso de lanzarla árbol arriba en un arrebato de pánico. Cuando se presionó contra mi cuerpo como si le hubieran flaqueado las piernas, la miré con expresión desencajada—. Soles santos, eres una puñetera pervertida. ¿Te ha gustado que te hable así? ¿Que te amenace? De todas las cosas que podrían ponerte cachonda…

—¿Qué dices? ¡No! —replicó.

—Te has puesto cachonda. Te he olido. Por el amor del fuego solar, Calypso. Te he dado mi camisa, he dormido en un colchón asqueroso tirado en el suelo por ti, pero ¿la primera, y espero que la única, vez que te amenazo tú vas y reaccionas así? Estás mal de la cabeza. Sube.

La empujé hasta una rama en forma de uve y seguí utilizando mi tren superior para impulsarme y servirle de escudo.

—No me has puesto cachonda. Además, ¿qué es eso de que me has olido? ¿Quién es el verdadero pervertido aquí? —refunfuñó

mientras trepábamos por el árbol, que resultaba ser absurdamente alto.

Me mantuve cerca de ella por si decidía cambiar de idea y echar a correr hacia Mendax.

—Claro, sí, soy un pervertido por transformarme en un zorro y tener el olfato tan desarrollado que te huelo al ponerte cachonda. Ya veo lo bien informada que estás acerca del apareamiento en el mundo animal, doña bióloga. ¡Pues claro que puedo oler tu excitación! —Puse los ojos en blanco con teatralidad—. Pero igual que puedo oler tu miedo, tu rabia y…, a veces, incluso tu tristeza.

Cal se volvió a mirarme con los ojos como platos. Su expresión casi estuvo a punto de hacerme olvidar que nos estábamos escondiendo de una guadaña.

—¿En serio?

—Apóyate en esa rama de ahí. Rodéala con las piernas. Y sí, ojalá pudieras olerte cuando estás cerca de Mendax.

Me mordí la lengua, arrepentido de haber verbalizado eso. Ella me miró avergonzada, pero siguió trepando hasta alcanzar la rama más alta y mejor escondida.

—Ay, soles santos, Eli —dijo con la vista clavada en el área donde la guadaña estaba a punto de hacer acto de presencia.

Contempló con la boca abierta el paisaje nevado bajo el pino en el que nos habíamos escondido. Pasé una pierna por encima de una rama ancha y me acomodé en el espacio que quedaba libre ante Cal. Si la cosa se torcía y la bestia venía a por nosotros, iba a tener que vérselas conmigo para llegar hasta ella. De no haberse quedado tan conmocionada al ver al monstruo de hielo, lo más seguro era que Cal me hubiera echado la bronca por sentarme delante de ella. Tuve que tomar una bocanada bien honda de aire antes de obligarme a comprobar si la bestia nos había visto, pero sabía que era lo mejor.

Cal presionó su pecho contra mi espalda para echar un vistazo por encima de mi hombro.

—Lo has hecho a propósito —me increpó—. Sabías que venía hacia aquí.

—Sí —admití. Tal vez me hubiera convertido en un pícaro con tendencia a jugar sucio, pero me negaba a ser un mentiroso—. Lo siento. Si te sirve de consuelo, lo más seguro es que Mendax no sienta ningún dolor. Tendrá una muerte rápida.

Cal me miró de tal manera que me hizo replantearme todo cuanto había tenido por seguro hasta el momento. Luego abrió y cerró los ojos un par de veces intentando contener la humedad que se le acumulaba tras los párpados. Si no me hubiera importado tanto, me habría retirado de la competición en ese mismo momento. El problema era que me importaba muchísimo más de lo que debería. Bastante había tenido que sufrir ya. Habría hecho lo que fuera por evitar que Mendax le arruinara la vida más de lo que ya se la había arruinado mi madre. De hecho, había acabado con él por culpa de mi madre. Pero Cal no lo conocía tan bien como yo. Mendax no estaba enamorado de ella, sino encaprichado. Y yo no iba a dejar que le hiciera daño. Vamos, por encima de mi cadáver.

—¿Qué es esa cosa? ¡Tienes que ir a ayudarlo!

Me dio un empujón tan fuerte en el hombro que tuve que agarrarme a la rama sobre la que estaba para no caerme del árbol.

—Lo siento, Calypso —le dije negando con la cabeza—. De verdad que lo siento, pero no voy a ayudarlo. Merece morir. Sé que ahora mismo no me vas a creer, pero entre los cientos de razones por los que debería morir, está el hecho de que es incapaz de quererte como te mereces. Es un monstruo. —Notaba cierta tensión e incomodidad en la mandíbula y una pesadez en el estómago, como si me hubiera tragado un puñado de piedras. No había escogido el camino más honrado para destruir a mi enemigo—. Y ahora otro monstruo acabará con él. —Clavé la mirada en el fae vestido de negro, que destacaba en el paisaje nevado como un blanco fácil, y puse los ojos en blanco cuando el capullo arrogante siguió andando como si nada—. Eso que has visto es una guadaña.

La nieve cayó de las copas de los árboles cuando la criatura de La Linde, similar a una araña, profirió otro alarido aterrador. Yo nunca había visto una en persona. Solo había oído hablar de su habilidad

para mutilar a sus víctimas, y si sabía qué aspecto tenían era gracias a las muchas pinturas repartidas por el castillo en las que aparecían representadas. Al natural, eran mucho más horribles de lo que había imaginado. Y más si me paraba a pensar que mi cuerpo débil era lo único que la separaba de mi mejor amiga.

Los cinco ojos de la criatura se posaron en Mendax.

Ya no le quedaban más que unos pocos segundos de vida.

¿Por qué me sentía culpable? Merecía morir. Había sido más listo que él, sin trampa ni cartón. No tenía motivo alguno para sentirme mal. Ninguno. Además, sabía a ciencia cierta que él no habría sentido lástima por mí si nuestros papeles se hubieran intercambiado.

Estiré la espalda y vi la ropa negra de Mendax reflejada en las larguísimas púas que cubrían el lomo arqueado de la guadaña como si fueran espejos diminutos. La piel entre blanca y rosada y casi translúcida de la bestia se resquebrajó como el hielo cuando se levantó sobre las dos patas traseras y mostró las seis restantes, tan afiladas como espadas. Parecían estar hechas de hielo, igual que las púas que le cubrían el cuello y el lomo.

—Ay, soles, ¿eso es…?

La pregunta de Cal se perdió en el aire mientras contemplábamos el vientre translúcido de la criatura, que albergaba a un hombre de un tamaño bastante considerable. Lo que parecía ser un rostro cubierto de barba oscura estaba presionado contra el vientre de la guadaña. Desde donde nos encontrábamos era imposible saber si estaba vivo o muerto. Tan despreocupado como siempre, el capullo de Mendax mantuvo una postura segura e impertérrita mientras extendía la mano derecha y conjuraba su famoso humo negro.

El estómago se me contrajo y me dio un vuelco. Estaba claro que nunca había oído hablar de las guadañas, y eso significaba que la lucha no sería justa. Odiaba notar cómo los remordimientos me reconcomían por dentro.

Con un estruendo absurdamente agudo, la criatura volvió a dejar caer el cuerpo al suelo del bosque, directamente sobre el príncipe

oscuro.

—¡Mendax, no! —El grito de Cal dejó a la altura del betún al de cualquier banshee que hubiera oído antes.

Cinco ojos lechosos se posaron en el árbol al que nos habíamos encaramado. No tardó más de una fracción de segundo en volver a centrarse en devorar a mi competencia, pero fue suficiente. La guadaña nos había localizado y, en cuanto acabara con Mendax, vendría a por nosotros.

Otro terrible alarido escapó de las mandíbulas blancas de la criatura, tan agudo y estremecedor que me hizo daño en los oídos. Entonces se retiró y Mendax se liberó de ella con un empujón demasiado despreocupado dadas las circunstancias. Justo al mismo tiempo, la guadaña le atravesó el pecho con un carámbano del tamaño de un brazo. ¿Por qué no se estaba esforzando más? ¡No le estaba poniendo ni la mitad del empeño que había puesto en disputarme la cama en la posada!

—¡No puedo quedarme aquí de brazos cruzados! —exclamó Cal, y una vez más los remordimientos regresaron como si hubiera recibido una patada en el estómago.

—Cierra los ojos. No tienes por qué verlo morir. Estoy seguro de que el recuerdo que te va a quedar de él va a ser mucho mejor del que se merece —le dije extendiendo una mano hacia atrás y dándole un apretón en el muslo.

—¡Pero tenemos que ayudarlo! —gritó, aunque se apresuró a cubrirse los ojos.

Me estremecí. Odiaba cómo me estaba comportando, porque yo no era así. El estómago me dio otro pesado vuelco. Estaba haciendo aquello por ella, y no iba a echarme atrás. Si algo me había enseñado Cal era que ser siempre el chico bueno no me estaba funcionando. Carraspeé, decidido a tranquilizarnos a los dos.

—Está luchando como un verdadero guerrero.

En realidad, estaba adornando un poco la situación. Mendax estaba en el suelo, inmovilizado por la daga de hielo de casi un metro que sobresalía de su pecho, y tenía la camisa empapada de la

característica sangre negra de los oscuros alrededor de la herida. Estaba empezando a sentirme tan mal que me planteé bajar del árbol y ayudar al muy imbécil. Lo odiaba, y nada me habría gustado más que verlo muerto, pero en el fondo seguía aborreciendo la muerte. Con toda mi alma. Quería que los luminosos y los oscuros viviéramos juntos en armonía dejando a un lado el rencor y los conflictos del pasado, y lo que estaba haciendo iba en contra de aquella convicción. Pese a todo lo que había ocurrido, nunca había llegado a entender cómo era posible que los reinos hubieran acabado tan divididos a manos de un puñado de monarcas crueles entre los que, por supuesto, se encontraba mi madre.

—¿Qué está pasando? —gritó Cal devolviéndome al presente.

—Pues, eh…, se ha defendido con uñas y dientes, pero…

Me atraganté con mis propias palabras al ver que Mendax se levantaba de improviso, como una pantera, y se arrancaba el carámbano del pecho como si no fuera más que un pelillo de la nariz. Fui muy consciente de mi propia estupefacción al ver que le daba vueltas a la enorme lanza de hielo con destreza y la blandía como si hubiera pasado toda una vida entrenando con ella.

Joder, qué idea más buena. Iba a utilizar el propio carámbano de la criatura contra ella. Menudo cabronazo.

—Está… Acaba de tropezarse… y está intentando escapar —dije, aunque no era verdad.

El muy lunático se había abalanzado sobre la guadaña y le había clavado la lanza justo en el cuello blanco y carnoso. La bestia aulló, pero no tardó en enganchar a Mendax por la cintura con una de sus patas curvas. Se me escapó un jadeo; sabía que estaba a punto de partir al fae en dos como si fuera una patata cocida.

—¿Qué pasa? —preguntó Cal escondiendo el rostro en mi espalda.

En vez de caer como un fardo ensangrentado al suelo nevado, el príncipe se agarró a la pata de la guadaña y empezó a trepar por ella. ¡A trepar por ella!

—¿Qué cojones? —mascullé al verlo intentar escalar por la pata segmentada, tan afilada como una cuchilla. ¿Cómo era posible que no hubiera acabado ya hecho pedacitos?—. Pero… está, bueno… Acaba de…, eh…, acaba de recibir un golpe bochornoso en las pelotas. Debería haberlo visto venir. Es bastante lento, ¿no? Aah, ya…, parece que la guadaña ha conseguido asestarle otro golpe. Me temo que se le acaba de complicar lo de tener niños.

De alguna manera, Mendax se las había arreglado para alcanzar las enormes mandíbulas delanteras del monstruo. Se agarró a ellas con una mano y le enterró la punta del carámbano en uno de sus muchos ojos.

—En toda la cara —tosí maravillado.

Como yo siempre había sido su contrincante, verlo luchar me estaba dejando anonadado. Era una verdadera máquina de matar.

—¿Le ha dado en la cara? ¿Pinta muy mal? —Cal se volvió y escondió el rostro contra la áspera corteza del árbol.

—Sí, fatal. Ya te digo. Nunca volverá a tener la misma cara —refunfuñé.

Y pensar que había empezado a sentirme culpable… Con la paliza que le estaba dando, una parte de mí estaba pensando en ir a rescatar a la pobre guadaña, por el amor del sol.

Justo cuando estaba a punto de tirar la toalla y decirle a Cal que Mendax tal vez (seguramente) saliera con vida de la pelea y viniera a intentar matarme, la situación dio un inesperado giro a peor… O a mejor, dependiendo del lado desde el que se viera.

La nieve quedó salpicada de la sangre negra de Mendax cuando la criatura lo lanzó al suelo, a unos cuantos metros de distancia. Antes de que el fae tuviera la oportunidad de incorporarse, la guadaña le lanzó otro de sus aguijones de hielo y le atravesó el hombro, de manera que quedó clavado al suelo helado. El fae luchó por incorporarse, pero la bestia, que empezaba a cabrearse de verdad, ya se había abalanzado sobre él. En aquella ocasión, el príncipe se vio atrapado. Su expresión lo decía todo.

—Vamos, coño… —mascullé entre dientes—. Invoca tu humo.

—¿Qué? —preguntó Cal sin dejar de cubrirse los ojos.

—Nada —respondí con un carraspeo.

Me crují los nudillos con nerviosismo antes de meterme las manos debajo de los muslos.

Mendax extendió una mano ensangrentada y noté que se me quitaba un peso de encima. Supongo que no tenía tantas ganas de verlo muerto como pensaba. En cualquier caso, aquello era algo entre nosotros dos. Mientras él permaneciera vinculado a Cal y yo compartiera un lazo con ella, uno de nosotros moriría cuando los Hados nos recibieran en el Moirai. No iba a permitirle seguir con vida para arruinarle a Cal la existencia, pero tampoco podía negar que el príncipe oscuro era distinto cuando estaba con ella. Eso sí, que no se me malinterprete: todavía lo odiaba con toda mi alma. Las cicatrices que me surcaban el pecho me recordaban, cada vez que me vestía, lo mucho que lo despreciaba. Pasar tanto tiempo a su lado, sin embargo, había aplacado mi odio y me había permitido verlo con otros ojos. ¿Nos habríamos llevado tan mal si nuestras madres no hubieran sido enemigas y nos hubieran utilizado como los perros guardianes de nuestras respectivas familias? Lo dudaba mucho.

A Mendax le temblaba la mano manchada de sangre y, en vez de recurrir a su humo, la dejó caer sobre la nieve blanda contra la que estaba inmovilizado. Se había quedado sin fuerzas y sin magia, y yo sabía exactamente por qué.

—Me cago en los soles. —Me levanté de la rama y, rodeando a Cal, le espeté—: No digas ni pío.

Un brillo agradecido iluminaba su mirada. Parecía estar más tranquila de lo que habría esperado, y tuve que recordarme que Cal no era una damisela en apuros a la que yo tenía que salvar. Seguro que tenía las manos más manchadas de sangre que yo, aunque no estaba seguro de que llegara a asimilar aquella información en algún momento.

—Sabía que tú no eres como nosotros. —La tristeza le inundó los brillantes ojos azules—. Me quedaré aquí si me prometes no hacer que esa cosa nos mate.

Sus palabras volaron entre las ramas que se alzaban sobre mi cabeza. Ya había completado la mitad del descenso cuando le respondí a voz en grito:

—¡No te muevas de esa rama hasta que regrese a por ti!

Cambié de forma justo antes de que mis patas tocaran la nieve. No disponía del poder suficiente para lo que tenía pensado hacer. Era una locura, pero iba a intentarlo de todas maneras.

Transformado en zorro, llegué hasta Mendax y la guadaña mucho más rápido y con mayor sigilo que si lo hubiera hecho caminando como un hombre.

Mendax estaba tirado sobre la espalda, enterrado sin poder moverse bajo el cuerpo de la bestia. Volví a cambiar justo cuando la criatura estaba a punto de arrancarle la cara al oscuro de un mordisco.

—¡Oye, adefesio inmundo! —grité.

Tanto Mendax como la guadaña se volvieron para mirarme, y el movimiento hizo que lo que la bestia albergaba en su abultado abdomen se meciera suavemente y llamara mi atención. Los restos de su última comida eran fáciles de distinguir gracias a que el cuerpo desfigurado de su víctima estaba aplastado contra las paredes delgadas y translúcidas de su vientre.

—¿Dónde está Calypso? —exigió saber Mendax.

—Debería haber sido más específico con el insulto. Me refería al adefesio inmundo de cinco ojos —respondí.

Las afiladas púas del lomo del monstruo emitieron un gélido destello azulado cuando se volvió hacia Mendax, como si hubiera decidido que enfrentarse a mí era una pérdida de tiempo… O, lo que era más probable, que era un adversario demasiado aterrador como para plantarme cara.

Me concentré y conseguí que el poder del sol brotara de la palma de mi mano en forma de una pequeña bola de luz. En realidad, mi intención había sido crear una mucho más grande, pero exagerar el tamaño de mis pelotas era algo que me venía de serie, como a

cualquier hombre. No estaba acostumbrado a pelear con mis poderes tan mermados.

Extendí las manos hacia delante y el orbe iluminó el monótono paisaje que se extendía ante nosotros como si fuera un cohete, voló hasta el monstruo y aterrizó sobre su lomo. La guadaña profirió un chillido agudo que me taladró el cerebro e hizo que me pitaran los oídos hasta dejarme sordo. Luego se puso a dos patas y salvó el espacio que nos separaba de un salto.

—Mierda.

Eché a correr como alma luminosa que lleva Kaohs asegurándome de hacerlo en dirección opuesta a los pinos que camuflaban a Cal.

De algún modo, ya fuera gracias al destino o a la suerte, me las arreglé para mantener cierta distancia con la araña de hielo. Al menos, hasta que estuve a unos diez metros de llegar a donde se encontraba Mendax. Entonces el monstruo me desgarró la pierna con una de sus afiladas patas segmentadas y me hizo flaquear. Caí al suelo con un gruñido y me giré para intentar bloquear el ataque de la bestia en mi descenso, pues no llevaba camisa ni una armadura con la que protegerme.

Un frío entumecedor me azotó la cara cuando la guadaña me mordió las mejillas con sus terribles mandíbulas. A medida que tiraba de mi cabeza, la presión fue creciendo en mi cuello. Le clavé las palmas de las manos en esa piel tan rara y cubierta de pelo blanco que le cubría la horrible cara, pero no sirvió de nada. No conseguí apartarla de mí ni un centímetro. Al igual que le había pasado a Mendax hacía un momento, yo también me había quedado casi sin energía. Si no usaba la última gota de mi poder de inmediato, moriría y mataría a Cal también. Sin embargo, si la gastaba… En fin, tampoco podría seguir manteniéndola con vida a través del lazo. Llegué a la conclusión de que aquel era el destino que merecía después de lo que había intentado hacerle a Mendax.

Antes de que tuviera oportunidad de morderme con más fuerza, utilicé el poco poder que me quedaba para lanzarle a la cara la ráfaga de luz solar más ardiente que pude con ambas manos. Un

fugaz alarido escapó de las horrendas fauces del monstruo antes de que explotara con un sonido agudo similar al del hielo al romperse contra el ladrillo.

Me alejé de un salto de la guadaña justo cuando una lluvia de pedazos de piel correosa de un color blanco rosado cayó sobre mí y me azotó la cara con un desagradable sonido húmedo. Me acerqué a Mendax aprovechando el impulso de la adrenalina.

—¿Dónde está Calypso? —rugió el Asesino de Humo—. ¿Qué has…?

Agarré el largo carámbano que sobresalía de su hombro y tiré de él con todas mis fuerzas, pero no pude sacárselo. Luego lo volví a intentar, pero tenía las manos todavía tan calientes que no fui capaz de sujetar el hielo sin que se me resbalara.

—Deberías haberme abandonado a mi suerte. Yo lo habría hecho. Por un momento incluso has logrado que te tuviera un poco más de respeto por habérmela jugado. No esperaba que tuvieras huevos. —Mendax hablaba despacio y con total seriedad mientras me fulminaba con la mirada—. Y que conste que esto demuestra que no me equivocaba. No los tienes.

Capullo.

Le di una patada tan fuerte en el hombro que incluso me castañetearon los dientes. Se oyó un crujido y Mendax se dobló de dolor, lo cual me permitió meter la bota debajo de su cuerpo y darle otra buena patada. La lanza ensangrentada se partió en dos: un buen trozo quedó clavado en el suelo mientras el otro sobresalía del hombro de Mendax. Dejó escapar un gruñido quedo cuando agarré el hielo y volví a tirar de él. Se desencajó con un sonido húmedo y desagradable.

—Sí, me he dejado llevar por un momento —respondí—. Se ve que tu presencia me está envenenando. No me caes bien. De hecho, te odio con toda mi puta alma. —Me cerní sobre el malvado fae encontrando cierto consuelo en el aplomo que me confirieron mis propias palabras—. Yo no soy como tú, no soy un oscuro, y no sabes cuánto lo agradezco. No me gusta hacer daño ni matar. No disfruto

de los trucos ni las mentiras, y tampoco me pongo cachondo con el sufrimiento ajeno. Es más, sueño con el día en que todos los reinos vivamos en paz y coexistamos sin juzgarnos los unos a los otros. Lo que más me gusta es reír y ayudar a los más necesitados. —Arrojé la espada de hielo sobre su vientre y me di la vuelta para marcharme—. Vas a morir. No tengo por qué acabar comido por los remordimientos para conseguirlo. Piensa lo que quieras, pero yo soy el único que conoce a Zef. Antes de ascender, mi padre y él eran amigos íntimos, igual que Cal y yo. Dejó a mi padre a cargo de su familia. Tú vas a morir y yo me casaré con Calypso en el Reino Luminoso con la conciencia bien tranquila.

CAPÍTULO 4

Caly

—Para —le espeté a Eli, y mi voz retumbó contra las paredes de caliza de la cueva.

Tenía los pies doloridos y llenos de ampollas, y mi mente no andaba mucho mejor. Estaba de un humor de perros, así que no tenía tanta paciencia como me gustaría para lidiar con las incesantes pullitas que no dejaba de lanzarme. Por algún motivo, aquel día me dolía todo el cuerpo.

El fae, que estaba tirado en el suelo, levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien. Lo único que digo es que creo que has dejado que el dolor por la pérdida de tu familia se transforme en rabia. ¿Y si toda esa ira no es más que tristeza acumulada?

Lo de darles mil vueltas a las cosas e intentar encontrar una solución antes de recurrir a la violencia o al asesinato era algo muy típico de él. Sabía que no tenía mala intención y que se sentía muy mal por no haber estado ahí para apoyarme, pero no se hacía una idea de lo grave que era todo lo que había estado soportando. No era capaz de tolerar que alguien fuera infeliz durante mucho tiempo, y saber que su mejor amiga era mucho, pero que mucho más retorcida de lo que él siempre había creído le ponía de los nervios.

—Déjalo ya, Aurelius. —Me aseguré de marcar bien cada sílaba de su nombre completo para que supiera que iba en serio—. Voy a matar a mi padre en cuanto ponga un pie en el Moirai. No pienso esperar ni un solo segundo más.

El tema parecía haber estado reconcomiendo a Eli durante todo el viaje, pero había ido empeorando a medida que nos acercábamos al final del trayecto. Aquel preciso momento, como todas las otras veces en que había sacado el tema, no era ni por asomo el más oportuno para hablar sobre la decisión de matar a mi padre.

—Lo que intento decir es que a lo mejor deberías hablar con él primero para escuchar su versión de la historia y pasar página antes de lanzarte a cortarle la cabeza. Soles santos, ¿siempre has sido tan… sanguinaria? —Rio entre dientes.

—Era la asesina personal de tu madre en el mundo de los humanos. Sabes muy bien que siempre he sido así de «sanguinaria» o como quieras llamarlo —repliqué con sequedad. No tenía ni pizca de ganas de hablar y, además, estaba agotada—. Déjalo ya. Tú no entiendes todo lo que he…

—No, tienes razón. No lo entiendo. Tanto mi padre como mi madre han muerto, así que no tengo la opción de preguntarles por qué actuaron de la manera en que lo hicieron.

A Eli se le hinchó el músculo de la mandíbula mientras nos fulminábamos mutuamente con la mirada, pero nos callamos y el silencio volvió a reinar en la cueva.

Los dos estábamos demasiado hambrientos y agotados como para mantener cualquier tipo de conversación profunda. Era muy consciente de que solo quería ayudar, pero ¿por qué no podía ponerse de mi parte en aquel tema? Sabía lo que mi padre le había hecho a mi hermana.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —me dijo desde el otro extremo de nuestro poco iluminado refugio de piedra.

Oír nuestro lema me ayudó a volver a poner los pies en la tierra y centrarme en lo que de verdad importaba.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —repetí.

Por muchas cosas que pasaran entre nosotros, por mucho que nos enfadáramos o alguno de los dos metiera la pata, el amor que nos profesábamos siempre mantendría a flote nuestra amistad y permitiría que nuestro vínculo saliera reforzado después de cada

tempestad. Nuestra amistad y nuestro amor eran eternos, durarían para siempre, tanto en la vida como en la muerte.

Yo tenía hambre en ese momento, y nada bueno podía salir de eso. Lo único que quería era tumbarme en el suelo de aquella cueva húmeda, ignorar los rugidos de mis tripas, cerrar los ojos y descansar durante unos días.

Los tres apenas habíamos recorrido un par de kilómetros en dirección al lago Sheridon cuando nos habíamos topado con un gigantesco árbol hueco a unos cuantos metros de una cueva húmeda y oscura. Mendax y Eli apenas podían caminar, pero eso no les había impedido sacar las fuerzas necesarias para pelearse por ver si nos refugiábamos en el árbol o en la cueva. Al final, acabó ganando la segunda opción después de que los tres coincidiéramos a regañadientes en que estábamos helados y necesitábamos un fuego urgentemente, pero que encender una hoguera dentro de un árbol era una idea pésima. En cuanto Eli cedió, acampamos dentro de la austera cueva.

Durante las semanas que llevábamos viajando, habíamos tenido que dormir a la intemperie la mayoría de las veces, pero a ninguno nos importaba. De hecho, Eli y yo incluso habíamos acabado prefiriéndolo. El resto de las veces que habíamos montado un campamento, nos habíamos coordinado con facilidad mientras cada uno se encargaba de las tareas que le habían sido asignadas. Mendax le daba de golpes a un árbol o lo que fuera que hiciese para recoger leña; Eli utilizaba sus poderes como Maestro del Sol para prender un fuego, y yo cocinaba lo que hubiéramos ido recolectando por el camino o lo que Mendax hubiera cazado.

En aquella ocasión, las cosas fueron distintas. Mendax estaba demasiado débil como para recoger más que un puñado de ramas gruesas caídas en el suelo embarrado del bosque. Eli fue incapaz de hacer fuego y se derrumbó con cierta gracilidad en el suelo de caliza en cuanto entramos en la cueva. No teníamos bayas, carne, tubérculos ni patcha (un tipo de alimentos que se encontraba en la naturaleza y que los fae solían consumir). Nada. Y yo me moría de

hambre. Por alguna razón, tal vez por los nervios, en cuanto la pelea contra la guadaña llegó a su fin, empecé a encontrarme mal y a sentirme muy débil. Había que encontrar enseguida algo de comer. Tenía tanta hambre que notaba que los huesos y las articulaciones empezaban a fallarme.

Por desgracia, ninguno estaba en condiciones de salir a recorrer el bosque de La Linde en busca de comida. Me las había arreglado para dar con unos cuantos pedacitos de sílex en las paredes de caliza, y después de recoger la leña más seca que pude encontrar, raspé una fina capa del mineral antes de darle la vuelta y frotarla contra mi arma hasta que empezaron a salir chispas amarillas. Me dio la impresión de que la leña húmeda tardó una eternidad en prenderse, pero al menos conseguí hacer fuego. Estaba claro que me había malacostumbrado al contar con Eli, que podía hacer fuego con tan solo apuntar con un dedo y disparar.

Eli me lanzó sus camisas (otra vez) y se tumbó de nuevo en el suelo para seguir durmiendo. Había bastado con que me temblaran las manos una única vez mientras el fuego crecía para que se negara a aceptar que se las devolviera. La verdad era que estaba helada, pero tampoco quería ser el eslabón débil del grupo que se pasaba todo el rato lloriqueando. Eli me conocía demasiado bien, y no me iba a servir de nada disimular.

Así que me dediqué a cubrirlo con las camisas como si fueran una manta cada vez que se quedaba dormido. Yo seguía teniendo frío, y más sin una de esas camisas tan agradables que siempre parecían estar calientes, pero la sensación que ahora me calaba los huesos y se abría paso por mi corazón cada vez que se quedaba con el torso al aire era distinta. Me sentía incapaz de mirar un segundo más las cicatrices que surcaban su pecho moreno. No cuando el hombre que se las había hecho descansaba a dos metros de él.

Los estudié a los dos mientras dormían. La intensa luz de la luna que se reflejaba en la nieve fresca y entraba por la boca de la cueva iluminaba el interior lo justo para discernir sus facciones. Mis sentimientos por ellos desataron un torbellino en el interior de mi

mente mientras imaginaba cómo sería la vida sin uno de los dos. Mi lado más racional se puso a diseccionar toda la información que tenía acerca del vínculo y el lazo.

Yo no quería estar atada a nadie. Odiaba que la vida de otra persona estuviera en mis manos, y más cuando se trataba de aquellos dos. De pequeña, siempre había pensado que no estaba hecha para querer a nadie. Que si lo hacía, a la otra persona le esperaba una muerte segura. Y lo que estábamos viviendo confirmaba una vez más… que todo cuanto amaba moría por mi culpa.

El aroma frío y denso de la geosmina me embargó las fosas nasales. El perfume de las cianobacterias y actinobacterias muertas inundó la cueva y la impregnó de ese olor rancio y húmedo que sucedía a la lluvia.

El cuerpo largo de Mendax yacía inmóvil en el duro suelo de piedra. Imaginé que aquella era la apariencia que tendría si lo mataran, aunque tal vez adornado con un poco más de sangre. Se me retorció tanto el estómago al pensarlo que estuve a punto de doblarme de dolor. Ya lo había creído muerto en dos ocasiones. Sabía muy bien lo duro que sería perderlo, así que el poco decoro e independencia que le quedaban a mi impenetrable coraza se desmenuzaban hasta que todo mi ser se convertía en algo tan blando como el vientre de un animal, como una criatura incapaz de sobrevivir por más tiempo.

Me puse de pie con dificultad cuando un repentino estallido de dolor me agarrotó los músculos de las piernas, como un calambre más doloroso de lo normal. ¿Qué le estaba pasando a mi cuerpo? Estuve a punto de derrumbarme, pero me las arreglé para apoyarme en la pared áspera y seguir avanzando hacia Eli para volver a cubrirlo con sus camisas con la esperanza de que permaneciera dormido. Era un verdadero amigo (mi único amigo), y siempre había estado ahí cuando no había tenido a nadie más. Ni siquiera era capaz de imaginar una vida sin él.

Era yo quien debería morir, no ellos. ¿Qué tenía que perder? No era nadie.

Mi cerebro agotado se puso a trabajar. Tenía que trazar un plan para cuando llegáramos al Moirai. Si acababa con mi padre antes de nuestro juicio ante los Hados, tendrían que matarme a mí. Así Mendax y Eli se salvarían.

Apreté el frasquito decorado con enredaderas de oro blanco que colgaba a la vez como un recordatorio y como el nudo de una horca alrededor de mi cuello. Contenía las cenizas de mi hermana. Una cucharadita de ellas, por lo menos. No había llegado a convertirme en un miembro oficial de la familia real luminosa, así que ya no me reencontraría con Adrianna en los Campos Elíseos y no podría decirle lo mucho que lo sentía. Ella era una artemi y yo seguía siendo humana. Haberme quedado con una gota robada de su don para atraer a los animales no había sido suficiente para cambiar mi naturaleza. Ya nunca volvería a verla; no podría disculparme ni decirle que por fin la había vengado, que había acabado con todos y cada uno de los culpables de su muerte.

Que me había vengado de él.

Solo con pensar en que iba a compartir el mismo aire que mi padre me entraban ganas de despellejar a alguien. Hacía aflorar mis pensamientos más oscuros a la superficie de mi mente. Los mismos pensamientos que me decían que debería ponerle fin a todo, que debería quemar el mundo entero hasta los cimientos y mearme en sus cenizas.

Regresé a mi sombrío rincón sintiéndome tremendamente frustrada y me recosté contra la pared de roca antes de dejarme caer hasta el suelo. Ya no iba a poder avivar más el fuego, y yo también debería dormir un poco. Los chicos aseguraban que solo necesitaban un par de horas de sueño para recuperarse de sus heridas. Esperaba que la misma magia curativa que había experimentado las noches anteriores también hiciera efecto en aquella ocasión. Sabía que los fae se curaban rápido, pero incluso su recuperación parecía una hazaña difícil de alcanzar. Mendax tenía un

agujero en el hombro, y el rostro y las piernas de Eli estaban surcados de heridas enormes.

Cogí mi bolsa de cuero y saqué el pergamino protegido por una tela que mi padre me había enviado. Nunca había visto nada igual, y me daba muchísima rabia que algo que tuviera que ver con él me resultara tan fascinante. Era una especie de vidrio que se podía doblar y enrollar sin que perdiera su textura fría y resplandeciente. Era algo que mi mente empírica no alcanzaba a comprender.

A esas alturas, ya me sabía el mensaje de memoria, de manera que no me molesté en leerlo. Lo había estudiado un millar de veces como mínimo durante el viaje con la esperanza de encontrar alguna pista que, llegado el momento, me diera una ventaja en el Moirai. Sin embargo, la nota era tan críptica que no tenía ni la menor idea de lo que ocurriría cuando llegáramos allí.

A la atención de Calypso Petranova:

Buenos días. Se te ha llamado a comparecer ante los Hados por haber infringido las leyes 14.2 y 370.003 referentes a Vínculos y Lazos.

En caso de que no te presentes a la cita, se someterá a la pena capital a todas las partes implicadas en la infracción.

Acude al lago de Sheridon para saber cómo proceder.

En representación de los Hados,
Zef, tu padre

Volví a enrollar el pergamino y lo guardé en la bolsa antes de acercarme al fuego. Me quedé mirando las llamas anaranjadas, que lamían las ramas muertas y jugueteaban con ellas, seduciendo y acariciando la madera hasta que la volvieron negra. Cuando el cansancio terminó por ganarle la partida al hambre, no tardé en quedarme dormida.

Al despertar, me incorporé de golpe, presa de los nervios, temiendo que Eli y Mendax me hubieran abandonado. El corazón me latía tan deprisa que habría jurado notarlo aporreándome el cráneo.

Estiré el cuello y los hombros mientras comprobaba cómo me encontraba. Todavía no estaba bien del todo, pero, para mi sorpresa, me sentía mejor. Me vendría bien comer algo e ir a buscar más leña para el fuego.

Noté la mirada de alguien fija en mí, como si un puñado de arañitas me corriera por la nuca. Al volverme, descubrí que Mendax, que estaba sentado con la espalda apoyada en la pared de la cueva, tenía sus siniestros ojos clavados en mí. ¿Cuánto tiempo llevaría despierto y observándome? ¿Por qué siempre se las arreglaba para arrancarme una reacción tan visceral con ese aire taciturno que rezumaba?

—Estás despierto…

—Lo mataré por ti para que no tengas que mancharte las manos con su sangre.

Desvió su mirada implacable hacia Eli. De no ser por el reflejo del fuego en sus sombríos iris, no habría tenido forma de saber con seguridad que me estaba observando, puesto que estaba escondido en las oscuras profundidades de la cueva. Las sombras lo acogían como una más y desdibujaban la forma de su cuerpo.

—¿A quién te refieres? —dije con la voz espesa y ronca que solía salirme siempre que hablaba con Mendax. ¿Hablaba de mi padre o de Eli?

—A quien tú me digas.

Un escalofrío me estremeció los omóplatos; su firme convicción se enterró entre ellos como un cuchillo. Sabía por experiencia que Mendax jamás amenazaba a la ligera y que siempre cumplía su palabra. Mataría a quien hiciera falta por mí. Ya fuera para dar conmigo o para quitarse de en medio a cualquiera que osara posar la mirada en mí, mataría una a una a todas las criaturas del universo hasta que solo quedáramos nosotros si él así lo deseaba. Si *yo* así lo deseaba.

Bajo su sombría mirada me sentía como el conejo que acaba de fijarse en que tiene a un lobo al lado salivando por él.

—¿Y si te dijera que no quiero que mates a nadie más? ¿Volverías a hacerlo en ese caso? —le pregunté despacio.

La energía que chisporroteaba entre nosotros y se abría paso por nuestro vínculo era oscura y sensual.

—Sí —concluyó sin pensárselo dos veces—. No me estoy ofreciendo a matar para tu tranquilidad o disfrute. Estoy amenazando con matar por ti. Te aseguro que es algo puramente egoísta. Tus deseos están muy por debajo de mi necesidad de poseerte en mi lista de prioridades.

La tensión que crepitaba en el vínculo era tan intensa que casi lo notaba tocándome.

—Te escogerán a ti para morir en el Moirai. Los dos sabemos que preferirán romper el vínculo que ata a la hija de Zef al mal. —Me puse de pie, y en mi ensimismamiento, ni siquiera noté las punzadas que me recorrieron el cuerpo. Era como si estuviéramos conectados por medio de un cable de alta tensión—. ¿Qué harás entonces?

—¿Por qué das por hecho que seguirá habiendo dos hombres entre los que elegir cuando entremos en el Moirai?

Curvó una de las comisuras de la boca en una diminuta sonrisa y un hoyuelo apareció en su mejilla.

Me quedé blanca.

—Da igual lo que pase, pero prométeme que no matarás a E…

—No —me interrumpió.

—Malum, por favor —le susurré—. Mata a quien quieras menos a él. Mi felicidad depende de su supervivencia, así que te lo suplico. Por favor.

Mendax apretó los dientes y se volvió por un momento hacia la boca oscura de la cueva antes de volver a posar la mirada en mí. Casi alcanzaba a ver la rabia que se derramaba de sus iris.

—¿Y qué te hace pensar que me importa un bledo tu felicidad? —preguntó con esa característica voz tan profunda.

—Porque sé lo mucho que me quieres. Se te olvida que yo también puedo sentirte a través del vínculo. Los sentimientos que me envías no son tan amenazadores o peligrosos como quieres hacernos creer tanto a mí como al resto del mundo. —Clavé la vista en el suelo frente a mis pies mientras trataba de pensar en algo que lo forzara a prometerme que no haría daño a mi amigo—. Por favor, no lo mates. Te ha salvado la vida, así que ahora te toca a ti hacer lo mismo, ¿vale? —le supliqué en un susurro.

Nos miramos en silencio durante un rato. Un millón de sentimientos se abrieron paso a través del vínculo tanto desde mi extremo como desde el suyo. Era un torrente cargado de emoción, cada oleada más fuerte que la anterior.

Fui yo la que interrumpió el contacto visual para echar al fuego los últimos pedazos de leña que nos quedaban antes de dar un lento paso en dirección a la pared contra la que Mendax estaba sentado. Tenía las piernas largas y musculosas extendidas en actitud relajada ante sí y las manos entrelazadas detrás de la cabeza, lo que acentuaba la suave piel que se asomaba por debajo de las mangas de su camisa negra.

Mis pies me llevaron poco a poco hasta él. Era como la sirena que atrae a un barco a la deriva en el mar; no podía resistirme a su llamada.

Me detuve ante él. El peso de la situación tiró de las comisuras de mi boca hacia abajo en una especie de mohín que no llegaba a transmitir tanto como un buen ceño fruncido. Lo miré y lo miré a la espera de que todo cobrara sentido, pero sabía que nunca lo haría. Tal vez ya lo había hecho. Mendax y yo estábamos cortados por el mismo patrón. Habíamos mamado veneno y maldad de la misma teta. Cuando nuestros enemigos amenazaban con arrancarnos la cabeza de un mordisco, nosotros nos asegurábamos de que se atragantaran con ella. Nos habíamos convertido en nuestros propios demonios, así que no teníamos nada que temer.

Mendax se habría quedado ahí mirándome todo el día, pero reparé en el agujero de su camisa, donde la herida ya cerrada había

sido reemplazada por una extensión de piel nueva y rosada. Me asaltó el deseo de volverme para comprobar cómo se encontraba Eli y si se habría despertado ya, pero no conseguí apartar la mirada de Mendax. Mis rodillas encontraron el suelo de piedra cuando me senté a horcajadas sobre él. Y cuando mi piel entró en contacto con la suya, mis párpados cayeron como un par de alas de mariposa para reprimir el impulso de echarme a llorar. Enseguida me puso las manos en la espalda y las extendió sobre mis músculos cansados. Un profundo suspiro escapó de entre mis labios. Esperé a que me agarrara del cuello de manera seductora o se presionara contra mí y dijera algo deliciosamente sensual, pero no hizo nada de eso.

—Te ayudaré a matar a tu padre —susurró.

Le rocé la mandíbula con una caricia casi imperceptible saboreando la sedosa aspereza de su piel. Me aparté un poco.

—No necesito que lo mates por mí. De hecho, quiero ser yo quien lo mate.

Nadie me arrebataría ese privilegio.

Él asintió, consciente de lo que significaba para mí.

—Estás helada —dijo, frunciendo el ceño de preocupación mientras me rodeaba el cuerpo en una suerte de abrazo. Luego lanzó una mirada en dirección a la figura dormida de Eli y añadió—: Pero no puedo ofrecerte calidez.

La fachada de seguridad tras la que me escondía empezaba a derrumbarse bajo la ternura que me transmitía el abrazo de Mendax.

La nieve de La Linde no era tan fría como la del mundo humano, pero yo estaba helada y hambrienta, me sentía confundida y no tenía ni idea de lo que me depararía el futuro. Iba a perder al amor de mi vida de una forma u otra, y aquella burda imitación de un abrazo que me estaba ofreciendo había roto las desgastadas costuras que seguían manteniéndome de una pieza.

—Me siento perdida —murmuré contra la curva de su cuello mientras unas cuantas lágrimas rebeldes rodaban por mis mejillas.

No quería desmoronarme, pero cada vuelco que me daba el corazón y cada palabra conmovedora que me ofrecían aquellos dos

hombres me obligaban a preguntarme si esos serían los últimos recuerdos que tendría de ellos. Sin embargo, una gran parte de mí todavía se negaba a creer que uno de los dos moriría cuando alcanzáramos el final del trayecto.

—Aun así, te prometo que nunca volverás a perderte de nuevo, porque yo caminaré detrás de ti pase lo que pase.

En aquel momento, los ojos de Mendax parecían un cielo azul surcado de nubes mullidas. Un sentimiento que me resultaba inconcebible viniendo de él se derramó sobre mí a través del vínculo.

Junté las piernas y me presioné tanto contra su pecho como nuestros cuerpos nos lo permitieron para escuchar los reconfortantes latidos de su corazón. Haría todo cuanto estuviera en mi mano para impedir que apartaran a aquellos dos hombres de mi lado. Tenía que haber otra manera.

Mendax me rodeó con ambos brazos y durante un momento nos mantuvimos tan pegados que nuestra piel casi pareció fundirse. Su pecho se expandió cuando inhaló y exhaló una bocanada de aire más profunda de lo normal. La situación podría volverse bastante incómoda si Eli se despertaba y nos veía así. No quería hacer sentir mal a ninguno de los dos, pero yo también merecía un respiro, y aquel abrazo era lo que mi maltrecha alma pedía a gritos.

—¿Qué se siente? —le pregunté levantando la barbilla para que me oyera susurrar mientras acariciaba la piel que le rodeaba la herida recién curada.

Moví los labios contra su sedosa piel, justo bajo la marcada línea de su mandíbula, y él dejó escapar una exhalación muy suave, tan queda que la habría pasado por alto de no haber tenido la oreja pegada contra su cuello.

—Nuestro cuerpo acabará regenerándose. Estaremos bien. Yo estoy bien. ¿Tú cómo te encuentras? —preguntó antes de darme un beso en el espacio entre la comisura de uno de los ojos y la oreja. Mi pulso empezó a coger velocidad.

—¿Por qué me lo preguntas? —dije mientras cambiaba ligeramente de posición sobre su regazo.

Con lo cerca que estábamos, apenas era capaz de mantener mis pensamientos lujuriosos a raya, pero al sentirlo endurecerse bajo mi cuerpo, se me fue la cabeza y me vi embargada por una sensación de urgencia. Entre lo silenciosa y oscura que era la cueva, la ventisca que azotaba el exterior y la altísima probabilidad de que aquella fuera nuestra última noche juntos, me resultaba inquietantemente fácil olvidar qué era aceptable hacer y qué no teniendo a Eli dormido al lado. Volví a moverme sobre el regazo de Mendax intentando recuperar el control de mi cuerpo, pero él me presionó la curva de la cadera con esas manos fuertes y me obligó a quedarme quieta. Un torbellino de pensamientos incoherentes y difusos se adueñó de mi mente. Pensé en lo que Eli me había dicho sobre el olor de mi excitación y me pregunté si Mendax también lo percibía.

Me agarró ambas mejillas con delicadeza y me besó con toda la ternura del mundo. En ese gesto intercambiamos un torrente de emociones que jamás habría imaginado ni por su parte ni por la mía.

Al dejarme llevar por el beso, tuve la sensación de que un pedazo de mi corazón lloraba. Se me humedecieron los ojos al presionarme más contra él y me dio la impresión de que la tormenta de emociones que se había desatado en mi interior me iba a acabar haciendo explotar. El fae había estado a punto de volverme loca de lujuria o de rabia en incontables ocasiones, pero aquello era diferente. Era algo íntimo, una manera de aceptar que tal vez no llegáramos con vida al final del camino juntos.

El beso no tardó en volverse desenfrenado. Mendax me desató el cordel de cuero de los pantalones y me soltó la cinturilla. Yo volví a colocarme a horcajadas sobre él y, al hacerlo, Mendax me metió la mano en los pantalones y me acarició el sexo. Cuando descendí para presionarme contra él, introdujo dos de sus gruesos dedos en mi interior. Le rodeé el cuello con los brazos al sentarme sobre su regazo y mecí las caderas para saborear la voracidad con la que sus dedos me exploraban. Me moví con más ahínco al notar que aceleraba, y cada vez que me retorcía contra su regazo, su erección intensificaba la fricción donde más lo necesitaba. El sonido húmedo

y vulgar de mi sexo era todo cuanto se oía en la silenciosa caverna. Sacó los dedos de mi interior y los pasó por mi clítoris antes de soltarme los pantalones sin dejar ni por un momento de besarme cada centímetro de piel sensible del cuello y el pecho. Mientras jadeábamos y luchábamos por dominar la lengua del otro, noté la punta caliente de su polla desnuda deslizándose contra mi humedad, abriéndome lo justo para empaparse de mí y dejarme sentir lo duro que estaba.

Me levanté para que pudiera quitarme los pantalones y, cuando volví a sentarme a horcajadas sobre él, su erección ya me esperaba libre y rígida. Le rodeé el cuello con ambos brazos y lo besé con desenfreno. Tenía la sensación de que moriría si apartaba mis labios de los suyos. Con movimientos bruscos y avariciosos, me acomodé para que la punta de su polla atravesara todas mis barreras y se enterrara bien dentro de mí con un solo movimiento. Me veía incapaz de andarme con preliminares. Sus besos hambrientos y cargados de sentimiento habían prendido un fuego en mi cuerpo que no se extinguiría así como así. Me embistió y se movió contra mí con la misma urgencia feroz y primitiva que transmitían nuestros besos, que solo interrumpíamos para mordernos o explorarnos con la lengua. Ninguna otra emoción era comparable a lo que estaba sintiendo en aquel momento.

Hasta entonces, había hecho cuanto había estado en mi mano para guardar silencio. Había resultado relativamente sencillo porque estábamos tan absortos en el otro que nuestros suspiros y ruiditos se confundían en un torbellino de placer y deseo. Sin embargo, eso se acabó cuando Mendax aminoró la velocidad y se enterró tan dentro de mí como le fue posible.

—Te quiero —exhaló.

El estallido del orgasmo se adueñó de mi cuerpo. Fue como si una explosión de felicidad, amor y despedidas se hubiera sucedido en mi interior.

—Te quiero —jadeé.

Sus embestidas volvieron a acelerarse y supe que él también estaba a punto de correrse. Mi mente comenzó a despejarse a medida que la sensación de mi propio clímax perdía intensidad. Durante el viaje, no había tomado ninguna infusión o mezcla de hierbas anticonceptiva. ¿Acaso importaba? Desde luego, no cuando uno de nosotros no regresaría a casa con vida.

—Deberías dar marcha atrás. No estoy tomando nada —dije entre jadeos, aunque me negaba a desperdiciar un solo segundo de nuestro tiempo juntos y no dejé de mover las caderas al ritmo de las suyas.

—No —gruñó antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Respiré con fuerza al notar una punzada de dolor y le clavé las uñas en los hombros mientras él se movía de arriba abajo.

—Eres toda mía.

Tiró del cuello de mi camisa hacia abajo y empezó a morderme y chuparme uno de los pezones. Un gemido escapó de entre mis labios a medida que un segundo orgasmo crecía en mi interior. Al notarlo, Mendax me mordió con la fuerza necesaria para que el estallido de dolor se detonara como una descarga directamente entre mis piernas. Grité.

—En cuanto te aprietes en torno a mi polla, pienso asegurarme de que no derrames ni una sola gota de mi semen. Me vas a mirar a los ojos mientras tu cuerpo me exprime hasta dejarme seco.

Me rendí ante sus obscenidades. La cabeza se me cayó hacia atrás cuando el clímax se apoderó de mí y me consumió. Mendax me agarró con delicadeza por las mejillas para que nuestras miradas se encontraran.

—Sí…, ahh —jadeó sin aliento mientras sostenía mi cara a centímetros de la suya.

Me ciñó la cintura con una mano y me rodeó el cuello con la otra mientras trataba de recuperar el aliento entre embestida y embestida.

Yo le agarré la muñeca de la mano con la que me sujetaba el cuello y le clavé las uñas en la piel, consciente de que eso bastaría

para llevarlo al límite y conseguir que se dejara arrastrar por el placer.

—Jamás te abandonaré, Calypso, jamás. Santas estrellas…, ah.

Aminoró la velocidad y su polla se crispó al derramar su semilla en mi interior.

—Ay, soles del cielo —exclamé, sorprendida por la vehemencia de su orgasmo—. Sí…, sí…

Le mordí el cuello y enterré el rostro en su pecho mientras ambos recuperábamos el control.

Mendax sacó su polla húmeda de mi interior pero me impidió moverme cuando intenté levantarme. Se lamió cuatro dedos y los acercó a mi sensible clítoris antes de deslizarlos hasta mi entrada. Mi cuerpo se sacudió enseguida ante la intensidad de su caricia, pero volvió a inmovilizarme agarrándome con fuerza por la cintura. Notaba una parte de su semen caliente saliendo de mí.

—¿Querías evitar que me corriera en tu interior, cachorrito? —dijo con voz ronca—. Eso nunca va a volver a pasar. —Deslizó los cuatro dedos por mi hendidura para recoger su semilla e introducirla de nuevo dentro de mí con dos dedos—. Siempre estaremos juntos en esto. Eres mía y solo mía, sin importar lo que decidan los Hados.

Me aferré a sus hombros con una maldición y me quedé sin aliento ante lo increíblemente obsceno que era lo que estaba haciendo conmigo. Sabía qué partes de mi cuerpo tocar y qué decir para prender las llamas de la lujuria y el deseo en mi ser. Me presioné contra sus dedos mientras un estremecimiento se adueñaba de mi cuerpo.

—¿Crees que no quiero darte un hijo? ¿Que no quiero estar ligado a ti de todas las formas imaginables? —Volvió a mover los dedos para empujar su semen bien dentro de mí. Esta vez se mordió el labio y continuó embistiéndome con los dedos mientras disfrutaba de mi imagen en primer plano—. Joder, Caly… —gimió. Casi parecía estar disfrutándolo tanto como yo—. Deberías ver lo rojo y empapado que tienes el coño después de habértelo follado. Sí, adelante, córrete otra vez para mí.

Sacó los dedos de mi interior y me dio un húmedo manotazo en el sexo. El escozor del dolor se apoderó del control de mi cuerpo y todos y cada uno de mis músculos se tensaron. Mendax dejó escapar un gemido salvaje y me agarró el culo con ambas manos. En menos de un segundo, me tenía presionada contra su boca mientras me masajeaba las nalgas y me masturbaba con la lengua. La cálida y sedosa sensación que me regalaba con cada uno de los mordisquitos y lametazos que me daba en el clítoris era deliciosa.

—¡Mendax! —aullé.

Se apartó de mí enseguida.

—Dime que me querrás en esta y en todas tus futuras vidas y dejaré que te corras —dijo con una sonrisa fría.

Gemí sin aliento. Notaba la cara entumecida y hormigueante, desesperada por alcanzar el nuevo orgasmo. Pero aquella era la orden más sencilla que me había dado nunca.

—En cada vida, en cada reino, en cada espacio de tiempo, mi amor por ti es eterno, Malum.

Descendió sobre mí como si llevara días sin comer. Me vi sobrecogida de emoción y los ojos se me llenaron de lágrimas cuando el orgasmo más intenso y abrumador que había experimentado jamás se adueñó de mi cuerpo y alteró cada centímetro de mi ser.

Me derrumbé sobre él, totalmente agotada y satisfecha. Nos quedamos así durante un rato, sosteniéndonos y mirándonos a los ojos, hasta que acabé volviendo a la realidad y recordé que no estábamos solos, que era imposible que Eli no nos hubiera oído.

En cuanto pensé en él, tomé plena conciencia de lo sucedido y caí en la cuenta de que algo iba mal. Me incorporé para mirar hacia el lugar donde Eli había estado durmiendo.

Pero allí no había nada más que las dos camisas arrugadas con las que lo había cubierto.

Se había ido.

CAPÍTULO 5

Caly

Después de recorrer la zona colindante a la cueva sin encontrar rastro de él, llegamos a la conclusión de que, al despertarse, Eli debía de haber decidido adelantarse para llegar al lago Sheridon primero. Al menos eso era lo que Mendax no dejaba de repetirme para tranquilizarme. ¿Cómo podía haber dejado que pasara aquello? ¿Cómo podía haber sido tan desconsiderada e irresponsable como para haber hecho algo así delante de Eli?

Salimos de la cueva tras decidir que lo mejor sería encontrarnos con él en el lago, si es que se dirigía hacia allí, claro. ¿A dónde habría ido si no? ¿En qué estaría pensando en esos momentos? Debió de sentirse fatal al despertarse y encontrarse a su mejor amiga y supuesta prometida echando un polvo con su mayor enemigo justo delante de sus narices. Bastante había tenido ya con habernos visto follar por culpa del hidromiel feérico.

Lo último que quería era herir a Eli. Había hecho lo imposible desde que éramos pequeños para asegurar su bienestar y ahora yo misma lo había herido.

Quererlos a los dos era difícil, pero intentar reprimir mis sentimientos lo era mucho más. Mi único consuelo era saber que Eli podía sentir parte de lo que yo sentía gracias al lazo y que era consciente de lo inútil que me resultaba luchar contra mi amor por ellos. Con Mendax todo se reducía a eso. Parecía ser incapaz de mantenerme alejada de él. Éramos como un par de imanes, y cuanto más trataban de separarnos, más nos necesitábamos.

Mi amor por Eli tampoco se quedaba muy atrás. Al contrario, las partes de mi ser que lo amaban eran mucho más numerosas. Mi yo tranquilo, seguro y digno de confianza se apoyaba en él. Esa versión de mí, la que lo amaba, era aquella de la que me fiaba, la que sabía que me convenía. Lo que sentía por él era distinto a lo que sentía por Mendax: también me consumía, pero lo hacía de una manera cómoda. No era capaz de imaginarme una vida sin Eli, y sabía, ante todo, que tampoco querría seguir adelante sin él. Siempre había sido el único capaz de hacerme sentir segura, porque era el único en quien podía confiar ciegamente.

Ver su rostro bello y familiar ya adulto después de haber pasado tantos años separados había añadido una cierta atracción a la mezcla de sentimientos que despertaba en mí, y eso me había confundido. Yo siempre lo había querido, pero después de conocer a Mendax, sabía que jamás podría amarlo de la misma manera. En cualquier caso, estaba segura de que pocos habían tenido la suerte de experimentar un amor tan intenso como el que sentía por él.

Lo que estaba a punto de pasar se asentó en mi estómago como los síntomas de un envenenamiento en estadios tardíos: uno de los dos moriría por mi culpa aquella misma noche en el Moirai.

Mendax y yo caminamos en silencio, deteniéndonos de vez en cuando para recoger setas y bayas para comer. El suelo estaba cubierto por una capa de nieve densa y silenciosa. El bosque de La Linde parecía no tener fin, y en cierto sentido, imaginaba que no era una mera forma de hablar. En más de una ocasión me había desviado de nuestro rumbo y Mendax había tenido que devolverme al camino. Según parecía, el fae no solo destacaba por su devastadora belleza, sino por un impecable sentido de la orientación por el que cualquier humano habría matado.

La quietud invernal que se respiraba en el aire era tan sofocante que incluso me sobresalté al notar una brisa gélida. Levantó una fina capa de nieve del suelo y me la lanzó a la cara, de manera que los copos de nieve me arañaron las mejillas ya de por sí heladas como si fueran pedacitos de papel de lija. Me sequé la cara con la manga…

La manga de Eli. Las tenues notas cítricas de su olor se quedaron conmigo un buen rato después de apartarme la tela de la nariz. Me embargó una nueva ola de preocupación. ¿Y si le había pasado algo al salir de la cueva? ¿Y si no había seguido adelante?

Eli no se merecía nada de lo que le había pasado. No merecía nada de lo que su madre, Mendax y yo le habíamos hecho. Era la persona más buena (aparte de mi hermana) que había conocido nunca. Mi madre también era maravillosa, pero nos había ocultado bastantes cosas. Ahora más que nunca, estaba segura de ello. Echando la vista atrás, me daba cuenta de que fue una mujer con ciertas peculiaridades. Habría dado lo que fuera por poder volver atrás en el tiempo y preguntarle por ciertos detalles, como su tatuaje, por ejemplo, un esqueleto etéreo que sostenía una anilla con llaves antiguas. Nunca me había encajado con su estilo, y ella nunca había hablado de él. Por supuesto, también me habría gustado saber por qué había tenido dos hijas con un hombre que casi podía ser considerado un dios para luego no mencionarlo nunca, salvo para decirnos que nos había abandonado. Sin contexto ni explicación alguna.

Reparé en una pequeña huella en la nieve.

—¡Espera! —le grité a Mendax.

Era un triángulo de puntas redondeadas acompañado de cuatro huellas de almohadillas. Estuve a punto de dejar escapar un aullido de alivio. No me extrañaba que no hubiéramos visto ni una sola huella del 47 en la nieve. Se había transformado. Con el frío que hacía, y sin camisa, seguro que había sido lo más cómodo incluso para alguien con una temperatura corporal tan alta como él. Me rodeé el torso con ambos brazos para sentir la calidez de la tela de su camisa. No debería haber tenido que salir solo.

Se merecía algo mejor.

—Son las huellas de Eli —dije señalándolas con una sonrisa—. Debe de haber…

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando algo se movió en el hueco de una de las huellas.

Era imposible que fuera lo que yo creía.

Me tiré de rodillas al suelo y me agaché para verla mejor.

—Las técnicas humanas de rastreo son un misterio para mí, pero como se te ocurra chupar la nieve…

—¡Es… es una mariposa cristal! —exclamé mirando a Mendax estupefacta.

Él se limitó a apretar los dientes y mirarme fijamente en respuesta.

La última vez que había visto una mariposa así, Adrianna todavía estaba viva.

Me tumbé con cuidado sobre la nieve para estudiar más de cerca a la majestuosa criatura alada. La cálida sensación de la nostalgia me envolvió al verla mover las antenitas antes de agitar las alas y salir volando. Me quedé allí sentada admirando el tejido transparente como el cristal de una ventana de sus alas hasta que se perdió en la distancia.

Mendax me agarró la mano y tiró de mí para ponerme de pie antes de ayudarme a quitarme la nieve de la ropa. Era una suerte que la nieve y la sensación térmica de aquel lugar no fueran tan frías como las del mundo humano, porque, de lo contrario, ya estaría sufriendo hipotermia. ¿Era ese el motivo por el que las mariposas sobrevivían en aquellas condiciones? Aunque…

—¿Cómo es posible que una mariposa cristal aguante este frío pero que las mariposas luna y las mariposas monarca mueran? —le pregunté a Mendax.

Él entrecerró los ojos como si lo hubiera ofendido.

—¿Y yo qué sé? Que yo recuerde, nunca había visto uno de esos bichejos. Además, son muy pequeñas. Mis mariposas luna las aplastarían sin despeinarse.

Preferí no reaccionar, porque no podría haberme dado una respuesta más típica de un hombre.

—La última vez que vi un ejemplar de estas mariposas estaba con mi hermana.

—La echas mucho de menos para llevar tanto tiempo sin verla. Por aquel entonces solo era una niña —comentó.

Abrí la boca, lista para hacerlo pedazos, pero me lo pensé mejor. A veces era tan atento y dulce conmigo que se me olvidaba que yo parecía ser la única persona por la que era capaz de sentir algo.

—Sí —me limité a responder.

—Yo echo de menos a Walter y a mi madre.

Por alguna razón, su confesión me pilló por sorpresa. Siempre había sabido que consideraba a Walter un amigo muy querido, aunque una parte de mí sospechaba que él no había sido consciente de ello hasta que lo había perdido.

—Yo también echo de menos a Walter —coincidí, dándole un apretón en la mano—. Por desgracia, descubrirás que el paso del tiempo, en vez de aliviar el dolor, no hace más que empeorarlo. —Asentí con solemnidad—. Supongo que yo tengo suerte de ser humana. Solo tendré que echarlos de menos durante otros cuarenta años. Tú… tú vas a tener que lidiar con ello para el resto de tu larguísima existencia.

—O durante solo unas pocas horas más —respondió con una sonrisa que no le devolví.

CAPÍTULO 6

Caly

—Entonces, ¿el Moirai está en el lago Sheridon?

Recorrimos el último tramo del bosque tan en silencio que hice aquella pregunta solo para tener la excusa de escuchar la voz de Mendax… o de que el espeluznante bosque la oyera. Por mucho tiempo que pasara en los reinos de los fae, jamás me acostumbraría a ellos. No se parecían en nada al mundo humano. La magia que se respiraba en el ambiente hacía que todo estuviera tan cargado de energía que ya solo el entorno resultaba abrumador.

Cuanto más avanzábamos, más extraña era la sensación que transmitía el bosque nevado. Se me revolvía el estómago al pensar que Eli había pasado por allí solo, aunque también cabía la posibilidad de que fuera culpa de las bayas que acababa de comer. ¿Y si le había pasado algo por el camino? ¿Cómo lo encontraríamos entonces? Él se habría desesperado de haber sido yo la que hubiera salido sola.

Mis pies reclamaron mi atención por un momento. Las botas que llevaba eran duras y resistentes, pero no habían impedido que me salieran ampollas. Tenía los dedos completamente dormidos, aunque no sabía si era por intentar seguirle el ritmo a un fae de casi dos metros o por el frío que hacía.

Tolerar las bajas temperaturas me había resultado mucho más fácil teniendo a Eli cerca. Gracias a su poder como Maestro del Sol, irradiaba una cantidad de calor considerable de forma natural, pero empezaba a sospechar que aquella no era la única explicación para

el cambio que estaba notando. Antes de que la guadaña hubiera herido a Eli y a Mendax, apenas había notado el frío de la nieve. Por si fuera poco, no había sentido ni una sola molestia. Incluso las partes de mi cuerpo que llevaban meses doliéndome habían dejado de hacerlo. De hecho, me habría atrevido a decir que incluso habían sanado. El vínculo y el lazo habían estado librándome del dolor mucho antes de emprender aquel viaje. Como yo era noventa y nueve por ciento humana, los chicos me habían repetido hasta la saciedad que la conexión mágica que compartíamos acabaría conmigo primero, que empezaría a notar sus efectos antes y que mi salud se deterioraría. Y así había sido. A mi cuerpo le costaba incluso recuperarse de los cortecitos más insignificantes. Además, tenía achaques de todo tipo. Por supuesto, aquello no se lo había contado a nadie. ¿Por qué iba a hacerlo?

Sin embargo, un día, de la noche a la mañana, el dolor desapareció. Me sentía tan fuerte como un roble. Ni siquiera notaba la molestia crónica que tenía en la pierna o cosas más típicas, como el dolor de regla. (¿El mejor truco para conseguir que un viaje resulte incómodo? Intentar explicarle a dos fae en qué consiste la menstruación humana, porque, sorpresa, según parece, además de ser guapas a rabiar y tener un cutis perfecto, las fae no menstrúan).

Ni siquiera sabía si era posible, pero no podía evitar preguntarme si habían estado haciendo algo a través del vínculo o el lazo para ayudarme.

—¿Eh? —gruñó Mendax, que evidentemente tenía la cabeza en otra parte, muy muy lejos de La Linde.

—El Moirai. Ya sabes, el lugar donde están los Hados. Donde los Ascendidos viven con mi padre. Donde cabe la posibilidad de que tú y yo muramos —expliqué con sorna.

Mendax encontró mi mirada con una expresión fulminante que, como no podía ser de otra manera, me hizo sentir la necesidad de apretar los muslos. Carraspeé y traté de reprimir una sonrisa.

Soles santos, estaba muy mal de la cabeza.

—El lago Sheridon es el lago Sheridon —sentenció sonando algo molesto.

—Veo que no solo eres el príncipe del humo, sino también de la palabra. ¿Te importaría explicármelo mejor, oh, grandioso erudito?

Tuve que apartar la mirada para no echarme a reír. Mendax no estaba tan acostumbrado a mi lado sarcástico como Eli. Notaba su mirada asesina, sexi y oscura, clavada en el cogote.

—El Moirai aparece sin más. Al menos, eso es lo que se cuenta. Nunca me habían invitado a visitarlo antes, así que, como comprenderás, voy tan a ciegas como tú. Pocos son quienes tienen acceso a él, y todavía menos los que vuelven de allí. No se puede acceder sin permiso, y según me han dicho las poquísimas personas que han regresado, la entrada va cambiando y aparece solo cuando es estrictamente necesario para proteger a los Hados y los Ascendidos.

Me agarró de la mano mientras caminábamos. Lo hizo como si nada, pero aquel simple gesto me dejó boqueando como un pez fuera del agua. Era extraño, pero que el príncipe de la muerte y la oscuridad me estrechara la mano como si fuera un quinceañero probando a demostrar su afecto por primera vez no me resultaba nada… chocante.

Me dio un apretón para asegurarse de que nuestras manos permanecían entrelazadas justo como él quería y siguió adelante como si fuera la cosa más normal del mundo.

Y así era.

Seguí respirando con la boca abierta como una tonta y sin apartar la mirada de nuestro despreocupado punto de contacto. Un doloroso pellizco me atravesó el corazón, que apenas volvía a estar de una pieza. Le devolví el apretón y me invadió una deprimente sensación de tristeza. Habría dado lo que fuera por haber sentido aquello años antes. Entonces habría podido saborear mi relación con Mendax y empaparme bien de ella en vez de tener la sensación de estar contando los minutos que nos quedaban juntos.

Tenía que encontrar la manera de sacar a Mendax del Moirai con vida. Y también a Eli. Yo debería ser la única que muriese. Aunque otros no vieran el lado bueno de Mendax, yo sí que lo veía, y haría lo que estuviera en mi mano para mantenerlo sano y salvo. Nadie más perdería la vida por mi culpa. No lo permitiría.

—Además —Mendax interrumpió mis aterrados pensamientos y me transportó de vuelta al frío y espeluznante bosque—, el Moirai no estará en el lago Sheridon.

Me aparté de él y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? El pergamino indicaba que para llegar al Moirai teníamos que ir al lago Sheridon.

—No, decía que allí encontraríamos más información para saber cómo proceder. —Volvió a hablar tras unos minutos de silencio—. Deberíamos estar cerca… Ahí. ¿Lo ves? —Señaló un punto justo detrás de la colina que se alzaba ante nosotros.

Pero lo único que veía era un campo nevado enmarcado por abetos de un color azul verdoso, cubiertos también por un manto blanco. Solía encantarme la nieve, pero después de aquel viaje, empezaba a sospechar que jamás volvería a verla con los mismos ojos.

—Ahí —insistió, colocándose detrás de mí para orientarme la cabeza en la dirección correcta.

Más allá de la punta de su dedo se vislumbraba una mancha negra en medio de la nieve, escondida entre los árboles y pegada a las montañas que se avistaban a lo lejos. Parecía un estanque sin fondo donde las pesadillas iban a darse algún que otro chapuzón y a reproducirse.

—¿Crees… crees que Eli estará allí? —le pregunté tragando saliva.

¿Por qué no podía haberme controlado con Mendax? Si me hubiera quedado en mi puto lado de la cueva, Eli no se habría ido. Santos soles, seguro que estaba cabreadísimo conmigo. Técnicamente, seguíamos prometidos, aunque aquello tampoco importaba mucho si teníamos en cuenta que uno de nosotros moriría en las próximas horas. Por no hablar de lo… que habían cambiado

las cosas después de haber pasado tanto tiempo juntos en aquel viaje. No era algo malo, solo… diferente. No sentía algo romántico entre nosotros, y no podía evitar preguntarme (con cierta esperanza también) si él habría notado también ese cambio.

—Está ahí. Oigo su corazón latiendo a mil por hora desde aquí. Y no está solo —dijo Mendax cerrando los ojos y ladeando la cabeza ligeramente hacia la izquierda.

Joder, menudo truquito de feria más espeluznante.

—Tenemos que darnos prisa. ¿Y si tiene problemas? —exclamé después de echar a correr—. ¡Rápido! Tú llegarás antes que yo. Seguiré tus huellas.

Pese a mis esfuerzos por acelerar el paso, Mendax seguía justo detrás de mí.

—No —sentenció.

Aunque había empezado a correr, el oscuro tenía las piernas tan condenadamente largas que todavía me costaba sacarle ventaja.

—No es mi amigo, así que espero que se muera —refunfuñó.

Ya no podía más.

Me detuve tambaleante y bajé la vista al suelo. Las botas de Mendax dejaban huellas sucias y profundas en el manto de nieve virgen.

—Me importa una mierda que llevéis toda la vida peleando por vuestras mamaítas. ¡Estoy harta de oír amenazas! ¡De… de las cicatrices y las amenazas! Cada vez que os dejo solos, intentáis mataros el uno al otro. ¡Te he dicho que no puedes matarlo!

—Por ahora… —gruñó después de pararse unos pasos por delante.

—¡Ni ahora ni nunca! —repliqué. La nieve crujió bajo mis pies cuando salvé la distancia que nos separaba. El imponente fae casi tuvo que doblarse por la cintura para mirarme—. No pude proteger ni a mi madre ni a Adrianna. Eli es la única persona a la que considero parte de mi familia que me queda con vida, y no pienso permitir que le pase nada, ¿me oyes? —Las lágrimas cayeron obstinadamente por mis mejillas y me dejaron surcos helados en la

piel—. Te mataré si hace falta, Malum, pero no toleraré que le hagas daño.

Me ardieron los ojos, y estuve a punto de echarme de nuevo a llorar, pero la mirada fría y amarga que tenía clavada en Mendax mantuvo a raya las lágrimas.

El príncipe oscuro parpadeó durante un momento mientras procesaba mis palabras.

Me rodeó el cuello y me empujó hasta presionarme contra el tronco de un pino. Se me entrecortó la respiración, pero no hice nada por eludir el contacto. No me veía capaz de hacerlo, y, siendo sincera, tampoco quería apartarme de él. Me gustaba que Mendax descargara su rabia contra mí. Era algo que entendía. Un lenguaje que ambos hablábamos con fluidez.

—¿Me matarías para mantenerlo a él con vida? —me preguntó.

La cólera le surcó la frente y los ojos de arruguitas. Todo él destilaba rabia salvo su voz, pues en su susurro se alcanzaba a detectar algo similar al dolor. Al notar que aflojaba un poco la mano, aproveché para agarrarlo del brazo y alejarlo de mí de un empujón ante el cual no opuso resistencia. Se me encogió aún más el corazón.

—¡Tú jamás lo entenderías! —grité apretando los dientes—. Os quiero a los dos de manera muy distinta. Por fin he entendido que Eli y yo bien podríamos compartir sangre.

Escudriñé cada centímetro de su hermoso rostro mientras esperaba su reacción. Mendax bajó la vista al suelo mientras parecía reflexionar y luego apretó los dientes y habló con un tono carente de emoción, sin atisbo alguno de ánimo o esperanza. No había reparado en aquellos detalles hasta que desaparecieron de su voz.

—Bueno, pues te sugiero que te des prisa, porque su ritmo cardiaco me dice que tu damisela está en apuros.

—Malum, no…

—¿Te has dado cuenta de que solo me llamas así cuando decides interponerte en mi camino de una manera u otra? —dijo con un rictus mezquino.

Puse los ojos en blanco.

—¡Vamos! —exclamé antes de echar a correr.

No podía permitirme pensar en el daño que acababa de hacerle a Mendax. Eli me necesitaba.

Las botas se me resbalaban con cada paso que daba, así que estuve a punto de caerme al suelo unas cuantas veces. La capa de nieve parecía haberse espesado, y tenía la sensación de que me costaba más avanzar que unos minutos antes, cuando todavía no sabía que Eli estaba en peligro. Incluso los movimientos más sencillos parecían costarme un triunfo. El bosque invernal no estaba hecho para las prisas.

—¡Joder! —grité.

Estuve a punto de echarme a llorar al ver lo poco que había avanzado a pesar del enorme esfuerzo que había hecho. Los nudillos enrojecidos por el frío se me agrietaron al apretar los puños a los costados y darle una patada a los pocos centímetros de nieve que cubrían el suelo ante mí. Lo único que conseguí fue que se me metiera nieve en las botas y se me congelaran los tobillos. Aquella fue la gota que colmó el vaso. Eli me necesitaba y yo iba a fallarle igual que había fallado a mi madre y a mi hermana. Sin embargo, me tragué mi frustración y seguí adelante prometiéndome que avanzaría más si tenía un poco de paciencia.

Levanté el pie para aplastar la nieve de un pisotón, pero algo me dio la vuelta y el paisaje de ramas blancas y suelo nevado empezó a botar y a mecerse de lado a lado a través de una nube de humo negro.

—Pero ¿qué narices…?

Comprendí que Mendax me había cargado al hombro, aunque nos estábamos moviendo demasiado deprisa como para ir caminando… ¿Y por qué estábamos botando tanto?

Cuando me volví para ver qué pasaba, no podía dar crédito a lo que me encontré.

Dos enormes bestias translúcidas hechas de humo negro avanzaban a toda velocidad ante nosotros surcando la nieve como si

fuera agua. Las brumosas creaciones lobunas de Mendax rugían como demonios. Tenían las características de un lobo, pero eran tan grandes como caballos. Unos zarcillos de humo negro escapaban con virulencia de sus ollares. Mendax levantó unas largas y densas riendas de humo y espoleó con ellas a las dos bestias. El príncipe oscuro había fabricado un trineo de humo.

Los árboles se desdibujaron a nuestro alrededor. La nieve que levantaba nuestro nuevo transporte me azotaba la cara porque seguía colgada de la espalda de Mendax. En cuanto me relajé contra su cuerpo, todo cambió. Jadeé al notar que Mendax aflojaba su agarre en torno a mí y me dejaba caer sobre un montículo de nieve y ramas rotas.

Las criaturas de humo desaparecieron, se evaporaron por completo como si nunca hubieran existido. Mendax se puso de pie y se sacudió la nieve de los hombros con una expresión decepcionada que me dijo cuanto necesitaba saber.

—Estás seco. No te quedaba magia suficiente para mantener a esas dos criaturas, ¿verdad? —le pregunté con la respiración entrecortada.

Mendax ya no podía ocultarme nada. Sus ojos fríos y azules me escudriñaron con actitud derrotada. Abrió la boca mientras yo me incorporaba, pero luego apretó los dientes con fuerza.

—Supongo que por eso el héroe es él, ¿no? Los rescates nunca han sido mi fuerte —dijo con tono sombrío.

Tardé un poco, pero conseguí abrirme camino a través de los montículos de nieve para llegar hasta él.

—Me has estado cediendo tus poderes a través del vínculo, ¿no es así? —Solté una palabrota cuando todo cobró sentido—. ¡Y mira lo que has conseguido! ¡Te has quedado sin una sola gota de poder justo antes de… solo los soles saben qué! ¿Por qué lo has hecho? —El miedo se adueñó de mis pensamientos—. ¿Tan mal estoy? ¿Tanto me han consumido el vínculo y el lazo? ¿Por eso he estado sufriendo rachas intermitentes de dolor?

—Eres hum…

—¡Que ya lo sé, joder! —aullé al haber perdido la poca compostura que me quedaba—. ¡Lo sé de sobra! —Di una vuelta movida por la exasperación, sin saber muy bien cómo arreglar la situación—. ¿Eli también ha estado insuflándome su poder? —le pregunté, mientras pensaba en todas las señales que había estado pasando por alto como una idiota.

—Estoy bastante seguro de que sí, aunque no lo hemos hablado nunca —admitió, tan rígido como los carámbanos que colgaban de las ramas de los pinos.

Nos miramos durante un momento.

Yo tenía los dientes tan apretados que noté un chasquido en la mandíbula.

—Da igual que los rescates sean lo tuyo o no, porque sabes de sobra que yo nunca he querido que me salven —le recordé.

Mendax asintió en silencio y seguimos adelante.

CAPÍTULO 7

Caly

Una neblina gris se levantaba de la superficie helada del lago Sheridon. Se perdía en el aire como las almas al escapar de sus confines.

Alrededor del lago se respiraba el mismo aire de decadencia, de incómodo vacío, que en el resto de La Linde. No había viento. Daba la sensación de que incluso los árboles temían hacer ruido y despertar a alguna de las criaturas que habitaban aquella área tan espeluznante y hostil.

Localicé con facilidad el único rayo de sol que brillaba en el paisaje: Eli estaba sentado sobre un tronco caído junto a la orilla.

Por la forma en que Mendax había descrito lo rápido que le latía el corazón, había esperado encontrarlo enzarzado en alguna batalla encarnizada, rodeado de miles de monstruos horribles. Y Mendax debía de haber pensado lo mismo, porque intercambiamos una mirada de confusión al acercarnos al fae rubio. Algo no encajaba y me estaba poniendo los pelos de punta.

Eli, que sin duda debía de haber oído nuestras afanosas pisadas, se volvió para mirarnos. Ignoró a Mendax y posó la vista en mí con una expresión profundamente decepcionada.

Me invadió una oleada de vergüenza en cuanto recordé el motivo por el que Eli se había marchado de la cueva, pero todas mis preocupaciones desaparecieron en cuanto me fijé en lo que sostenía.

—¿Qué has hecho? —le pregunté antes de abalanzarme hacia él.

La mirada decepcionada de Eli se transformó en avergonzada al sostener las manos en alto. El tintineo de los pedacitos de cristal roto resonó por todo el valle.

—El pergamino ya estaba roto cuando llegué.

—Para el carro, Solete. El puesto de cabrón astuto y mentiroso del grupo ya está cubierto —intervino Mendax—. Te sentó mal despertarte y descubrir a la que según tú es tu prometida empalada en mi polla como un pincho moruno, así que te marchaste para encontrar la siguiente pista de Zef antes que nosotros y la rompiste como el niñato quejica y envidioso que eres.

Eli fulminó a Mendax con la mirada y una descarga mágica me recorrió de pies a cabeza. Notaba el odio que se profesaban recorriendo como una descarga eléctrica tanto el vínculo como el lazo. Tuve que morderme el interior de la mejilla para no gritar.

Me fijé en las líneas que habían aparecido bajo los ojos cansados de mi amigo. Confiaba en Eli. No tenía motivos para sabotear nuestro viaje al Moirai. Quería romper mi vínculo con Mendax tanto como el príncipe oscuro quería cortar el lazo.

—Es que…, es que es raro… —traté de razonar con él.

Eli salvó la distancia que nos separaba con un último paso y me apartó un mechón rebelde de la cara con suavidad. Frunció las cejas.

—Sé que parece que miento, pero te juro que me lo he encontrado así, Calypso.

Miré a nuestro alrededor y agucé el oído para ver si daba con algo que explicara lo ocurrido. No tenía ningún sentido. ¿Quién iba a haberlo roto? Estábamos solos.

—El otro pergamino nos lo entregó un halcón —dije mientras intentaba encajar las piezas del rompecabezas. Parecía bastante improbable que hubieran dejado el manuscrito allí en medio, donde cualquiera pudiera verlo y llevárselo.

—Estaba buscando los pedazos que faltan cuando habéis llegado. Si son lo bastante grandes, podremos juntarlos y leer el mensaje —murmuró Eli.

Al tenerlo más cerca, el dolor que le crispaba las facciones era imposible de ignorar. Nunca dejaba de sorprenderme lo mucho que cambiaba cuando no sonreía. Además, me hacía pensar en lo extraño que era verlo serio. Las sonrisas eran su mejor atributo. Como estaba en su naturaleza mostrarse feliz y sonriente, su actitud y su aura resplandecientes resultaban extrañas en ausencia de su sonrisa, como si el mundo se hubiera partido en dos.

Sabía que estaba siendo sincero. Lo habría cazado al vuelo si me hubiera estado mintiendo.

—Bueno, pues…

Me interrumpí al acordarme de «Earl» y el bosque de Michigan. Eli ya había conseguido mentirme antes. ¿Y si no lo conocía tan bien como pensaba? Carraspeé y volví a intentarlo:

—Bueno, pues encontremos los demás trozos.

Vi un destello junto a sus pies, así que me agaché para coger los pedazos que había pasado por alto antes de que los pisara sin querer.

Se me entrecortó la respiración al ver que los delgados fragmentos se resquebrajaban entre mis manos. Porque no eran cristales, sino mariposas heladas.

—¿Por qué hay ejemplares de esta especie en esta zona? Están todas congeladas y muertas, lo que deja claro que no son autóctonas. —Miré a los dos fae. Las mariposas luna y las mariposas monarca que solían seguirlos habían ido muriendo desde que llegamos a La Linde—. Esto no tiene ningún sentido. —Centré mi atención en Mendax—. Estas mariposas cristal deben de acompañar a alguna otra criatura, y si lo que dice Eli es cierto, me temo que ese alguien está intentando impedirnos llegar al Moirai.

—Él ya sabe dónde está el resto de los fragmentos —dijo Mendax refiriéndose a Eli en tono acusador.

—¿Y bien? —le pregunté al luminoso volviéndome hacia él—. ¿Dónde están?

Mi mejor amigo dejó caer la mirada y enseguida supe que lo que estuviera a punto de decir no me iba a hacer ninguna gracia. Sin

embargo, en vez de responder, señaló en dirección a las aguas negras del lago.

Allí, en el hielo, a unos treinta metros de la orilla, yacía un halcón negro junto a otro pedazo del pergamino de cristal.

—Santos soles —susurré boquiabierta.

—Sí, está claro que alguien no quiere que lleguemos al Moirai —coincidió Mendax.

—Pero ¿cómo es posible? No hemos visto más huellas. Somos tres, así que alguno debería haber oído algo, ¿no? —pregunté perpleja.

Mendax se encogió de hombros antes de acercarse a la orilla del lago y analizar la situación.

—Soy la que menos pesa. Iré yo a por el resto del pergamino y…

Mis palabras y mis pasos se vieron interrumpidos de golpe por Eli, que me apartó del lago con una sacudida.

—¡No! Mira. —Después de soltarme, se volvió hacia Mendax y extendió la mano—. Dame una de tus botas.

Mendax miró hacia la izquierda antes de echar un vistazo por encima del hombro.

—¿Cómo dices?

—Que me des una de tus botas —repitió Eli meneando los dedos con impaciencia.

—Ni de broma.

—Pues vale. Entonces dame la coraza.

—¡Usa la tuya! —exclamó Mendax poniendo mala cara y dando un par de pasos atrás.

El frío me pellizcó los dedos de los pies envueltos en lana cuando me quité una bota y se la di a Eli. Entonces fue su turno de poner mala cara y devolverme el zapato con delicadeza.

—¿Qué haces? ¡Se te va a empapar el pie! Vuelve a ponértela. —Eli esbozó una mueca y se volvió para apuntar al pecho de Mendax con un dedo acusador—. Mira lo que has conseguido. Deja de hacer el gilipollas y dame tu coraza. Te la devolveré enseguida.

—Si se ha mojado el pie ha sido porque ella ha querido quitarse la bota, así que a mí no me culpes.

Mendax puso los ojos en blanco, pero por fin accedió a quitarse la coraza negra que llevaba colgando de la parte de atrás de su cinturón y se la lanzó a Eli.

El luminoso se acercó a la orilla del lago, se retorció y lanzó la coraza a la superficie helada. La armadura se deslizó por ella hasta detenerse sobre la nieve que espolvoreaba la capa de hielo.

—Serás hijo de puta —rezongó Mendax.

Eli levantó una mano para mandarlo callar y el otro fae contempló impasible el lago inmóvil.

Mendax y yo intercambiamos una mirada, y cuando estaba a punto de preguntarle a Eli si se había golpeado la cabeza en algún momento, una silueta grisácea surcó las aguas negras del lago y golpeó la parte inferior de la capa de hielo con tanta fuerza que noté la vibración en los tobillos desde la orilla.

Eli encontró mi mirada con un suave asentimiento, animándome en silencio a no apartar la mirada del lago.

Se oyeron unos cuantos golpes más bajo distintos puntos del hielo y se me pusieron los pelos de punta. Según parecía, había varias criaturas en el agua, y la coraza las había cabreado a todas por igual. ¿Cómo nos las íbamos a arreglar para recuperar el pedazo de pergamino si no podíamos cruzar el hielo?

—¿Un kelpie? —le preguntó Mendax a Eli.

—Creo que no. He visto un par de manos. Aquí en La Linde no hay forma de saber qué criatura será. Lo más probable es que sea una de la que no hemos oído hablar nunca.

El lago volvió a quedarse en silencio cuando las criaturas se tranquilizaron y sus siluetas borrosas se perdieron en las profundidades.

—Santos soles —repetí.

—Ya he intentado ir a recuperarlo, pero creo que nos huelen o algo así. No di más de dos pasos y el hielo empezó a crujir como si fuera a partirse. Una de esas cosas intentó abrirse paso hasta mí a

mordiscos. Estaba intentando encontrar la manera de recuperar el resto del pergamino cuando habéis llegado.

—¿Y no tenías otra forma de demostrárnoslo que tirando mi coraza? —le preguntó Mendax lanzándole una mirada fulminante.

—¿De verdad creías que iba a dejar que Cal pusiera un solo pie en el hielo para recuperar su bota? Deja de echar humo y ve a por la coraza. Ah, y ya que estás, aprovecha para coger el pedazo de pergamino, ¿quieres? —lo azuzó Eli—. Yo que tú me daría prisa.

—Pero yo soy la que menos pesa… —intervine.

—¡No! —dijeron al unísono interrumpiendo el concursito de miradas asesinas en el que estaban inmersos.

—¡Joder, dejad de hacer eso! —refunfuñé con un estremecimiento.

—Ve tú a salvar el día. Vuela hasta allí como el puto héroe resplandeciente que eres y recupera las dos cosas —rugió Mendax.

A Eli se le crispó un músculo de la mandíbula, y habría podido jurar que oí el chasquido de uno de sus dientes al partirse.

—Como ya sabes, no me queda la energía suficiente para volar. Me llevará tiempo recuperarme. —Encontró mi mirada fugazmente.

—Es por mi culpa —dije con voz entrecortada. Eli clavó la vista en mí y empezó a negar con la cabeza, pero lo interrumpí—. Sé que has estado pasándome tu poder a través del lazo para que no sintiera ningún dolor y para mantenerme sana. Y Mendax ha estado haciendo lo mismo por medio del vínculo.

Eli le dio un puñetazo a Mendax en toda la cara antes de que él tuviera tiempo de reaccionar.

—¡Pedazo de cabrón! —exclamó el luminoso.

Mendax sonrió de oreja a oreja. Se le ensombreció la mirada al limpiarse la sangre negra de la mejilla.

—¡Parad de una vez! —grité interponiéndome entre los dos.

—Solo se te ocurre a ti cederle tu poder a través del vínculo y luego decírselo, pedazo de cabrón. ¿Cómo esperabas que fuera a tomárselo?

Eli trató de esquivarme para volver a golpear a Mendax, pero se lo impedí rodeándolo en una especie de abrazo.

—No lo entiendo. ¿No habría sido mejor que los dos me apoyarais con vuestro poder? De esta forma, cada uno habría gastado la mitad de energía.

Mendax se rio entre dientes y Eli se sonrojó.

—Igual que una misma persona no puede mantener un lazo y un vínculo a la vez, tampoco puede aceptar una transferencia simultánea de poder a través de ellos. Es demasiado peligroso. Podría haberte matado —explicó Eli, que consiguió zafarse de mí y le dio un fuerte empujón a Mendax en el pecho.

—¡Ya vale!

—¿Crees que Caly iba a morir por tener una cantidad de poder sanador demasiado elevada corriéndole por las venas? —preguntó Mendax con una sonrisa maliciosa—. Sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—¡Por esto no me fío de ti! —le gritó Eli a la cara—. Si de verdad te importara, no te habrías arriesgado a ponerla en peligro. ¡Ni siquiera sabías cuánto poder le estaba transmitiendo yo! ¿Y lo de follártela en la cueva? Tenías que asegurarte de que os viera, ¿no? Eso es justo lo que querías. Dime, ¿acaso te pasas las horas buscando maneras de hacerle daño a ella y de vengarte de mí? Vas a morir en el Moirai porque eres la peor persona de los tres. Los Hados saben quién se preocupa de verdad por Cal, y a ellos no vas a poder engañarlos como haces con ella.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. Era ella quien me estaba follando a mí, porque te recuerdo que estaba encima —replicó Mendax con una retorcida sonrisa.

—Se acabó. Voy a matarlo, Cal —dijo Eli—. ¿Cal?

El suelo tembló cuando los espeluznantes golpes de las criaturas volvieron a resonar por el lago helado. Apenas alcanzaba ya a oír las palabrotas de Mendax y Eli mientras cruzaba la resbaladiza capa de hielo lo más rápido posible intentando no mirar a los monstruos que acechaban bajo ella. Los dos me estaban gritando, pero no me

permití escucharlos. Tenía que centrarme en el pedazo de pergamino que resplandecía sobre la fina capa de nieve blanca como un faro en medio del lago negro.

—Jod… ¡Ah!

Me resbalé al notar una sacudida justo debajo de mí, y aunque recuperé el equilibrio antes de caer, cometí el error de establecer contacto visual con la cosa grisácea del agua.

Era horrible. Por su piel clara y de textura lisa, casi me recordaba a una beluga. Sin embargo, a diferencia de esos animales, tenía el tren superior similar al de un humano, con las manos y los brazos muy largos. Y ahí acababan las similitudes con los de mi especie. No alcanzaba a distinguir su forma más allá de su torso, pues la criatura estaba pegada a la cara inferior del hielo y esa era la única parte visible de su cuerpo. Hizo presión con la cabeza grisácea antes de echarse hacia atrás y volver a golpear el hielo con ella. No tenía rostro, pelo ni orejas, solo una boca llena de dientes largos dispuestos en espiral.

Ahogué un grito y di un par de pasos para intentar alejarme de la espantosa criatura que tenía justo debajo.

—Ay, mi… Ay, joder.

Se me pusieron los pelos de punta al comprobar que aquella aterradora cosa me perseguía a toda velocidad. Dio otro golpe en el hielo. Y otro más. Había como mínimo cuatro de aquellos monstruos a mi alrededor. Me tenían rodeada bajo el agua.

—Vale —me dije para intentar tranquilizarme—. Solo un par de pasos más y tendrás la clave para llegar al Moirai y matar a tu padre.

Cerré los ojos para centrarme en aquel consuelo, exhalé despacio y seguí adelante. El hielo resbalaba mucho y me impedía avanzar deprisa, pero hice todo lo posible por apretar el paso, desesperada por recuperar el pergamino y salir cuanto antes del lago.

¡Bam! Me di de bruces contra el suelo.

Sin perder un segundo, una de las criaturas sin rostro se colocó debajo de mí. Lo único que nos separaba era la capa de hielo

transparente, que seguro que no era tan gruesa como me habría gustado. A esa distancia, alcanzaba a oír los gritos amortiguados del monstruo en el agua. Me puse a cuatro patas intentando incorporarme con torpeza.

¡Bam! ¡Bam!

Golpeaban el hielo al unísono. Estaban colaborando para romper el hielo.

Miré hacia la derecha, horrorizada al oír un crujido. La placa estaba empezando a resquebrajarse a unos tres metros de mí. Recorrí la orilla con la vista, presa del pánico, y vi que Eli y Mendax me estaban gritando, aunque no alcanzaba a oír lo que me decían por culpa de la adrenalina y el rugido de la sangre en mis oídos.

Me incorporé como pude y eché a correr sin apenas levantar los pies del hielo. Como no me diera prisa, las criaturas iban a lograr atravesar el hielo. Y como me volviera a desplomar, corría el riesgo de romperlo yo y caer al agua.

Eli. Eli también moriría en ese caso.

Me deslicé con un ritmo tan firme como pude con renovada energía, llevándome de vez en cuando montículos de nieve blanca por delante. Estaba tan cerca ya que alcanzaba a ver las letras grabadas en el cristal del pergamino. La coraza negra de Mendax yacía a unos pocos pasos a la derecha de él.

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Los golpes se intensificaron. El hielo crujió y se abrió a mi espalda. El agua negra comenzó a brotar de las grietas y empapó la superficie congelada cuando una lámina de hielo triangular se desprendió y desapareció en las profundidades del lago.

El corazón me latía a mil por hora. Respiraba con dificultad. Arañé el suelo para arrastrarme hasta donde yacían el pergamino y el halcón muerto mientras notaba los temblores del hielo al romperse calándome hasta los huesos. Entonces vi un destello de luz centelleando en una pequeña zona del lago.

Estaba plagada de mariposas cristal. Entre ellas todavía había algunas batiendo las alas transparentes.

Rocé el extremo del pergamino roto con la yema de los dedos y este se deslizó por el hielo hasta alejarse un par de centímetros más de mí. El pájaro yacía completamente inmóvil, como un revoltijo de plumas negras con reflejos azulados.

Oí un chapoteo a mi espalda; el agua me salpicaba los pantalones a medida que el hielo se resquebrajaba. Me arrastré a duras penas hacia delante intentando no dejarme llevar por el pánico y romper todavía más la superficie que me sostenía hasta que por fin conseguí coger el pergamino.

Un alarido desgarró el aire, tan estridente que me hizo soltar el pedazo de cristal para cubrirme las orejas y protegerme del doloroso sonido. Detrás de mí, el hielo había terminado de partirse y una ola de agua turbia ondulaba en su lugar. No iba a poder volver por el mismo camino. Estaba atrapada, y no me quedaba más remedio que cruzar al otro lado.

Otro grito agudo brotó del agua, me sacudió hasta la médula y borró cualquier otro pensamiento de mi cabeza con su espantosa vibración.

Me agaché para recoger el fragmento del pergamino. No iba a permitir que esas… esas… cosas me impidieran llegar hasta mi padre.

—¡Calypso! —gritaban dos voces graves a mi espalda.

Un movimiento llamó mi atención, y yo misma dejé escapar un alarido al ver que una de las criaturas sin rostro salía del agua. El color enfermizo de su piel hizo que se me revolviera el estómago y que lo poco que había comido en las últimas horas me subiera por la garganta. Sin embargo, aquello no fue nada en comparación con lo que sentí al ver sus retorcidos dientes de marfil cuando profirió otro aullido. Extendió los brazos largos y de aspecto humanoide y enterró las garras translúcidas en el hielo para arrastrarse hasta mí soltando dentelladas al aire con cada movimiento. Los huesos se le marcaban contra la piel gomosa formando una desagradable cola que colgaba como un pedazo de carne muerta y flácida.

Una segunda criatura salió del agua y también comenzó a perseguirme. No tardó en ganar velocidad.

¡Soles santos! No iba a llegar a tiempo a la otra orilla ni de broma.

Cogí la coraza de Mendax y me la puse. Su olor todavía impregnaba la superficie lisa de metal. Decidí seguir avanzando en diagonal, puesto que por allí el hielo parecía estar cubierto de una capa más gruesa de nieve, que me proporcionaría la tracción que necesitaba.

Un grito escapó de mis pulmones cuando sentí la presión inhumana de los dedos de una de las criaturas del lago en el tobillo tirando de mí hacia atrás.

Un hedor a agua estancada, mezclado con el de carne y fruta podridas y aderezado con un toque a cadáver en descomposición me asaltó las fosas nasales. Le asesté una patada en la cara, pero al no tener ni ojos ni nariz, mi bota se limitó a deslizarse por su superficie sin infligirle ningún daño. El monstruo siguió tirando con fuerza de mi tobillo y empezó a arrastrarme hacia el agujero que habían abierto en el hielo. Iba a sumergirme en el lago. Me perdería para siempre en sus profundidades.

Más gritos surcaron el aire a medida que el hielo seguía resquebrajándose y las criaturas se volvían más frenéticas. Estaban tan desatadas que el lago vibraba debajo de mí. Golpeaban las placas de hielo sin cesar mientras su compañera me arrastraba hasta el agujero negro que habían abierto.

Bam. Bam. ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

De pronto los golpes sonaban por mi izquierda, acompañados de más alaridos.

Sin soltar el pergamino, recorrí el lago con la mirada con el fin de determinar cuál era el camino más corto y seguro para llegar a la orilla. Pero entonces reparé en el verdadero origen de su frenesí.

Eli estaba detrás de mí, provocando a las criaturas justo delante de la orilla, mientras Mendax avanzaba hacia mí por la derecha.

Las estaban distrayendo.

Tendría que avanzar en diagonal para evitarlas. Era el camino más largo, pero no se veía ninguna grieta en el hielo y además me permitiría alejar a las criaturas de los chicos para que también pudieran regresar sanos y salvos a la orilla. Eso sí, tendría que darme prisa. Tendría que moverme mucho más rápido que todas ellas, pues las dos que habían salido a la superficie seguían yendo a por Eli.

Se me ocurrió una idea, pero no sabía si sería la mayor estupidez del mundo o una genialidad.

—Me cago en todo —gruñí mientras intentaba ganar velocidad sin perder el equilibrio.

Si el hielo resbala es porque hay una delgada capa de líquido sobre su superficie. La presión que ejerce el peso de una persona sobre él disminuye el punto de fusión y lo hace aún más resbaladizo. De modo que debería encontrar la manera de incrementar mi superficie de contacto. Así disminuiría la presión e incrementaría la fricción, lo que a su vez fundiría más rápidamente el hielo y lo volvería más resbaladizo.

Me tiré panza abajo sobre la nieve conteniendo el aliento y rezando para haber estado avanzando lo bastante rápido. En mi intento por mantener la cabeza lo más lejos posible del hielo, un pinchazo me agarrotó el cuello.

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Estaba funcionando. Como los chicos permanecían de pie y yo había puesto todo el peso de mi cuerpo sobre el hielo, las criaturas habían notado un incremento de masa en mi dirección. La coraza de Mendax me serviría a modo de trineo. Encogí las piernas y, al subirme a la armadura del enorme fae, descubrí que todavía quedaba sitio libre.

Me detuve en seco a unos buenos seis metros de la seguridad de la orilla nevada.

Las criaturas seguían golpeando el hielo bajo mis pies con su horrenda cabeza sin rostro. Había como mínimo quince de ellas. Me puse de pie apresuradamente. Temblaba tanto que me costaba

caminar. Por si fuera poco, tenía el cuerpo agarrotado por el pánico que me daba caer y acabar presa de sus largos y afilados colmillos. Con tantos de esos seres arremolinados debajo de mí mientras el hielo se resquebrajaba, solo me quedaban unos cuantos segundos de margen para actuar.

—Tú puedes, cielo. ¡Ya casi estás!

Eli estaba avanzando hacia mí. La sangre se me congeló tanto como el hielo que pisaba.

—¡Vete! ¡No te acerques, que pesas demasiado! —grité.

Pero no sirvió de nada. Sabía que Eli jamás me dejaría morir allí sola. Pese a lo que había visto en la cueva, lo que Eli y yo compartíamos era mucho más profundo que un lazo mágico. Habíamos crecido con ello; había arraigado en nuestros huesos, tan dentro de nuestro ser que ni la rabia ni la magia podrían alcanzarlo nunca.

Apreté el paso y volví a tirarme boca abajo para deslizarme como un pingüino por el hielo hasta llegar casi a su altura.

—¡Quita! ¡Tienes que alejarte! ¡Como no vuelvas a la orilla ya, el hielo cederá bajo nuestro peso! —grité, aunque, dada la posición en que tenía el cuello, no sabía cómo habría sonado.

Tenía que localizar a Mendax. Él era más grande que Eli, y si decidía venir también a por mí, acabaríamos los tres muertos en el agua.

—¡Sigue así! Eso es —me animó Eli con calma a la vez que extendía los brazos hacia mí.

Por fin lo alcancé. Ya solo nos quedaban unos cuantos metros para…

Pero en vez de cogerme en brazos y salir conmigo del lago, Eli pisó la parte baja de la coraza y me empujó hacia delante.

—¿Qué…? ¡Vamos! —lo llamé sin entender muy bien qué estaba haciendo.

El impulso que me dio fue lo bastante fuerte como para hacerme llegar a la orilla, donde Mendax apareció de la nada con los brazos

extendidos para alejarme del lago con una vehemencia que nada tenía que ver con su actitud estoica.

Me volví hacia el hielo, presa del pánico. Miré a mi mejor amigo (y, de nuevo, mi salvador), que corría por la superficie helada del lago sin apartar sus ojos cargados de determinación de los míos. El hielo temblaba y se resquebrajaba a su alrededor, pero no percibí el menor rastro de miedo a través del lazo.

Era un auténtico héroe. En todos los sentidos de la palabra.

—Quédate aquí —me ordenó Mendax dándome un apretón en el hombro.

Me dio un vuelco el corazón al ver que se adentraba en el lago. ¿¡Qué narices!?

El fae descomunal avanzó un par de pasos con cuidado y extendió la mano hacia Eli.

—¡Sal del hielo de una puta vez, saco dorado de mierda!

Bueno…, al menos estaba intentando ayudarlo.

Eli frunció el ceño sin dejar de esquivar con la gracilidad de un zorro los agujeros y fisuras que se abrían en el hielo. Sin embargo, se estaba quedando sin lugares seguros donde pisar, porque las voraces criaturas del lago aparecían desde todas direcciones para intentar atraparlo con uñas y dientes.

No habría sabido decir si fue Mendax quien agarró a Eli o si fue al revés, pero cuando se encontraron, Mendax lo lanzó como un disco volador hacia la orilla, donde Eli acabó con la cabeza enterrada en la nieve. Solté todo el aire que había estado conteniendo en los pulmones y por fin me derrumbé en el suelo.

Mendax se detuvo a mi lado, cernido como una silueta oscura sobre mí y con la mirada clavada en la mía.

—Gracias —le susurré.

Él siguió mirándome con expresión severa.

No toleraré de ninguna de las maneras que te alejen de mí. Por eso no permitiré que el lazo te mate. No te confundas, cachorrito. Aurelius morirá en cuanto los Hados corten vuestra conexión. Y si se les ocurre romper nuestro vínculo e ir a por mí, lo destriparé con

gusto sabiendo que tú me acompañarás al Tártaro. Me estremecí al oír la voz de Mendax en mi interior.

¿Aunque vaya en contra de mis deseos?, repliqué. *¿Qué quieres en realidad? ¿Una compañera o una mascota a la que tener encerrada?*

Una sonrisa maliciosa le ensombreció las facciones.

Quiero hacerme un hueco en tu interior y consumirte desde dentro sabiendo que cada parte de tu ser formará siempre parte del mío. Ansío tener el control de todos tus pensamientos y sentir hasta la más insignificante superficie que toque tu piel. Quiero tus necesidades y tus deseos enterrados en mi propia carne para que sean imposibles de distinguir de los míos. Eso es lo que quiero, cachorrito.

—¿Todavía tienes el pergamino? —nos interrumpió Eli al sentarse en la nieve junto a mí y rodearme los hombros con un brazo.

Un profundo gruñido reverberó en el pecho de Mendax.

—Cierra el pico —le espetó Eli, dándome un apretón antes de separarse para asegurarse de que seguía de una pieza—. ¿Te encuentras bien? Santos soles, no sabes el miedo que he pasado, Cal.

Asentí mientras asimilaba lo diferentes que eran los dos hombres que tenía ante mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas al darme cuenta de lo mucho que significaban ambos para mí. Compartir una conexión tan intensa y profunda con una sola persona ya era algo extraordinario, pero hacerlo con dos…

—No podemos ir al Moirai. He cambiado de idea —dije a duras penas, pues el nudo que tenía en la garganta no solo me impedía hablar, sino también respirar.

Me agarré al collar donde guardaba las cenizas de Adrianna. Con movimientos metódicos, de adelante atrás, pasé el pulgar donde tenía la cicatriz en forma de uve por las enredaderas metálicas que lo decoraban. Vengar la muerte de mi madre y de mi hermana, llegar al Moirai y matar a mi padre por lo que les había hecho lo era todo para mí. Me había estado consumiendo.

Pero todo había cambiado en aquel momento.

Los dos fae intercambiaron una mirada antes de que Eli me obligara a volverme hacia él y soltar el collar de Adrianna.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —susurró con tono respetuoso antes de dejarlo caer sobre mi pecho—. Cal…, no tenemos otra opción. El lazo y el vínculo nos están matando a los tres. El desgaste es lento pero inexorable. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja ignorando el ruidito desaprobador de Mendax—. Ya no hay vuelta atrás. Sabes lo que opino sobre matar a Zef, pero, incluso aunque cambiaras de idea, tenemos que seguir adelante. Tenemos que enfrentarnos al juicio de los Hados.

—¡No! —No podía soportar oírle decir aquello.

—Cuando este viaje termine, Mendax o yo ya no existiremos. —Eli desvió la mirada intentando ocultar lo que sentía.

—Yo personalmente no veo la hora de que te maten. —La voz ronca de Mendax echó por tierra el emotivo velo de sentimientos que pendía en el aire—. Y más te vale dejar esas zarpas quietas si no quieres que te las arranque.

Cogió el pedazo de pergamino sin apartar su perturbadora mirada de Eli y se marchó en dirección al otro lado del lago, donde estaban el resto de los fragmentos.

Eli hizo intención de seguirlo, pero lo agarré del antebrazo para que no se alejara. Mendax siguió adelante, como una mancha de tinta negra en medio de la pálida nieve.

—Cal, si esto es por lo de…

—Lo siento muchísimo —lo interrumpo—. Solo de pensar en el daño que te he hecho…

Me tocó el muslo y juro que oí a Mendax protestar en mi cabeza.

—Soy yo quien lo siente.

Olvidé lo que tenía pensado decirle de un plumazo. Lo miré confundida al no entender por qué me devolvía la disculpa. Negué con la cabeza para que dejara de decir tonterías, pero él siguió hablando:

—C-cuando llegaste al Reino Luminoso, llevaba un tiempo echándote mucho de menos, y me daba miedo que te pasara algo por andar por ahí sin alguien que te protegiera. Pasó todo muy deprisa. Y luego mi madre nos presionó para que nos casáramos. Le di muchas vueltas al asunto. Pensé en lo mucho que odiaba estar lejos de ti, en lo mucho que te quiero y en lo feliz que sería si pudiera verte todos los días, y, bueno, supongo que por aquel entonces no lo entendía. Eres preciosa, y yo nunca me he sentido atraído por ninguna otra mujer, así que…

—Yo también te había echado mucho de menos. Nada de esto es culpa tuya. Me salvaste la vida y pusiste la tuya en peligro al hacerlo. Si alguien tiene que disculparse, soy yo. Dejé que mi enamoramiento infantil se me fuera de las manos.

—Yo siento no haber entendido la verdadera naturaleza de tu relación con Mendax —dijo con voz estrangulada.

—¿Qué…?

—Él te quiere —sentenció, mientras se volvía para mirar a la figura que se alejaba por la orilla del lago—. Y lo hace de una forma en que yo jamás podré quererte.

Me limité a asentir como uno de esos muñecos cabezones, incapaz de comprender qué era lo que me quería decir.

—Tú y yo no estamos hechos para estar juntos de esa manera. Sé sincera conmigo, Cal. Los dos lo notamos. Nosotros somos amigos del alma. Hemos vivido juntos muchas más cosas de las que viviría cualquier familia normal. Además, los dos somos increíblemente atractivos, así que era lógico que nos sintiéramos algo confundidos después de haber pasado tanto tiempo sin vernos —dijo con uno de sus ridículos y encantadores guiños.

Dejé escapar un suave suspiro. Me sentía como si me hubieran quitado una tonelada de peso de los hombros.

—Tienes razón —farfullé al darme cuenta del sentido que tenían sus palabras—. Estábamos destinados a estar juntos de alguna manera. Y supongo que lo único que nos importaba era formar parte

de la vida del otro, independientemente del tipo de relación que mantuviéramos.

—Mendax nunca tendrá una amistad como la nuestra…, pero nosotros nunca tendremos lo que vosotros compartís. Cuando me desperté en la cueva y os vi…

—Ay, soles del cielo, Eli —dije sonrojándome.

—No. —Rio entre dientes—. Me marché en cuanto empezasteis a quitaros la ropa, pero vi cómo te miraba y, lo que es más importante, cómo lo mirabas tú a él. Sentí lo que sientes por él a través del lazo. Vi al hombre contra el que he luchado miles de veces, el hombre al que siempre había considerado peor que cualquier monstruo, convertido en alguien amable y delicado, incluso vulnerable. —Dejó escapar otra suave risita y miró a Mendax—. Me está poniendo a caldo ahora mismo por estar sentado tan cerca de ti. Lo oigo desde el otro lado del lago. —Negó con la cabeza despacio mientras una sonrisa le arrugaba las comisuras de los ojos—. Lo que intento decirte, Cal, es que eres como una hermana para mí, y nada ni nadie cambiará eso jamás. Si de mí dependiera, volvería a ligarme a ti sin pensarlo. Pero lo nuestro es una amistad. Los dos lo sabemos.

—¿Estás rompiendo conmigo? —le pregunté con un resoplido burlón, incapaz de ocultar el alivio que sentía.

Yo me había dado cuenta de muchas cosas estando con Mendax en la cueva. Nadie podía compararse con Eli. Nadie. Había sido un mayor apoyo para mí que mis propios padres. Era el rayo de sol que iluminaba un mundo de cielos grises y devastación. Incluso en aquellos momentos, Eli era la luz que me guiaba, la llama cálida de una vela que me ofrecía consuelo frente a los horrores que amenazaban con asfixiarme.

—No. Esto no es una ruptura, porque lo nuestro es indestructible —dijo ofreciéndome una de sus cálidas y reconfortantes sonrisas. Las mismas que me hacían sentir cómoda y como en casa.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —susurré. Luego, con una carcajada, añadí—: Aunque no soy más que una simple humana.

Se le relajaron los hombros y le brillaron los ojos.

—Con el poder que no me ha sido oficialmente otorgado, te nombro una verdadera luminosa. Ya no volverás a considerarte una simple humana —bromeó—. Siempre será así, Cal. Nuestro amor y nuestra amistad son eternos. Pase lo que pase. Con todo lo que nos espera, necesito que lo tengas muy claro.

Habló con tanta seriedad que me puso los pelos de punta y me devolvió de golpe a la realidad. Me fascinaba lo tranquila que me hacía sentir algunas veces.

—Y, que quede entre tú y yo, pero don Humaredas está empezando a caerme bien. Creo que tenías razón. A lo mejor mi sueño de conseguir que el Reino Luminoso y el Reino Oscuro vivan en paz no es tan descabellado como pensaba.

—Sí, puede ser —respondí. Mi amigo tenía un corazón de oro increíble—. El problema es que él todavía tiene intención de matarte tan pronto como rompan el lazo.

—Jamás lo admitirá, pero él también está empezando a cogerme cariño —dijo poniendo los ojos en blanco. Se levantó del suelo—. Oye, hazme un favor. No le digas a Mendax que no sentimos ningún tipo de atracción por el otro. Espera un poco.

El brillo juvenil y travieso que le iluminaba los ojos ambarinos me dijo todo cuanto necesitaba saber. Iba a aprovechar la oportunidad para sacar de quicio a Mendax todo lo que pudiera y más.

Cuando llegamos donde Mendax nos esperaba, vimos que había ordenado todos los pedazos del pergamino. Igual que en el caso del que me había hecho llegar mi padre, el material parecía estar hecho de cristal normal y corriente salvo porque era tan maleable como el plástico caliente. Eso sí, se rompía y se resquebrajaba si no se manipulaba con cuidado. Mi lado científico no alcanzaba a entender la existencia de un material así. Todavía faltaban un par de fragmentos y era imposible leer el mensaje por culpa de las fisuras y pedacitos descascarillados.

—Mendax, enséñame la suela de tus botas —le pidió Eli con cautela.

—Será un placer —gruñó el otro con tono amenazador.

Eli puso los ojos tan en blanco que casi se le cerraron.

—Necesito comprobar cómo es su huella. Mira esto —explicó señalando un par de marcas extrañas en la nieve.

Tanto Mendax como Eli levantaron el pie. Las huellas eran mucho más pequeñas, y el único rastro que dejaban era su silueta.

—Está claro que hay alguien que quiere impedirnos llegar al Moirai. —Mendax soltó una risotada, pero a mí la situación no me hacía ni pizca de gracia.

—¿Por qué querrán detenernos? ¿Cómo es posible que alguien sepa a dónde vamos? ¿Hay alguien siguiéndonos y no nos hemos dado cuenta? —pregunté, cada vez más molesta.

—Creo que van por delante de nosotros. Eso explicaría por qué no hemos visto a nadie —apuntó Mendax.

—¿Le habéis contado a alguien que Cal quiere matar a Zef? Es el Titán de los Artemi, así que imagino que tendrá un séquito de admiradores bastante poderoso —dijo Eli.

—Mirad. —Señalé el suelo que rodeaba las pisadas—. Más mariposas cristal. Está claro que sea lo que sea lo que las atrae es lo que está intentando impedirnos llegar al Moirai. También había un puñado de ellas alrededor del halcón del pergamino.

Nos apartamos de las huellas sintiéndonos un poco más confundidos que antes.

Cubrí los pedazos del pergamino con nieve y le pedí a Eli que lo calentara. Enseguida noté lo difícil que le resultaba utilizar la más mínima cantidad de su poder, pero el agua desdibujó las fisuras y permitió que el mensaje fuera un poco más fácil de leer.

Calypso Petranova:

Saludos y demás cordialidades. Si estáis leyendo esto, entendemos que habéis conseguido sortear a los bentos del lago Sheridon con éxito.

Seguid adelante y visitad a la temperie para que os indique cómo llegar al Moirai. Incitadla a desatar una inundación y el camino se abrirá ante vosotros.

Los Hados

CAPÍTULO 8

Caly

—No vamos a llegar —dijo Mendax con tono incisivo de camino a la primera pendiente pronunciada—. A lo mejor lo que buscan es dejar que nos consumamos en nuestro intento por llegar a ese condenado sitio.

El príncipe oscuro había estado de un humor de perros desde que habíamos dejado atrás el lago Sheridon. Y yo no me encontraba mucho mejor. ¿Quién en su sano juicio pasaría por todo aquello? ¿Por qué nos someterían a una macabra caza del tesoro como aquella antes de asesinar a uno de nosotros?

—¿Es posible matar a los Hados? —le pregunté a Mendax mientras avanzábamos fatigosamente entre las rocas escarpadas.

—¡Calypso! —jadeó Eli—. Los Hados lo deciden todo, y no te conviene cabrearlos. Están al tanto de todo lo que va a pasar en el futuro.

Puse los ojos en blanco.

—Pues entonces ya saben que tengo intención de arrancarle la tráquea de cuajo a mi padre y que estoy tratando de encontrar la manera de ahorcarlos con ella.

Mendax dejó escapar una risotada ronca y una chispa de calor prendió en mi pecho. Con lo poco que reía, me hacía ilusión saber que se divertía conmigo.

Eli reparó en mi sonrisa, que era de todo menos discreta, y me dedicó una exagerada mueca de exasperación.

—Sois los dos unos putos psicópatas.

—¿Cómo vamos a saber cuál es el camino para llegar a la temperie? —pregunté al apoyar un pie en un saliente.

Como no nos habían dado indicaciones, Eli había sugerido que nos dejáramos guiar por el instinto para llegar hasta ella. Por algún motivo, durante el viaje, Eli había desarrollado una fe ciega en los Hados y hablaba de ellos como si confiara a muerte en su buen hacer. Supuse que, para un fae, recibir un mensaje escrito del mismísimo puño y letra de los Hados no era moco de pavo. Su reputación era mayor que la de muchos dioses.

—Tengo los pies empapados y congelados. De hecho, mis botas parecen dos bloques de hielo —me quejé.

Estaba harta de caminar, y había llegado a un punto en que no volver a ver un puto copo de nieve en la vida me haría la mujer más feliz del mundo.

—¿Qué número de zapato usas? —preguntó Mendax.

Eli se volvió de golpe para mirarme y señaló al otro fae mientras articulaba en silencio: «Le gustan los pies de ogro».

Sonreí e intenté reprimir un resoplido de diversión mientras Mendax nos estudiaba como el padre que tiene la sospecha de que sus traviesos hijos están robando galletas.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Vas a hacerme unas botas nuevas cuando lleguemos a lo alto de la montaña, mi amor?

Estuve a punto de atragantarme con mis propias palabras, porque no había tenido intención de pronunciar esas dos últimas palabras. Solo quería hacer una broma.

Mendax sonrió victorioso y miró a Eli. ¿Por qué había dicho eso? Lo dejé pasar. Al fin y al cabo, Eli y yo ya habíamos zanjado el único motivo por el que podría haber resultado inapropiado.

Una suave brisa retiró una parte de la nieve que espolvoreaba el camino y dejó al descubierto el resplandeciente cuarzo de la montaña. Nunca había visto nada igual. Era casi imposible distinguir el hielo de los pedazos de cristal transparente que sobresalían del granito. Bajo el manto de nieve adherido a la sinuosa y estrecha cornisa por la que caminábamos, unos diminutos fragmentos de

amatista se mezclaban con el hielo y el cuarzo y resplandecían bajo los haces de luz solar. Seguía sin hacer tanto frío como en el mundo humano cuando nevaba en invierno, pero la temperatura era igualmente baja, y teníamos la sensación de llevar siglos caminando.

—No, mi amor —dijo Mendax—. Iba a ofrecerte las botas de Aurelius. Estoy seguro de que sus pies son mucho más pequeños y finos que los míos, así que su calzado te quedará mejor.

—¿Y qué hago yo sin zapatos? —preguntó Eli con una amplia sonrisa.

Mendax lo miró con una expresión de absoluto rechazo.

—Por mí como si te quedas con dos muñones congelados. ¿De verdad eres tan tonto como para creer que me importa una mierda lo que les pase a tus pies?

Eli le guiñó un ojo y yo me puse a la cabeza de la marcha. Estaba hasta las narices de escucharlos.

Los chicos me habían explicado que las «temperies» eran las guardianas, como su nombre bien indicaba, del tiempo.

—¿Así que esta persona controla el estado de la atmósfera? —pregunté.

—No se sabe mucho de ellas salvo que gestionan los fenómenos meteorológicos de todos los reinos —explicó Eli.

—¿Falta mucho para llegar? —pregunté.

A todos nos costaba cada vez más y más trabajo avanzar. A ninguno de los fae le quedaba mucho poder, y empezaba a ser evidente que les estaba pasando factura.

—¿Y a mí por qué me preguntas? Nunca he estado allí —refunfuñó Eli.

El cansancio había empezado incluso a agriar el carácter del afable luminoso.

—Entonces, con la de rutas que podíamos haber tomado, ¿por qué hemos decidido empezar a buscar a la temperie en esta montaña? —le espeté, aunque enseguida me arrepentí de pagar mi agotamiento con él.

El camino que estábamos recorriendo parecía trazar una espiral alrededor de la montaña y ganar altitud con cada vuelta. Seguimos adelante en silencio. Mi propia mente trabajaba en círculos pensando en cómo íbamos a saber reconocer a la susodicha temperie.

Cuanto más ascendíamos, más agradable y limpio era el aire que respirábamos. El cielo se había despejado casi por completo y la resplandeciente montaña nos regalaba unas vistas preciosas del bosque y el lago. Si no hubiera estado en él unas horas antes, su engañosa belleza habría conseguido sobrecogerme.

Mendax había vuelto a encabezar nuestra pequeña expedición, como solía hacer. Su espalda ancha se movía como un muro ante mí. Eli se había colocado detrás y me daba empujoncitos cuando aminoraba la marcha o me detenía durante demasiado rato para admirar el paisaje.

Todo el aire fresco se me había subido a la cabeza, pero me estaba permitiendo pensar con mucha más claridad.

Si uno de nosotros tres tenía que morir, esa iba a ser yo.

De todas formas, seguro que acababan matándome una vez que hubiera decapitado a mi padre. Era la que más se lo merecía. Lo único que los dos hombres que me acompañaban habían hecho para acabar en aquella situación había sido amarme. Y demasiadas personas habían sido ya castigadas por ese mismo crimen. Los dos eran unos necios si pensaban que iba a dejar que murieran por mí…, que murieran sin mí. Había pasado toda la vida deseando reunirme con mi madre y mi hermana en el más allá, rezándole a cualquier deidad que estuviera dispuesta a escucharme para que diera marcha atrás en el tiempo y me metiera en aquel coche con ellas.

Me agarré al collar de las cenizas de mi hermana y lo estreché con fuerza. Por un breve instante, prácticamente pude sentir el abrazo que le daría cuando la viera. Volvería a ver a Adrianna. Se me aceleró el pulso. Podría cuidar de ella como cualquier hermana mayor cuidaría de su hermana pequeña.

Pero dejé a un lado todos aquellos pensamientos sin sentido. Era una humana con una sola gota de poder artemi, y con eso no me

permitirían pasar el resto de mi vida después de la muerte en los Campos Elíseos junto a ella. La única otra vía que daba acceso a ese lugar era formar parte de manera oficial de la familia real luminosa…

Un momento.

Me detuve en seco y Eli se chocó con mi espalda ante mi inesperada frenada. Agité la mano para quitármelo de encima, me recompuse discretamente y reanudé la marcha. Técnicamente, Eli me había nombrado miembro oficial de su familia en el lago. Había estado bromeando, claro, pero, con el rey y la reina luminosos muertos, sus palabras habían adquirido una nueva validez. En lo que concernía a las leyes fae, el miembro más importante de la familia real luminosa me había ofrecido un lugar en su corte, así como en los Campos Elíseos. Tuve que morderme el labio para reprimir un gritito de alegría. Sabía que Eli me habría concedido ese honor igualmente si se lo hubiera pedido, pero lo importante era que no me había visto obligada a suplicar.

Un hormigueo trepó por mi cuerpo a medida que un plan comenzaba a tomar forma en mi mente. La emoción volvió a desbocarme el corazón, y maldije para mis adentros cuando los dos hombres se giraron para mirarme al percibir el aumento de mis pulsaciones.

Estaba decidido. Esperaría al momento perfecto, cuando todas las piezas del rompecabezas estuvieran a punto de encajar, para colocar la última. Cuando llegáramos al Moirai, esperaría a que mi padre se mostrara confiado en mi presencia. Me aseguraría de que, si Eli o yo moríamos allí, se limitaran a romper el lazo sin matar al otro y entonces le cortaría la cabeza. ¡Bam! Chupado.

Consideré la posibilidad de elegir un método más rápido y menos macabro, pero tenía que asegurarme de separarle la cabeza por completo del cuello. Además, no tenía la más mínima intención de andarme con tonterías. Una vez que hubiera acabado con mi padre, me quitaría la vida sin cambiar de arma siquiera. Una vez muerta, con el vínculo y el lazo anulados, los Hados les perdonarían la vida a Eli y a Mendax.

Y yo por fin volvería a estrecharle la mano a mi hermanita en los Campos Elíseos.

—¿Estás bien, Cal? —La voz de Eli me hizo dar un respingo.

Pese a la silenciosa emoción del momento, me bastaba con oír su voz para que se me formara un nudo en el estómago. ¿Cómo iba a dejar a mis dos chicos atrás?

Asentí y sonreí sin detenerme, como si no pasara nada. Clavé la mirada en la nuca de Mendax y recorrí su atractivo cuerpo mientras me maldecía a mí misma para mis adentros por haber tomado la decisión de abandonarlo. Dejar a Eli me hacía sentir un extraño calorcillo, pues por una vez sería yo su heroína, sería yo quien le salvara la vida a él y no al revés. Sin embargo, cuando me imaginaba separándome de Mendax, todo ese calorcillo se transformaba en un vacío glacial. Sabía que aquello lo destrozaría. Desataría una oscuridad en el mundo jamás vista, aunque terminaría saliendo adelante. La vida no se detenía por mucho que tuvieras el corazón roto. Lo sabía bien.

CAPÍTULO 9

Mendax

Me pregunté si los Hados se compadecerían de mí y le perdonarían la vida a Calypso si tiraba al principesco solete desde lo alto de la montaña. Llevábamos horas y horas caminando en silencio. Caly se había distanciado un poco de mí, aunque el cambio solo era perceptible para alguien tan obsesionado con ella como yo.

Algo se estaba cociendo en esa preciosa cabecita suya, y Caly estaba haciendo todo lo posible por evitar que se filtrara a través del vínculo. Al igual que los sentimientos que desataba en ella. Notaba que me estaba ocultando algo, y eso me estaba matando.

Las risitas y los resoplidos que Aurelius y ella estaban compartiendo trepaban por el borde de la roca y se enroscaban en torno a mi cabeza para terminar enterrándose en mis tripas como un arpón. Nada me habría gustado más que poder arrancarle yo también esa misma risa desenfrenada de los labios.

Tenía todo el sentido del mundo que Aurelius fuera tan alegre. Había pasado toda una vida con Calypso. El tiempo que yo la había tenido a mi lado era insignificante en comparación, pero se las había arreglado para darle mucho más color a mi mundo del que jamás habría imaginado. Había desatado unas emociones y unos deseos en mí que no había creído posibles hasta que ella los había desenterrado. De haber pasado toda una vida con ella, estaba bastante seguro de que yo también habría acabado siendo tan alegre como él.

Cuando volvió a hacerse el silencio, fantaseé con reventarle la cabeza al luminoso contra la pared rocosa que tenía a mi izquierda. Y no una, sino varias veces. Seguí soñando despierto con aquella imagen cada vez que me cruzaba con un buen pedrusco y retomaba mi agresión imaginaria con cada carcajada que escapaba de Caly. A medida que ascendíamos, comprendí que algo había cambiado entre ellos, y me preocupaba. Ahora les costaba menos bromear y reír juntos. Hasta aquel momento, siempre había tenido la impresión de que uno de ellos, si no los dos, había mantenido una serie de muros erigidos a su alrededor. Sin embargo, por algún motivo, aquellas defensas parecían haber cedido. Mi paciencia jamás había sido tan puesta a prueba como mientras consideraba la posibilidad de que Caly correspondiera al amor de mi rival.

Oí unos estruendosos sonidos animales a mi espalda. Al darme la vuelta, descubrí que Aurelius ahora la llevaba a hombros. Caly le había rodeado el cuello con ambas manos y reía con tantas ganas que los sonidos se le escapaban por la nariz en vez de por la boca. Clavé los ojos en las manos del luminoso, apoyadas en la parte baja de los muslos de mi cachorrito. Mi humo luchó por liberarse e intentar crecer en mi interior… sin éxito. Estaba claro que el destino ya había decidido, pues en aquel momento no tenía la fuerza de voluntad necesaria para no matarlo. Y no solo era por la forma en que la estaba tocando, sino por la respuesta de ella. Parecía muy… feliz con él.

El cerrojo de un compartimiento secreto, enterrado en lo más profundo de mi ser, se abrió y me empujó a preguntarme si tal vez debería dejarla libre.

Yo era consciente de mis puntos fuertes, pero también sabía que sería incapaz de hacer reír y sonreír a Caly como Aurelius. El sonido de su pasión era como una droga para mí. El sonido del acero y el fuego cuando quería echar a arder y luchar. El sonido de sus gritos al escapar de sus pulmones como una borboteante corriente de agua antes de derramarse de sus labios. Las entrecortadas bocanadas de aire susurrante que me ponían la polla como una

barra de hierro forjado. A diferencia de todos aquellos sonidos que emitía, demasiados como para hacerles justicia, su risa y su felicidad parecían verterse dentro del recipiente roto que ocultaba en el pecho. Eran tan sedosas como el hidromiel y tan peligrosas como el veneno. Los sonidos de su alegría se habían construido un hogar en ese recipiente y había descubierto que lo echaba de menos, que incluso sentía miedo cuando desaparecía…, cuando dejaba de sentir su felicidad.

Aurelius se dio cuenta de que le estaba mirando las manos y su actitud cambió, aunque no de forma hostil. Era un tipo de lo más raro.

—Finneas —dijo con un brillo travieso bailándole en la mirada. Caly frunció los labios y enarcó una ceja en señal de confusión. El luminoso sonrió de oreja a oreja. El muy cabrón no dejaba de sonreír nunca—. Ese es el nombre que hemos decidido darle a nuestro primogénito.

Me abalancé sobre él antes de darme cuenta de lo que hacía. Sus cuerdas vocales vibraron contra mi mano mientras lo estrangulaba con ella. Con el brazo libre, rodeé la cintura de Caly para obligarla a bajarse de sus hombros y pegarla a mi costado. Sin ningún miramiento, estampé a Aurelius contra la pared de la montaña, tal y como había imaginado, y disfruté al sentir que su tráquea por fin cedía ante mi presión.

—¡Para! ¡Para! —gritó Caly mientras se debatía contra mí.

Esa mancha de meado con patas tuvo la poca vergüenza de sonreír. ¿Había dejado de sonreír siquiera? ¿O estaba sonriendo de nuevo? Daba igual. La clave era la sonrisa que me estaba dedicando y lo que había dicho sobre Caly.

Me dispuse a tirarlo por el borde escarpado de la montaña.

Aurelius dejó escapar un sonido estrangulado e intentó decir algo sin parar de sonreír. Lo asfixié con más ahínco deseando percibir el cambio en su mirada cuando se diera cuenta de que aquella vez iba en serio y no iba a parar.

—¡Mendax! ¡Detente ahora mismo! ¡Me vas a matar a mí también! ¿Es eso lo que quieres? ¡Para! —aulló desesperada la muy arpía.

Sabía que en aquella ocasión lo asfixiaría hasta aplastarle la tráquea. Sabía que lo sentía. Los latidos de Caly se ralentizaron y desviaron mi atención del luminoso al comprender lo que ocurría.

¡Mierda!

Proferí un rugido desencajado y solté a Aurelius a regañadientes. Él tosió y se atragantó sin que su rostro extrañamente simétrico perdiera esa sonrisa de gilipollas.

Caly me estaba gritando toda cabreada, pero me había quedado sumido en mis pensamientos y sus palabras me llegaban amortiguadas. Estreché su cintura y me dispuse a alejarme con ella entre mis brazos, que era donde se quedaría.

Con risas o sin ellas.

—¡Ivy! —exclamó el irritante Aurelius con voz más ronca de lo normal. Me detuve en seco—. En el caso de que tengamos una niña.

Me volví de un bandazo para reventarle la cara al cabrón. Aunque no pudiera matarlo todavía, iba a hacer que perdiera el conocimiento a base de golpes para no tener que lidiar con su existencia.

Aunque el tío tenía los cojones bien puestos, eso no se lo iba a negar.

Me habría atrevido a decir que empezaba a entender un poco mejor por qué Caly le dedicaba un solo minuto de su tiempo. La idea de despedazarlo me resultaba más sencilla estando en bandos opuestos, pues las razones por las que su madre lo había empujado a combatir contra mí habían sido la estupidez y la codicia. Ahora que remábamos en la misma dirección, me costaba más no respetarlo.

Pero fui a por él. Nadie se mofaba de mí dos veces y vivía para contarlo.

—¡Díselo, Eli! —aulló Caly desde debajo de mi brazo.

—¿Que le diga qué? —preguntó él—. ¿Que ya estás embarazada de mí?

Otra puta sonrisilla.

Dejé a Caly en el suelo y me abalancé sobre él. Le cerré los puños en torno a la camisa, la misma que Caly había llevado al principio del viaje. Percibir el olor de mi cachorrito en la tela me cegó de rabia. Haciendo acopio de la poca fuerza que me quedaba ante mi ausencia de poder, lo tiré al suelo de piedra y me desquité con su bonito rostro.

—¡Ya vale! ¡Para! —gritó Caly mientras intentaba apartarme del fae.

Cuando vio que su esfuerzo era en vano, se colocó entre mis puños y la cara ensangrentada del imbécil del luminoso. La alejé empujándola por el esternón del borde del saliente, pues nos las habíamos arreglado para quedar más cerca de él que hacía un momento.

La máscara de Aurelius cayó y, con ella, su estúpida sonrisilla.

El ambiente entre nosotros cambió.

—Que ni se te pase por la puta cabeza volver a empujarla —me advirtió, furioso, a la vez que acertaba por casualidad a darme un puñetazo en el ojo izquierdo.

Luego me volvió a dar otro golpe, y otro más en el costado. Todos ellos me pillaron desprevenido.

¡Tártaro bendito! Si hubiera peleado así durante uno de nuestros múltiples enfrentamientos, el que habría acabado con la mayor parte de las cicatrices habría sido yo. Sin embargo, lo irónico era que solo parecía luchar con tanta vehemencia y ferocidad cuando se trataba de proteger a Caly.

No sabía muy bien cómo, pero se las había arreglado para hacerse con el control de la situación y me había inmovilizado. Los golpes me llovían desde todas direcciones. Me di cuenta de que me tenía colgando del saliente de la montaña cuando me golpeó en la cabeza y esta cayó hacia atrás sin toparse con ninguna resistencia.

Aurelius jadeaba mientras su sangre dorada caía por su rostro maltrecho y goteaba sobre mí. ¿De dónde había salido este hombre desatado y tosco? ¡Este sí que era un fae al que querría entre mis filas!

Me había ganado la partida, y los dos lo sabíamos. Recorrí la pared de piedra que se alzaba a su espalda con la mirada en busca de Caly. Se encontraba a unos pocos pasos de él, y aunque tenía los ojos rojos de preocupación, mantenía una postura firme y orgullosa. Lo único que dejaba entrever su incomodidad era la forma en que se abrazaba a sí misma mientras contemplaba con expresión desdichada la pelea que se estaba librando ante ella.

—No se te ocurra volver a tocarla así jamás —sentenció Aurelius sin dejar de apretar los dientes—. Jamás.

Estaba perplejo. Walter era el único que había conseguido zurrarme de aquella manera. El fugaz recuerdo de mi primo vestido con uno de nuestros equipos de entrenamiento fue reemplazado por la imagen que plagaba mis pesadillas: la del arma de la reina dorada (la hoja de Aurelius en manos de la reina) al enterrarse en la cabeza de Walter. Jamás olvidaría la cantidad de sangre que empapó la tierra al brotar de la herida de aquel hombre que era como un hermano para mí. De hecho, no dejaría que ningún luminoso lo olvidara jamás.

Abrumado por mis emociones, traté de darle la vuelta a Aurelius, pero, una vez más, la fuerza con la que me inmovilizó me sorprendió.

El muy cabrón iba a matarme.

Nada iba a impedírselo.

El vínculo que compartía con Caly no era como el lazo, así que a ella no le pasaría nada si yo moría. Y reconocía el brillo rabioso en los ojos del luminoso.

Todo porque había empujado a Caly.

Asentí en parte para mí mismo y dejé de forcejear. Una chispa de admiración correteó como una arañita por mi cuerpo y se hizo un hueco en mi interior.

Encontré la mirada de Caly a su espalda.

—Tu prometido parece seguir cayendo en el error de creer que no puedes valerte por ti misma. Dime, cachorrito, ¿estás tan enamorada de él como para apuntarle con una daga al cuello? Sé de buena tinta

que ese es uno de tus preliminares favoritos, mi reina. —Solté una gélida risotada—. A mí has intentado alejarme de él cuando lo estaba machacando, pero, cuando las tornas cambian, ¿tú vas y te quedas ahí de pie mientras tu supuesto amorcito amenaza con tirarme desde lo alto de la montaña?

Para mi sorpresa, pronuncié esas últimas palabras a voz en grito. No sonaron para nada como yo había querido.

—¡Si lo he hecho ha sido porque conozco tu tendencia a dejarte llevar por la violencia y porque, muy de vez en cuando, consigo tener cierta influencia sobre ti! Pensaba que podría hacerte entrar en razón para que pararas.

Tragó saliva con fuerza y seguí el movimiento de su garganta con la mirada. Era exquisita.

—Eli detesta la violencia —continuó—. Si lo has llevado tan al límite, sé que no va a haber quien lo pare. —Sacudió la cabeza y rio desencajada—. Sois unos idiotas, pero has conseguido recordarme algo que los dos soléis hacerme olvidar, y es que no necesito que nadie me defienda. No os necesito a ninguno de los dos. Yo soy la única villana a la que tengo que enfrentarme y la única heroína a la que debo salvar. Mataos a golpes si queréis, pero luego no vengáis a pedirme ayuda. Bastante tengo ya con lo mío.

Si alguna vez, durante una incomprensible y minúscula fracción de segundo, me habían asaltado las dudas sobre la pasión que despertaba en mí aquella mujer, sus palabras las habían disipado. ¿En qué me había convertido? Estaba a punto de ponerme a babear por ella pese a estar colgando del borde de una montaña resplandeciente en medio de la nada. Si mi diablillo hubiera estado blandiendo un arma, me habría corrido allí mismo como un muchachito virgen y sin experiencia.

Aurelius dejó de mirar a Caly para dedicarme una sonrisa. Se agachó y habló en voz tan baja que supuse que solo quería que yo lo oyera.

—Cal no necesita que te mate. De hecho, estoy seguro de que la muy salvaje se encargaría ella solita de hacerlo. —Se sentó sobre los

talones, pero se colocó de tal manera que ocultó a Caly de mi vista con su horrendo careto sonriente—. Tiene razón. Nunca ha necesitado que la salve. Sin embargo, por mucho que se oponga a la idea, yo siempre estaré ahí para ella. Siempre. Como vuelvas a tocarla de esa manera en mi presencia, te destriparé antes de que te dé tiempo a tomar aire para protestar.

Me soltó a regañadientes y descubrí que un nuevo respeto y admiración había calado en mis huesos. Volvió a acercarse a mí.

—Además, deberías saber que ya no soy tu competidor. Calypso y yo siempre seremos íntimos amigos. Amigos del alma, si prefieres llamarlo así. Nada nos separará, por muchos obstáculos que aparezcan en nuestro camino, pero no hay nada romántico entre nosotros y nunca lo habrá. Eso sí, no interpretes lo que estoy diciendo como si me estuviera quitando de en medio. Al contrario. Ahora que Cal y yo hemos tenido oportunidad de redescubrir con calma los verdaderos ingredientes de nuestra amistad, te estaré vigilando con más atención que nunca, porque, pase lo que pase, Cal siempre será mi familia. Lo que ha dicho es cierto. Odio la violencia, y solo trato de asegurar la paz en el reino, pero eso no me impedirá destriparte si vuelves a hacerle daño, que no te quepa la menor duda.

Me dio un último empujón como si necesitara purgarse de la rabia antes de pasar página. Entonces se levantó y me dejó ligeramente conmocionado en el suelo.

Debía de pensar que era un imbécil enamorado, y no se estaría equivocando. El muy cabrón me había sacado de mis casillas con un par de nombres. ¡Nada más! Y yo había caído de bruces en su trampa. ¿Ninguno de los dos sentía nada romántico por el otro? ¿Cuándo se había producido aquel cambio? Los sentimientos de Aurelius siempre habían parecido más fuertes que los de Caly. ¿Y si lo que lo había empujado a actuar de aquella manera eran los celos al ver a otro hombre entrar en la vida de su amiga?

Aquello era lo que había cambiado entre ellos y lo que les había permitido relajarse. Ahora todo tenía sentido.

Me puse de pie sintiendo una ligera vergüenza ante la vulnerabilidad que había demostrado, aunque no entendía por qué. Siempre había sabido que Caly era mi debilidad, el reducto de ternura que albergaba en mi interior y que ninguna coraza podría esconder. Aurelius y yo sabíamos que, de haber podido recurrir a mi humo, lo habría machacado. Al menos, eso era lo que no dejaba de repetirme a mí mismo, aunque, siendo sincero, ya no estaba tan seguro de que fuera verdad. No podía negar que Aurelius era un hombre leal y protector. No me desagradaba saber que mi chica tenía a alguien como él velando por su seguridad siempre y cuando tuviera muy claro a quién le pertenecía ella.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —le pregunté a Caly mientras el ansia de tocarla me empujaba a dejar que mis dedos reptaran por su cintura como una serpiente.

Ella negó con la cabeza. Todavía había algo raro en su actitud.

—¿Quieres que te lo haga? —le pregunté agachándome para acariciarle el lóbulo de la oreja con los labios.

Se relajó ligeramente ante mi contacto.

—Para ya —dijo Aurelius.

—¿No acabas de decir que no hay nada entre vosotros? —Pegué a Caly contra mi cuerpo.

—Sí, pero no me apetece hacer de sujetavelas —refunfuñó.

—¿Qué te pasa? —le pregunté a Caly.

—Nada. Démonos prisa, que no me apetece tener que cargar con vosotros si volvéis a pegaros y os quedáis sin fuerzas —dijo ella esbozando una sonrisa falsa.

Aurelius pareció tragarse su expresión, pero yo me conocía demasiado bien el mapa de sus ojos como para creerme su mentira.

—Por cierto, lo de los nombres lo decía en serio. Finneas e Ivy suenan bien, al igual que Aurelius. Lo digo por si en algún momento tenéis un bebé y necesitáis inspiración para encontrar el nombre perfecto —bromeó al haber recuperado su actitud alegre de siempre.

CAPÍTULO 10

Caly

—¿Y si no es tan malo como piensas? —insistió Eli.

—Para —le dije lanzándole una mirada de advertencia.

—Lo único que te pido es que pienses en toda la gente que defendía a mi madre, y eso que era un auténtico monstruo. ¿Y si tu padre es el caso contrario? ¿Y si tenía motivos para abandonaros? Además, tienes muchas preguntas acerca de tu familia, ¿no es así? A lo mejor deberías pedirle explicaciones antes de matarlo. Mi padre siempre hablaba muy bien de él.

Levantó las manos para no dejarme responder, pese a que no me había dado tiempo a decir nada. Había estado mareándome con lo mismo cada cierto tiempo desde que habíamos iniciado nuestro viaje. Al principio me había resultado molesto y me había puesto furiosa. Me había sentido traicionada. Eli sabía lo que me había pasado de pequeña. Sabía todo lo que había sufrido. ¿Cómo se le ocurría pensar que no importaba que mi padre nos hubiera abandonado? Mi madre y mi hermana no habrían muerto si se hubiera quedado con nosotras. La reina no me habría puesto en su punto de mira y yo no habría tenido que pasar por todas las cosas horribles que me habían destrozado y moldeado hasta convertirme en la persona que era ahora.

Pero, como siempre, Eli acabó comiéndome la cabeza.

Empezó haciendo preguntas inofensivas; considerando la posibilidad de que todo hubiera ido peor si Zef no se hubiera marchado. Nunca me lo había planteado así, la verdad.

Desde entonces, mientras avanzábamos en silencio, por mi cabeza iban pasando algunos pensamientos fugaces. ¿Y si había ascendido pensando que podría llevarnos con él más adelante? Odiaba admitirlo, pero, después de todo lo que había aprendido sobre los artemi, en cierto modo entendía por qué había decidido escondernos en el reino humano. Según parecía, la mayor parte de sus enemigos no tenían acceso a él. Aunque Saracen había encontrado la manera de llegar hasta nosotras.

Nunca me había permitido darle el beneficio de la duda a mi padre o verlo como otra cosa que no fuera un cabrón avaricioso y egoísta que prefirió matar a su hija más débil y amable al cederle todo su poder cuando debería haberme cargado a mí con esa responsabilidad. Bastaba con ver todo lo que yo había sido capaz de hacer. En vez de acobardarme ante el miedo, lo disfrutaba, porque me recordaba que estaba viva. No entendía por qué no le había ahorrado el sufrimiento a Adrianna eligiéndome a mí.

Todo un torrente de preguntas sin respuesta me inundó el cerebro y llenó las lagunas que tan fácilmente ignoraba al centrarme en el odio que aquel hombre despertaba en mí.

¿Cómo se conocieron mi madre y él? Sabía muy bien lo que la gran mayoría de los reinos opinaban de los humanos, así que ¿por qué había decidido tener hijas con ella? Mi madre jamás nos habló de él, pero ¿fue porque nunca surgió la oportunidad o porque el tema le resultaba doloroso? ¿Y si lo odiaba? ¿Llegaron a estar juntos siquiera? Tal vez mi hermana y yo fuimos el fruto de una mera aventura.

Yo era una persona curiosa por naturaleza, pero me sentía como si la presa que contenía todas mis preguntas se hubiera roto. Al final tomé la decisión de buscar respuestas antes de acabar con su vida… y con la mía. Al menos así podría transmitirle esa misma información a Adrianna.

—Esto es una pérdida de tiempo. ¿Cuántas vueltas más vamos a dar? —pregunté.

En realidad, tampoco llevábamos mucho tiempo en la montaña, y no culpaba a Mendax y a Eli por pensar que sería el hogar de la supuesta diosa del tiempo atmosférico. La resplandeciente cumbre era tan hermosa como siniestra. Incluso yo, que no tenía un instinto tan desarrollado como los dos fae que me acompañaban, escudriñaba su extensión en busca de la próxima pista que nos condujera al Moirai. Por alguna razón, la montaña parecía más mágica que el territorio que se extendía junto a su falda. Sin embargo, no podía dejar de pensar que estábamos desperdiciando nuestra energía.

El camino era lo bastante ancho como para permitir que los tres camináramos a la par, aunque no solía darse el caso. Era como si uno de los dos hombres siempre necesitara ir por delante del otro.

—Chicos —nos gritó Eli desde atrás. Sonaba tan serio y preocupado que nos llamó la atención a los dos.

Cuando nos dimos la vuelta, vimos a Eli con la mirada clavada en su mano, que tenía extendida y ahuecada. Aleteando débilmente sobre ella, había dos mariposas cristal.

Mierda.

—Me ha parecido notar algo en la oreja y, cuando he agitado la mano para ahuyentar lo que fuera que me estaba tocando, me he encontrado con esto. —Eli apretó los dientes y miró a Mendax—. Nos están vigilando. Quienquiera que rompiera el segundo pergamino está intentando impedirnos llegar al tercero. Así que vamos por buen camino.

Como en las veces anteriores, retrocedimos en busca de huellas o alguna criatura que nos vigilara desde el cielo, como un pájaro que informara de nuestro paradero a su dueño, pero no vimos nada. Y eso solo contribuía a hacer la situación todavía más perturbadora.

—Bueno, sea lo que sea lo que nos está siguiendo, se ha ido o sabe esconderse mejor que nosotros —dijo Mendax.

—¿Qué se supone que tendremos que hacer cuando encontremos el lugar que buscamos?

La falta de comida y energía estaba empezando a hacer mella en mí. Cada vez me costaba más recordar cosas que en otras circunstancias no habrían supuesto ningún problema. Rebusqué en mi bolsa y saqué el pedazo más grande del pergamino roto para releer lo que decía en voz alta:

—Calypso Petranova: saludos y demás cordialidades. Si estáis leyendo esto, entendemos que habéis conseguido sortear a los bentos del lago Sheridon con éxito. Seguid adelante y visitad a la temperie para que os indique cómo llegar al Moirai. Incitadla a desatar una inundación y el camino se abrirá ante vosotros. Los Hados.

—Yo no sé nada sobre las temperies. En el Reino Oscuro, el paisaje y el tiempo apenas cambian —apuntó Mendax.

—Yo solo he oído rumores —dijo Eli—. Las temperies son criaturas temibles, como cualquier otro dios antiguo. Llevan siglos en este mundo, son muy sabias y alteran el tiempo dependiendo de las condiciones meteorológicas más beneficiosas para el mayor número de fae.

—¿Hay más de una temperie? ¿O solo hay una a cargo del tiempo de todos los reinos?

A veces todavía tenía la sensación de estar viviendo un sueño al oírlos hablar de criaturas fantásticas y mágicas. Por eso me volqué tanto en la ciencia desde pequeña. Para mí era algo totalmente opuesto a la magia que nos había hecho daño a Adrianna y a mí, tangible y fácil de entender.

Mendax estuvo a punto de decir algo, pero se interrumpió cuando terminamos de rodear la montaña.

Me quedé boquiabierta.

En el lado de la montaña que habíamos estado recorriendo hasta ese momento, lo único que habíamos visto en La Linde era un puñado de árboles. Casi todo el paisaje había estado dominado por sus bosques espeluznantes y su silencio, como un manto blanco sobre vegetación gris. Ahora, al dar otro paso, apenas era capaz de creer lo que veían mis ojos.

El estómago se me contrajo y rugió a todo volumen cuando el viento helado arrastró hasta mí un aroma a tortitas dulces y saladas.

Toda la ladera de la montaña estaba plagada de casitas de piedra y madera. De la chimenea de una de ellas brotaba una densa nube de humo. Los edificios estaban bien cuidados, pero ninguno parecía ser el tipo de casa en la que una poderosa diosa capaz de controlar el tiempo viviría. Habría pensado que la aldea estaba abandonada de no ser por el delicioso aroma que se respiraba en el aire y el estado de conservación de las casas.

—Soles benditos, ¿qué es este sitio? Me he tenido que confundir —dijo Eli—. A lo mejor hay alguien por aquí… si es que hay alguien, claro…, que pueda indicarnos cómo llegar hasta la temperie.

Mendax lo miró.

—¿Y por qué no iba a estar aquí? ¿Por qué te fías tan poco de tu instinto?

—Aquí no vive nadie —replicó Eli—. Mira a tu alrededor. La mayoría de las casas están abandonadas. La persona a la que estamos buscando es una diosa, y es evidente que no vive aquí. Deberíamos buscar una casa más grande en lo alto de la montaña.

—Está claro que tú nunca has caído en la trampa de una melena manchada de sangre y un vestido negro sucio y hecho jirones —susurró Mendax al tiempo que clavaba sus seductores ojos azules en mí.

—A estas alturas, a mí lo único que me importa es saber de dónde viene ese olor tan rico. Tengo tanta hambre que podría ponerme a gritar —refunfuñé.

—¿Y por qué no has dicho nada? Te habías comprometido a avisarnos cuando necesitaras comer —me regañó Mendax.

—Hace tres horas me has dicho que tenías comida de sobra en tu bolsa —añadió Eli.

—Lo siento, mamá —le espeté.

La verdad era que me había quedado sin comida hacía días, pero ellos no se habían dado cuenta, porque los fae no necesitaban alimentarse tan a menudo como yo. Los tres pensábamos que

llegaríamos al Moirai muy pronto, así que había concluido que pasar un par de días sin comer no sería para tanto. Sin embargo, habíamos cometido un error de cálculo.

—No dudaré en darte de comer a la fuerza para evitar que mueras de inanición, pero tu pésimo instinto de supervivencia sería una gran decepción —dijo Mendax fulminándome con la mirada.

Agaché la cabeza en señal de derrota y prometí esforzarme más por comunicarles mis necesidades. Por muy molesto que me resultara, agradecía saber que alguien se preocupaba por mí lo suficiente como para estar pendiente de que comía. Y tener no solo a una, sino a dos personas así, parecía demasiado bonito para ser verdad.

Nos adentramos en la aldea y avanzamos entre las hileras de casas hasta llegar a la que tenía la chimenea encendida. Mi esperanza de meterme una buena comida entre pecho y espalda fue desvaneciéndose a medida que nos acercábamos. Estaba claro que había gente dentro de la casita, pero, a juzgar por las fisuras en los cristales de las ventanas y el techo de paja, empecé a sospechar que no tendrían suficiente comida para compartirla conmigo y con los dos hombretones que me acompañaban. Aunque a lo mejor podían ofrecerme unas migajas con las que aguantar mientras nos daban indicaciones.

Los tres nos miramos para decidir si llamar a la desvencijada puerta de madera. Mendax y yo enseguida dimos un paso atrás. Eli era el sociable del grupo. Además, él le caía bien a todo el mundo… Bueno, salvo a Mendax, claro. Eli conseguiría las respuestas que necesitábamos sin poner en peligro nuestra vida.

Así que subió los escalones que conducían a la puerta principal, se pasó los dedos por el pelo y llamó utilizando la aldaba de cobre que colgaba en el centro de la puerta. Al otro lado se oyó un alboroto antes de que una mujer mayor de pelo gris abriera la puerta. Parecía cansada, pero amable. Las arruguitas que le surcaban el rostro le conferían el aspecto de una mujer muy sabia. Sus fríos ojos marrones destacaban entre las manchitas de sol que le

salpicaban las facciones. No parecía sorprendida en absoluto de vernos. Estaba claro que cocinaba unas tortitas de muerte.

—Supongo que habéis venido a ver a la temperie —sentenció.

Los tres intercambiamos miradas sorprendidas. Para nada esperábamos que la todopoderosa temperie de la que nos habían hablado los Hados fuera una mujer como ella. Aunque, al estudiarla con más atención, sí que tenía el aspecto de una diosa astuta y sensata. Tampoco me pareció tan descabellado que fuera ella.

—Sí —dije dando un paso adelante con una amplia sonrisa—. Sí, no me puedo creer que por fin os hayamos encontrado.

Ella rio con suavidad.

—Ay, cielos, no. Yo no soy la temperie. —Se volvió hacia el interior poco iluminado de la casita—. Jamie, ha venido alguien a verte. Sé amable con ellos.

La anciana se apartó de la puerta justo cuando una joven de cabello negro que no tendría más de dieciséis años aparecía con una mano apoyada en la cadera.

—¿Qué queréis? —dijo antes de meterse un pedazo de tortita en la boca.

CAPÍTULO 11

Mendax

Caly y Aurelius se quedaron mirando estupefactos a la chica de la puerta. Yo estiré el cuello como si nada para intentar ver mejor el interior de la casa. Se hizo un silencio mientras asimilaban la situación.

—¿Tú eres la temperie? —preguntó Caly.

—Te lo dije —mascullé entre dientes mirando a Aurelius.

—¿El qué? —preguntó él retorciendo el rostro moreno en una mueca confundida.

Zoquete.

—Que encontraríamos a la temperie en esta montaña —susurré.

—Pero he sido yo quien os ha guiado hasta aquí —replicó entornando la mirada.

La chica se metió el último bocado de su desayuno en la boca.

—Vale, podéis entrar, pero me cabrearé mucho si me pedís que haga algo —dijo asegurándose de que cada palabra destilara la mayor hostilidad posible.

Después de poner los ojos en blanco, se hizo a un lado para dejarnos entrar. Al pasar a su lado, me di cuenta de lo pequeña que era en realidad.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté deteniéndome ante ella.

La chica clavó sus enormes y enérgicos ojos azules en los míos y me fulminó con la mirada. Esperé a que me contestara hasta que caí en la cuenta de que esa había sido su respuesta. Solo había conocido a una o dos diosas en mi vida, y todas ellas habían

demostrado tener un carácter horrible. No había forma de saber cuántos años tenía en realidad.

Cerró de un portazo y se abrió camino entre nosotros poniendo mala cara para asegurarse de dejar bien claro lo inconveniente que era nuestra visita. Llevaba un vestido color crema con un pequeño rayo bordado en el bolsillo delantero.

Tan pronto como dejamos atrás el vestíbulo, me di cuenta de que el destartalado edificio estaba envuelto en un poderoso hechizo. No era ni de lejos una mansión, pero por dentro era mucho más grande de lo que parecía desde fuera. La casa estaba en buenas condiciones y, salvo por un par de juguetes tirados por el suelo, perfectamente ordenada. La anciana que nos había recibido estaba sentada en una silla y vigilaba a tres niños pequeños.

La chica nos condujo hasta una habitación de dimensiones modestas y una sola ventana en la parte de atrás.

—No os sentéis en mi cama —nos advirtió de mala gana.

Caly y Aurelius escogieron un taburete y una silla, mientras que yo me quedé de pie. La decoración era austera. Solo había un par de cuadros en las paredes y unos cuantos muebles hechos de la misma madera oscura que la cama. Movido por la curiosidad de ver con qué tipo de persona estábamos lidiando, eché un vistazo a la pila de libros que descansaba sobre un pequeño escritorio plegable. Almanaques y libros de astrología.

—Hablemos de la nieve. Necesitamos que hagas que pare. Por favor, eh, Jamie —le pidió Caly con dulzura al sentarse en la silla.

Dobló y estiró las largas piernas unas cuantas veces mientras se ponía cómoda. Estaba mucho más cansada de lo que demostraba. Por si fuera poco, Aurelius y yo no estábamos recuperando nuestra magia tan rápido como necesitábamos.

La temperie hizo como si no hubiera escuchado a Caly y encontró mi mirada. A simple vista, no parecía más que una adolescente humana de orejas curvas, pero bastaba con observarla con más atención o sostener su mirada adulta para percibir que el poder que irradiaba era, efectivamente, el de una diosa.

—¿Qué sabes sobre el tiempo? —me preguntó, ignorando por completo a mis dos acompañantes.

Yo no respondí enseguida. Simplemente porque no me apetecía. No tenía por costumbre que una diosa del tiempo diminuta me mangoneara. Por mucho que deseara volver al Reino Oscuro y tener por fin a Caly solo para mí, no iba a partirme el lomo ni a seguirle el juego. Ladeé la cabeza mientras me preguntaba qué sería del tiempo si la criatura que lo controlaba moría.

A la chica se le curvó una de las comisuras de los labios como si hubiera leído mis pensamientos.

—Tenéis una casa muy acogedora. ¿La mujer que nos ha recibido era tu madre?

La voz amistosa de Aurelius pareció contrarrestar con su calidez el ambiente gélido que reinaba en la estancia. Era asfixiante y algo invasiva. Dejaría que intentara hacer las cosas a su manera, pero no por mucho tiempo. Caly tenía que llegar al Moirai lo antes posible.

—Te he preguntado si sabes algo sobre el tiempo —insistió la chica volviendo a posar sus ojos sabios en mí. Parecía triste y conflictiva.

—Te he oído a la primera —repliqué, ignorando el gesto fulminante de Caly.

La temperie era tan fría como el hielo. Cuando dejó de mirarme, centró su atención en Caly.

—¿Es este tu novio? —preguntó señalando con la cabeza en mi dirección.

—Eh…, es complicado, pero…, eh, supongo que sí —respondió Caly con una risita breve ante lo absurda que era la pregunta.

Me humedecí los labios y abrí la boca para preguntarle qué había de complicado en que yo fuera su rey y su dueño (sobre todo, porque quería oírle pronunciar aquellas palabras en voz alta), pero la chica me interrumpió:

—Ya me lo imaginaba. Los dos compartís un aura oscura, pero él no intenta esconderla. Se me dan bien estas cosas. ¿Y tú? ¿Sabes algo sobre el tiempo? —le preguntó.

Jamie o como quisiera que se llamara se levantó de la cama y se acercó a una cómoda de madera, donde abrió de un tirón el cajón central y sacó un jersey blanco. Se cubrió su esbelta figura con él. Sus ojos restallaron; de pronto parecían más blancos que azules.

—No, lo siento. Te mentiría, pero mi conocimiento sobre el tiempo termina y acaba con los partes meteorológicos que dan en las noticias del mundo humano —dijo Caly con una sonrisa.

Santas estrellas, estaba guapísima. Al apartarme de la conversación, pensé en el tiempo que había estado vigilándola cuando se había hospedado en el castillo luminoso. Me acordé de lo mucho que había disfrutado del olor y el sabor de su piel mientras ella permanecía ajena a mi presencia. Había pasado horas mirándola desde los rincones oscuros de su habitación. Poner a prueba cuánto tiempo aguantaba sin tocarla fue un jueguecito de lo más divertido, y me moría de ganas por repetirlo.

Ver a Caly interpretar su papel de chica dulce e inocente hizo que me empalmara al recordar el tiempo que había pasado engañándome de la misma manera. Cerré los dedos en torno a la silla que me habían dejado para evitar acercarme a ella y lamerla de pies a cabeza. Joder, incluso verla mordisquearse el interior de la mejilla con nerviosismo me tenía a punto de montar una escenita.

—¿Del mundo humano? —preguntó Jamie con curiosidad—. Ah, de ese se encarga Luna. Es maravillosa, ¿verdad? La he visto trabajar, y se le dan de miedo los terremotos. ¿Visteis el tsunami que desencadenó en 1498? Lo acompañó de una erupción volcánica y todo.

—¿En serio? Vaya. He oído hablar mucho de su trabajo, pero no, todavía no había nacido por esa época…

Caly dejó la frase a medias. Una chispa casi imperceptible había estallado en su mirada.

Ver el movimiento de los engranajes de su cerebro en pleno funcionamiento mientras buscaba la manera de conseguir lo que quería me resultaba tan fascinante que rozaba el absurdo. No

convenía subestimarla, y cualquiera que se atreviera a hacerlo merecería lo que se le viniera encima. Era digna de ver en acción.

—Sentimos haber llegado sin avisar. No parece que disfrutes mucho de la presencia de tres desconocidos, así que intentaremos ir al grano —dijo Aurelius con tono amable y tranquilo.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —preguntó ella cruzándose de brazos.

Aurelius le lanzó una mirada de reojo a Caly.

—¿Qué? —preguntó nervioso.

La temperie se detuvo ante el pequeño escritorio de madera, sobre el que había un espejo cuadrado apoyado contra la pared.

—Piensas que soy una persona fría, que me creo algo que no soy, ¿no es así? ¿Piensas que no tengo amigos? —Su voz se fue volviendo cada vez más aguda, hasta que la noté arañándome el cerebro como unas garras.

Caly dejó escapar una suave risita y se puso de pie para tocarle el brazo a la temperie como si fueran viejas amigas.

—No lo decía en ese sentido para nada. Está claro que tienes muchos amigos. ¿Te importaría hablarme de la nieve? ¿Te supone mucho trabajo crear tanta? —le preguntó, sonando como si de verdad le interesara el tema.

Si no había visto mal, la mirada de la chica pareció ensombrecerse un poco, de manera que el blanco de sus ojos adquirió un tono azulado.

Interesante.

—Os he dicho que no me pidierais nada —le recordó a Caly con tono seco.

Me detuve al clavar la vista en el ventanuco de la habitación. Había empezado a nevar, y cada vez parecía caer más rápido.

Me quedé inmóvil al percibir los latidos de otro corazón al otro lado de la pared.

—Lo siento muchísimo. Tiene que ser una mierda. ¿Suele venir mucha gente a pedirte que cambies el tiempo de La Linde?

Caly cogió un cepillo de plata del tocador y se puso a peinar el pelo negro y corto de Jamie tan despacio y con tanto cuidado como si estuviera lidiando con un nocturnojo.

—¿Por qué me peinas? Aquí la única que necesita adecentarse un poco eres tú —dijo la chica—. ¿Te crees que no sé lo que intentas? Marchaos ahora mismo. Los tres.

Una sombra se asomó a una de las esquinas de la ventana durante un segundo, pero luego desapareció. Vi el aleteo de una mariposa translúcida al posarse sobre uno de los cristales, aunque el viento y la nieve no tardaron en arrastrarla.

Había alguien fuera. Era la persona que nos había estado siguiendo.

—Aurelius, Caly, salid un momento. Necesito hablar a solas con…, eh…, Jamie —dije colocándome bien el abrigo.

Había insistido en que Caly se pusiera mi coraza después de que la usara como trineo porque, con el frío que hacía, necesitaba llevar el mayor número de capas posible. No iba a poner su vida más en riesgo de lo que ya lo estaba a causa de la debilidad que arrastraba.

Mis compañeros intercambiaron una mirada horrorizada.

—¡No! —exclamó Caly—. ¡No puedes matarla bajo ningún concepto!

Al parecer, La Linde había conseguido que mi cachorrito perdiera la capacidad de ser discreta.

—No va a poder matarme. Nadie puede —refunfuñó la temperie.

—Hay mariposas cristal al otro lado de la ventana, y todavía están vivas —dije con firmeza sin apartar la mirada de Aurelius.

Al ver que se llevaba la mano distraídamente a la espada que colgaba de su cadera, supe enseguida que había entendido lo que trataba de decirles. Caly y él se miraron antes de salir de la habitación, deseosos por descubrir qué o quién nos había estado siguiendo. Yo también sentía curiosidad, pero alguien tenía que conseguir que la temperie desatara una inundación, y esa persona iba a ser yo.

Me fijé en que Jamie arrugaba el rostro, decepcionada al verlos marcharse.

—¿No vas a ir con ellos? Deberíais daros prisa. Las mariposas se marcharán con él.

Me habría gustado preguntarle qué había visto, pero decidí centrarme en algo que nos resultaría mucho más útil. Su voz denotaba un temblor muy sutil, algo apenas perceptible pero que yo reconocí enseguida.

—Dices que a ti no se te puede matar, pero ¿qué hay de la otra persona? ¿A ella la mataron? —Me senté en la silla que Aurelius había estado ocupando hacía un momento.

—¿De quién hablas? —preguntó ella acomodándose de nuevo al borde de la cama.

Me quedé observándola en silencio, decidido a negarle de nuevo una respuesta. Estaba aguzando el oído para saber qué pasaba fuera, pero el poderoso hechizo que rodeaba la casita me dificultaba las cosas.

—De la persona de la que estás enamorada.

Abrió los gélidos ojos azules de par en par.

—Nadie cala mejor a los demás que los malvados, ¿eh? Tu amigo y tu novia no me gustan nada. Son unos falsos y unos manipuladores.

—Mis disculpas. Estamos intentando llegar al Moirai y andamos algo justos con el tiempo que nos han dado. Pero bueno, ya que tú no puedes morir, dime una cosa: ¿la persona de la que estás enamorada es mortal? ¿Ha muerto ya? Por eso eres tan fría, ¿no?

El restallido de un rayo confirmó mis sospechas.

La chica entornó la mirada llena de rabia.

—No, no ha muerto. ¿Vas a amenazar con matarla a ella también? ¿Te crees que eso te va a ayudar a salirte con la tuya? —replicó en voz cada vez más alta y enfadada.

Otro rayo surcó la tormenta de nieve e iluminó la penumbra de la habitación con un fogonazo.

—Yo voy a conseguir lo que quiero pase lo que pase. —Caminé por la estancia cogiendo los cachivaches que parecían tener valor para la chica—. La cuestión es que reconozco ese sonido tan familiar en tu voz.

—¿Qué sonido?

—El de querer a alguien que no está a tu alcance.

Cogí una baratija con una curiosa flor amarilla congelada entre las burbujas de una bola de cristal.

—¡No toques eso! —Esas tres palabras iban más cargadas de sentimiento que la suma de todas las que había pronunciado hasta ese momento.

Perfecto.

Hice como si fuera a dejarlo de nuevo en la mesita, pero me detuve justo antes de que tocara la madera. Luego me volví y se lo ofrecí. Ella lo cogió a regañadientes con ambas manos. Guardé silencio mientras contemplaba con interés su expresión.

—Me… me dio esto para que me acordara de ella mientras estuviera fuera. Es un símbolo del amor que siente por mí. Nadie más que ella es capaz de crear estas flores.

Jamie se sentó de nuevo en la cama y se quedó mirando la burbuja de cristal fijamente.

—Entonces, ¿cometería un error al amenazarte con matarla para conseguir lo que quiero?

Enarqué una ceja. En parte esperaba que perdiera los estribos igual que le había pasado con Caly antes. Sin embargo, la temperie sonrió brevemente y un rayo de sol me calentó el hombro a través de la ventana. Desapareció tan pronto como había llegado. Lo que controlaba el tiempo eran sus emociones. Cuando se mostraba fría, el tiempo reflejaba su actitud. La rabia desataba una tormenta de rayos que sacudía las paredes y, según parecía, la felicidad o los buenos recuerdos hacían que el sol se asomara tras las nubes. ¿Cuánto tiempo llevaba nevando? Había oído a mi padre, el rey Marco Thanes, hablar del viaje que había hecho por La Linde nevada hacía siglos.

El suelo de madera crujió y se contrajo a medida que la temperatura bajaba hasta niveles insoportables. Era una suerte que Caly se hubiera marchado con Aurelius. Él se aseguraría de ayudarla a conservar su calor corporal mientras la petulante diosa continuara con su gélida pataleta. Aunque algo me decía que la tozudez de la chica rivalizaba con la mía.

—No puede morir, pero tampoco puede vivir. Flora está atrapada… por mi culpa —dijo colocando la bola con cuidado en la mesita de noche vacía.

—¿Y eso por qué? —Miré por la ventana fingiendo desinterés, pero intentando encontrar a Caly—. ¿Está atrapada en el Tártaro o algo? Tengo amigos en los bajos fondos. Puedo sacarla de ahí esta misma noche.

La temperie puso los ojos en blanco.

—Somos diosas de los elementos. Cuando morimos, nos reencarnamos en el elemento que los Hados decidan. Además, en el Tártaro es donde acaban los oscuros y los luminosos más malvados. ¿No crees que debería ir a los Campos Elíseos, donde descansan el resto de las creaciones más exquisitas del universo? Está claro que a ti no se te dan tan bien los halagos como a tus amigos.

—Me importa una mierda La Linde. De donde yo vengo, no es más que un espacio vacío habitado por las criaturas que los demás reinos han dejado de lado. La mayor parte del tiempo, casi nadie se acuerda siquiera de su existencia.

Encontré su mirada fría con los ojos entornados y una expresión aburrida.

Jamie respiró hondo y se puso colorada. Aunque quería mirar por la ventana para ver qué desencadenaba lo que estuviera sintiendo, prefería no demostrar ningún interés.

—Eso es solo porque Flora ya no está. Hubo un tiempo en que La Linde era un lugar memorable. —La chica se volvió para clavar la mirada en la pared contra la que estaba pegada su cama—. Como no puede regresar a mi lado, ahora todo es horrible e intrascendente.

Joder, qué puta conversación más aburrida. Debería haber dejado a Aurelius con ella y haberme marchado yo con Caly para devorarle esos preciosos pezones rosados en la nieve.

Dejé escapar un gruñido. No íbamos a encontrar el siguiente pergamino ni en broma. Caly y Aurelius eran demasiado blandos como para hacer lo que había que hacer.

—Flora es la diosa de las flores y los helechos. Es magnífica y preciosa, y siempre saca lo mejor de mí —continuó la chica bajando la vista a su regazo y esbozando una sonrisa suave.

No me hizo falta asomarme a la ventana para ver que el sol creaba sombras alargadas y con formas demoniacas en el suelo.

Mierda. No quiero que brille el puto sol. Quiero que llueva…, que diluvie.

—¿Qué hiciste para que se marchara? Debiste de meter la pata hasta el fondo.

Escogí mis palabras y el dolor que quería infligirle con ellas despacio, de manera metódica. Deslicé su filo contra la superficie de su mente…, lo justo para que le escociera.

Como esperaba, las sombras y la luz del sol desaparecieron en cuanto la oí jadear.

Se volvió para mirarme con los ojos rebosantes de tristeza.

—Fue algo horrible. La echo muchísimo de menos. Estoy tan locamente enamorada que me siento perdida sin ella. Flora solo podrá regresar cuando la tierra vuelva a ser fértil y esté lista para la floración, cuando los insectos zumben y den comienzo a la polinización. No… no regresará hasta que yo no consiga que el sol vuelva a brillar.

Todavía me quedaba trabajo por hacer…, pero ya estaba un paso más cerca…

—Lo cual solo ocurre cuando estás contenta —dije completando las lagunas de su historia, a la espera de una confirmación por su parte.

¿Qué estaría haciendo Caly? ¿Estaría pasando frío? ¿Y sabrá nadar?

—Y no soy capaz de ser feliz aquí sin ella. —Le temblaba un poco la voz, y oí el golpeteo distante de la lluvia o el granizo al caer sobre el techo de paja.

Me acerqué a ella hasta quedarme de pie a su lado. Por mucho que fuera una antigua diosa, yo tenía el don de asustar a cualquiera. Por eso era el príncipe oscuro.

Cuando empezó a exudar incomodidad a través de todos y cada uno de sus diminutos poros, sentí el suelo temblar bajo mis botas.

¡Me cago en la puta!

Al temblar estaba causando un terremoto.

—He visto esas flores amarillas brotar en la nieve antes. Podría volver perfectamente si quisiera —aseguré con suavidad—. Está claro que tú eres la razón por la que no viene a La Linde. ¿Por qué iba a permanecer lejos de aquí para el resto de la eternidad si no?

Un pasito más cerca.

Se puso de pie con los ojos anegados en lágrimas y me agarró del antebrazo en actitud desesperada.

—¡No! ¡No! ¡No es por eso! ¡No tienes ni idea de lo que estás hablando! Es por mi culpa. No soy capaz de traerla de vuelta.

Ahí estaban. Unas lágrimas gruesas empezaron a caer a un ritmo regular por sus engañosamente tersas mejillas.

—Ya —dije con un asentimiento antes de dar un par de pasos en dirección a la puerta abierta—. ¿Cuántas visitas recibes en realidad?

Ella abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla enseguida.

—Ninguna —respondí por ella—. Y si las recibes, es porque vienen a pedirte que te encargues de la tarea que eres incapaz de llevar a cabo. Eres la diosa más aburrida y poco memorable que he conocido en la vida.

Casi saboreé la ambrosía de su sangre antes de terminar de enterrar mi daga metafórica en su interior y rematarla. La estudié atentamente y, con una mueca, me dirigí hacia la puerta principal pasando junto a la anciana y los niños que seguían jugando.

—¡Espera! ¡Os ayudaré! ¿Qué es lo que necesitáis? ¿Tenía algo que ver con la nieve? Algunas veces me cuesta escuchar, pero es por mi constante apatía. Quiero ser mejor. Sé que puedo serlo. Por favor, no os marchéis todavía —me pidió a gritos mientras corría para cortarme el paso. Tanto ella como el cielo lloraban.

—Tampoco creo que pudieras hacer lo que necesitamos. Iré al Reino Luminoso. ¿Has visto el sol que tienen allí? —le pregunté con una sonrisa retorcida.

Se le descompuso la expresión.

—No, pero he oído que es el más brillante de todos los reinos. Es obra de Kalista. Es la temperie más poderosa de todas en ese aspecto.

—Pues iremos a hablar con ella. Está claro que será mejor opción que tú —dije al tiempo que giraba sobre los talones y salía de la casa. Me detuve en el pequeño porche y me volví para mirarla sin muchas ganas mientras buscaba a Aurelius y a Caly—. ¿Estás segura de que las flores amarillas de tu chica son únicas? ¿No hay nadie más capaz de hacerlas florecer? Porque en el Reino Luminoso hay campos enteros llenos de ellas. Las consideran malas hierbas porque crecen sin ningún control. Kalista debe de ser una temperie con mucho talento si tiene ese efecto en Flora.

Me alejé de ella y apreté el paso al ver a una Caly agotada sentada en el porche abandonado de la casa de al lado.

El estruendo de un trueno restalló en el aire acompañando a la tormenta. Las compuertas del cielo, si es que podíamos llamarlas así, por fin se habían abierto.

No me sentía culpable en absoluto, pero me incomodaba en cierta medida entender el sufrimiento de la diosa al no tener al amor de su vida a su alcance. De haber estado yo en su situación con Caly, habría ido al Reino Luminoso sin pensármelo dos veces. Había reconocido el dolor en su voz desde el principio, porque yo mismo lo había sentido en mis propias carnes.

—Tenemos que encontrar algo que flote, pero ya —dije.

CAPÍTULO 12

Eli

—¡Aquí no hay nada capaz de aguantar nuestro peso! —gritó Cal. Por más que se esforzara en ocultárnoslo, el miedo que sentía era evidente en su voz.

Odiaba tener que admitirlo, pero Mendax había hecho un gran trabajo con la temperie.

La lluvia había oscurecido el pelo de Cal y se lo había apelmazado contra la cara, el cuello y los hombros. Me daba rabia pensar en lo mucho que me preocupaba lo que le pudiera pasar con aquel tiempo. Lo único que quería era llevarla de vuelta al mundo humano y dejarla a salvo en su hogar. Si manteníamos a los humanos alejados de nuestros reinos, era por una buena razón. Nuestro mundo no era seguro para ellos. Ellos no eran conscientes de la cantidad de magia que había a tan solo un anillo de hadas o un tronco hueco de distancia. Mantenían sus preocupaciones a raya y aplacaban su sexto sentido con fábulas y cuentos… Para ellos todo esto era mera ficción.

Se había puesto a llover de un momento a otro. Tan pronto como Mendax había salido de la casa de la temperie, una tromba de agua había empezado a caer del cielo gris, aunque transmitía una apatía y un dolor que jamás había percibido en un fenómeno meteorológico. Ahora entendía que seguramente tuviera mucho que ver con que fueran las lágrimas de una diosa del tiempo.

Pensar en cualquier mujer llorando con tantas ganas me ponía enfermo.

No sabía qué había hecho Mendax para hacerla llorar, y tampoco quería averiguarlo. Lo peor era que no me cabía duda de que el muy desgraciado había tenido que disfrutar muchísimo. Aquello era algo que jamás llegaría a entender de él: ¿cómo era posible que quisiera hacerles daño a los demás?

Yo estaba enamorado de Cal, siempre lo había estado, pero había empezado a darme cuenta de que la Cal que despertaba aquel sentimiento en mí no tenía nada que ver con la persona que era en realidad.

Cuando había confesado todas las mentiras y trucos a los que había recurrido en el castillo, descubrir lo poco que sabía de ella me había obligado a abrir los ojos. Cada reto y cada conversación que habíamos compartido durante nuestro viaje hacia el Moirai me los habían ido abriendo todavía más. Estaba perdidamente enamorado de la Cal que siempre me había parecido tan dulce como la miel y tan amable y cariñosa como el mismísimo Éter de los Campos Elíseos. De la Cal que siempre quería ir con los animales del bosque porque la hacían feliz. La Cal a la que yo quería era sincera y buena y se preocupaba por ayudar a la gente y a los animales. Me había llevado casi todo el viaje darme cuenta de que había estado enamorado de una mentira, de alguien que no encajaba del todo con quien ella era de verdad.

Me había opuesto a su relación con Mendax con uñas y dientes y, en un principio, había dado por hecho que era porque estaba más enamorado de ella de lo que siempre había pensado. Después de pasar tantos años separados, había empezado a notar pequeños cambios en la chica a la que había creído conocer y los había achacado a la influencia del príncipe oscuro. Ahora entendía que había estado intentando mantener viva a la Cal a la que amaba, convencerme de que esa versión de ella todavía existía. La verdad era que ya ni siquiera sabía si aquella Cal fue real en algún momento. Me había ocultado su lado oscuro en tantas ocasiones que todavía no sabía del todo quién era.

Jamás le perdonaría que hubiera matado a mi madre, aunque entendía el motivo por el que lo había hecho. Además, tampoco podía evitar preguntarme si toda la amabilidad y el amor que había visto en ella años antes tendrían algo que ver con la gota de poder artemi que le había cedido su hermana.

—Voy a ver cómo está la temperie —anuncié abriéndome paso despacio y con dificultad por el torrente de agua que caía desde la montaña.

Mendax se interpuso en mi camino.

—Y una mierda. El pergamino decía que tendríamos que desatar una inundación para conseguir la siguiente pista y eso es lo que he hecho. Como entres ahí con tus chorradas empáticas, dejará de llover.

Apreté los dientes y lo rodeé.

—¡Eli, para! ¡Si no conseguimos que esto se inunde, nunca llegaremos al Moirai! —exclamó Cal.

La decepción me entumeció la lengua mientras miraba a mis dos acompañantes. Estaba claro que estaban hechos el uno para el otro. Me miraban con el ceño fruncido y una misma expresión sombría, egoísta e indiferente.

—¿Y qué pasa con los niños? No sé quiénes o qué clase de criaturas son, pero no pienso quedarme de brazos cruzados y dar por hecho que podrán salir de la casa antes de que acabe bajo el agua —repliqué. ¿Cómo era posible que le dieran igual esos niños? ¿Había sido siempre así?—. No voy a interrumpir la inundación. Os doy mi palabra.

Los dos me miraron furiosos. Me dolía el pecho. Me sentía más vacío que unos minutos antes. La mirada de Cal me demostró que sabía que me había decepcionado. Brilló por un momento antes de volverse fría e implacable. ¿En qué estaba pensando? De haber sido más fuerte, ¿habría intentado detenerme? Algo me decía que sí.

—No son niños, y lo sabes de sobra. Cada uno tendrá unos mil años como mínimo, seguro —intervino Mendax.

—La lluvia empezará a caer pronto con más intensidad. A no ser que alguno haya ganado fuerza o haya aprendido a volar de repente, os sugiero que busquéis un lugar donde quepamos los tres. Tenemos que llegar a lo alto de la montaña.

Me di la vuelta sin esperar a que respondieran y me encaminé hacia la casa de la temperie apretando los dientes. No estábamos a tanta altura como parecía. El agua no tardaría en subir desde la falda de la montaña, y, salvo en el caso de los fae acuáticos, los demás éramos conocidos por ser pésimos nadadores. Mendax y yo pesábamos demasiado como para flotar. Pensándolo de forma realista, lo que debería estar haciendo sería llevar a Cal a lo alto de la montaña.

Llamé a la puerta con tanta fuerza que hice temblar sus bisagras.

—Por favor, dejadme ayudaros. La zona se está inund…

Jamie, la temperie, apareció al otro lado de la puerta con el cabello oscuro revuelto. Las lágrimas le corrían por las mejillas salpicadas de manchas rojizas.

—No sé qué habrá hecho Mendax, pero lo siento muchísimo. Por favor, permíteme llevaros a tu madre, a los niños y a ti a un lugar seguro —dije sin poder contenerme.

Podría seguir llorando en la cima de la montaña.

—¡La quería tantísimo! —sollozó de forma casi incoherente.

No tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando, pero se me partió el alma al verla derrumbarse, rota y consumida por la tristeza.

Maldije entre dientes antes de entrar en la casa para resguardarme del aguacero y cerrar la puerta a mi espalda. Me agaché junto a la diosa y busqué a la anciana y a los niños con la mirada, pero no vi a nadie en la sala de estar.

—Seguro que ella también te quería —le aseguré con suavidad mientras me sentaba en el suelo con las piernas cruzadas.

—¡No, nunca me quiso! He pasado todo este tiempo esperando que regresara y odiándome por tener la culpa de que no pudiera volver conmigo —se lamentó entre jadeos y sin dejar de llorar.

—No sé qué te habrá dicho Mendax, pero no le hagas mucho caso. Puede que nada de lo que te haya contado sea verdad. Aunque me faltan muchos detalles, estoy seguro de que bastaría con que sintiera la mitad del amor que tú sientes por ella para que no quisiera apartarse de tu lado. —Le puse una mano en el hombro y le froté la espalda con delicadeza. La notaba estremecerse con cada sollozo—. ¿Qué te parece si salimos de aquí? —le ofrecí mientras la ayudaba a ponerse de pie—. ¿A dónde han ido tu madre y los niños?

—¿Te refieres a Madre Naturaleza? Se los ha llevado a sus respectivos reinos. Están todos a salvo.

—Madre Naturaleza —repetí con una sonrisa al caer en la cuenta de lo que significaba.

La temperie empezó a llorar con más ganas.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Tu sonrisa… Eres un luminoso. Prácticamente irradias rayos de sol. Estoy segura de que tú habrías podido hacer que Flora regresara —gimoteó antes de volverse para limpiarse la nariz con mi camisa empapada.

—Espera, que te traigo un… —*¡Qué asco!*—. Ah, bueno, pues nada. Entonces, ¿se llama así? ¿Flora? ¿Como las flores? —le pregunté a medida que iba atando cabos.

Jamie asintió.

—¡Anda! ¡Pues entonces es perfecto! Estoy seguro de que volverás a verla pronto —dije aliviado.

Ella me miró como si estuviera a punto de darme un puñetazo.

—Flora no puede volver mientras nieve o llueva. Solo vendrá si hace sol —refunfuñó con una sorprendente ferocidad.

Suspiré y recé en silencio a los Hados para no meter la pata con lo que estaba a punto de hacer.

—¿Recuerdas el momento en que conociste a Flora? —le pregunté.

Ella dejó escapar una risotada brusca por la nariz y me empapó el pecho con sus lágrimas. La lluvia amainó un poco.

Ay, no.

—Pues claro —dijo sonrojándose.

Puse las manos en alto para impedir que me diera más detalles. Tenía que darme prisa. Mi poder no se estaba regenerando tan rápido como lo haría en circunstancias normales, y si iba a tener que recurrir a él para ayudar a Cal o a Zef en el Moirai, debía encargarme de esto deprisa.

—No hace falta que me cuentes más. Solo piénsalo. ¿Crees que todavía te quería cuando tuvisteis que despediros?

La diosa asintió y un par de lágrimas cayeron de sus ojos cerrados mientras la lluvia retomaba su golpeteo contra el techo de la casa.

—Se le veía en la mirada. Sé que me quería. Estábamos destinadas a estar juntas —susurró al recordar aquel momento tan triste.

—Yo confío en que los Hados no cometen errores y creo que hay ciertas cosas que están destinadas a ocurrir pase lo que pase. A veces lo único que necesitamos es una nueva perspectiva. Yo mismo lo he descubierto hace poco, créeme.

Y vaya si lo había descubierto.

—¿Por qué has vuelto? ¿Por qué me ayudas? —preguntó mientras se secaba las lágrimas con una repentina expresión aprensiva—. Sé que necesitabais que cambiara el tiempo, supongo que para inundar la zona. Tu amigo es muy listo. Malvado y horrible, pero muy listo.

Asentí y me descubrí pensando en mi propia situación, así como en lo que pasaría en el Moirai.

—He vuelto porque mi punto flaco es y siempre será mi incapacidad para negarle mi ayuda a alguien cuando sé que puedo dársela. Incluso cuando va a jugar en mi contra. Es muy típico, lo sé. —Me reí entre dientes—. Supongo que es mi castigo por ser un luminoso.

Ella negó con la cabeza.

—No todos los luminosos sois así. Al principio pensaba que erais unos falsos y unos manipuladores, pero ahora me doy cuenta de que no es el caso. Eres un buen hombre. Mejor que la mayoría.

Yo también me sonrojé un poco.

—No sé yo. Solo me he limitado a volver para ayudarte. Tampoco es para tanto.

—Vale, pues ayúdame a recuperar a Flora —me retó con la voz rota como una plegaria silenciosa.

—Está bien, pero tendréis que poneros a salvo enseguida —le advertí.



—¿Qué has hecho? —preguntó Cal con los ojos como platos cuando regresé.

Mendax y ella estaban juntando tablones de uno de los porches viejos de la zona.

El sol brumoso que me calentaba el cuello había llegado como la cura para todos mis males. Mi estado de ánimo y mi perspectiva frente a la situación habían mejorado casi de inmediato y a pasos agigantados. Todo saldría bien.

Esbocé una sonrisa tan amplia que me dolieron las mejillas.

—He decidido ayudar en vez de hacer daño. Ya no vamos a necesitar todo eso —anuncié señalando la balsa improvisada que intentaban construir.

—Cuando creo que empiezo a tolerar tu compañía, tú te las arreglas para recordarme el motivo exacto por el que los luminosos y los oscuros jamás viviremos en paz —refunfuñó Mendax deteniéndose a mi lado.

El sol brilló con más fuerza por un segundo y luego las nubes volvieron a cubrirlo. No tenía palabras para descubrir lo bien que me había venido aquella pequeña dosis de luz, pero incluso había conseguido restaurar una parte de mi poder.

Mendax no iba a poder hacerme una mierda.

La lluvia bajó bailando del cielo y bañó el suelo dormido como lágrimas alegres.

—¡Mirad! ¡El arcoíris! —Señalé el precioso arco multicolor con la cabeza. Era magnífico. Me volví hacia Cal para comprobar si lo había

visto, pero tenía los ojos clavados en mí. Su mirada era tan penetrante que tuve que desviar la vista—. He conseguido que piense en todos los buenos momentos que Flora y ella compartieron. —Me di la vuelta para quedar frente a mi amiga—. Le he recordado que, incluso si lo que Mendax le ha dicho es verdad y Flora ha escogido a otra persona, el tiempo que pasaron juntas no deja de ser especial. Le he recordado que Flora todavía podría volver a La Linde y que, si no lo hace, ella acabaría encontrando a alguien mejor. Le he dicho que, si de verdad ama a Flora, querría que fuera feliz. Que, aunque las cosas no hayan salido como ella esperaba, eso no significaba que su amistad o su amor hayan muerto. Su relación solo ha cambiado, nada más.

Cal siguió mirándome sin decir una sola palabra.

—¿Y ha funcionado? —replicó Mendax con aspereza.

—*Feuhn—Kai—Greeyth*. —Sonreí, cerré los ojos y levanté la cabeza hacia el cielo cuando la lluvia empezó a caer con más y más fuerza—. Amor y amistad eternos.

Cal me sonrió y Mendax escupió justo a mi lado.

—¡Mirad! ¡El agua está subiendo! —exclamó Cal mirando hacia la falda de la montaña—. ¡Lo has conseguido! Rápido, necesitamos más tablas.

—No, no va a hacer falta —dije con una sonrisilla antes de mirar a Mendax y desplegar mis alas.

CAPÍTULO 13

Mendax

—No —le espeté a Aurelius—. Antes prefiero subir escalando hasta la cima de la montaña.

Caly me dio una palmadita en el hombro.

—Pues más te vale darte prisa, porque el agua nos alcanzará enseguida. Si no me equivoco, calculo que no tendremos más de veinticinco minutos. Ya se ha tragado el lago Sheridon. —Me miró con mala cara—. Eso significa que los bentos o como quiera que los Hados llamaran a esas criaturas del lago en su mensaje nos olerán, y esta vez ya no habrá una barrera de hielo que los frene.

Sé que la expresión que mostré en aquel momento era la de un adolescente malhumorado.

—Pero ¿qué imagen tienes de mí, cachorrito? ¿Crees que no puedo con ellos? ¿Acaso no me has visto enfrentarme a criaturas mucho más…?

—Entonces tu poder estaba intacto. Ahora deja de perder el tiempo y agárrate a Eli de una vez —me reprendió ella, impaciente.

—El único caso en que estaría dispuesto a subirme a un luminoso sería si yo lo hubiera colgado de un árbol antes y tuviera que hacer peso para asfixiarlo más rápido —sentencié con firmeza.

La muy descarada de Caly se apartó de Aurelius y vino hasta donde yo me encontraba. Pese a la poca visibilidad que permitía el diluvio, era evidente que caminaba moviendo las caderas más de lo normal. La camisa empapada por la lluvia se le pegaba a esos

pechos tan perfectos que tenía. Se presionó contra mí y me rodeó el cuello con la mano.

Mi preciosa manipuladora.

Si esperaba animarme a cooperar poniéndomela dura, estaba muy equivocada. Siempre estaba cachondo en su presencia, y nadie, ni siquiera ella y su sonrosado cuerpo, iba a obligarme a hacer nada que yo no quisiera. Y no pensaba dejar que Aurelius me llevara volando a la cima ni muerto.

—Por favor —me susurró al oído antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja—. Te prometo que luego dejaré que me castigues.

—Es evidente que no sabes de lo que hablas porque, de lo contrario, jamás me harías semejante ofrecimiento. De todas maneras, tendrás que subir la apuesta, mi amor.

Traté de estirar la espalda, pero la muy diablilla seguía sujetándome el cuello.

—Te…, te…

Me soltó mientras intentaba encontrar algo lo bastante jugoso con lo que tentarme. La frustración que la embargaba mientras jugueteaba con el collar que pendía de su cuello era más que evidente.

—Te deberé una —intervino Aurelius—. Cuando lo necesites. Te doy mi palabra.

El fae dorado ni siquiera parpadeó mientras nos medíamos el uno al otro.

Arqueé las cejas con interés.

—¿Te comprometes a deberme un favor que podré cobrarme cómo y cuándo quiera? —pregunté sin terminar de creérmelo.

—Así es —dijo tras lanzarle una mirada de reojo a Caly.

Los fae jamás ofrecíamos favores a la ligera. Era como si me hubiera entregado su vida en bandeja, y Aurelius lo sabía de sobra. Que me propusiera algo así tan de repente me hacía dudar de él. ¿Estaba intentando engañarme? Desde que había vuelto de hablar con la temperie a solas, parecía irradiar más energía. ¿Había cambiado algo? Sabía que la luz del sol le había devuelto una parte

de su poder, pero ni en broma podía haber sido la suficiente como para ofrecerme su vida tan despreocupadamente… Y menos cuando íbamos a enfrentarnos a un juicio que decidiría quién de los dos moriría. No podía ser tan imbécil. Volvía a mirar a Caly. ¿Y si su confesión no era más que un numerito para luchar por su amor hasta su último aliento?

—¿Por qué? —le pregunté escudriñando cada centímetro de su expresión en busca de alguna pista.

Él se encogió de hombros.

—Porque pueden pasar dos cosas. O que no te dé tiempo a cobrarte el favor antes de que te maten o que yo muera sin que tengas oportunidad de pedir algo que no estoy dispuesto a darte. Pero, sobre todo, porque sé que Caly no se moverá de aquí sin ti, y ella sigue siendo mi prioridad.

Asentí. Tenía sentido.

—Está bien. Me debes una, Aurelius —le dije con una sonrisa de oreja a oreja.

Acababa de firmar su sentencia de muerte… o de prometérmela, mejor dicho.

Caly sonrió y le dio las gracias a su amigo antes de agarrarse a su costado, con cuidado de no obstaculizar el movimiento de las alas doradas desplegadas a su espalda.

Las mías eran mucho más grandes.

—Vamos, don Humaredas, no te cortes. Pégate bien a mí —dijo el luminoso al tiempo que me sujetaba por la cintura.

Lo aparté de un empujón con ambas manos y, cuando estaba a punto de partirle la nariz de un puñetazo, la risa de Caly me frenó. Sus carcajadas se colaron bajo mi piel y me dejaron preso de su hechizo, así que Aurelius aprovechó la oportunidad para cogerme de la cintura de nuevo y levantar el vuelo.

Mientras que a Caly la estrechaba contra su cuerpo, a mí me dejó colgando horizontalmente, de manera que me mecía con el viento a medida que ganaba velocidad. La lluvia me aporreaba la espalda cuando me di cuenta de que el muy cabrón podría soltarme en

cualquier momento. Le estaba cediendo una parte demasiado grande de mi poder a Caly como para poder desplegar mis propias alas, y Aurelius lo sabía. Yo lo habría dejado caer. En la situación contraria, no me lo habría pensado ni por un segundo antes de soltarlo. Era un imbécil por no hacerlo. Aunque Caly y él fueran solo amigos, si no me mataba antes de llegar al Moirai, él también correría el riesgo de morir. Moriría incluso si los Hados no lo elegían, porque me aseguraría de acabar con su vida. No me terminaba de creer que no estuviera enamorado de Caly. Era imposible desenamorarse de ella, creedme. De haber estado en mi mano, yo ya lo habría hecho. Sin embargo, con cada minuto que pasaba, yo seguía adentrándome más y más en ese callejón sin salida que era el amor de Caly.

Siempre me había tomado mis asesinatos muy en serio, y jamás había dejado un solo cabo suelto que pudiera ocasionarme problemas a la larga. Me enorgullecía de ser minucioso en lo que respectaba a mis decisiones, y Aurelius tenía los días contados desde que su hermano y él habían intentado apartar a Caly de mí antes de su segunda prueba. No tardaría en correr la misma suerte que su hermano.

—¿¡Qué es eso!? —gritó Caly.

Resultaba difícil oír algo con el sonido de la lluvia y el viento azotándome las orejas al ritmo de las alas recubiertas de plumas del luminoso. Otro motivo más por el que los Asesinos de Humo eran mejores que los Maestros del Sol: nosotros nos movíamos sin hacer ruido. Nos convertíamos en sombras y volábamos sin asustar a un solo gorrión, porque las criaturas no se percataban de nuestra presencia hasta que ya era demasiado tarde.

—¡Ahí! ¡Eso verde! —insistió señalando la cima de la montaña.

Entre el viento y la lluvia que se me metía en los ojos apenas veía nada, pero parecía una silueta delgada vestida de verde.

—¡Es un hombre! —respondí.

—¡Debe de ser la persona que ha estado siguiéndonos! ¡Está intentando llegar hasta el pergamino antes que nosotros para

impedirnos seguir adelante! —gritó Caly furiosa.

Aurelius intentó descender poco a poco hasta la cima de tierra y cristal de la montaña, pero ya había gastado demasiada energía al cargar con nosotros hasta allí, así que aterrizó derrapando antes de caer tan violentamente que acabó haciendo un agujero en el suelo. Por suerte, a Caly y a mí nos soltó un par de metros antes.

El luminoso se detuvo rodando cuando estaba a tan solo unos cuantos pasos del desconocido. El hombre irradiaba un poder que no debería. Un poder milenario que ya no existía. Me froté la nuca para evitar que se me pusiera la piel de gallina.

Estaba envuelto en una túnica de color verde oscuro que llegaba hasta el suelo y que no tenía ningún elemento decorativo o marcas que lo identificaran. La lluvia se deslizaba hasta el suelo como si su silueta fuera impermeable, de manera que la túnica se mantenía seca. Lo único que asomaba de su amplia capucha era una barba corta blanca y gris y un bigote. Una boca seria y tensa apareció de entre las sombras.

—¿Quién cojones…? —Caly, como el buen diablillo que era, se encaró con el desconocido.

Yo me puse delante de ella para protegerla con mi cuerpo y sujetarla con firmeza del brazo. No quería que se acercara a él.

—Quieta —le dije por encima del hombro, pero sin apartar la mirada de aquel hombre tan siniestro.

Caly debió de detectar algo en mi voz, porque dejó de forcejear de inmediato y se pegó a mi espalda para asomarse por uno de mis costados.

El poder que irradiaba aquel hombre era imposible de ignorar y me sacudía hasta la médula. Hacía años que alguien no me ponía tan nervioso… Décadas, para ser más exactos. Ni siquiera había sido consciente de la impresión tan potente que aquellas batallas habían dejado en mí.

Como Aurelius todavía era muy joven cuando aquella guerra tuvo lugar y no tenía ni idea de a qué se enfrentaba, se recompuso y se plantó ante el desconocido, al que por lo menos le sacaba una

cabeza. Por desgracia, ante un poder como el de aquel hombre, la diferencia de altura no importaba. Se me aceleró el corazón. No habríamos tenido nada que hacer contra él incluso estando en pleno uso de nuestro poder como Maestro del Sol y Asesino de Humo, así que la cosa no pintaba bien para nosotros. Y, por mucho que yo estuviera dispuesto a servirle de escudo y terminar convertido en una masa sanguinolenta con tal de mantener su cuerpo prácticamente humano a salvo, la pobre Caly no duraría ni un asalto contra él.

Estábamos bien jodidos.

Si, por el motivo que fuera, este artemi no quería que llegáramos al Moirai donde esperaban el resto de los Ascendidos, no íbamos a poder hacer nada.

El desconocido no se amedrentó ante Aurelius y habló en un susurro que no alcancé a oír por culpa de la lluvia.

Deposité todo el peso de mi cuerpo en los talones, preparado para luchar hasta mi último aliento. Pero Aurelius dio un paso atrás despacio. Levantó los brazos… y lo abrazó.

—Pero ¿qué…?

—¿… coño? —terminé la pregunta por Caly mientras contemplábamos atónitos a los dos hombres.

El príncipe luminoso se volvió para mirarnos con una amplia sonrisa y agitó las manos en un débil gesto para que nos acercáramos.

Caly y yo obedecimos, y cuando Aurelius se hizo a un lado, por fin pude ver bien el rostro del encapuchado.

Se me desencajó la mirada al reconocerlo de inmediato. No lo había visto antes, pero tenía esa nariz y esos ojos grabados a fuego en mi retina. El parecido era innegable.

Aquel hombre era el padre de Caly.

CAPÍTULO 14

Caly

Había algo raro en todo aquello, pero no alcanzaba a descifrar el qué. ¿Por qué recelaba Mendax tanto del desconocido mientras que Eli se comportaba como si lo conociera de toda la vida?

El aire de la montaña se fue enrareciendo a medida que Mendax y yo nos acercábamos a ellos. Al detenerme junto a Eli, el hombre se bajó la capucha de la túnica para mostrarnos su rostro. Unas cuantas mariposas cristal salieron volando de debajo de la prenda, pero solo consiguieron recorrer un par de metros antes de que la lluvia las derribara y cayeran entre la tierra y las rocas de aquella pequeña terraza en lo alto de la montaña.

Era innegable: las mariposas cristal demostraban que aquel era el hombre que nos había estado saboteando desde el principio… y Eli tenía la suficiente confianza con él como para darle un abrazo.

Aparté la mirada de las mariposas mojadas que luchaban por su vida en el suelo y estudié al hombre de aspecto sencillo. Era mayor. Llevaba el pelo gris corto a los lados y un poco más largo en lo alto de la cabeza. Tenía unos grandes ojos azules que daban la impresión de verlo todo, como si fuera capaz de cazar a cualquier mentiroso o a cualquier ladrón en el acto. Había algo en su actitud (o, tal vez, en la amabilidad que le conferían a su mirada las arruguitas que le rodeaban los ojos) que me transmitía seguridad. Pese a que irradiaba un aire de superioridad, su expresión sugería justo lo contrario.

—Cal, este es…

—El hombre que nos ha estado siguiendo —lo interrumpí. Eli era un incauto, y, a diferencia de él, yo no pensaba dejar que una mirada amable me impidiera llegar hasta mi padre—. ¿Por qué lo has hecho?

El desconocido posó la mirada en Eli durante una fracción de segundo antes de volver a centrarse en mí. ¿Cómo tenía la cara de hacerse el sorprendido por haber sido descubierto? Lo había estado haciendo bien, pero no había sido suficiente.

Eli dio un paso hacia mí.

—Cal, para. No lo entiendes. Este es…

En aquella ocasión, fue el desconocido quien interrumpió a Eli tocándole el antebrazo.

—Soy consciente de que mis palabras no bastarán para convencer a una persona tan tozuda como tú, pero es lo único que puedo ofrecerte en esta ocasión. No os he estado siguiendo, querida, al contrario. Os he estado guiando —dijo con tono educado, aunque algo rígido.

—Las mariposas cristal. —Por alguna razón, tenía la sensación de estar perdiendo el hilo de la conversación, y eso que apenas acababa de empezar—. ¿Son tu símbolo? Tienen que serlo. De lo contrario, no te seguirían. ¿Qué eres?

¿Por qué no intervenía Mendax? Me parecía raro en él que se mantuviera tan callado. Además, notaba algo que no lograba identificar a través del vínculo que compartíamos.

El hombre bajó la vista a mis pies como si lo hubiera insultado y aproveché para estudiar a Eli. No entendía por qué, pero él también parecía algo incómodo.

—Soy un artemi, Calypso. Disculpa mi sorpresa. A veces se me olvida que la gente ya no está acostumbrada a vernos por aquí. Aunque cada uno de nosotros tiene un símbolo propio, el mío, como muy acertadamente has adivinado, son las mariposas cristal. —Su voz era tan suave que apenas se oía por encima de la lluvia.

La cabeza me daba vueltas a una velocidad vertiginosa. ¿Por qué sabía mi nombre?

—Eres un artemi…

La idea me resultaba abrumadora. Salvo por mi hermana, nunca había estado en presencia de uno. Me agarré a mi collar como si la propia Adrianna fuera a renacer de sus cenizas para venir a salvarme.

—¿Cómo…, cómo sabes mi nombre?

—Es tu padre, Cal —intervino Eli cogiéndome la mano y dándome un apretón.

Me zafé de él, pero mi cerebro dejó de funcionar y ya no supe qué más hacer. Miré a Mendax, movida por una oleada de puro pánico.

Estoy aquí. Haré lo que me pidas. No tienes más que decirme qué necesitas.

¿Qué quería hacer? Aparté la vista de Mendax para posarla en… mi padre. Me bastaba con pensar en aquellas palabras para que un torbellino de emociones que no alcanzaba a descifrar se apoderara de mí. Pero ¿qué hacía ahí parada como un pasmarote? Debería estar retorciéndole el pescuezo. Si lo mataba ya, podría tirarme desde lo alto de la montaña y dar el tema por zanjado de una vez por todas; habría cumplido oficialmente todos y cada uno de los planes y objetivos que me había marcado. Mendax y Eli vivirían y yo me reuniría por fin con Adrianna en los Campos Elíseos. El desenlace perfecto.

Entonces, ¿por qué no reaccionaba? ¿Por qué no me movía?

—Por supuesto, jamás te exigiría que te refirieras a mí de esa manera, así que, por favor, llámame Zef —dice el hombre ofreciéndome una amable inclinación de cabeza.

¿¡Por qué no reaccionaba!? Ni siquiera me veía capaz de hablar. De pronto se me vino una infinidad de preguntas a la cabeza, pero ninguna tenía que ver con darle a elegir un arma bajo la que morir.

—Y tú debes de ser el Asesino del que tanto he oído hablar. ¿Humo o sombras? —le preguntó a Mendax ofreciéndole una mano para que se la estrechara. Su voz sonaba más tensa y menos amigable que cuando se había dirigido a Eli y a mí.

Mendax contempló despreocupadamente la mano de Zef antes de levantar la vista y mirarlo a los ojos sin aceptarla. El artemi retiró la mano despacio, como si Mendax fuera una serpiente a punto de atacar.

—Es un poco raro, ¿no te parece? Dada la historia que comparten nuestras razas, diría que lo lógico sería que yo te guardara rencor a ti y no al revés.

Establecí contacto visual con Eli y ladeé la cabeza abriendo mucho los ojos para pedirle sin palabras que me pusiera al día con una de las expresiones más típicas entre amigos íntimos.

—Me refiero a la aniquilación casi absoluta de los artemi, Calypso —me dijo Zef sin apartar la mirada de Mendax—. Tu… novio fue el responsable de un considerable número de muertes durante la Gran Guerra. Y ni siquiera estoy contando con la destrucción que causaron sus antepasados antes que él. Su madre y él fueron dos de los culpables de que tuviera que esconderos a tu hermana y a ti en el mundo humano.

Esa última parte lo despojó de toda su compostura y lo convirtió en un hombre sacudido por la tristeza y los horrores que él mismo había experimentado. Despertó algo en mi pecho.

Nunca había contado con aquello… Jamás había considerado que hubiera sentido… algo al abandonarnos.

Todo iba mal. ¡Nuestro primer encuentro no debería haber sido así!

—Siento interrumpir, pero el agua está subiendo a toda velocidad y nos alcanzará en cualquier momento —intervino Eli—. Si vais a llevarnos al Moirai, señor, tendremos que partir lo antes posible.

Zef miró a Eli con una sonrisa agradecida y asintió con la cabeza.

—Sí, perdóname, Calypso. No es momento para clases de historia. Ya hablaremos de los problemas de tu viejo padre artemi y de tu hermana Adrianna más adelante.

—Ni se te ocurra pronunciar su nombre. —Fulminé con la mirada al hombre que tan alegremente se había referido a sí mismo como mi padre pese a no haber ejercido nunca como tal—. Derramar tu

semilla en mi madre no te convierte en mi padre. No eres más que un mero donante de esperma.

Busqué a tientas la garra de dragón que guardaba en mi bolsa de cuero, preparada para hacerlo sangrar.

Pero entonces ocurrió algo que me sacudió hasta la médula. Y todavía no entiendo por qué. Supongo que tenía mucho que ver con haberme pasado años construyéndole a mi padre, sin darme cuenta, una personalidad imaginaria, puesto que el hombre que tenía ante mí no se parecía en nada a lo que esperaba. En cualquier caso, su reacción me pilló completamente por sorpresa.

Se echó a llorar. No a moco tendido ni nada por el estilo, pero se le escaparon unas cuantas lágrimas. En realidad, con la lluvia, no llegué a verlas, pero su expresión era inconfundible. Transmitía esa tristeza profunda y familiar que te cala hasta los huesos y que escapa de lo más profundo de tu ser en los momentos más inoportunos. Y eso ni siquiera fue lo más sorprendente de todo, sino mi propia reacción.

Se me formó un nudo en el pecho y se me cayó el alma a los pies. Mis palabras lo habían afectado, pero no habían despertado en él la rabia que yo había previsto e incluso esperado.

En aquella fracción de segundo, en su rostro vi un reflejo de mi propio dolor, el mismo que veía en el espejo de cualquier cuarto de baño cada vez que me derrumbaba. Él también sufría.

¿Y si también lamentaba la pérdida de mamá y Adrianna?

Di un paso atrás, movida por la repentina necesidad de tener un poco de espacio. Parpadeé para tragarme las tropecientas emociones que amenazaban con adueñarse de mí y bajé la vista al darme cuenta de que el agua ya me cubría los pies.

La inundación había llegado a lo alto de la montaña, y eso que, hasta donde nosotros sabíamos, era la cima más alta de toda La Linde.

Volví a mirar a Mendax sin saber muy bien por qué. No era una descerebrada incapaz de sacarse sola las castañas del fuego, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza en aquel momento y sabía que

él tomaría la decisión más parecida a la que yo habría tomado estando en pleno uso de mis facultades.

—Sé que nada de lo que está a punto de pasar tiene sentido para ti, Calypso, pero, por desgracia, no hay tiempo para más explicaciones. Mientras sigas viva, podré lidiar con el rechazo que sientes hacia mí —dijo Zef con suavidad.

—Señor —intervino Eli señalando el nivel del agua, que ahora me llegaba por las rodillas.

¿Cómo era posible que estuviera subiendo tan rápido? Fuera lo que fuese lo que Eli le hubiera dicho a la temperie, parecía haberla afectado más que lo de Mendax.

—Lo sé, lo sé —respondió Zef en tono sombrío antes de cubrirse con la capucha de nuevo.

Agitó el brazo derecho en un amplio barrido hacia atrás y una barquita de madera se materializó de la nada justo en la dirección hacia donde había señalado. La embarcación de roble vacía se meció sobre la superficie del agua y Zef, que se subió a ella con la agilidad de un adolescente, nos hizo una señal para que lo siguiéramos. Eli lo imitó con algo más de torpeza, aunque enseguida recuperó el equilibrio y se inclinó hacia delante para ayudarme. Mendax me agarró por la cintura y, cuando se disponía a impulsarme hacia arriba, se detuvo a mitad de camino para susurrarme al oído:

—Tú y yo estamos juntos en esto sin importar lo que pase.

Sus fríos ojos azules me transmitieron la fortaleza que necesitaba en aquel momento. Tenía razón. Permaneceríamos juntos hasta el final… o hasta mi final.

Asentí y él me depositó en la barca antes de subir detrás de mí.

Cuanto más aumentaba el nivel del agua, más difícil me resultaba orientarme en el territorio, puesto que donde apenas hacía unas horas había una espeluznante montaña rodeada de un bosque nevado ahora solo había una infinita extensión de agua grisácea. El sol todavía brillaba en el cielo nublado, pero cuanto más subíamos, más cerca se veían los mullidos montículos de las nubes. Parecía que íbamos a empezar a flotar entre ellas si el agua no dejaba de subir.

Desde un punto de vista científico, nada de lo que estaba pasando tenía sentido. Era imposible, pero tampoco podía negar lo que estaba viendo. Tenía la sensación de estar inmersa en un sueño febril cuando Zef levantó la mano y empezó a dirigir la barca con tan solo curvar ligeramente los dedos. Imaginaba que Eli y Mendax estaban acostumbrados a despliegues de magia como aquel, pero a mí me resultaba surrealista.

Seguimos avanzando durante varios minutos y entonces Zef, que continuaba manejando la barca desde la proa, se volvió hacia nosotros.

—¡Santo cielo! ¡Disculpadme! —exclamó antes de agitar la mano y darse la vuelta de nuevo.

La lluvia que nos empapaba se desvió como si los cuatro estuviéramos dentro de una burbuja invisible. Bueno, los cuatro no, porque Mendax, que estaba sentado a mi lado, seguía empapándose.

Eli me miró como para demostrar lo impresionante que le parecía el artemi. El silencio era mucho más atronador ahora que el azote del viento y la lluvia había cesado.

—Es tal y como mi padre me dijo que era —comentó con la voz cargada de reconocimiento.

Con la de cosas que podría haberme dicho en aquel momento, tuvo que soltarme aquel comentario. Me incliné hacia una de sus puntiagudas orejas.

—¿Qué te parece si lo mato y lo mando con tu padre a los Campos Elíseos? —le susurré con los dientes apretados.

Mendax me apoyó una mano en el muslo y me lanzó un guiño.

—Yo encabezaré el motín, cachorrito, solo tienes que pedírmelo.

Le di un apretón en la mano y entrelacé mis dedos con los suyos.

—¿Cuánto falta para llegar al Moirai, señor? —preguntó Eli.

—Menudo lameculos —se burló Mendax.

El agua parecía mucho más agitada ante nosotros por algún motivo. La línea plana y serena de la superficie ya no estaba tan

plana, sino que casi parecía biselada. La única razón para que se produjera un fenómeno así…

—¡Serás hijo de puta! —le grité a mi padre al tiempo que me ponía de pie para confirmar mis sospechas.

Estábamos navegando directos hacia un precipicio.

—¿Qué pasa? —Mendax se incorporó también de un salto y la barca se zarandeó con tanta violencia que estuvimos a punto de volcar.

—Es lo mejor para todos —murmuró Zef sin volverse.

Mendax se acercó a la proa movido por un silencioso arrebato de cólera, pero tan pronto como agarró al artemi por el cuello, este se esfumó ante nuestros ojos.

Eli y Mendax se pusieron a gritarse el uno al otro.

—¡Agarraos a algo! —grité.

Yo misma apenas tuve tiempo de agacharme para aferrarme a la tabla que tenía debajo antes de que nos detuviéramos y la parte delantera de la barca quedara suspendida en el aire, al borde de la descomunal catarata.

¡Zas! El barco se venció y caímos en picado al vacío.

Lo único que veía era agua y más agua mientras me aferraba al sencillo banco de madera. El estómago me hormigueaba, atrapado en la repentina caída.

La parte inferior del barco rozaba la cortina de agua y levantaba todo un abanico de gotas y salpicaduras sobre nosotros. Inesperadamente, el agua fría me tiró del pelo y me zarandeó como si no fuera más que el juguete de un niño, aunque me las arreglé para no soltar la barca.

Un segundo más tarde, todo se volvió negro. Mi cuerpo quedó sumergido, pero pude mantener la cabeza fuera. Lo notaba. Abrí los ojos, presa del pánico, y descubrí que tenía una bóveda de madera sobre la cabeza. Tardé un momento en darme cuenta de que la barca se había volcado y yo estaba debajo de ella, abrazada todavía al banco.

Jadeé en busca de aire y solté un brazo a regañadientes para buscar a Mendax y a Eli a tientas, con la esperanza de que siguieran a mi lado. El miedo se adueñó de mí cuando no noté nada más que el contacto del agua fría contra la piel. Ambos estaban demasiado débiles para una caída así. ¿Y si alguno se había golpeado la cabeza?

—¡Eli! ¡Mendax!

El eco estridente de mi propia voz me azotó la cara al retumbar contra la barca. Tendría que darle la vuelta, pero para eso me iba a ver obligada a soltarme por completo. En cualquier caso, no me hizo falta. Alguien levantó la barca y tuve que entornar los ojos para protegerme de la luz repentina.

—¿Estás bien, Cal? ¿Te has hecho daño? —Eli me agarró por los hombros. Tenía el pelo rubio peinado hacia atrás, de manera que su atractivo rostro permanecía totalmente despejado—. Todo va bien —dijo para tranquilizarme mientras me animaba a soltarme del banco para poder darle la vuelta completamente a la barca—. Mendax está un poco más adelante. Sube, que la corriente nos llevará hasta él.

Me dolía la cabeza y me escocían los ojos. Tenía la sensación de que acababan de tirarme por un retrete, tanto física como psicológicamente. Me subí a la barca, y habría estado a punto de volcarla de nuevo de no ser porque Eli me empujó antes de encaramarse a ella con torpeza detrás de mí.

Como bien había predicho, la corriente no tardó en arrastrarnos hasta una silueta oscura que no podía ser otro que Mendax. Empezamos a ganar velocidad hasta que volamos en dirección al fae, que pataleaba en el agua.

Entonces algo me llamó la atención. En ambas orillas del riachuelo se alzaban árboles altos y retorcidos, con ramas largas que parecían estremecerse de emoción, como si estuvieran disfrutando de nuestras penurias.

—¡Mendax! —grité.

Él se volvió para quedar de cara a nosotros. Con lo grande que era, sabía que impedir que la corriente lo arrastrara debía de estar

suponiéndole un gran esfuerzo.

Estuvimos a punto de llevárnoslo por delante al pasar a su lado, y no le atropellamos el hombro por los pelos. Un calorcillo agradecido se adueñó de mi estómago cuando Eli lo subió a la barca, porque yo no habría sido capaz de sacarlo del agua sola.

Mendax parecía haber sido el que había salido peor parado de la caída en comparación con nosotros. Tenía la cara surcada de pequeños cortes que rezumaban sangre negra como el ónice. El agua caía como la tinta de su pelo negro, y, pese a haber estado a punto de morir ahogado, todavía se las arreglaba para parecer un dios.

—¿Estás bien? —grazné.

Mendax seguía jadeando, así que me conformé con el brusco asentimiento que me ofreció para confirmar que, efectivamente, estaba bien.

—¿Cómo vamos a salir de la corriente? A medida que el canal se estrecha, va adquiriendo cada vez más velocidad. ¿Alguna idea de dónde estamos? —preguntó Eli lanzándole una mirada a Mendax, que se limitó a negar con la cabeza.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando los árboles de tronco rugoso que crecían junto a la orilla.

Debía de haber como mínimo unas tres filas uniformes de ellos. La espesura parecía infranqueable. De sus ramas no pendía ni una sola hoja. Además, habría jurado ver unas cuantas caras en algunas de ellas, que se mecían y temblaban con el viento. El terrible recuerdo del morador de los pantanos me puso la piel de gallina.

—Parecen nudos, pero mucho más viejos —le dijo Mendax a Eli.

Mi amigo no respondió, pero le lanzó una mirada de soslayo.

—Los nudos son árboles que crecen en la mayoría de los reinos fae. Son seres conscientes como tú y como yo, que viven en el bosque con el resto de los miembros de su familia. Hace mucho mucho tiempo, un par de hermanos fae se adentraron en el bosque para recoger leña con la que calentar su hogar. Talaron y asesinaron por accidente a la hija mayor de los nudos mientras dormía, así que

estos se volvieron agresivos. Pasaron siglos impidiendo el paso a ciertos bosques. Y aunque con el tiempo y la intervención de los Domatroncos la situación volvió a la normalidad, estos nudos en concreto parecen estar más… asilvestrados de lo normal —explicó mientras los fulminaba con la mirada.

—No sé dónde estamos, pero este lugar es muy antiguo. Lo noto —murmuró Mendax.

La barca parecía haber aminorado la velocidad lo bastante como para tener la certeza de poder nadar hasta la orilla, pero no me atrevía a sugerírselo a los dos fae. Me daba la sensación de que los nudos nos observaban como si estuvieran desesperados por contar con una fuente de entretenimiento, y no quería ni pensar en lo que intentarían hacer esos árboles salvajes con nosotros si nos echaban el guante. Esperé en silencio con la esperanza de encontrar un sitio mejor donde parar.

El riachuelo desaparecía casi de la vista más adelante, pues dibujaba una curva tan cerrada a la derecha que temía que la corriente nos arrastrara contra la orilla y no nos quedara más remedio que lidiar con los nudos. Por suerte, los tres permanecimos a bordo de la barca al tomar el meandro.

Por desgracia, nos dirigíamos directos a una pared de roca cubierta de enredaderas.

Sin perder un solo segundo, Eli saltó por encima del banco donde iba sentado y nos cubrió a Mendax y a mí con su cuerpo para llevarse lo peor del golpe en una muestra de heroísmo. Sin embargo, íbamos tan deprisa que, pasara lo que pasase, no habría escapatoria para ninguno de los tres. Era imposible que saliéramos ilesos.

Mendax se puso de pie mientras gritábamos e intentábamos encontrar una manera de llegar a la orilla antes de estamparnos contra las rocas. Pero estábamos demasiado lejos, e incluso si nos las arreglábamos para ponernos a salvo, la tierra seguía salpicada de nudos salvajes. Un coro de crujidos y gruñidos desatados se alzaba por encima del rugido del agua como una melodía siniestra.

—¡Es una cueva! —grité agarrando a Mendax del antebrazo—. Ahí en medio, entre las enredaderas. ¡Mira! ¡El agua no choca con la piedra, sino que sigue adelante! ¡Hay un agujero detrás del manto vegetal!

No sabía si aquel descubrimiento me emocionaba o me aterraba. Me sentía como si estuviera en una de esas aterradoras montañas rusas acuáticas que había en los parques de atracciones del mundo humano, salvo que esta no tenía medidas de seguridad y los árboles jaleaban atentos con la esperanza de que nos ahogáramos.

Fui incapaz de contener un alarido agudo. Me agarré a los hombros de Eli con una mano y al brazo de Mendax con la otra. Íbamos demasiado deprisa.

Pero la barca viró mágicamente en dirección al agujero negro, lo cual solo consiguió desatar un nuevo aluvión de posibles problemas en mi cabeza. ¿A dónde conducía esa abertura? Si al otro lado había una caída en picado (y tenía el terrible presentimiento de que así era), la barca no iba a resistir ni en broma un segundo impacto.

Mendax me dio un apretón en la pierna mientras nos preparábamos para lo que estaba por venir con una última mirada.

La barca chocó con la pared de piedra con un estrépito que me atormentaría el resto de mis días… Bueno, en realidad, habría chocado con la pared de roca si la entrada de la cueva no se hubiera movido. El estrépito que me sacudió hasta la médula lo produjo la pared al colocarse de una manera inexplicable ante nosotros.

Nos adentramos directamente en la fría oscuridad.

—¡Santos soles! —exclamó Eli con una pesada exhalación.

Apreté ambas manos buscando el musculoso consuelo de mis dos acompañantes. Nuestro destino era un misterio, pero me sentía mejor sabiendo que estábamos juntos.

La barca no tardó en ganar velocidad en la oscuridad y el viento comenzó a revolverme la melena. El torrente de emociones que me embargaba al no poder ver nada de lo que estaba a punto de pasar me resultaba tan aterrador como tranquilizador. Una parte de mi mente parecía creer que lo que sucediera mientras permaneciera a

oscuras no sería más que un sueño, que no tenía por qué preocuparme todavía. Por supuesto, eso no era verdad. La otra parte de mi mente se encargó de impedirme olvidarlo.

De pronto la barca cayó y Mendax y Eli se me escaparon de entre los dedos. Los nervios de los pies me hormiguearon mientras pataleaba en el vacío, sin saber dónde íbamos a aterrizar, si es que aterrizábamos siquiera. Arañé la oscuridad, desesperada por encontrar algo sólido y fijo que frenara mi caída, pero mis manos permanecieron vacías, desprovistas de todo contacto.

Una luz de un tono gris azulado apareció debajo de mí. El instinto me empujó a prepararme para el impacto; me tensé mientras la sensación de caer en picado seguía cosquilleándome en el estómago. Oí dos golpes sordos seguidos de sendos gruñidos que habría reconocido en cualquier parte: los chicos acababan de tocar tierra. Mi cuerpo permaneció agarrotado, preparado para aterrizar donde ellos lo habían hecho.

Seguí cayendo, cayendo y cayendo hasta que por fin vi lo que parecía ser un bosque iluminado por la luz de la luna.

—¡Calypso! —gritó Mendax, que tenía la cabeza levantada hacia las estrellas y que, al verme caer en picado, se puso en pie con torpeza y extendió los brazos…

Pero yo seguí cayendo más allá de sus brazos extendidos.

Me preparé para un golpe que nunca llegó. Lo atravesé y me descubrí cayendo por un nuevo cielo hasta que, de repente, acabé tirada en el suelo húmedo del bosque.

Aunque me dolían todos los músculos, me apoyé sobre la tierra para incorporarme. Oí que me crujía una vértebra y me noté una contractura en el cuello, como si hubiera pasado un año durmiendo en el suelo. Me puse de pie a toda prisa para ir a buscar a Eli y a Mendax.

—¡Eli! ¡Mendax! —Incluso mi voz sonaba rota y ronca, como si llevara mucho tiempo sin hablar.

Estaba empezando a desmoronarme, así que procedí a examinar rápidamente cuanto me rodeaba. Estaba en un bosque exuberante.

Para mi alivio, los árboles parecían normales, no de los que tenían pinta de querer ahogarte. Notaba una capa de musgo esponjoso bajo los pies. Era muy bonito, pero no conseguía librarme de la sensación de que el paisaje tenía alguna especie de filtro encima. Todo tenía un aspecto… aburrido e inerte. Incluso el aire parecía distinto, como si viera el mundo a través de una foto, sin estímulos. No tenía ningún sentido, pero el bosque entero parecía un decorado.

Oí unos susurros quedos detrás de mí y me volví esperando encontrar a los chicos.

Pero lo que vi fueron unas veinte mariposas cristal y mariposas monarca aleteando despacio, a unos cuantos árboles de distancia. Entre ellas había unas cuantas mariposas luna, de color verde sorbete, así como una o dos esfinges de la calavera. Toda la zona, eso sí, estaba iluminada por las luciérnagas. Parecía un mariposario.

—¿Qué…?

Mi mirada aterrizó en un círculo de ángeles de la destrucción que reconocí de inmediato.

Había vuelto al mundo humano a través del mismo portal que había utilizado para llegar al Reino Oscuro.

CAPÍTULO 15

Caly

No dejé de repetirme que gritar no me serviría de nada. Había salido del anillo de hadas para volver a entrar en él un millar de veces, pero el portal no se había activado.

¡Calypso! ¿Estás bien? ¡Me cago en los dioses! ¡Respóndeme!

El vínculo.

¡Mendax!

Noté cientos y cientos de manos tratando de alcanzarme con urgencia a través de nuestra conexión.

¿Estás herida? No lo parece. Has acabado en el mundo humano, ¿verdad? ¿Estás a salvo? Aurelius y yo no podemos atravesar el portal. Nosotros hemos aterrizado en el Reino Luminoso, al lado de un campo plagado de miniunicornios salvajes. Uno de ellos está atacando a Aurelius ahora mismo. Me encantan estas criaturas.

Me senté en el suelo del bosque por miedo a derrumbarme. De vuelta en el mundo humano, sola, me sentía como si hubiera perdido un brazo o una pierna. Había pasado tanto tiempo en los otros reinos que ahora todo me parecía distinto.

¿Qué hago?, supliqué a través del vínculo. Después de todo lo que había soportado, después de todas las mentiras que había tenido que contar y los secretos que había tenido que guardar, jamás me había sentido tan sola como en aquel momento, sentada en medio del bosque humano.

Una vez, hacía ya mucho tiempo, había estado segura de que jamás volvería a sentir un dolor como el que me embargó después

de que me arrebataran a mi familia. Pero aquel sentimiento tan horrible emergió una vez más de las profundidades de mi ser.

¿Y si nunca encontraba la manera de cruzar a los reinos fae de nuevo? ¿Y si no volvía a ver a Eli y a Mendax?

—¡No! No —sollocé—. ¡No puedes hacerme esto, cabrón!

Me tumbé boca abajo y me presioné tanto como pude contra el suelo con los muslos y los brazos para intentar que el terreno me absorbiera dejando que las raíces y las hojas secas se me clavaran en la piel. Enterré los dedos en la tierra fría y húmeda. Y lo mismo hice con la cabeza, ejerciendo tal presión que empecé a ver destellos tras los párpados. Las lágrimas que se las arreglaron para escapar de mis ojos convirtieron la tierra seca en una especie de pintura fangosa que se me pegó a la piel.

¡Mendax! ¡Por favor, dime cómo llegar hasta ti! ¡Te lo suplico!

Me quedé allí tirada durante lo que se me antojaron horas, esperando una respuesta que no llegué a recibir.

¿Por qué habría hecho aquello mi padre? No tenía ningún sentido. Si su intención había sido librarse de mí, con lo poderoso que aparentaba ser, podría haberme matado sin despeinarse. Así que no me quería muerta, pero… tampoco quería que llegara al Moirai. ¿No había sido él quien me había mandado llamar?

«En representación de los Hados.» Si no recordaba mal, así era como había firmado su primera carta. ¿Y si no la había mandado él? ¿Era ese el motivo por el que había intentado robar (o, mejor dicho, destruir) el pergamino del lago Sheridon? Ese mensaje lo habían enviado directamente los Hados.

¿Y si había hecho todo aquello porque no quería verme? ¿Habría averiguado que quería matarlo? Su historial con mi madre y mi hermana dejaba muy claro que él solo se preocupaba por sí mismo.

Rodé para quedar sobre la espalda y me incorporé con un esfuerzo titánico por parte de todos y cada uno de mis músculos y huesos. Sospechaba que ni Eli ni Mendax podían enviarme su poder hasta allí, y por eso me sentía tan débil y dolorida de repente. Una parte de mí se alegraba de que no pudieran cederme su energía.

Bastante lastre estaba siendo ya. Yo no les había pedido que se vincularan conmigo, pero ambos me habían elegido sin ser conscientes de la mentirosa con la que se habían involucrado.

Pero quedarme allí sentada sintiéndome mal no me iba a servir de nada. Tal vez había otro portal cerca. Recorrí el bosque con la mirada. Era primavera, y la zona estaba preciosa, aunque el paisaje palidecía en comparación con los bosques fae. Allí donde miraba encontraba brotes de helecho enroscados sobre sí mismos, helechos adultos y zonas de musgo decoradas con dientes de león de un intenso color amarillo. Había unas cuantas matas de trilio repartidas aquí y allá que le daban un bonito toque con sus flores de tres pétalos al estrato caducifolio. Un pequeño ramo de trilios particularmente blancos me llamó la atención junto a un fresno de buen tamaño.

Salí del anillo de hongos y me acerqué a las flores. Me estaban… ¿sonriendo? Me arrodillé ante ellas y estudié con atención cada centímetro de sus pétalos, pero acabé llegando a la triste conclusión de que no eran más que flores normales. Observé también los llamativos dientes de león que había junto a ellas solo por si acaso, pero en su apariencia tampoco encontré nada raro.

Volví a ponerme de pie, y cuando me disponía a darme media vuelta, el trilio que me había llamado la atención estornudó.

—Salud… ¡Aaahhh! —Di un salto hacia atrás, alarmada.

La diminuta florecilla se rio entre dientes y se cubrió con dos de su pétalos laterales la… ¿carita amarilla? Cuando volvió a separar los brazos blancos, se sacó despacio algo de la pequeña abertura donde estaba su sonrisa. El trilio acunó el objeto entre sus pétalos y se inclinó hacia mí curvando su tallo verde tanto como pudo.

Me lo estaba ofreciendo.

Un trilio común en lo que yo pensaba que era el mundo humano me estaba ofreciendo un regalo. Resoplé divertida, incapaz de luchar contra lo absurdo de la situación. ¿Me había golpeado la cabeza?

Echaba de menos la ciencia. Echaba de menos todo lo irrefutable y ponderable. Había aprendido a predecir y manipular la realidad.

Aunque aquella era la primera vez que una flor estornudaba delante de mí y me hacía un regalo, así que a lo mejor las predicciones no se me daban tan bien como pensaba.

En lo primero que pensé fue en Adrianna. A lo mejor me estaba dando un símbolo de esperanza o algo que me guiara en la dirección correcta para no perder la oportunidad de reencontrarnos.

—¿Es para mí? —le pregunté como una tonta a la flor.

Por supuesto que lo era, coño. ¿Quién más había por allí? Puse los ojos en blanco. Hasta la flor se rio un poco, pero asintió con educación curvando su cuerpecillo. Extendí la mano con cuidado y sujeté el pequeño objeto que me ofrecía entre el pulgar y el índice.

—¿Sabes cómo puedo volver a cruzar el portal? —le pregunté esperanzada.

La flor negó con la corola y encogió los pétalos.

—Gracias —respondí mientras inspeccionaba el regalo.

Era un diminuto pergamino de color crema de unos tres centímetros. Volví a mirar a la flor con la intención de hacerle más preguntas, pero no parecía saber mucho. Además, bastante tonta me sentía ya hablando con una planta. Una planta que se había reído de mí dos veces.

Extendí el pergamino tan hábilmente como pude, aunque estuve a punto de tirarlo al suelo al descubrir, para mi inmensa frustración, que contenía un mensaje escrito en una minúscula letra cursiva.

—¿Cómo coño esperan que lea esto? —pregunté enfadada.

Forcé la vista hasta que las palabras se desdibujaron. Tuve que recurrir hasta la última gota de autocontrol que me quedaba para no arrugar la notita y darme por vencida. Pero sabía que no podía rendirme. ¿Y si explicaba la forma de volver con Mendax y Eli?

—Venga, Caly —refunfuñé para mis adentros intentando encontrar la manera de fabricarme una lupa improvisada. Si la memoria no me fallaba, había un riachuelo en la reserva, a unos pocos kilómetros de donde me encontraba, pero necesitaría un recipiente de cristal y no tenía…

¡El cristal!

Me pasé la tira de cuero que colgaba de mi hombro por encima de la cabeza y empecé a revolver dentro de la bolsa hasta que encontré los pedazos del pergamino de cristal del lago con un gritito emocionado. No era como el cristal humano, puesto que se movía y se curvaba de una manera muy extraña, pero era transparente y me serviría para mi plan.

Saqué uno de los pedazos y me dispuse a ahuecarlo por el centro. Si bien no era perfecto, me bastaba con aumentar el grosor de su centro para que se asemejara a una lente convexa. Doblé los extremos con cuidado para que la zona central formara una curva. Así el cristal convexo refractaría los rayos de luz y los haría converger.

Agua. Necesitaba agua.

Demasiado impaciente como para ponerme a buscar un arroyo o un charco, me quité la camisa y me tiré de la prenda interior que llevaba debajo y que todavía seguía empapada. Coloqué el diminuto pergamino en el suelo tan apresuradamente que estuve a punto de caerme de bruces al suelo. Luego deposité el cristal doblado encima y me retorcí la camisa con ambas manos hasta que me dejé la piel roja e irritada. Desenrollé el algodón blanco y fulminé con la mirada la poquita agua que había conseguido derramar sobre el cristal. No era mucha, pero era todo cuanto tenía.

Contemplé el pergamino diminuto y dejé escapar un suspiro que se llevó consigo el nudo que me agarrotaba el pecho.

Calypso Petranova:

Te hemos devuelto al lugar donde fuiste feliz durante más tiempo, Willow Springs, Michigan, en el mundo humano. Si decides quedarte, Cliff, Cecelia y el resto de tus amigos te recibirán con los brazos abiertos pensando que te marchaste del pueblo después de que te dieran el alta en el hospital para visitar a unos familiares durante unos días.

Tanto tu lazo con el príncipe Aurelius del Reino Luminoso como tu vínculo con el príncipe Mendax del Reino Oscuro quedarán anulados con la condición de que nunca más vuelvas a interactuar con un fae. Ambos príncipes quedarán libres de su ya mencionado lazo/vínculo sin que ninguno de los dos se vea en la obligación de someterse a la pena de muerte.

En caso de que decidas cruzar de nuevo el anillo de hadas que tienes ante ti, regresarás con ellos al Reino Luminoso, donde recibiréis una última misiva con la localización exacta del Moirai. El lazo y el vínculo permanecerán activos y tendréis que enfrentaros al juicio que decidirá quién muere.

Cualquier decisión/sentencia permanecerá vigente con independencia de la condición vital de cualquier familiar o persona relacionada contigo.

Los Hados

Me derrumbé sobre el suelo del bosque. No me di cuenta de que estaba hiperventilando hasta que el pecho se me contrajo con un pinchazo de dolor. Me arrastré hasta apoyar la frente contra la corteza áspera del árbol más cercano. La decisión habría sido mucho más fácil si me hubiera apoyado en un nudo en vez de en un árbol aburrido y normal del mundo humano, porque me habría matado en el acto.

Pasado un rato, conseguí tranquilizarme y respirar entre sollozos roncos y entrecortados. ¿Qué iba a hacer? Si me quedaba en el mundo humano, mi dilema con Eli y Mendax se solucionaría… Al menos, en lo que concernía al juicio. Ninguno de los dos tendría que morir por mí. En realidad, como mi intención era quitarme la vida después de matar a mi padre, en ese caso tampoco iba a volver a ver a ninguno de los príncipes. Asumiendo que todo salía según el

plan, claro. Sin embargo, si me quedaba en el mundo humano, mi padre seguiría adelante con su vida sin pagar por lo que les había hecho a su propia esposa y a su hija.

¿Qué iba a hacer allí? ¿Sentar la cabeza con algún lugareño y trabajar en la reserva para siempre?

Por primera vez en mi vida, todo sería… normal. Podría buscarme un trabajo relacionado con la biología. Podría seguir adelante pensando solo en mí misma.

Un agradable calorcillo se asentó en mi vientre al pensar en ese escenario tan mundano. ¿Cómo podía algo así sonar tan bien después de todo lo que había hecho en los otros reinos? Había trabajado sin descanso para descubrir la manera de llegar al Reino Luminoso y acabar con la reina antes de centrarme en dar caza a mi padre y encontrar por fin el descanso eterno junto a Adrianna. No podía rendirme después de tanto esfuerzo…

¿Verdad?

Cuando me había declarado miembro oficial de la familia real luminosa, no iba en serio. Las leyes fae solían ser inusualmente literales, pero ¿y si lo que me habían contado resultaba no ser verdad y no acababa en los Campos Elíseos con Adrianna después de morir? ¿Y si iba al infierno como el resto de los mortales? ¿Sería siquiera capaz de matar a mi padre? Considerando la reacción de Mendax, y siendo muy consciente de lo que un Asesino de Humo era capaz de hacer, empezaba a dudar de que fuera a poder matarlo. Así pues, entonces, ¿qué?

Por si fuera poco, ya no alcanzaba a imaginar un mundo sin Mendax. Después de todo lo que habíamos pasado, no había considerado la posibilidad de tener que seguir adelante sin él. Por alguna razón, había asumido que encontraríamos la manera de estar juntos incluso en la muerte.

Pero que yo acabara en el infierno y él, en el Tártaro dificultaba un poco las cosas.

Todo mi ser, hasta la última vocecilla de mi subconsciente, me instaba a quedarme en el mundo humano, a pasar página con lo de

mi padre de una vez por todas y a centrarme en lo agradecida que iba a estar por que Mendax y Eli fueran a sobrevivir para no arrepentirme de mi decisión.

Tal vez habría elegido aquella opción si hubiera sido una persona buena y sensata. Pero no era ni lo uno ni lo otro. Para nada.

El deseo de cobrarme venganza era mucho más fuerte que el de encontrar la felicidad.

Y más después de lo que acababa de pasar.

Mi padre no me soportaba. Había estado intentando sabotearnos para evitar que llegáramos al Moirai, aunque ni siquiera me conocía. Así se ahorraba tener que mirarme a la cara y pensar en lo que había hecho. En las personas a las que había abandonado.

No veía la puta hora de hacerlo sufrir. Quería torturarlo como nunca había torturado a nadie. Quería que sintiera hasta la última gota de dolor que Adrianna y yo habíamos tenido que soportar.

Un retorcido pensamiento se me vino a la cabeza: a lo mejor había hecho bien al no elegirme para heredar sus poderes de artemi. Si tenía impulsos tan destructivos y tantas ganas de hacer daño siendo humana, no me quería ni imaginar cómo habría sido con el poder de una artemi.

Resoplé para mis adentros mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. En algún momento había pasado de llorar de tristeza a llorar de rabia. Comprender que el muy cabrón había hecho bien fue como un jarro de agua fría. No se equivocaba. Si hubiera elegido cederme a mí sus poderes, ya habría masacrado el reino entero. No me habría escondido detrás de un velo. Les habría declarado la guerra a todas y cada una de las personas que nos habían amenazado a mí y a mi gente. El mundo entero habría sufrido mi cólera.

Volví a sentarme, notándome débil de nuevo. De alguna manera, aquella simple constatación lo había cambiado todo. Mi padre había hecho bien. Adrianna siempre había sido la mejor candidata para heredar sus poderes. Mi padre…, mi padre había tomado la decisión más acertada.

Con aquello en mente, decidirme me resultó mucho más fácil.

Releí el pergamino diminuto una última vez antes de guardármelo en la bolsa y colocarme junto al borde del anillo de setas.

El sentimiento de culpa me frenó durante un momento, pero me lo tragué. Sí, si me quedaba allí, Eli, Mendax y yo seguiríamos vivos. Eso debería haber bastado para animarme a quedarme, pero no fue así.

Necesitaba respuestas más que nunca. No era tonta. Sabía que jamás sería feliz llevando una vida normal en el mundo humano. Ni siquiera entendía del todo lo que significaba ser feliz de verdad. Ese nunca había sido el motivo por el que había vivido en aquel mundo. Mi intención siempre había sido vengar a mi familia, y, a esas alturas, ya no sabía qué pensar. Tenía una infinidad de preguntas haciendo estragos en mi cabeza y solo había una persona capaz de darme respuestas.

Mi padre seguía mereciendo morir por lo que había hecho. Si no nos hubiera abandonado, mamá y Adrianna seguirían vivas, a mi lado. Si se hubiera quedado, tal vez a Adrianna no le hubiera costado tanto heredar sus poderes. Él se había marchado pese a que habría sido el único capaz de ayudarla a lidiar con ellos.

No, con todo aquello reconcomiéndome por dentro, me habría vuelto loca fingiendo llevar una vida normal. Además, necesitaba despedirme de Eli y Mendax antes de abandonar esta vida e irme a descansar con mi hermana de una vez por todas.

Respiré hondo y entré en el anillo de ángeles de la muerte.

CAPÍTULO 16

Caly

Caí en picado en cuanto puse un pie dentro del anillo. Ni siquiera me dio tiempo a pestañear. Por primera vez en mi vida, me deleité en el extraño hormigueo en el estómago y el mareo que causaba el portal.

Volvía a casa una última vez.

Saber lo que estaba pasando no hacía la caída más llevadera que cuando me había precipitado a ciegas, sin tener ni idea de dónde iba a acabar.

—Más te vale encontrar… ¡Uff! —gritaba una voz familiar y meditabunda justo antes de que me estrellara con algo duro y aterrizara sobre un parche de hierba cálida e iluminada por el sol.

Abrí los ojos y me encontré con el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Me sentía como si lo estuviera estudiando desde una nueva perspectiva, como si lo viera por primera vez y entendiera por fin que en realidad habíamos pasado poquísimo tiempo juntos.

—Calypso —murmuró. Su voz sonaba como la grava y el cuero.

Por segunda vez en mi vida, había aterrizado sobre el príncipe oscuro, aunque en circunstancias muy distintas. En vez de mirarlo horrorizada, como si fuera un monstruo, ahora admiraba las motitas oscuras de sus fríos ojos azules con una mezcla de la más absoluta adoración y pasión. Mi vida sería breve, pero había estado cargada de emoción, y sabía que Mendax siempre sería mi aventura favorita.

Rodó para sentarme sobre su regazo con un ágil movimiento. Al verlo echar la cabeza hacia delante, me humedecí los labios para recibir un beso apasionado, pero me sorprendió al rodearme con los brazos y estrecharme fuerte. Hasta el último ápice de duda que albergaba abandonó mi cuerpo. Sabía que había tomado la decisión correcta.

—Por favor, no vuelvas a hacerme algo así —susurró contra mi cuello—. No vuelvas a dejarme nunca.

Aquella primera sensación tan agradable que me había embargado desapareció de un plumazo y fue reemplazada de nuevo por la culpa.

—No lo haré —respondí con suavidad.

La mentira me supo tan amarga como el limón. Era muy consciente de que acabaría abandonándolo otra vez, y en ese caso sería para siempre. Me habría gustado pensar que Mendax lo entendería, pero, en lo que respectaba a mí, el fae hacía muchas cosas que escapaban a mi comprensión.

Lo peor era que, si conseguía cumplir mi objetivo y acababa en los Campos Elíseos con mi hermana, jamás volvería a ver a Mendax. Él descansaría en el Tártaro con el resto de los miembros de la familia real oscura. Ni siquiera el más allá nos daría una segunda oportunidad para estar juntos.

—¡No seas acaparador! —gritó Eli, que se acercó a nosotros y me liberó del agarre de Mendax.

No podría haber estado más equivocada al pensar que el abrazo del otro fae había sido estrecho. Mi mejor amigo me estrujó como una pitón mientras daba una vuelta. Me apretó tan fuerte que logró recomponer los pedazos de mi ser que se habían roto. Nuestra relación se había vuelto tan complicada que casi tenía la sensación de que aquella era la primera vez que nos veíamos de verdad desde que nos habíamos separado hacía ya tantos años. Antes de que nos hubieran forzado a comprometernos… y antes de que hubiera matado a su madre.

Tenía la sensación de haber recuperado a mi mejor amigo.

La vista con perspectiva es una cabrona que no conoce límites.

—¡Ay, Cal! —exclamó Eli dejándome de nuevo en el suelo—. ¡No podíamos cruzar el portal! Y no sabíamos dónde estabas. Lo siento muchísimo. No esperaba que Zef fuera a ser tan… —Se interrumpió y levantó la vista al cielo mientras buscaba la palabra adecuada.

—¡Ay! —aullé, dando un salto que me levantó unos buenos treinta centímetros del suelo. Algo me había mordido en el culo. Y con ganas.

—¡Santos soles del cielo, qué pesadilla de poni! —exclamó Eli.

Al volverme, descubrí que mi atacante había sido un floricornio. Tenía un precioso pelaje castaño, la crin rubia, unos enormes ojos marrones y un impresionante cuerno en espiral. El unicornio colocó su diminuto cuerpo entre mi amigo y yo y, con las orejas pegadas a la cabeza, se dedicó a lanzarle dentelladas a cualquier otro floricornio que se atreviera a acercar el hocico a Eli. Relinchó y le acaricié la oreja.

Entonces caí en la cuenta de que era la insolente criatura que se había enamorado perdidamente de Eli aquella vez que habíamos visitado su granja.

—¡Ajenjo! —solté con alegría mientras acariciaba las orejas de la yegua.

—Abrojo —me corrigió Eli. Le lancé una mirada inquisitiva y él se rio entre dientes—: No negaré que he pensado alguna que otra vez en esta bestia polinizadora desde que estuvimos aquí.

Mendax me ofreció un pergamino de cristal fuertemente enrollado que descansaba como una bomba a punto de estallar sobre su palma. Lo señaló con la cabeza para animarme a cogerlo.

Y eso hice, aunque a regañadientes. Noté el peso del cristal en la mano. Miré a Eli en busca de cierto consuelo antes de abrirlo y él me devolvió la mirada sin dejar de acariciar con nerviosismo a su nueva amiga.

—Habla con Zef antes de tomar una decisión —me pidió en voz baja y sombría. Sonaba mucho más cansado que al comenzar el viaje.

—Vale —concedí con un asentimiento.

Era una respuesta sencilla después de que las compuertas de mi presa mental de preguntas se hubieran abierto. Fui escueta porque no quería ponerme a discutir con él sobre el tema en aquel momento. Todavía estaba cabreada con él por ponerse del lado del hombre que había intentado sabotearnos para no tener que verme y lidiar con las consecuencias de sus actos.

Pasé el pulgar por la suave superficie de cristal y se me puso la piel de gallina al desenrollarla. Siempre me ocurría lo mismo al enfrentarme a aquellos pergaminos mágicos. Mi cerebro humano no era capaz de entender que un cristal fuera tan fácil de manipular.

Calypso Petranova:

Vía de lo Arcano 1176, La Linde.

Segunda habitación a la izquierda. Encontrarás algo de heno en la primera habitación a la derecha.

538 flores de nenúfar.

En la parte inferior del mensaje había una tira de papel arrancado en el que se leía: «Rompe este billete y trágatelo si deseas recurrir a un atajo».

—¡Es la dirección! ¡Por fin tenemos una dirección! —chillé.

—Ya era hora, joder —refunfuñó Mendax.

Eli dejó escapar una exhalación.

Le pasé el pergamino a Mendax para que lo inspeccionara y me acerqué a Abrojo de un saltito para plantarle un besazo en el hocico. Ella resopló, pero pareció disfrutar del gesto.

—Este mensaje no está firmado —señaló Mendax—. Todos los demás iban firmados por los Hados.

Me detuve en seco. Tenía razón.

—También hay una notita en la parte de abajo. ¿Desde cuándo ofrecen atajos los Hados? —señaló Eli—. Los empujoncitos nunca

traen nada bueno.

—¿Qué hay de raro en una nota que te pide comer un trozo de papel a cambio de un atajo? —pregunté.

Silencio. Los chicos se me quedaron mirando.

Levanté los brazos al cielo.

—En el mundo humano, una flor me ofreció una cartita diminuta que se sacó de la boca y luego se rio de mí. No conmigo, sino de mí. Un miniuni… Perdón, un floricornio te está protegiendo como si fuera un pastor alemán. Tú puedes comunicarte conmigo a través de un vínculo invisible que une nuestras almas y tú eres capaz de transformarte en zorro. —Tomé aire—. Así que no, comer un trozo de papel para conseguir un atajo ya no me parece nada raro.

Los dos hombres permanecieron en silencio mientras se miraban en actitud pensativa.

—Pues la verdad es que no le falta razón —murmuró Eli, que volvió a centrarse en acariciar a Abrojo.

—A mí no me huele nada bien. Si algo es demasiado fácil es porque después se avecina algo peor. Yo propongo que volvamos a La Linda Linde. Seguro que allí encontraremos a alguien que conozca la calle. Luego decidiremos si merece la pena hacerle caso a la nota —dijo Mendax.

—¿En serio? Tardaremos días en llegar a la posada. ¿Y si la calle ni siquiera está en esa dirección? A ninguno de los tres nos queda la suficiente energía como para hacer un viaje tan largo —repliqué.

—Tiene razón —intervino Eli mientras levantaba el pedacito roto de papel para verlo a la luz.

—Pero lo que ha dicho Mendax sobre la firma del mensaje tiene sentido. Todas las demás llegaron firmadas. ¿Y si esto no es más que otro truco de mi padre para intentar librarse de mí? —les pregunté. Pronunciar aquellas palabras en voz alta reavivó mi cólera.

—¿Hablas en serio? ¿Cómo es posible que no te des cuenta de que está haciendo todo esto porque te quiere? —dijo Eli.

Me mordí el interior de la mejilla con tanta fuerza que la sangre caliente se me acumuló en la lengua.

—Solo hay una manera de averiguar si la vía de lo Arcano existe de verdad o no. —Rompí el papel en tres pedazos y le pasé a Mendax el pergamino y uno de los pedazos. Su mirada penetrante atrapó la mía, pero se negó a aceptar mi ofrecimiento—. Cógelo —gruñí empujando las dos cosas contra su pecho—. Pues vale.

Dejé el pergamino en el suelo junto con los dos pedacitos del billete que prometían garantizarnos un atajo y luego retrocedí un par de pasos. Me sentía como una niña pequeña que había desobedecido a sus padres y se había llevado una reprimenda.

—Nos vemos en la vía de lo Arcano —murmuré.

—¡Espera, Cal!

Eli fue hacia mí, pero yo me metí el pedacito de papel en la boca sin pensármelo dos veces. Sabía a pegamento y a libro viejo. La humedad de mi lengua se adhirió a la bolita arrugada y me puso difícil empujarla hasta la parte de atrás de la garganta para tragar.

Miré a Mendax, que seguía callado y meditabundo, y a Eli, que había empezado a pronunciar mi nombre en voz aguda mientras se lanzaba a por mí.

Pero parpadeé y todo se volvió negro.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me encontraba ante un largo y sinuoso camino de baldosas. Me dio un vuelco el corazón al comprobar que realmente había dejado a los chicos atrás. El fresco aire de la noche me inundó los pulmones al mirar a mi alrededor e intentar orientarme.

Una oscuridad azulada se había adueñado de la parte superior de mi visión. La luna parecía más grande de lo normal en el cielo y bañaba con su brillo plateado la hierba perlada de rocío que crecía a cada lado del camino de baldosas. Desde allí no había ni un solo árbol a la vista. Un par de bancos de niebla cubrían la espesa hierba como nubecillas tenues o fantasmas. Estaba en medio de la mismísima nada.

La curiosidad, que era tanto mi aliada como mi enemiga, me instó a recorrer el camino que se extendía ante mí para ver qué se ocultaba entre las sombras, más allá de donde alumbraba la luna.

Agucé el oído para comprobar si escuchaba a algún animal que me diera una pista de dónde me encontraba o de qué tenía alrededor, pero el silencio era sepulcral. Respiré hondo y percibí un aroma a hierba mezclado con algo dulce y relajante, como el de la lavanda… o quizá el de la albahaca.

Algo me rozó el hombro.

Me volví reprimiendo un grito y le solté un codazo a lo que fuera que tenía detrás antes de lanzarle un puñetazo bajo con la otra mano. Un grito escapó de mi pecho cuando le asesté un doloroso golpe con el codo a la cosa que tenía detrás y un fuerte antebrazo me pegó contra un torso firme.

—¡Bu! —me susurró Mendax al oído con su característica voz ronca.

Cerré los ojos aliviada. Debería haber sabido que no me dejaría sola.

—Has venido —suspiré. Ajustó la presión que estaba ejerciendo sobre mi cuello para obligarme a darme la vuelta y yo le rodeé de buen grado la cintura con ambos brazos—. Creo que me he roto el codo con tu armadura —susurré con una risita.

—Pues yo creo que me has abollado la coraza —replicó él.

Me eché a reír. Había mantenido una actitud tan taciturna y retraída durante el viaje que me encantaba verlo animarse un poco. Levanté la mirada, avergonzada por mis sonoras risotadas, esperando encontrarme con un ceño fruncido o una máscara meditabunda y rígida cubriendo sus atractivas facciones. Mendax nunca había sido un tipo desenfadado de esos que hacen bromas, así que una parte de mí creía que mi sentido del humor lo molestaría, que pensaría que estaba bajando la guardia al reír o algo. Pero cuando me topé con su mirada, supe que no podía haber estado más equivocada. Los ojos de Mendax parecían dos tonos de azul más claros al resplandecer bajo la luz de la luna. Se había quedado boquiabierto por la sorpresa, con el fantasma de una sonrisa jugueteando en la comisura de sus labios y sus ojos.

Tenía el aspecto de quien acaba de descubrir que dispone de poderes mágicos.

Aquella expresión asombrada era la típica que jamás asociaría con Mendax, pero, dioses del cielo, en adelante esperaba imaginármelo siempre así. Parecía muy…, muy feliz.

—¿Qué pasa? —le pregunté sin dejar de reír. Eché una mirada por encima del hombro para comprobar si había algo más que pudiera causarle aquella expresión.

—Nada —respondió.

Me enterró los dedos en el pelo, a la altura de la nuca, y bajó la cabeza para presionar sus suaves labios contra los míos. Yo abrí la boca con entusiasmo, ávida de más. Cuando me tocaba, ya fuera en actitud amenazadora o tierna, me hormigueaba la sangre.

—Me encanta tu risa. —El beso se hizo más profundo y me estrechó entre sus brazos. ¿Cómo era capaz de hacerme sentir de esa manera?—. Te quiero, Calypso, pero como no dejes de apartarte de mi lado, te prometo que te arrepentirás.

Se me aceleró el pulso por un momento. Era imposible que hubiera adivinado que tenía intención de quitarme la vida después de matar a mi padre, ¿verdad? No había mencionado el tema en voz alta en ningún momento.

—Te…

Un relincho disgustado me interrumpió. Abrojo apareció de la nada golpeando las baldosas del camino con los cascos, justo donde Mendax y yo habíamos estado hacía un momento. La floricornio echó las orejas hacia atrás y dio un paso en dirección al trasero de Mendax.

—Como te atrevas a embestirme, te aplastaré contra el suelo y acabarás convertida en una calcomanía con olor a flores —la amenazó en voz baja.

—¡Santos soles! ¡Debe de haberse comido el trozo de Eli! —Me cubrí la boca con las manos—. Pero, en ese caso, él no habrá podido…

Eli apareció de la nada y estuvo a punto de aterrizar sobre Abrojo.

—¡Qué puto asco! —exclamó mientras escupía y se frotaba la lengua desesperadamente con un extremo de su camisa.

Mendax y yo nos miramos con una mueca y nos separamos un poco.

—Ah, no, no interrumpáis vuestra sesión de magreo por mí —dijo Eli en tono sarcástico entre un escupitajo y otro.

—¿Por qué has traído contigo a ese bicho, Aurelius? —refunfuñó Mendax.

—Después de que os marcharais, ¡esta vacaburra —señaló al unicornio de pelaje castaño— se comió mi parte! He tenido que sacársela de la boca, y, aun así, solo he podido recuperar un pedacito. ¡Y estaba húmedo!

Me estremecí.

—¿Te has comido el papel después de que lo tuviera en la boca?

A Mendax le dio un ataque de risa. Sus carcajadas eran toda una novedad, roncas y maravillosas.

—¿Quieres que vaya contigo al Moirai o no? —resopló Eli, malhumorado.

Abrojo se puso a restregarse contra los muslos de Eli, y aunque él intentó quitársela de encima, acabó echándose a reír y acariciándole la cabeza como ella quería.

—Te adora —dije sonriéndoles.

—Eso está bien. Estoy seguro de que ya empezabas a cansarte de ser nuestro sujetavelas —canturreó Mendax.

—Mirad —los interrumpí señalando las baldosas del camino. Unas cuantas mostraban letras y palabras grabadas. La que tenía justo delante de uno de mis pies me llamó la atención.

—Vía de lo Arcano. —Estaba escrito con trazos irregulares, y me recordaba los grabados que solía hacer de pequeña en arcilla cuando iba al colegio—. ¡Aquí pone «vía de lo Arcano»! La carta no mentía. Lo del atajo era verdad.

Mendax me miró; como era lógico, todavía no se fiaba de que no nos estuvieran tendiendo alguna trampa. Eli estaba ocupado arrancando briznas de hierba para dárselas de comer a Abrojo.

—Entonces, supongo que deberíamos seguir por aquí.

Avancé a la cabeza, seguida de cerca por Mendax y con Eli y Abrojo cerrando el grupo.

—¿Crees que podremos hacer una parada para recoger un poco de forraje antes de llegar al Moirai? —Eli parecía un poco avergonzado por preguntarlo—. Quiero asegurarme de que Abrojo tenga comida de sobra cuando lleguemos allí, y no sé si habrá floricornios en el Moirai —explicó con total seriedad.

—¡Ay, soles santos! —Me detuve en seco para rebuscar dentro de mi bolsa—. ¡En el pergamino que nos acaban de enviar decía algo sobre heno!

Saqué el documento y lo leí en voz alta:

Calypso Petranova:

Vía de lo Arcano 1176, La Linde.

Segunda habitación a la izquierda. Encontrarás algo de heno en la primera habitación a la derecha.

538 flores de nenúfar.

—¡Sabían lo que iba a ocurrir! Sabían que decidiría volver con vosotros y que Abrojo acabaría comiéndose parte del papel y viniendo con nosotros. Han dejado heno en el Moirai sabiendo que pasaría esto.

Me quedé boquiabierta, absolutamente perpleja. Me sentía como un mero peón en un tablero de ajedrez.

—¿Qué creéis que significará lo de las quinientas treinta y ocho flores de nenúfar? —preguntó el príncipe dorado mientras miraba a su alrededor y pasaba los dedos distraídamente por la crin de su nueva compañera.

La diminuta yegua se había apoyado un poco contra él y lo miraba con un brillo encandilado en los ojillos marrones. Estaba

claro que el animalito estaba muy feliz por haberse reencontrado con Eli.

—No tengo ni la menor idea —respondí.

Si el floricornio y él no fueran tan monos, me habría muerto de celos al descubrir que un animal de granja me había robado el título de mejor amiga. Pero ver a Eli tan feliz me había ayudado a darme cuenta de lo desdichado que había sido hasta el momento. Todo lo que había pasado con su madre y el resto de los luminosos le pesaba mucho más de lo que demostraba.

El silencio que reinaba en la vía de lo Arcano acompañaba al coro mudo del fin. Había llegado el momento. Seguiríamos aquella senda hasta el Moirai, donde nuestra vida cambiaría para siempre.

Tras intercambiar una última mirada, Mendax encabezó la marcha que acabaría siendo la principal fuente de mi tristeza durante años.

CAPÍTULO 17

Eli

Observé a Cal caminando detrás de Mendax. Cargaba la mayor parte de su peso en la pierna derecha, así que debía de estar más dolorida de lo que pensaba. Ella nunca se quejaba de cosas así. Pensé en mi padre y en lo fuerte que había sido. En lo buena persona que había sido. Era imposible que mi padre hubiera mantenido una relación tan estrecha con Zef si era un hombre malvado. Sabía que era un tonto por pensar así, sobre todo después de lo que acababa de hacernos, pero recordaba las visitas de Zef antes de que padre muriera y sabía que adoraba a su familia. Había querido a Cal y a Adrianna más que a nada en el mundo. No podía ser de otra manera.

Mi madre le había arrebatado a Cal la oportunidad de tener una vida familiar feliz y llena de amor. Ahora que yo ya no podía dársela, tenía que asegurarme de conseguírsela. Y si para ello tenía que proteger el vínculo que compartía con Mendax, estaría dispuesto a sacrificarme. Se lo debía después de todo lo que mi madre le había hecho. Pero también tenía que convencerla de que le perdonara la vida a su padre. La conocía lo bastante bien como para intuir que estaba tramando algo. Un plan alternativo que no dependiera de nuestra ayuda o intervención. Supuse que aquello también era culpa de mi familia. Cal era incapaz de confiar o apoyarse en otras personas, ni siquiera en mí.

Respiré hondo e hice un último intento antes de que llegáramos al final del camino y nos enfrentáramos a lo que quisiera que nos

esperara allí. Cal solo necesitaba ver que su padre no era tan malo como ella pensaba… O eso creía yo.

En el fondo sabía que debería dejarla tranquila y no inmiscuirme en sus asuntos, pero no quería que Cal perdiera la oportunidad de disfrutar de una verdadera relación con él solo porque no quisiera molestarse en oír su versión de la historia. Si desperdiciaba la posibilidad de tener a su padre en su vida solo porque era de gatillo fácil… Bueno, en su caso, sería más adecuado decir que era de decapitación fácil. En cualquier caso, no quería que se quedara sin conocer a su padre solo porque fuera una impaciente con tendencias homicidas.

—Cal, Zef es…

—¿Un hombre horrible con las horas contadas? —Que respondiera tan rápido me dio a entender que ella también debía de haber estado pensando en él.

—¿Horrible? —pregunté con una mueca—. Eso es debatible. Te llevó al mundo humano para mantenerte a salvo. Sé que tú no te lo quieres creer, pero se preocupa por ti de verdad. Lo sé.

—¿En serio, Aurelius? —Se estremeció—. ¿Estás mal de la cabeza o qué?

Mierda, solo utilizaba mi nombre completo cuando metía la pata hasta el fondo.

—No le importo en absoluto. Me dejó en el mundo humano para que no le molestara. Si de verdad se preocupara por mí, ¿crees que se habría mantenido al margen de mi vida a propósito cuando más lo necesitaba?

—¿Sabes qué? Esto es típico de ti. —Negué con la cabeza—. Siempre piensas mal de la gente. No todo el mundo es horrible y merece morir. Todos cometemos errores, Cal, pero no nos merecemos perder la vida por ellos. ¿Cómo esperas que las personas mejoren su conducta si no les das una oportunidad?

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó Mendax deteniéndose delante de mí.

—No siempre pienso mal de la gente, pero te diré una cosa. ¡Si hubieras vivido la mitad de las cosas que yo, te aseguro que pensarías igual! —gritó Cal dejando también de avanzar.

—¿Sí? ¿Me estás diciendo que no entiendo la mitad de las cosas por las que has pasado? ¿Te recuerdo que mi mejor amiga mató a mi madre? ¿O que mi madre intentó abandonarme en medio del bosque? Por no hablar de lo que supone descubrir que tu hermana ha estado dirigiendo un ejército entero de Caídos, el mismo que ha estado intentando derrocarte y hacerse con el control de tu castillo porque no tienen a dónde ir y te culpan a ti por ello. Bueno, siento aguarte la fiesta de la autocompasión, pero ¡yo también he tenido que lidiar con muchas mierdas! —Giré sobre los talones y avancé unos cuantos pasos. Las cosas no estaban saliendo como yo esperaba, y no sabía cuánto tiempo nos quedaba para llegar a nuestro destino.

—O sea, ¿que todo viene de ahí? —replicó acercándose a mí—. Me dijiste que me entendías. ¡Saracen mató a mi madre y a mi hermana y me hizo pasar por un infierno! ¿Crees que tu madre merecía vivir? ¿Que podría haber llegado a cambiar?

Sabía que no, pero la tristeza me impedía mover los labios.

—Cal, ¿qué piensas que responderían las familias de todas las personas a las que mataste para mi madre si les preguntaran lo mismo sobre ti? ¿Tú mereces vivir? Sé de buena mano que mataste a personas inocentes, joder. ¿Te crees que sus seres queridos no te la tienen jurada? ¿Que ninguno tenía familia? ¿Hijos como yo?

—Cuidadito con lo que dices —me gruñó Mendax.

Cal giró la cabeza hacia él y le lanzó una mirada de advertencia. No necesitaba un puto perro guardián.

Abrojo profirió un relincho diabólico y me dio un empujoncito con el hocico para hacerme saber que estaba de mi lado.

—Me importa una puta mierda lo que las familias de mis víctimas piensen o hagan, y ¿sabes por qué? —gritó—. ¡Porque las únicas personas que me han importado en el mundo o están aquí conmigo o están muertas! No finjas conocer mejor a mi padre que yo solo

porque fuera el mejor amigo del tuyo durante unos cuantos cientos de años, Aurelius. Mira con quién fue a casarse. Está claro que lo de calar a la gente no se le daba especialmente bien. Y lo mismo te pasa a ti.

Estuve seguro de que se me notó en la cara lo mucho que me escocieron sus palabras.

—Sí —dije con suavidad—. ¿Qué clase de idiota estaría tan ciego como para pasar veinte años pensando que una chica es dulce y amable cuando en realidad es un monstruo avaricioso, malvado y ponzoñoso que se niega a aceptar que alguien que ha cometido un error del que se arrepiente no puede ser una buena persona?

Ahora le tocaba a ella lidiar con el escozor de mis palabras hirientes. Los dos nos lanzamos sendas miradas asesinas con los dientes apretados.

—¿Podéis dejar de perder el tiempo ya? Tenemos un camino que seguir.

Mendax nos esperaba como una sombra a unos cuantos metros, listo para evaporarse y confundirse con el paisaje oscuro que se extendía detrás de él.

Cal y yo nos miramos una última vez compartiendo un instante de comprensión mutua. Aquella no era ni mucho menos nuestra primera pelea. Los conflictos son algo natural cuando compartes una relación estrecha con otra persona. Aunque no siempre estuviéramos de acuerdo, nos queríamos incluso cuando nos daban ganas de tirarnos de los pelos. Pero aquel no era momento para peleas.

—Podrías haberte quedado en el mundo humano… Podrías haber sido feliz.

—¿Te molesta que haya vuelto? —replicó ella a la defensiva.

—No, para nada. Es que… No puedo evitar pensar que todo esto va a acabar muy mal para mí —respondí con tranquilidad.

—Aquí tenemos a la viva imagen del optimismo, damas y caballeros —anunció con sorna.

Menuda listilla.

—Si consigues matar a Zef, tú irás detrás. Y si te obligan a elegir entre Mendax y yo, sé que lo elegirás a él, como debe ser, así que entiende que no sea el alma de la fiesta.

—No sabes de lo que hablas. No llegará a ese extremo, te lo prometo. Todos saldremos con vida de allí. Estoy segura de ello.

—No, no lo haremos. —Ambos clavamos la vista en Mendax, que, como siempre, disfrutaba de llevarnos la contraria—. Creo que no eres consciente de lo difícil que va a ser matar a tu padre, Calypso. Tal y como estás ahora, tu única esperanza es que se mate él mismo. ¿Y qué crees que nos pasará a nosotros cuando no solo no consigas acabar con su vida, sino que cabrees al artemi más poderoso que jamás haya existido? Yo ahora mismo no estoy en condiciones de protegerte. No podré hacer nada si decide ir a por ti. Lo más seguro es que muera intentando salvarte. Ninguno saldremos del Moirai con vida si intentas matar a Zef. No hay más. A mí me da igual lo que me pase, pero Aurelius está decidido a vivir. Además, no creo que te convenga matarlo. Al menos, no todavía.

Mendax y yo nos miramos. El enorme fae asintió ligeramente en mi dirección.

¿Cómo era posible que Cal no entendiera lo mucho que una persona podía llegar a cambiar teniendo en cuenta que estaba enamorada de alguien como él?

CAPÍTULO 18

Mendax

La oscuridad que nos envolvía en la vía de lo Arcano era de lo más agradable. Había pasado demasiado tiempo expuesto a la inclemente luz del sol durante nuestro viaje y estar de nuevo entre las sombras y lo invisible a simple vista me hacía sentir como en casa. Sin el pleno uso de mis poderes, estaba débil e indefenso, algo que no había experimentado hasta entonces. No me gustaba nada. Notar el contacto de las sombras lamiendo mi oscuridad me hacía sentir mucho más cómodo en mi propia piel de lo que me había sentido desde que había dejado atrás el Reino Oscuro.

No veía la hora de ponerle fin a esta aventura. Estaba harto de ir de un lado para otro como un pollo sin cabeza. Y tampoco me hacía ninguna gracia tener que compartir a mi reina con otro hombre. Aunque no podía negar que Aurelius se preocupaba por ella de una forma totalmente platónica. Sus intenciones parecían haber cambiado durante el viaje, y ahora incluso a mí me quedaba claro que no veía a Caly más que como a una amiga. Me preguntaba si eso a ella le habría molestado o si de verdad se habrían puesto de acuerdo para llegar a esa conclusión sin proponérselo. Pero daba igual. Iba a matarlo de todas maneras.

Apenas había abierto la boca durante el viaje. Había permanecido atento, a la espera de que llegara a su fin. Conocía a Caly mejor que Aurelius y que ella misma juntos. Sabía que iba a sacrificarse por nosotros. Una parte de su mente atormentada todavía pensaba que yo lo iba a permitir, que no adivinaría lo que se traía entre manos. A

mí ya me había enseñado todas sus retorcidas y fogosas cartas cuando me apuñaló por primera vez. Desde entonces, la había estado estudiando con mucha más atención de la que imaginaba. Sabía reconocer todos y cada uno de sus gestos. De hecho, casi me daba la impresión de que ni siquiera quería ocultarme lo que se proponía. Cada vez que hablaba de la posibilidad de que uno de nosotros dos muriera o de lo que iba a pasar cuando nos enfrentáramos a los Hados, ella se tocaba el collar donde guardaba las cenizas de su hermana. Pero si de verdad creía que iba a permitir que volviera a abandonarme, estaba muy equivocada.

Justo en aquel momento la estudié sin que se diera cuenta mientras movía los labios y leía en silencio tantas baldosas como podía por el camino. No creía que su padre quisiera quitársela de encima como ella pensaba. Nos podría haber aplastado a los tres como cucarachas en aquella barca si se lo hubiera propuesto. No, la quería de verdad. Que se hubiera negado a mirarla en la barca me lo había dejado claro. Había sido incapaz. Reconocía esa sensación porque yo mismo la había experimentado, aunque por razones muy muy diferentes. La había enviado al mundo humano para protegerla. ¿De qué? Pues no tenía ni idea. A lo mejor pensaba que así impediría que nos encontráramos, que enviarla allí sería mejor que dejar que acabara compartiendo un vínculo con un príncipe oscuro o un lazo con un luminoso. Porque era evidente que nos odiaba, sobre todo a mí. Mi familia era la principal responsable de que él y los suyos hubieran tenido que esconderse, y, como era lógico, no quería que Caly estuviera conmigo. Pero, igual que ella, tendría que asumir que no había otra opción. Caly era mía.

Avanzamos en silencio leyendo las distintas palabras grabadas en el camino de baldosas. El suave golpeteo de los cascos del floricornio me recordaba al sonido del reloj (o de la bomba) que marcaba los segundos que nos quedaban antes de morir. Aurelius se comportaba como una gallina clueca con el diminuto poni. Era una pena que el animal no nos hubiera acompañado desde el principio; habría ayudado a que Eli se mostrara menos insoportable.

Los bordes oscuros del paisaje se movían con nosotros. Cada vez que parecía que el camino nos iba a ofrecer una vista más amplia del horizonte, resultaba que no podíamos estar más equivocados. Seguíamos sin ver el final. Ni siquiera yo sabía qué era lo que nos esperaba al otro lado de aquel vago velo de oscuridad. No había nada más que un cielo amplio y plateado iluminado por la luna y un camino de baldosas que se nos antojaba infinito, puesto que no veíamos nada a nuestro alrededor o a más de unos sesenta metros de nuestras narices.

Así seguimos hasta que, al final, la oscuridad se disipó lo suficiente como para permitirnos atisbar una casa de buen tamaño en medio de la noche. El camino acababa justo delante del edificio y daba paso a un paseo de piedra gris que a su vez conducía a una entrada circular de gravilla. En medio había una fuente de tres niveles vacía y llena de desconchones. Las dos puertas que componían la verja de entrada estaban abiertas. La casa era negra como la noche, con arcos apuntados y ventanales lanceolados. Si bien no era un edificio particularmente grande, tenía un aspecto formidable.

—Mirad.

Caly señaló una bandada de las mismas mariposas de alas transparentes que habíamos visto durante el trayecto. Eran mucho más difíciles de detectar en la oscuridad, pero sus alas reflejaban la luz de la luna, de manera que resplandecían con cada aleteo.

—Debemos de estar en el lugar correcto —dijo Aurelius—. Hay muchísimas.

Nos habíamos detenido al final del camino de baldosas para admirar la sorprendente casa. Dentro todo estaba tranquilo; no se veía movimiento alguno. En cualquier caso, estaba todo tan bien cuidado que era evidente que alguien vivía allí. Por no mencionar el cálido brillo dorado de las luces del interior.

—Esto no es precisamente lo que había esperado, aunque, ahora que lo pienso, tampoco sé muy bien cómo imaginaba que fuera el

cuartel general de los dioses y los Ascendidos —dijo Aurelius encogiéndose de hombros.

Caly se sorbió la nariz.

—Da igual lo que pase ahí dentro. Por favor, nunca dudéis de lo mucho que os quiero a los dos. Me habéis cambiado tanto la vida que no tengo manera de daros las gracias como os merecéis. —Se echó a llorar.

—Para, Cal. No vamos a despedirnos aquí. Encontraremos la manera de salir todos con vida.

Aurelius tiró de Caly para darle un abrazo, pero Abrojo relinchó y se interpuso entre ellos, de manera que solo la parte superior de su cuerpo llegaba a tocarse. El floricornio cada vez me caía mejor.

—Pero ¿y si…? ¿Y si no tenemos otro momento de decirnos adiós? No sabemos qué pasará cuando crucemos esa puerta —murmuró ella.

Me cago en la puta. Estaba claro que se iba a inmolar. Sus lágrimas no dejaban lugar a duda. Siempre se ponía así cuando algo muy duro pasaba por su cabeza y no podía compartirlo con nadie. Ya la había visto llorar así antes. Estrellas del cielo, ¿es que acaso había perdido el juicio? Se secó las mejillas y cerró los dedos en torno al colgante de las cenizas de su hermana.

Estaba furioso. Quería arrancarle ese collar del cuello y estrangularla con él. ¿En qué coño estaba pensando? ¡Yo era el único con derecho a apartarla de mi lado!

—Bien, bueno, supongo que no tenemos motivos para ponernos tristes todavía, ¿no? Solo quiero que sepáis que os quiero tanto que me estalla el pecho —concluyó Caly con una media sonrisa impostada antes de volverse hacia la puerta.

Aurelius y yo nos miramos. Él también se olía algo.

—Te seguimos —dije. Caly no tenía ni la menor idea de lo en serio que hablaba.

El diablillo rubio se volvió una última vez antes de salvar la distancia que la separaba de la imponente puerta negra de la casa y se acercó a mí. Me obligó a agachar la cabeza y me dio un beso tan

profundo y sincero que casi podría habérmelo tomado como nuestro último beso. Noté una lágrima cayéndole por la mejilla hasta donde nuestros labios se encontraban. Aquella era su despedida.

Me metí su grueso labio inferior en la boca y le di un fuerte mordisco. Se apartó con un jadeo para fulminarme con la mirada. Yo no había cerrado los ojos ni por un momento, y debía de parecer tan enfadado como el mismísimo Kaohs. Estaba que echaba humo. Cualquiera que intentara hacerle daño a Caly era mi enemigo, y eso la incluía a ella también en aquel momento.

Se presionó contra mí y volvió a besarme. Con más fuerza y más ansia. En cuanto su sangre me empapó la lengua, la polla se me puso dura. Quería enterrarme en su interior y darle un escarmiento por tener intención de arrebatarme lo que era mío.

—Vete ya antes de que te folle en el porche de tu papaíto —le ordené.

Caly se apartó, pero en sus ojos brillaba el fuego del deseo. Se presionó el labio con el dedo, se volvió hacia la puerta y levantó la mano dispuesta a llamar.

Pero la puerta se abrió despacio, con un sonoro chirrido.

CAPÍTULO 19

Caly

Todos y cada uno de mis músculos se pusieron en tensión cuando la puerta se abrió con un chirrido. Esperé con el corazón en un puño a que alguien apareciera al otro lado de la enorme puerta para darnos la bienvenida.

Pero no había nadie.

Miré a Eli confundida. Él, que parecía algo asustado, curvó los labios hacia abajo y se encogió de hombros. Luego desvié la mirada hacia Mendax. Señaló con la cabeza hacia la puerta para animarme a entrar, como esperaba que hiciera, pero se adelantó para pasar primero y protegerme con su cuerpo. No obstante, se lo impedí mirándolo agradecida antes de cruzar el umbral.

—¿Hola? —dije al tiempo que entraba.

El interior del edificio era precioso, con un encanto acogedor y anticuado. Había unos cuantos candelabros de pared que desprendían una luz similar a la de las luciérnagas, igual que los que había visto en el Reino Oscuro. Irradiaban un brillo cálido que rutilaba igual que el de una vela.

—No puedes entrar con ese bicho —le dijo Mendax a Eli en un gruñido.

—No pienso dejarla ahí fuera. Abrojo ahora forma parte del equipo, ¿verdad, bonita? —aseguró Eli mientras le rascaba una de las orejotas a su pequeña compañera.

Mendax puso los ojos en blanco, pero no insistió más.

El golpeteo de los cascos del floricornio contra el suelo de madera pulida reverberó en el recibidor.

—Dijeron que había heno en la casa, así que sabían que vendría con nosotros —añadí.

A la izquierda, había un amplio comedor de aspecto sobrio con la mesa puesta, y a la derecha, una especie de salón. La iluminación era tan escasa que apenas se veía nada, y daba la impresión de ser una vieja casa encantada. Contaba también con una escalera de caracol negra de dos tramos.

Sin embargo, la estancia más interesante era el pasillo que se abría ante nosotros. Era la zona mejor iluminada de la casa, de manera que no había duda de que era allí donde debíamos ir. En realidad, tampoco era muy amplio, y el interior de la casa era de lo más modesto en comparación con lo que yo había esperado.

Eché un vistazo a los chicos antes de adentrarme en el pasillo. Comunicaba con tres habitaciones: una a la derecha y dos a la izquierda. La puerta de la derecha estaba cerrada, al igual que la primera de la izquierda, así que solo nos quedaba seguir hacia la que estaba abierta al final del pasillo. De ella salían unos intensos rayos de luz ambarina.

—En el mensaje ponía que había heno en la primera puerta de la derecha, pero se supone que tenemos que ir a la segunda habitación a la izquierda —les recordé.

Di un paso adelante dejando espacio para Eli y Abrojo y el viejo suelo de madera chirrió bajo el peso de mi cuerpo. Eli respiró hondo antes de abrir la puerta. Todos, incluida Abrojo, nos preparamos para que algo saliera del interior para atacarnos.

La sencilla puerta negra se abrió en silencio y Eli ahogó una exclamación que nos empujó a Mendax y a mí a echar mano de nuestras armas.

—Vale, esto es raro de narices —dijo Eli, que entró en la habitación y se volvió para mirarnos con una sonrisa.

Abrojo y él avanzaron con paso vacilante mientras Mendax y yo cubríamos la retaguardia. En cuanto entramos, fue como si nos

hubiéramos visto transportados al interior de unos hermosos establos. Dentro había una puerta bellamente decorada con enredaderas y un pequeño unicornio marrón que decía «Guadarnés». Al tropezarme con el suelo, bajé la vista sobresaltada y descubrí que allí había baldosas similares a las del camino que habíamos seguido.

—¡Joder, mirad! —exclamé señalando el suelo.

El nombre del floricornio estaba grabado como mínimo en unas diez baldosas colocadas con mucho gusto siguiendo un patrón escalonado en el centro de la estancia. Los laterales estaban divididos en distintos cubículos limpios y de madera oscura que tenían el tamaño perfecto para un poni. La estancia parecía estar hecha a medida del pequeño unicornio. Como nos habían prometido, además, había una pila de heno apoyada contra la pared del fondo, y tan alta que casi llegaba al techo. Estudié la habitación con suma atención intentando entender cómo podía ser tan grande cuando las demás estancias eran tan pequeñas. Y todavía había dos pisos más.

Abrojo se acercó trotando alegremente hasta el comedero metálico lleno de pienso anclado a la parte superior de hierro batido del establo que teníamos más cerca.

—¿Estarás bien aquí mientras vamos a comprobar la otra habitación? —le susurró Eli al floricornio. Ella no apartó la vista del enorme comedero—. Pues muy bien. Estaré al final del pasillo si me necesitas, ¿vale?

La crin del animal se sacudió cuando cambió de posición y siguió comiendo tan tranquila.

Eli se encogió de hombros con una sonrisa y se volvió para mirarnos.

—Vale, pues supongo que ha llegado la hora de dar la cara.

Cuando nos dispusimos a salir de la habitación, me fijé en que de un pequeño gancho de hierro colgaba una preciosa silla de montar de cuero, decorada con intrincados soles. Junto a ella descansaba una preciosa manta de punto naranja. Entorné los ojos mientras los

chicos salían delante de mí y me quedé sin aliento al leer la inscripción de la plaquita dorada de la silla.

—¿Vienes? —me preguntó Eli desde la puerta.

Me mordí el interior de la mejilla y pasé por delante de él para salir al pasillo. Aquello me había hecho verlo con otros ojos.

Eli se despidió de Abrojo y cerró la puerta. Una vez fuera, me fijé en que, por la rendija inferior de la primera puerta a la izquierda, ahora se veía luz.

Mendax tomó la iniciativa en aquella ocasión y se detuvo ante la puerta negra para girar el pomo de latón. Una luz cálida bañó el pasillo e iluminó el acogedor espacio. En la vieja casa no se oía nada más que el susurro de nuestros pasos y el crujido de la madera.

Mendax cruzó el umbral y yo lo seguí de cerca, preparada de nuevo para pelear si la situación lo requería.

Un olor familiar me golpeó como si hubiera recibido un ladrillazo en la cabeza y me dejó más confundida de lo que jamás habría creído posible: era el aroma ligeramente polvoriento de los libros viejos.

Habíamos entrado en una biblioteca. Y no en la biblioteca mediana que una habría esperado encontrar en una casa de aquellas dimensiones. Era una descomunal, con libros y más libros encuadernados en piel. Había una humilde chimenea encendida en uno de los extremos de la estancia, acompañada de un par de cómodos sillones orejeros. También me fijé en que de la pared colgaba un retrato de aspecto antiguo con un intrincado marco dorado en el que aparecía un arpista. También había uno de un hombre vestido con un traje fino.

Cuando iba al colegio, había pasado muchas tardes estudiando en la biblioteca. Era uno de los pocos lugares que me permitían escapar de lo que pasaba en casa. La biblioteca de mi infancia empequeñecía en comparación con la cantidad de libros que había. Igual que el espacio que habían reservado para Abrojo, la estancia era tan amplia que resultaba abrumadora. Calculaba que habría, como mínimo,

unos cuatrocientos mil libros allí, y ninguno de ellos parecía tener menos de cien años. De hecho, muchos de ellos se caían a pedazos.

—Bueno, y ¿ahora qué hacemos? Está claro que esta no es la guarida secreta del Moirai —dijo Eli.

Me encogí de hombros y me puse a deambular por los numerosos pasillos llenos de libros. Las estanterías estaban hechas de una preciosa madera oscura y dispuestas de una manera similar a las de la biblioteca de mi infancia, aunque eran mucho más elegantes y contaban con un candelabro dorado y un cuadro en cada extremo. Recorrí un pasillo ojeando los lomos de los libros en busca de alguna pista. Casi todos los títulos estaban escritos en una lengua que no conocía, y algunos ni siquiera estaban identificados. Cogí un volumen de cubierta roja al azar y pasé las gruesas hojas para ver qué podía ofrecerme.

Pero estaba en blanco.

Lo dejé en su sitio y cogí otro. Aquel contaba la historia de una niña y un pozo de los deseos. Parecía fascinante, y durante una fracción de segundo olvidé dónde me encontraba y me planteé la posibilidad de llevármelo.

—¿Y bien? —preguntó Mendax.

—No entiendo nada. —Me encogí de hombros—. Algunos están en blanco mientras que otros cuentan historias largas y detalladas. Pero no he encontrado nada relevante. ¿Tú qué piensas?

El fuego que había al otro lado de la estancia recortaba la silueta del enorme fae con su cálido brillo y le hacía parecer una sombra más de lo normal.

—Creo que tu padre está intentando alejarnos de nuestro camino otra vez. La casa está desierta. Si hubiera alguien, habría sido capaz de percibir sus latidos. No sé qué será este sitio, pero no es el Moirai.

—Pero ¿qué pasa con el camino de baldosas y la habitación de Abrojo? Estamos en la dirección correcta —susurré solo por cumplir con el protocolo típico de las bibliotecas.

—No lo sé —dijo él negando con la cabeza.

Parecía agotado, tanto, que sus mejillas empezaban a tener un aspecto demacrado.

—Esperad —intervino Eli cuando se unió a nosotros—. Quinientas treinta y ocho flores de nenúfar. ¿Y si es el título de un libro?

Hostia puta.

—Tiene razón. Tenemos que comprobar los libros —coincidí con el corazón a punto de salírseme del pecho. Era obvio. Casi demasiado.

—¿Cómo vamos a comprobar todos estos libros? ¿Se os ha ido la cabeza? —gruñó Mendax.

—No sé. —Me encogí de hombros a la defensiva—. ¿Qué otra cosa iba a significar si no? Estamos en una biblioteca. Es la explicación más lógica.

—¿Y si todo esto no es más que una treta para hacernos perder el tiempo? —preguntó apoyando las manos en las caderas. Ese pequeño gesto hizo que al instante pareciera el doble de amenazador… y el doble de atractivo.

—¿Se te ocurre algo mejor? —le pregunté. Estaba de los nervios. Todos lo estábamos.

Mendax guardó silencio un momento.

—Sugiero que nos dividamos y nos demos prisa.

Pasó por delante de nosotros y, al llegar al final del pasillo, dobló la esquina con brusquedad para continuar por el siguiente.

—No le queda mucho tiempo —susurró Eli.

—¿Qué? —Di un paso atrás, sorprendida.

—Mendax. Se encuentra mucho peor de lo que aparenta. Mucho peor que nosotros dos. Si no llegamos al Moirai y nos enfrentamos a los Hados pronto, él será el primero en dejarnos.

—¿Qué quieres decir con eso? Mendax está perfectamente —dije, aunque titubeé, porque sabía que era mentira.

Eli negó con la cabeza.

—Eso es lo que quiere que pienses. Él lleva más tiempo traspasándote sus poderes que yo, pero eso, obviamente, ya lo sabías.

Me quedé boquiabierta.

—¿Eso qué significa? ¿Cómo lo sabes?

Ladeó el rostro de piel dorada y me miró con los ojos entornados.

—Lo de echar humo no empezó a pasarte hasta que dejaste a Mendax en el Reino Oscuro, ¿verdad? Después de que te hirieran. —Permanecí en silencio, incapaz de responder—. Creo que ha estado cediéndote una parte de su poder a través del vínculo desde que te marchaste de allí herida tras la última prueba.

—Es imposible. Lo del humo es una de las consecuencias del vínculo o de los poderes artemi de mi hermana, que absorbieron una parte de los poderes de Mendax —susurré completamente conmocionada.

—Yo no creo que esa sea la explicación, Cal. Mendax quería protegerte incluso cuando no estuviera a tu lado. —Se le retorció la boca hacia abajo en una mueca de tristeza—. El problema es que parece que va a acabar terminando con él. Y pronto.

—¡Ay, santos soles! ¿Y qué hago? ¿Puedo devolverle una parte de su energía? ¿Cómo lo ayudo? —Estaba al borde del colapso.

—Lo mejor será encontrar el libro, si es que eso es lo que estamos buscando, para llegar hasta los Hados lo antes posible —concluyó dando un par de pasos atrás—. Empezaré por las últimas estanterías. Quinientas treinta y ocho flores de nenúfar.

Se marchó y me dejó a solas con mis pensamientos. La calidez de las lágrimas me anegó los ojos, y tuve que agarrarme al estante que tenía ante mí para no derrumbarme. No me sorprendía que Mendax hubiera hecho todo aquello por mí sin decirme ni una palabra. Iba a morir por mantenerme con vida y yo no iba a poder impedírselo.

El nudo que me atenazaba el pecho creció mientras lloraba contra la estantería intentando por todos los medios no hacer ningún ruido. ¿Cómo podía haber dejado que la situación se alargara tanto? ¿Por eso había estado tan callado durante todo el viaje? ¿Era porque se estaba muriendo? Tenía razón. ¿Cómo íbamos a encontrar un libro entre tantas estanterías?

Se me agitó la respiración y tuve que cubrirme la boca para ahogar mis sollozos.

No dejaría que ocurriera; no se lo permitiría. Las lágrimas todavía me caían por las mejillas cuando doblé una esquina. Aceleré el paso para revisar cada pasillo a la carrera en busca de Mendax. Cuando llegué a donde se encontraba, él levantó la vista sorprendido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, adoptando una expresión amenazadora mientras se acercaba a mí.

Apreté los dientes y mis lágrimas empezaron a caer con más ganas al verlo. Tan pronto como lo tuve a mi alcance, le lancé un puñetazo a la cara que repetí con el otro brazo cuando me agarró la muñeca para impedirme golpearlo.

—¡Cabrón!

Me pegó contra su cuerpo y me inmovilizó ambas muñecas. Frunció las gruesas cejas negras en un gesto de preocupación.

—¡Te ibas a dejar morir para darme tu poder!

Me debatí contra él intentando golpearlo de nuevo y, por algún motivo, me eché a llorar todavía más desconsoladamente cuando me soltó las muñecas y me sostuvo por la cintura contra él.

—¿Y? —dijo con tranquilidad.

—¿Qué sentido tiene todo esto si vas a rendirte antes de que nos enfrentemos siquiera a los Hados? —exclamé.

—Podría preguntarte lo mismo —gruñó.

—¿Qué? —Me sequé las mejillas.

—Que tú también tienes intención de morir antes de hablar con los Hados, ¿verdad, cachorrito? Quieres quitarte de en medio para salvarnos a Aurelius y a mí. Te vas a ir a descansar en paz con —me agarró el collar— tu hermana. ¿O me equivoco? Dime que me equivoco, Calypso.

Abrí la boca para contradecirlo, pero todavía estaba conmocionada por haber sido descubierta.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque estás agotada y has empezado a descuidar las barreras que has erigido alrededor de ciertas partes de tu mente, amor —explicó con sequedad—. Te prohíbo dejarme y, en consecuencia, también morir.

—No puedes hacerlo —le escupí fulminándolo con la mirada.

Pegó el rostro al mío y me empujó contra la estantería que tenía detrás. Sus ojos treparon por mi cuerpo poco a poco.

—Puedo hacer lo que me plazca contigo. Incluso prohibirte morir.

Cernió su cuerpo escultural sobre mí.

—Pues…, pues, entonces, yo también te lo prohíbo.

Aunque el pasillo estaba mal iluminado, vi que se le formaba un hoyuelo en la mejilla al curvar la comisura de sus hermosos labios hacia arriba.

—Conque sí, ¿eh?

Me presionó el labio inferior con el pulgar y tiró de él hacia abajo antes de deslizar el dedo por mi barbilla y mi cuello. Se detuvo justo bajo mi clavícula, clavó su mirada implacable en la mía y continuó bajando hasta alcanzar la parte superior de mis pechos. Se me puso la piel de gallina.

—Sí, quiero que vivas —dije con voz ronca y siendo muy consciente del palpitar que sentía entre las piernas.

Esbozó una de sus maliciosas sonrisas torcidas y supe que, si moría en aquel momento, moriría siendo plenamente feliz. Apartó el pulgar de mi escote despacio y, antes de que me diera cuenta, me había rodeado el pecho con su enorme mano mientras se presionaba contra mí. Se me escapó un jadeo entrecortado. Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé sobre uno de los estantes, pues de pronto me pesaba demasiado como para mantenerla recta.

—Repítelo —exhaló sobre mi clavícula.

Me inmovilizó contra la estantería con el brazo izquierdo mientras con la mano derecha me recorría el pecho y el abdomen hasta llegar allí donde mi cuerpo latía por él.

Estuve a punto de atragantarme con mi propio aliento ante la reacción atómica de mi cuerpo al sentir su contacto. Era electrizante. Una ola de calor me abrasó por dentro, rebosante de deseo y un anhelo casi insoportable.

—¿Qué quieres que repita? —pregunté con voz ronca mientras pasaba las manos por sus hombros y las enterraba en su espeso

pelo negro. Estaba desesperada por tocar sus sedosos mechones y acariciar todo su cuerpo.

—Sí, quiero. Dilo —ordenó.

Notaba la presión de su largo miembro contra mí.

—¿Por qué?

Me metió la mano por dentro de la cinturilla de los pantalones y me hizo tomar una bocanada de aire vacía.

—Porque te lo pido yo —susurró con tono severo.

Cuando su comportamiento rozaba lo aterrador, me ponía a cien, y en aquella ocasión no fue distinto.

Me retó con la mirada mientras bajaba todavía más la mano por la parte interior de mis pantalones. Su piel fría y áspera hizo que me recorriera un escalofrío cuando se movió por la calidez que escondía mi ropa interior.

—Sí, quiero —jadeé junto a su oído antes de morderle el lóbulo.

Como recompensa, trazó una línea por mi centro por encima de mis braguitas, ejerciendo la presión justa con el dedo para notar como mi humedad empapaba la tela. Exhalé pesadamente y le clavé las uñas en los hombros.

—Oh, Caly —suspiró.

En cuanto su boca encontró la mía, me separó los labios sin perder ni un segundo y me introdujo la lengua.

Ninguno de los dos parecíamos ser capaces de quedar satisfechos con el sabor del otro lo bastante deprisa. Nuestros gemidos y jadeos volaron por el pasillo mientras los dos luchábamos por devorar al otro. Me metió la mano dentro de las braguitas y me abrió con el dedo.

—Mendax —jadeé con suavidad.

Él soltó una exhalación vigorosa y frustrada y retiró la mano de mi ropa interior para agarrarme por las axilas, levantarme abruptamente del suelo y apoyarme sobre uno de los estantes. Yo le rodeé el cuello con ambos brazos y lo atraje hacia mí mientras él me besaba hambriento y me bajaba los pantalones con una desesperante lentitud. Levanté las caderas para ayudarlo.

Teniéndome sentada en la estantería, Mendax se colocó entre mis piernas.

—Repítelo —me ordenó, quedándose a milímetros de mi boca, sin apartar la frente de la mía.

—¿Por qué…? —Me presionó esa parte tan sensible de mi cuerpo de nuevo y me arrancó un gemido—. Sí, quiero —jadeé.

—Otra vez.

Introdujo tres dedos en mi interior y me masajeó el clítoris con un delicioso movimiento. Dejé escapar una exclamación.

—Sí, quiero, ay, joder, sí, quiero —gemí.

Mendax respiraba a toda velocidad. Notaba su polla en el interior del muslo; la tenía tan dura que podría haber roto algo con ella. Tiré de las piezas de su armadura con impaciencia y él dio un paso atrás para quitarse la coraza y dejarla en el suelo antes de levantar ambos brazos y sacarse la camisa por la cabeza. Recorrí su piel caliente con manos ávidas. Tiré de su rostro para besarlo y le mordí el labio inferior con tantas ganas que le hice sangre.

Volvió a echarse atrás sin abrir los ojos y se pasó la lengua por el labio. Parecía eufórico. Cuando me miró, había un brillo peligrosamente intenso en su expresión. Me sostuvo la cintura con una mano y extendió la otra sin apartar la mirada traviesa de la mía. Se escupió en la mano libre y me frotó con ella. Le clavé las uñas en el hombro hasta que estuve segura de que la sangre le caía por la espalda y le agarré un puñado de pelo con la otra mano mientras me movía furiosa contra sus dedos.

Sus gemidos sonaban desatados cuando se arrodilló y me cubrió el enardecido cuerpo con la boca. Algunos libros cayeron al suelo desde el estante que tenía al lado en mi intento por aferrarme a algo, a lo que fuera. Jadeaba y gemía, pero ningún sonido escapaba de mí. Su mágica lengua me lamió, me succionó y se presionó contra mí al saborear mis partes más sensibles. Me agarré a su pelo con ambas manos y me retorcí contra él hasta que temí asfixiarlo. Dejé de preocuparme cuando empezó a gemir cada vez que movía las caderas, desesperada por notarlo más dentro. Siguió

devorándome como si necesitara alimentarse de mi placer para sobrevivir.

Cuando estaba cerca de correrme, Mendax se apartó y el aire frío de la estancia me azotó con una ráfaga de decepción.

Se puso de pie, se limpió la cara con el brazo y se desabrochó los pantalones con una sola mano antes de dejarlos caer hasta sus tobillos. Se pegó más a mí y me besó. Mi propia humedad y el sabor ahumado de él bailaron en mi lengua mientras lo notaba deslizar la punta de su polla por mi hendidura. Un hormigueo me recorrió todo el cuerpo; habría estado a punto de alcanzar el orgasmo con aquel rápido gesto. Y eso que ni siquiera me había penetrado todavía.

—Cásate conmigo, Caly —dijo introduciendo los primeros tres centímetros de su miembro en mi interior.

Inhalé bruscamente y le rodeé la cintura con las piernas. Me hormigueaban el cuerpo y el corazón de emoción.

—¿Me estás pidiendo matrimonio —un gemido se coló entre mis palabras— mientras me follas? ¿Cuando a uno de los dos nos espera una muerte segura?

Todos mis pensamientos se evaporaron cuando introdujo otro centímetro de su polla firme y gruesa dentro de mí. Me agarré al brazo que tenía apoyado contra la estantería, justo al lado de mi cabeza.

—Sí, cachorrito, eso es justo lo que estoy haciendo —susurró contra mi cuello antes de darme un mordisco—. Repite lo que vas a decir cuando nos casemos.

Me penetró por completo con un ágil movimiento y tuve que enterrar la cara en su hombro para ahogar mis gritos de placer. Se meció de atrás adelante despacio, acomodándose a mi apretado sexo y desatando un sensual cosquilleo por mi cuerpo.

—No me estás obedeciendo —susurró con voz ronca mientras salía casi del todo de mi interior.

El duro borde de la estantería se me clavó en la parte inferior de las nalgas y en la espalda.

—Mendax —supliqué con creciente impaciencia, rabiosa por no tenerlo dentro.

Echó el torso hacia atrás y la luz le iluminó las líneas del pecho y el abdomen resaltando los contornos de su cuerpo de guerrero como si fuera una obra de arte. Abrí la boca para protestar. Temía que fuera a alejarse por no haber pronunciado las palabras que él quería oír. Sin embargo, levantó una mano por encima de mi cabeza y sacó un libro encuadernado en tela color crema de la estantería.

—Aunque parezca que te estoy pidiendo que te cases conmigo, diablillo, la realidad no es esa. —Pasó las hojas del libro distraídamente antes de empujar su canto contra mi pecho—. El matrimonio es, igual que el vínculo, una mera formalidad de la que tenemos que encargarnos para regresar al Reino Oscuro como rey y reina.

Presionó la esquina del tomo contra mí y la arrastró despacio por encima de la piel sensible de uno de mis senos. La sensación fue intensa y el dolor me embistió como una ola que chocó con mi deseo. Mendax sabía bien qué teclas tocar para arrancarme una respuesta con facilidad.

—No necesito que nos casemos para seguirte allí donde vayas. —Me embistió al tiempo que me arañaba el pezón erecto con el puntiagudo canto del libro.

Me tensé a su alrededor.

—Estoy en la puta gloria dentro de ti —dijo tomando aire entre dientes.

Había cerrado los ojos. Me penetró con tanta fuerza que los libros de la estantería se sacudieron y pensé que había perdido el control. Sin embargo, se recuperó enseguida. Cuando abrió los ojos de nuevo, vi que tenía las pupilas totalmente dilatadas bajo los párpados entrecerrados. Nunca había tenido un aspecto tan perverso. Aunque cualquiera habría temido por su seguridad al verlo, a mí me ponía cachonda a más no poder. Incluso me sabía a poco.

—Eres mía, cachorrito.

Pasó las páginas del libro que sostenía con el pulgar para que me rozaran el pezón y la sensación fue como si me estuviera haciendo cosquillas y soplando en la piel a la vez, pero mil veces amplificada. Jadeé ante el múltiple asalto de todos aquellos estímulos cuando retomó sus embestidas, tan profundas que tenía la impresión de estar plegándome a su alrededor.

—Jamás podrás escapar de mí —dijo cerrando el libro en torno a mi pezón y apretándolo como una tenaza.

Aullé de dolor y lo empujé para que me liberara, pero él me agarró la muñeca y me la inmovilizó con fuerza contra el estante que quedaba justo por encima de mi cabeza. Noté que mis labios se curvaban en una sonrisa pícara y Mendax se tragó mis súplicas besándome bruscamente. No fue un beso romántico, ni siquiera transmitía una sola pizca de cariño. Fue un beso egoísta, de los que te abrasan por dentro y te convierten en una criatura salvaje. Cerró el libro todavía más, hasta que se me saltaron las lágrimas y el dolor se volvió casi insoportable.

—Soy tuyo, Calypso, independientemente de que viva o muera —susurró—. Muy a mi pesar, tu felicidad se ha convertido en algo muy importante para mí. Dime que te casarás conmigo cuando todo esto haya acabado y que compartiremos el trono oscuro para siempre.

El dolor empezaba a ponerme agresiva, así que le clavé las uñas en el hombro con la mano libre. Mendax cerró los ojos y aceleró el ritmo, pero siguió manteniendo mi pezón prisionero entre las páginas del libro.

Sabía que el plan que quería que aceptara no era real, sino un sueño cargado de esperanza que fingiríamos llegar a vivir algún día antes de meternos en todo aquel lío. Yo jamás volvería a ser la misma si Eli moría por mi culpa, pero tampoco podría seguir adelante sin Mendax. Si había oído mis pensamientos a través del vínculo, entonces tendría que encontrar otra manera de quitarme de en medio para reunirme con Adrianna.

En cualquier caso, el plan de Mendax no era viable. No había manera de que lo fuera. No era más que la fantasía de un hombre moribundo que necesitaba sentir que tenía el control de la situación, pese a que la realidad era muy distinta. No era más que el sueño al que una chica sentenciada accedería con gusto.

—Sí, me casaré contigo si regresamos del Moirai…

—Cuando regresemos del Moirai —me corrigió antes de tirar el libro al suelo y lamerme el pezón.

—Sí, ay, dioses, sí —exclamé mientras movía las caderas contra él.

Me soltó la muñeca para levantarme el trasero del estante y acunar mis nalgas para seguir embistiéndome con fuerza, deslizándome por su polla antes de volver a adentrarse en mi interior. Tenía el control absoluto de mi cuerpo, y me movía marcando un ritmo perfecto. Se me cerraron los ojos de placer al notarlo enterrado hasta el fondo en mí. Nunca me habían follado tan bien. Mientras me empalaba como a una muñeca de trapo, yo me dejé llevar con el cuerpo laxo, sumida en un mar de euforia.

Entonces se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la estantería. Me agarré con fuerza a su cuello cuando me soltó las nalgas, me cogió los tobillos y los colocó sobre un estante, a cada lado de su cuerpo. Deposité todo mi peso sobre la punta de los dedos de los pies mientras él me sujetaba las caderas y continuaba deslizándome de arriba abajo por su polla. Al ver que dejaba caer la cabeza contra la estantería, comprendí sus intenciones. Me agarré a la balda que tenía a la altura de la cabeza. Subí un pie un estante más arriba, luego el otro, e hice palanca contra la estantería para botar sobre su polla dura como el acero. Y, aunque no me había soltado ni las caderas ni el culo, ahora era yo quien estaba al mando de la situación.

—Acaba conmigo, Caly. ¿Quieres sentir el momento en que pierda el control? Yo quiero que lo sientas todo. Fóllame hasta la extenuación. Si muero hoy, quiero dejarte el coño dolorido para que

no olvides que mi puto fantasma te perseguirá allí donde vayas incluso cuando yo no esté —jadeó.

—Cierra… la… puta… boca —gemí mientras lo montaba. Él me mordió el cuello con un rugido salvaje—. A lo mejor soy yo la que acaba persiguiéndote —repliqué apretando los dientes.

—Y una puta mierda —dijo levantándome y dándonos la vuelta de nuevo.

Mendax me penetró tan pronto como mi espalda entró en contacto con la estantería, así que el placer y el dolor que me embargaban me impidieron hablar o llevarle la contraria. Lo único que pude hacer fue aferrarme a él y disfrutar del momento. Tenía razón. Pasarían días antes de que pudiera volver a sentarme. Por alguna razón, aquella idea me hizo ponerme todavía más cachonda, y empecé a notar una tensión más intensa que nunca expandiéndose por la parte baja de mi vientre. El orgasmo estalló en mi interior y toda esa tensión se transformó en éxtasis tan pronto como empecé a correrme. Mendax profundizó todavía más sus embestidas y aminoró el ritmo con una serie de gruñidos superficiales. Él también estaba a punto de alcanzar el clímax. Se metió el pulgar en la boca para humedecérselo con la lengua y luego me frotó el clítoris con él. Mi orgasmo se dilató, se dilató y se dilató.

—Joder, te estás corriendo muy fuerte.

Salió de mi interior cuando iba a alcanzar el punto álgido del clímax, pero no dejó de acariciarme con el pulgar ni por un momento. Entonces se arrodilló, empezó a lamerme el clítoris y el placer que me embargaba se multiplicó por diez. La parte inferior de mi cuerpo se tensó.

Mendax me devoró entre gemidos y perdió el control por completo al notar mientras me lamía y tragaba que un líquido escapaba de mi interior.

—Moriría feliz si tu coño fuera lo último que saboreara —gruñó—. Tus fluidos saben a salvación.

Volvió a ponerse de pie y a penetrarme en un abrir y cerrar de ojos. Estuve a punto de protestar, pues estaba tan al límite que ya

notaba una ardiente quemazón. Aun así, tan pronto como me llenó, un nuevo orgasmo empezó a crecer en mí.

—No puedo —gimoteé—. Moriré si me corro otra vez.

—Bien. Ese es el único motivo por el que deberías abandonar este mundo. Ahora, preciosa, córrete conmigo —susurró saliendo y entrando de mi interior despacio.

Nos aferramos el uno al otro mientras alcanzábamos el clímax al unísono.

—Te quiero, Caly. Tanto que jamás lo entenderás.

—Te quiero —respondí con lágrimas en los ojos—. Te quiero muchísimo.

Nos quedamos abrazados durante un momento de absurda ternura hasta que un grito perturbó el silencio de la biblioteca.

—¡Si habéis terminado ya de follar, tenéis que venir al último pasillo! Creo que he encontrado algo —dijo Eli desde el otro lado de la estancia.

Mendax y yo nos miramos con sendas sonrisas bailando en nuestros labios. Nos besamos una última vez sin ninguna prisa antes de vestirnos.

CAPÍTULO 20

Caly

—¿Os lo habéis pasado bien? —preguntó Eli con una amplia sonrisa.

Mendax y yo todavía estábamos colocándonos la ropa y la armadura cuando entramos en el pasillo desde el que nos había llamado.

—Perdón —dije al darme cuenta de lo egoístas que habíamos sido. Eli debía de haberlo oído todo.

Sin embargo, no perdió el brillo en la mirada.

—No te disculpes. Os merecíais pasar un buen rato juntos antes de…, bueno, antes de enfrentarnos a lo que sea que nos espera esta noche.

—¿Qué has encontrado, luminoso? —intervino Mendax.

Eli sonrió con más ganas, como si se alegrara de estar molestando a Mendax.

—Mirad —dijo señalando la balda más alta de una de las estanterías, donde mi mirada se posó sobre un lomo al azar.

538 flores de nenúfar.

—¡Lo has encontrado! —grité, emocionada, rodeándole el cuello con ambos brazos.

—Yo también podría haberlo localizado —refunfuñó Mendax en voz baja—. Pero tenía las manos ocupadas —añadió guiñándome un ojo.

—Puaj, apestas a sexo —dijo Eli poniendo cara de asco.

Lo solté con un suspiro. Lo habíamos encontrado. Había llegado el momento.

—¿Cómo lo bajamos de ahí? —dije sabiendo que era lo que los tres nos estábamos preguntando. Parecía imposible de alcanzar—. Ninguno de los dos podéis volar, ¿no?

Ambos negaron con la cabeza, alicaídos.

—Bueno, yo tengo una idea, pero no creo que vaya a gustaros.

—No vas a trepar hasta ahí arriba. No sabemos si estas estanterías son lo bastante estables —dijo Eli.

—Te aseguro que lo son —intervino Mendax con una risita—, pero no, Calypso, no puedes subir ahí.

Fruncí la boca en una mueca disgustada.

—No era eso lo que os iba a proponer, pero ahora me están dando ganas de hacer lo que me salga del putísimo coño —escupí. ¿Quiénes se creían que eran para darme órdenes?—. Aprecio mucho que os preocupéis por mí, pero más os vale dejar de decirme lo que hacer. Os recuerdo que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que maté a alguien, y necesito víctimas para no perder comba —concluí con una sonrisa.

Eli parecía dolido, pero levantó las manos como si se rindiera.

—Vale, pues luego no llores si te rompes ese cuello tan independiente.

—Lo mismo digo —coincidió Mendax con la mirada perdida en la distancia.

—¿Tú también crees que debería romperme el cuello? —repliqué.

—No, cachorrito. Digo que yo también llevo mucho tiempo sin matar a alguien, así que, como te subas a esa estantería, te partiré el cuello yo mismo.

Eli frunció el ceño.

—¿Cuál era tu idea, Cal? —preguntó.

—Pues en realidad es muy sencilla. Mendax es el más alto. —Puse los ojos en blanco cuando lo vi sonreír de oreja a oreja con orgullo—. Así que, Eli, tú te sentarás sobre sus hombros. —Mendax perdió la sonrisa y puso mala cara, pero seguí hablando—. Luego yo

treparé hasta tus hombros para alcanzar el estante sin correr peligro.

Mendax parecía estar a punto de salir por la puerta y dejarnos tirados, pero Eli se echó a reír con ganas.

—No sé qué te hace tanta gracia. No soy yo quien va a tener que sentarse sobre mis hombros como un niño pequeño —dijo Mendax.

—Me río porque vas a tener mis huevos pegados a la nuca, machote —explicó Eli con otro ataque de risa.

Mendax se lanzó a por él, pero Eli lo esquivó con una sonrisa.

—Sois como dos niños pequeños —los regañé—. Démonos prisa.

El amenazador príncipe del Reino Oscuro se cruzó de brazos.

—Vale, pues sube.

Eli levantó los brazos, pero los dejó caer antes de mirarme y terminar posando la vista en Mendax.

—¿Que me suba? ¿Qué te crees que soy? ¿Un Saltanubes? ¿Cómo se supone que me voy a subir a tus hombros mientras estás de pie? ¡Que mides casi dos metros!

—Me importa un bledo cómo lo hagas, pero sube ese culo luminoso aquí antes de que te estampe contra los libros —dijo Mendax secamente.

—Ah, ¿sí? ¿Me vas a estampar contra la estantería? No creo que te quede poder ni para cogerme en brazos.

—¿Quieres que lo intentemos a ver qué pasa? —Mendax dio una zancada hacia Eli.

—Si os dejarais de tonterías ya estaría ahí arriba —intervine cortándole el paso antes de que llegara hasta mi amigo—. Hinca una rodilla en el suelo para que pueda subirse y luego levántalo —le indiqué.

Durante un momento, el príncipe oscuro pareció contemplar la posibilidad de asesinarme, pero acabó arrodillándose a regañadientes y sin dejar de fulminarme con la mirada.

—Espera. ¿Y tú cómo te vas a subir a mis hombros después? —preguntó Eli.

—No lo sé. Supongo que lo más fácil es que trepe por la estantería para llegar a tus hombros. Y, antes de que soltéis alguna tontería, os diré que no tendré que subir muy alto.

Eli perdió la sonrisa al acercarse a los hombros de Mendax. De pronto el muy bromista ya no parecía tan despreocupado.

—¡Vamos! —gruñó Mendax.

—Sé que estás nervioso por llevar mis huevos de corbata, pero tranquilízate de una vez —replicó Eli.

En cuanto le pasó una pierna por el hombro, el príncipe oscuro me lanzó una mirada asesina que podría haberme desintegrado en el acto.

—Qué puta estupidez —masculló entre dientes.

—¡Estate quieto! Deja de moverte —canturreó Eli.

—¿Por qué tienes el paquete tan caliente? —le preguntó Mendax con una mueca de asco al tiempo que reculaba un paso, lo que provocó que mi amigo se golpeara la coronilla con la estantería que tenían detrás.

—¡Ay! —Eli se agarró a la cabeza de Mendax y apretó los muslos en torno a su cuello para vengarse.

—Soles santos —farfullé.

Mendax volvió a estampar a Eli contra la estantería y este perdió el equilibrio y cayó desmadejado al suelo.

—¿Qué cojones haces? —gritó Eli—. Se supone que tienes que sujetarme las piernas, capullo.

—Ni de broma —sentenció Mendax entornando los ojos.

—Caly, no voy a poder sujetarte o mantener el equilibrio encima del chupasombras este si no me agarra las piernas —resopló.

—Mendax. —Cerré los ojos, frustrada, y dejé escapar una larga exhalación—. Sujétale las putas piernas.

Él apretó los dientes y volvió a agacharse. Eli se subió a sus hombros con un esfuerzo.

—Deja de agarrarme la cabeza —gruñó Mendax.

—¡Pues sujétame! —exclamó el otro.

Al final consiguieron mantener el equilibrio lo suficiente como para permitirme trepar por la estantería como si fuera una escalera. Mendax se colocó cerca de los estantes para que pudiera apoyarme en Eli y él si lo necesitaba.

—Vale, ¿estáis listos? —Había subido más alto de lo que imaginaba, y en mi fuero interno pensé que habría sido mejor que me hubieran dejado llegar sola hasta el libro, porque así no tendría que preocuparme por que los dos hombres me hicieran caer al suelo—. Por favor, no me soltéis. Lo digo sobre todo por ti, Mendax. Si sueltas a Eli, yo iré detrás.

—No lo haré, pero date prisa —refunfuñó desde abajo.

Levanté la vista en busca del libro encuadernado en tela verde y titulado *538 flores de nenúfar*. No estaba muy lejos. El plan iba a funcionar. La cuestión era qué pasaría una vez que tuviéramos el libro.

—Vale, despacito y con buena letra. Te tengo —dijo Eli cuando le pasé una pierna por el hombro sin soltarme de la estantería.

Me estaba agarrando a ella con tanta fuerza que empezaban a agarrotárseme los dedos.

—Bien, ya estoy.

Dejé escapar una larga exhalación y me aferré a la camisa de Eli con una mano al tiempo que extendía el otro brazo para alcanzar el libro verde.

—Estás muy cerca. ¿Lo has cogido ya? —preguntó.

—Casi. Me falta muy poco —dije. Me empezaba a temblar el brazo al intentar estirarlo todo lo posible—. Mendax, ¿podrías subirnos más? No lo alcanzo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que os levante a los dos? —refunfuñó él.

Rocé la tela rugosa del libro con la yema de los dedos y me animé un poco. Al inclinarme hacia delante, conseguí rozar el borde del libro con la punta del dedo índice y pude agarrarlo.

—¡Lo tengo! —exclamé.

—Por fin, gracias a los soles —dijo Eli.

—¡Oye! —Le tiré del pelo en actitud juguetona.

—No, no lo he dicho por ti. Es que estoy harto de ser el collar de don Humaredas.

Cambió de posición sobre los hombros de Mendax y estuve a punto de perder el equilibrio y soltar el libro.

—¡Estate quieto, que me vas a hacer caer!

El libro se me escapó de los dedos y me tambaleé hacia delante, de modo que tuve que olvidarme del libro y agarrarme a la cara de Eli con ambas manos.

—¡Ay, coño, que no veo! —farfulló Eli moviéndose todavía más y haciendo que Mendax a su vez se bamboleara para tratar de compensar nuestra falta de equilibrio.

Habíamos acabado separándonos tanto de las estanterías que ya no iba a poder agarrarme a ellas para bajar, por lo que me limité a sujetarme al rostro de mi amigo.

—Tienes que acercarte a alguna estantería. No voy a poder bajar hasta que lo hagas —grité.

—Eso intento. Créeme que lo intento —escupió Mendax.

Avanzó unos cuantos pasos y todos nos aferramos a la estantería cuando Eli y yo volcamos. Así el borde de un estante y bajé la vista para ver a Mendax mirándome desde abajo sin nadie sobre los hombros. El corazón se me aceleró al recorrer el suelo esperando encontrar a Eli. Al oír un gruñido grave, me volví y lo vi bajando de un salto del estante al que se había estado agarrando.

Mierda.

Estaba atrapada.

—Suéltate, Cal, que yo te cojo —me animó Eli.

—Vas a acabar con un ojo morado si no te quitas del puto medio —le espetó Mendax.

Empezaba a resbalarme, y sabía que estaba a demasiada altura como para aterrizar de pie. Podía darme con un canto en los dientes si solo me partía las piernas. Estaba a punto de soltarme. No me quedaba tiempo para tomar una decisión. Si no elegía a uno de los dos, correría el riesgo de caer entre ellos y partirme la crisma. Unos

meses antes habría sido lo bastante idiota como para intentar aterrizar por mis propios medios, pero ya no podía permitirme pensar de esa manera. Estaba a punto de alcanzar mi objetivo, de volver a ver a mi familia y decirles que lo había solucionado todo. Que había vengado su muerte antes de reunirme con ellas.

Se me escapó la estantería de entre los dedos y caí hacia atrás. Cerré los ojos y tensé todos y cada uno de mis músculos hasta que alguien me frenó con las manos y el cuerpo y noté una sacudida. Fuera quien fuera, me había sujetado con fuerza y se había llevado la peor parte del golpe al derrumbarnos justo delante de la otra estantería. Durante un único instante, con los ojos todavía cerrados, envuelta en un manto invisible de seguridad, me permití fingir que le pertenecía tanto a mi mejor amigo como a mi compañero y que todo estaba bien. Sin embargo, como la vida tantas veces me había demostrado, por mucho que lo quisiera, no podía cerrar los ojos y rezar para que las cosas malas desaparecieran.

—¿Estás bien? —pregunté abriendo los ojos.

—Sí. ¿Te has hecho daño?

Eli me levantó con cuidado y me ayudó a ponerme de pie. ¿Había tomado la decisión de caer sobre él sin darme cuenta? A lo mejor me había desviado en su dirección, sin más. Lo miré con los ojos abiertos como platos mientras recuperaba el equilibrio e intentaba no pensar mucho en lo que había pasado. Notaba la mirada de Mendax clavada en mí, por lo que enseguida supe que no era la única que se estaba preguntando si había elegido a Eli a propósito.

Negué con la cabeza sin pronunciar palabra y abrí la boca para explicarme.

—Coge el puto libro de una vez. —Se dio media vuelta y salió del pasillo pisando el tomo verde tirado en el suelo.

—Gracias —dijo Eli en voz baja—. Que sepas que tu confianza significa mucho para mí y que jamás subestimaría un gesto como este.

No supe qué decir.

—Es… Los dos os lo estáis tomando demasiado a pecho. Me he caído y tú me has cogido —farfullé—. Pero gracias, por cierto.

—Siempre estaré ahí para ayudarte, Cal. *Feuhn—Kai—Greeyth*. Vamos a echarle un vistazo a este chisme junto al fuego —dijo levantando el libro del suelo y saliendo del pasillo de estanterías.

Seguí sus movimientos tranquilos y seguros con la mirada antes de ir tras él. Con cada paso que daba, el torrente de emoción, miedo, esperanza y angustia que me embargaba crecía.

¿Qué efecto estaría a punto de tener aquel libro en nuestra vida?

Me encontré a los dos príncipes esperándome con actitud solemne frente a la chimenea de caoba. De pronto el ambiente de la biblioteca parecía más cargado, como si la propia estancia estuviera conteniendo el aliento para ver qué pasaba.

Los tres nos miramos sopesando la reacción de los otros dos, esperando que se nos ocurriera alguna idea de última hora. Me había dado cuenta de que era algo que ahora hacíamos con frecuencia, como si fuéramos un verdadero equipo.

Como ninguno de los tres dijimos nada, solté una profunda exhalación y le hice una señal con la cabeza a Eli. Tragó saliva y me ofreció el libro. Contuve el aliento al aceptarlo, como si temiera que me fuera a dar una descarga. ¿Qué pasaría a continuación? ¿Acabaría siendo otro truco de mi padre? ¿Habríamos hecho aquel viaje en balde? ¿Y si abría el libro y moría fulminada? Si los rumores sobre los Hados eran ciertos y lo sabían todo, ¿no deberían estar al tanto de mi plan para matar a mi padre? No me parecía muy descabellado que intentaran acabar conmigo antes para impedirlo.

Me temblaba la mano ligeramente, así que Mendax me la cubrió con la suya para mantenerla firme.

—No se me ocurre ningún dicho popular ni tampoco palabras de ánimo, pero, pase lo que pase esta noche, recuerda que me tendrás a tu lado eternamente —dijo dándome un apretón.

—Os quiero a los dos más que a nada en el mundo. A ti, Eli, como amigo y hermano, y a ti, Mendax, como alma gemela. Pase lo que pase, quiero que sepáis que nunca quise involucraros en esto.

Siento muchísimo que hayáis acabado envueltos en este lío que debería haber quedado entre mi padre, la reina Saracen, mi madre y mi hermana.

Se me entrecortó la respiración y tuve que dejar de hablar.

—Pues nosotros no lo sentimos —aseguró Eli mirando a Mendax—. Los dos te queremos y sabemos que hay veces en que el amor no es exactamente como esperamos. A veces amar a alguien consiste en adentrarse en lo desconocido con gusto, porque sabes que estarás acompañando a la persona a la que amas.

—Como no abráis ese libro ya, voy a partirle la cara a la próxima persona que hable —nos amenazó Mendax, aunque en su mirada brillaba una calidez que rara vez sacaba a relucir.

Encontré el borde de la cubierta con el pulgar y abrí el libro.

CAPÍTULO 21

Caly

Me encontré con una portadilla antiquísima donde se leía «538 flores de nenúfar». Bajo el título, a la derecha, habían marcado el volumen con el sello en relieve de la biblioteca de los Hados. Era un libro como otro cualquiera.

No entendía nada. ¿Se suponía que íbamos a encontrar nuevas instrucciones en él? ¿Y si teníamos que dejarlo en otra estantería para revelar un pasadizo secreto detrás de alguna de las paredes? ¿Cómo iba a ser aquel libro el final de nuestro viaje?

Pasé la página sumida en la más absoluta estupefacción y las hojas comenzaron a pasarse solas. Al principio se movieron despacio, pero fueron ganando velocidad hasta convertirse en un borrón. Un brillo intenso estalló en el centro del libro y miles de motitas de luz, casi tan pequeñas como las partículas de polvo, se desprendieron de las páginas, volaron por el aire y se depositaron sobre nosotros

—¡Escuchad! —dijo Eli, que ahora también brillaba—. Del libro sale música.

Tardé unos cuantos segundos en oírla, pero entonces me inundó como una ola de calma. De entre las hojas brotaba una hermosa melodía interpretada con un arpa, que se oía cada vez más alto a medida que la luz se intensificaba. La música casi habría resultado angelical si cada nota no hubiera estado impregnada de un aura de peligro y misterio.

Las páginas perdieron opacidad y adquirieron un brillo lustroso. Entonces dejaron de moverse y por lo menos un millar de mariposas cristal salieron en todas direcciones de entre las hojas, con las alas cubiertas de palabras. La última de ellas permaneció posada en el libro abierto. El texto de sus alas era lo único que quedaba en la hoja.

¿Qué
se
siente?
Al saber
que te
quiero
y que

El pulso se me había desbocado tanto que notaba la cicatriz de mi corazón aporreándome las costillas.

Jamás olvidaría aquellas palabras. Era lo que Mendax me había dicho en el castillo oscuro cuando me confesó que estaba enamorado de mí. ¿Por qué estaban escritas en aquel libro?

Coloqué el dedo índice con cuidado ante las patitas delanteras de la mariposa para intentar levantarla, pero el pequeño insecto alzó el vuelo y se alejó de la página resplandeciente para reunirse con sus compañeras, que revoloteaban por la biblioteca. Mi dedo desapareció en la página en blanco, que ahora tenía la textura del pergamino en vez de la del cristal. Aparté el dedo y me sobresalté al oír que Eli ahogaba una exclamación. No me había dolido, pero había notado un cambio drástico de temperatura al otro lado de la hoja. Volví a presionar los dedos contra la brillante superficie en blanco y vi mi mano desaparecer. La aparté de nuevo para dejar el libro en el suelo y meter la punta de la bota en su interior.

—¡Espera! ¡Hay que ir a por Abrojo! —exclamó Eli alarmado—. No puedo dejarla aquí.

Me miraba con los ojos tan abiertos que sus hermosos iris ambarinos nadaban en un mar blanco. Su lealtad no conocía rival, ni siquiera al tratarse del floricornio.

—No te preocupes. Ve a buscarla, pero date prisa. No sé cuánto tiempo permanecerá abierto el portal —dije con voz tranquila a pesar de que estaba nerviosísima.

Eli salió corriendo de la biblioteca.

—Déjame cruzar a mí primero. Y, antes de que protestes, esto no es una orden, sino una petición —dijo Mendax con un tono sorprendentemente dulce.

Lo miré con desconfianza, porque no era algo nada típico de él.

—¿Qué pasa? —preguntó con una arruguita entre las cejas negras.

—Nada. Es que tú nunca has sido de los que piden permiso.

Me dio un suave beso en los labios.

—Te he visto con Aurelius. Sé que es un buen amigo para ti. Te hace reír y es mucho más amable de lo que yo lo seré jamás. Intentaré hacerlo mejor después de matarlo. Como mi reina y mi esposa, te mereces el más absoluto respeto. Acabaré con cualquier hombre o mujer que se atreva a hablarte o a tratarte de una forma que no esté a la altura de los estándares de Aurelius… Sin contarme a mí mismo, claro —susurró antes de dar un paso adelante y meter el pie en el libro abierto.

—¿Qué…? ¡Espera! ¡No puedes matarlo! —grité al tiempo que corría a agarrarlo.

Pero llegué demasiado tarde. Mendax ya se había sumergido en el libro como si sus páginas fueran arenas movedizas. El portal hizo que se replegara sobre sí mismo, distorsionando su silueta un poco antes de desaparecer. El brillo del libro parpadeó un poco cuando Mendax se adentró en él, pero no llegó a apagarse.

Se había ido.

Recorrí la biblioteca con la mirada, presa del pánico. No sabía muy bien qué esperaba encontrar, porque estaba claro que Mendax no iba a materializarse a mi lado.

—¡Ya no está! ¡Abrojo se ha ido! —entró gritando Eli.

—¿Que no… qué? ¿Cómo es posible?

—No lo sé. He ido a buscarla y la sala donde la hemos dejado estaba completamente vacía. Todo lo que había allí ha desaparecido, incluida ella. ¿Dónde está Mendax?

Eli había regresado con aspecto azorado y desaliñado. Era evidente que le había cogido mucho cariño a la pequeña yegua.

—Estoy segura de que estará bien. Supongo que la habrán movido de sitio —dije para tranquilizarlo—. Mendax se ha adelantado. Vamos. Tenemos que meternos en el libro antes de que deje de hacer lo que sea que está haciendo.

Levanté un pie y pisé el libro. Aunque no hubo nada que pisar, porque no encontré resistencia alguna. Tan pronto como levanté el otro pie, caí dentro de las páginas.

Como ya tenía experiencia precipitándome al vacío, esperaba marearme, desorientarme o sufrir una combinación de ambas sensaciones. Además, algo o alguien sólido casi siempre frenaba mi caída. Pero aquella vez fue diferente. Mi descenso fue tranquilo, como si estuviera flotando en vez de cayendo en picado.

Al menos, así fue hasta que toqué el agua.

Rompí la superficie con un ligero chapoteo. Tuve la sensación de que había un canasto o algo parecido detrás de mí, algo que amortiguó mi caída. Jadeé en busca de aire al sumergirme en el agua tibia, aunque logré mantener la cabeza fuera. Seguramente habría podido mantener el resto del cuerpo a flote también, pero el agua me había pillado por sorpresa, así que había acabado pataleando presa del pánico como un recién nacido. Todas las criaturas con las que me había topado en aguas fae habían sido de todo menos mansas.

Antes de tener la oportunidad de abrir los ojos siquiera, el aroma del aire fresco y limpio se me subió a la cabeza. Olía igual que el aire que se respira en lo alto de una montaña, el más puro que puedas encontrar. Los párpados dejaron de temblarme al inspirar hondo, aunque ahora casi parecían reacios a permitirme abrir los ojos. Me moví por el agua notando el peso de mi ropa empapada tirando de mí hacia atrás cada vez que extendía los brazos y las piernas. El

suave aroma de los árboles de hoja perenne, así como el olor dulce y floral de la piña, invadieron mis fosas nasales. Abrí los ojos casi a regañadientes y me descubrí en una hermosa masa de agua azul. Al levantar la cabeza, la cálida luz del sol me empapó el rostro. Unos enormes nenúfares cubrían la superficie del agua en grandes grupos de lustrosas hojas verdes y preciosas flores blancas. Las plantas debían de haber amortiguado mi caída.

Efectivamente, al dar media vuelta, me encontré con un conjunto de nenúfares gigantes, compuestos cada uno, como mínimo, de tres o cuatro flores blancas de numerosos pétalos. Recorrí el estanque con la mirada. Había muchísimos nenúfares. Calculaba que debería haber…

Quinientas treinta y ocho preciosas flores de nenúfar.

Me subí rodando a una de las hojas más grandes y me senté con las rodillas pegadas al pecho, apoyándome en las manos para mantener el equilibrio mientras estudiaba el entorno. Era como estar dentro de un cuadro, aunque ni siquiera una obra de arte habría sido capaz de hacerle justicia a aquel lugar. Unas rocas grises cubiertas de musgo delimitaban uno de los extremos del estanque. El suave sonido del agua llamó mi atención; había una pequeña cascada que caía desde lo que parecía un jardín acuático poco profundo. Unas hermosas flores púrpuras y doradas salpicaban las rocas antes de que el agua cayera delicadamente por ellas y se derramara en el estanque plagado de nenúfares. Unos frondosos sauces llorones acariciaban la superficie del agua con sus largas ramas, como quien mete los dedos del pie para probar la temperatura.

Una risita femenina y un chapoteo me sacaron de mi ensimismamiento. Miré en la dirección del sonido, pero parecía proceder de un recodo oculto tras unos frondosos arbustos de aspecto herbáceo. No me apetecía ir a investigar. Aunque no estaba familiarizada con las normas de los fae, me conocía ya muchos de sus trucos, y si aquello no era una trampa, que bajaran los dioses y lo vieran. Ignoré las risitas y recorrí el jardín que rodeaba el estanque con la mirada para intentar encontrar la mejor ruta para

llegar hasta allí. Pero volví a oír las risas, que ahora sonaban extrañamente seductoras, y supe que tenía que salir del agua. Según mi experiencia, cuanto más hermosa era una criatura, más mortífera era. Igual que…

¡Mendax!

Estuve a punto de caerme del enorme nenúfar. Había quedado tan prendada del lugar que me había olvidado de él por completo. ¿Acaso no habíamos aterrizado en el mismo sitio?

Un grito estalló tras la espesura, justo donde se habían estado oyendo risitas, y una criatura de melena rubia mitad mujer mitad pez cayó al agua con un chapoteo que desató una ola y sacudió los nenúfares.

Malum Mendax emergió como una culebra negra y avanzó hacia mí. Cada uno de sus pasos lentos movía el agua, que le llegaba a la cintura. Su pelo húmedo brillaba tan negro como la tinta y, sin su armadura, la tela mojada de su camisa se le había pegado al pecho y los hombros anchos. Su aura sombría parecía fuera de lugar en la atmósfera serena del estanque. Sus ojos se posaron en mí. Debería haber gritado o haberle preguntado si se encontraba bien, pero solo pude mirarlo, embobada por la forma en que el agua le caía por los bíceps y los antebrazos.

Fue hundiéndose más y más en el agua con cada paso que daba, aunque no apartó la vista de mí. Al final, lo único que se veía de él era el puente de su nariz y sus implacables ojos azules, pues nadaba hacia mí como un cocodrilo a punto de devorar a una presa fácil.

Se subió sin esfuerzo al enorme nenúfar que tenía al lado y levantó los brazos por encima de la cabeza para quitarse la camisa mojada.

Si él era un cocodrilo, yo era una carpa que boqueaba y se lo comía con los ojos.

—Era una sirena —explicó.

—¿Eh? —pregunté elocuentemente al verlo echarse el cabello negro hacia atrás.

Tenía la sensación de no haberlo visto nunca en un lugar con tanta luz. Cada centímetro de su cuerpo estaba esculpido como el de un dios.

—Una sirena —repitió.

—Sirena —lo imité mientras bajaba la vista hasta la tela que se le pegaba al bulto descomunal que tenía entre las piernas. ¿Qué acababa de decir?

Esbozó una sonrisa tan amplia que un par de hoyuelos se le marcaron en las mejillas.

Por si su cuerpo semidesnudo y empapado no me hubiera dejado ya con la mente en blanco, esa sonrisa acabó de rematarme. Noté que se me calentaban las mejillas.

¿Qué coño me pasaba? ¿De verdad me estaba sonrojando ante su sonrisa? Si todavía sentía molestias entre las piernas después de que me hubiera follado como si no hubiera un mañana hacía apenas unas horas.

—La sirena tenía la mano demasiado larga para mi gusto. Se han montado una especie de comité de bienvenida —dijo con mala cara.

—¿Has visto a Eli ya? Espera, ¿qué? Era una sirena. ¡Espera! ¿Te ha tocado? —pregunté al empezar a atar cabos.

—¿Y qué pasaría si lo hubiera hecho, cachorrito? —replicó él sin rastro de diversión en sus facciones tersas como el granito.

La rabia fluyó por mi cuerpo como la lava fundida. Me puse roja, aunque por un motivo totalmente distinto al de antes.

—Si te ha tocado, pienso convertirla en un puto plato de *sashimi* —escupí buscándola por el estanque—. Nunca me he enfrentado a una sirena. ¿Cómo se las mata? Sé que a muchos fae acuáticos les vuelve a crecer la cabeza después de cortársela…

Me detuve en seco cuando oí que dejaba escapar una carcajada grave. Mostraba la que debía de ser la sonrisa más amplia que le había visto esbozar jamás. Por si fuera poco, nunca se había reído con tantas ganas en mi presencia, así que la sirena quedó olvidada.

—Le he dicho que ya tengo un cachorrito, que no me interesa tener un pez como mascota. Luego la he lanzado al otro lado del

estanque para curarme en salud. Si quieres, puedo traértela para que la conozcas. —La oscuridad destellaba en sus ojos—. Sospecho que me lo pasaré en grande viéndote acabar con ella por atreverse a tocarme. ¿Qué tienes en mente? —susurró con voz seductora y sin perder esa sonrisa tan peligrosa.

Extendió la mano para agarrarme y obligarme a dejar atrás mi nenúfar en favor del suyo con un chapoteo. Se tumbó sobre la espalda y me tiró del brazo para colocarme encima de él. No tardé ni un segundo en reclamar su cuerpo con manos ansiosas. Acaricié los húmedos montículos de su vientre antes de detenerme durante un breve instante en los profundos surcos de sus caderas y trazar un camino hasta su entrepierna. Le acaricié la polla dura, y aunque le flaqueó la sonrisa, la sustituyó por una expresión alegre y extasiada. Me tenía hipnotizada.

—Primero le cortaría las manos —susurré antes de darle un beso en el cuello— por tocar lo que es mío.

Jadeó con brusquedad cuando le acuné los testículos. Su intensa reacción enseguida me dejó ebria de poder. Le metí la mano en los pantalones empapados, que se le pegaban a las piernas, y le rodeé el miembro con los dedos. Tenía la piel algo fría por el agua del estanque. Se me cerraron los ojos y mi sexo dolorido se contrajo de deseo.

—Luego utilizaré la parte roma de tu daga…

Cerré los dedos con firmeza y moví el puño por la longitud de su polla.

—Conque vas a usar mi daga, ¿eh? —dijo despacio, con la voz pastosa.

Aceleré el ritmo de mis movimientos rozándole la punta con el pulgar de vez en cuando.

—Sí. Es que mi única arma es una garra de dragón, ¿sabes?

Me agarró la muñeca con un jadeo para hacerse con el control, pero le lancé una mirada amenazante para que volviera a dejar la mano junto al costado.

—Me encargaré de ponerle remedio a eso. Necesitas un arma mejor —exhaló—. ¿Qué le harías después, diablillo?

—Como iba diciendo… —continué, apartando la mano por completo de su miembro, consciente de que me había llevado todo su placer conmigo. Parecía enfadado—. Utilizaría la parte roma de tu daga para escamarle esa bonita cola. No estoy muy familiarizada con la anatomía de las sirenas, pero mi siguiente paso sería cortarle las aletas, si las tiene.

Me bajé los pantalones hasta la mitad del muslo, envalentonada. Luego lo agarré otra vez para seguir masajeándole. El sonido que escapó de sus labios me dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Mientras seguía masturbándolo, le cogí una mano y la presioné contra mi ropa interior empapada de agua. Intentó acariciarme, pero yo le solté la polla y negué con la cabeza. Dejó la mano laxa y la utilicé para apartar mis braguitas a un lado.

—¿Notas eso? —susurré, al tiempo que lo obligaba a tocarme el coño húmedo y magullado—. Es todo obra tuya.

—Dioses santos, Calypso —masculló.

—¿Notas lo mucho que mi cuerpo te necesita? —Le levanté la mano y lo empujé a introducirse los dedos en la boca mientras me colocaba la ropa interior mojada—. Tú me haces sentir así, y si alguien se atreve a interponerse entre esa sensación y yo, acabaré tanto con la vida de esa persona como con la tuya.

—Joder, eres perfecta —gruñó antes de clavar su mirada amenazadora en la mía y lamerse los dedos para saborearme en cada uno de ellos.

Todavía le costaba muy poco hablar, así que le masajeé la polla con más ímpetu utilizando la otra mano para acariciarle la mitad superior y ejercer presión sobre la punta. Estaba tan cachonda que iba a explotar. Le bajé la ropa interior y le escupí en la polla sin romper el contacto visual.

—Luego le introduciría la punta de la daga justo detrás de la cabeza, con la parte plana apoyada sobre su aleta dorsal. —El aire que escapaba con mis palabras le acariciaba la piel—. Le abriría la

espalda desde la cabeza hasta su lujuriosa cola sin detenerme por mucho que me pidiera perdón.

Me lo metí en la boca y me moví de arriba abajo mientras lo chupaba y dejaba escapar un murmullo satisfecho. Estaba a punto de correrse. Gruñó como si le doliera y me agarró un puñado de pelo para enterrarme la polla hasta la garganta. Me dio una arcada y se me humedecieron los ojos mientras mantenía el contacto visual con él.

Dejé que siguiera durante un momento antes de morderlo.

Soltó un alarido e intentó apartarme de él de un golpe, pero yo ya había levantado la cabeza y me había quitado de en medio. Levanté el dedo índice con calma y lo moví de un lado a otro.

—Ahora soy yo quien tiene el control, así que vas a tener que moverte mucho más rápido si quieres arrebatármelo —aseguré.

Su mirada sombría se incendió. Una pequeña sonrisa le curvó una de las comisuras de los labios y, habiendo entendido mi mensaje, puso las manos a la espalda con una exagerada teatralidad.

Despacio, muy despacio, volví a bajar la cabeza, y en cuanto la calidez de mi boca lo envolvió, dejó escapar un gemido. Se correría en menos de un minuto. Lo succioné y me moví de arriba abajo acariciándole la punta con la lengua mientras le masajeaba el resto de la polla con la mano. Gimió más fuerte y levantó las caderas. Noté que se crispaba mientras me llenaba la boca con su semilla cálida y de sabor ahumado. Cerré la boca en torno a él y me retiré asegurándome de no derramar ni una sola gota.

Me incorporé y, sin dejar ni un segundo de mirarlo, escupí todo su semen en el estanque. Luego me limpié la comisura de la boca con el dedo índice.

—Tenía que dejarle claro a la puta esa que he terminado el trabajo —rugí.

Mendax me miró estupefacto.

—¿Dónde has estado toda mi vida, brujilla sanguinaria?

Me reí entre dientes, pero justo cuando me tumbaba a su lado, algo grande se movió bajo el agua.

Sabía que el momento estaba siendo demasiado bueno.

Mendax se subió los pantalones y desenvainó su arma. Yo hice lo mismo y me dispuse a sacar la mía, pero mi mano aterrizó en la tela de mi camisa en vez de en la bolsa que debería haber colgado de mi hombro.

—Mi bolsa. —Me la había dejado en la biblioteca—. Dentro llevaba mi arma y los pergaminos. Todo.

Unas enormes burbujas escaparon de las profundidades. La criatura se colocó debajo del nenúfar y lo embistió haciendo que el agua anegara la hoja sobre la que estábamos sentados. Solo los soles sabían qué se escondía bajo las aguas. ¿Habíamos caído en una trampa? ¿Nos había enviado mi padre a perder el tiempo buscando un libro que nos transportaría a un estanque habitado por un horrible monstruo que, sin duda, acabaría devorándonos? Sabía muy bien que me odiaba, pero esto me parecía excesivo incluso para un monstruo como él.

Más y más burbujas afloraron a la superficie a medida que la silueta ascendía. Mendax se arrodilló al borde de la hoja del nenúfar, preparado para atacar.

Una mata de pelo rubio emergió de las profundidades y, al separarse como las tiras de una fregona empapada, dejó el rostro de Eli al descubierto.

—¡Sorpresa! —exclamó riendo.

Mendax lo atacó, pero me las arreglé para asestarle una patada en el antebrazo justo a tiempo de evitar que le rebanara el cuello. Abrió la mano ante la violencia de mi ataque y la daga se hundió en las profundidades.

Se volvió para mirarme con un brillo furioso en los ojos. Si no hubiera acabado de hacerle una mamada, estaba bastante segura de que me habría matado en el acto. Contraje el rostro en una mueca exagerada. Ahora ninguno de los dos tenía armas.

—¡Oye! —le gritó Eli a Mendax—. ¡Ya habías visto que era yo antes de atacar!

—Uy —replicó el otro, inexpresivo.

Me quedé estupefacta al asimilar lo cerca que había estado de acabar con nosotros.

—Te recuerdo que seguimos compartiendo un lazo y que eso significa que acabas de intentar matarme a mí también —le espeté.

Mendax puso los ojos en blanco.

—No seas exagerada, que no estaba intentando matarlo. Lo único que quería era dejarle un par de cicatrices a juego con las del pecho en esa carita tan bonita que tiene.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso. —Le devolví el gesto de exasperación—. ¿Has caído en el agua? —le pregunté a Eli.

Esbozó una sonrisa cándida y encantadora.

—Hay una…, eh…, una sirena muy amable en aquella dirección que… —tosió para aclararse la garganta— me ha recibido con mucha efusividad.

Ahogué una risa y Eli sonrió de oreja a oreja mostrando sus dientes blancos y perfectos. No, no me importaba que encontrara otra mujer por la que suspirar. Su aspecto encantador, carismático, seguro de sí mismo y refinado conseguía que la mayoría de las mujeres se pegaran por él. De hecho, era tan guapo que podría ser un capullo integral y ellas seguirían cayendo rendidas a sus pies. Que no solo fuera buena persona, sino también divertido y amable, hacía que a las mujeres les resultara todavía más difícil olvidarlo.

—Me he dejado la bolsa en la biblioteca y dentro guardaba mi arma y los pergaminos —confesé.

Eli frunció el ceño durante un segundo antes de encogerse de hombros, tan optimista como siempre.

—Ya estamos aquí, así que tampoco vamos a necesitar los pergaminos. —Una amplia sonrisa se adueñó de sus facciones—. Y creo que lo de que hayas llegado desarmada es cosa del destino, porque no vas a poder matar a Zef sin hablar antes con él.

—Calypso voló mi cuarto de baño una vez con una bomba que ella misma construyó utilizando los tiradores de un armario. Es de necios considerarla menos peligrosa por no ir armada —declaró Mendax con cierto orgullo.

—¿Has visto a Abrojo? —le pregunté a Eli.

—No —dijo negando con la cabeza—, pero estoy seguro de que está donde debe estar. No le pasará nada.

Según parecía, había recuperado la fe en los Hados.

—Voy a salir del agua antes de que acabe ahogando a Eli —gruñó Mendax poniendo los ojos en blanco.

Mi amigo y yo nos miramos.

—Me has llamado Eli —se regodeó él—. Sabía que acabarías cogiéndome cariño.

Mendax retorció el labio superior en una mueca de asco.

—Podría odiarte eternamente, créeme. Ha sido un mero desliz.

Eli se alejó nadando de los nenúfares, en dirección a la orilla cubierta de hierba.

—No sé yo —dijo por encima del hombro—. A mí me ha sonado a que empiezo a caerte bien. Presiento que este es el comienzo de una reconciliación entre luminosos y oscuros.

Mendax se metió en el agua y echó a nadar hacia el otro fae como un tiburón.

—Mira, Cal, tu novio quiere jugar en el agua con su nuevo amiguito —canturreó Eli con una risotada, y yo no pude evitar reír también.

—¿Hace falta que te recuerde que ha intentado cortarte la cabeza hace apenas cinco minutos?

Eli rio entre dientes y profirió un gritito agudo cuando vio que Mendax estaba a punto de alcanzarlo. El alegre fae aceleró el ritmo y trepó por la orilla preso de un cómico ataque de pánico.

Yo me bajé de la hoja del nenúfar y saboreé la calidez del agua contra la piel después de haber pasado un rato fuera. Justo antes de salir, ya con un pie en la hierba de la orilla, se me quedó atrapada la otra bota en el fondo fangoso.

—¡Mierda!

Al intentar retroceder para meter el pie de nuevo en el zapato, lo enterré en el fango y me caí al agua. Mendax volvió a por mí e intentó ayudarme, pero solo conseguí arrastrarlo conmigo. La risa de

Eli repiqueteaba como unas campanillas desde la orilla mientras Mendax y yo luchábamos por encontrar mi bota. Al final, terminó por contagiarme la risa, así que me quité la otra bota y se la lancé a la cabeza.

—¡Deja de reírte! No ayudas nada —lo increpé.

Mendax salió del agua tan cubierto de lodo aguado y marrón que estaba irreconocible.

Me caí al agua presa de un irrefrenable ataque de risa. Fui incapaz de parar hasta que tragué demasiada agua involuntariamente y Mendax tuvo que ayudarme a salir del estanque. Me tumbé sobre la mullida hierba con el vientre dolorido de tanto reír, cubierta de fango de pies a cabeza y con una bota menos. Cada vez que miraba a Mendax, volvía a perder la compostura. Incluso a él le estaba empezando a costar contener la risa. Nunca me había sentido tan libre y relajada como en aquel momento. No sabía si era porque me negaba a asumir que iba a perder a uno de los dos para siempre o porque me sentía realizada por estar a punto de alcanzar mi meta, pero no quería que el momento acabara.

—Ay, cielos, entiendo que habéis llegado ahora mismo —dijo una voz masculina algo altiva.

Nuestras risas se apagaron al fijarnos en un anciano con un monóculo dorado y una larga túnica carmesí, similar a la que llevaba mi padre cuando nos acompañó en la barca.

—Uf, sí. Hemos venido a ver… —empezó a responder Eli con tono educado.

—¿Habéis informado ya de vuestra llegada? —lo interrumpió el hombre de pelo gris.

—No. ¿Podríais indicarnos a dónde tenemos que dirigirnos, señor? —preguntó mi amigo.

El hombre puso mala cara; estaba claro que nuestra presencia lo incomodaba.

—Acompañadme. Yo os llevaré hasta allí. Pero daos prisa si no os importa. Llego muy tarde a una partida de ajedrez.

Se echó la túnica roja hacia atrás mientras nos instaba a seguirlo.

CAPÍTULO 22

Caly

Nunca había sido mala estudiante. El colegio y los libros habían sido mi vía de escape, un lugar donde protegerme de la oscuridad que me esperaba al regresar a casa con el comandante Von o con los demonios de mi propia mente cuando él se quitó de en medio. Aun así, sabía que la experiencia de que te mandaran al despacho del director debía de ser muy similar a la situación en que nos encontrábamos.

Los golpeteos húmedos de nuestros pies mojados resultaban de lo más cómicos en contraste con la suave música de arpa que flotaba en el aire mientras seguíamos al hombre del monóculo. Se movía sorprendentemente rápido para alguien de su edad, pero entonces caí en la cuenta de que, al estar en el Moirai, debía de ser una criatura atemporal. Quizá fuera un dios, aunque, a juzgar por la túnica que llevaba, todo apuntaba a que era uno de los Ascendidos, igual que mi padre.

Habría dado lo que fuera por haber ido un poco más despacio y así haberlo admirado todo a mi propio ritmo. El Moirai no se parecía en nada a lo que había imaginado. Allí donde miraba, había plantas y árboles frondosos. Durante aquella breve caminata había visto más especies de flora y fauna que en toda mi vida, y eso que había pasado años dedicándome a su estudio. Eli y Mendax tuvieron que agarrarme de la camisa empapada o de la mano en varias ocasiones para obligarme a seguir avanzando después de haberme detenido a examinar una de las múltiples especies de mariposas o criaturas

similares a las mantis religiosas con las que nos habíamos topado por el camino. Era un paraíso natural. Conejitos y criaturitas peludas que no había visto nunca parecían salir a saludarme, y, como me ocurría siempre que le regalaba mi atención a un animal, mi corazón se hinchaba pensando en Adrianna.

Continuamos por el camino de baldosas, que trazaba un sinuoso recorrido entre los distintos paisajes hasta que las losas irregulares que lo conformaban dieron paso a unos ladrillos de cristal planos e iridiscentes. Entre ellos crecían unas diminutas flores blancas, y debajo del cristal se veían los gusanos y las larvas que reptaban por la rica tierra parda. Unos colibríes o unas aves que parecían del mismo género pasaron zumbando junto a nuestra cabeza para detenerse a libar de unas flores cercanas.

Estaba tan abrumada que no me fijé en la amplia estructura de cristal que había aparecido ante nosotros hasta que estuvimos a unos treinta metros de un enorme portón con los bordes de hierro forjados en forma de alas de mariposa extendidas.

—Cruzad esta puerta y dirigíos al vestíbulo principal —dijo el hombre antes de estudiarnos despacio a Mendax y a mí en toda nuestra fangosa gloria—. Estoy seguro de que os estarán esperando.

Tras hacer una débil reverencia, se dio medio vuelta y se alejó por donde habíamos venido hasta desaparecer de nuestra vista.

El edificio que teníamos ante nosotros era tan peculiar como hermoso. A simple vista, tenía el aspecto de un castillo de piedra tradicional, con pesados sillares irregulares en distintos tonos fríos de gris. Sin embargo, al contemplarlo con más detenimiento, reparé en que, cada seis sillares más o menos, uno estaba hecho de cristal. También había unas grandes esculturas de distintos animales decorando las esquinas del techo, como gárgolas de cristal, que hacían juego con las distintas estatuas transparentes repartidas por el suelo. El edificio era grande, pero mucho más pequeño que el castillo de los luminosos y los oscuros. Además, resultaba acogedor, si es que era posible aplicarle ese calificativo a semejante construcción. Desde luego, no era para nada como esperaba.

El vidrio iridiscente de las alas de mariposa emitió un arcoíris de destellos cuando Eli abrió la puerta y la sostuvo para mí. Los rayos de luz opalina revolotearon por las paredes de la entrada. Allí había molduras del mismo color verde salvia que las paredes, una hermosa escalera que ascendía varios pisos con una baranda de madera clara y un techo alto con una bóveda central. Me daba apuro pisar el reluciente suelo blanco con juntas brillantes con los pies sucios y resbaladizos. Las fluidas cortinas blancas conferían al interior un aura serena en conjunto con las paredes verdes.

En medio del vestíbulo había un atril de madera con una plaquita de bronce pulido en el que se leía «RECEPCIÓN». Una mujer bajita y de cabello castaño con la nariz enterrada en un libro escribía con una pluma de color crema exageradamente larga y esponjosa que se sacudía con cada trazo apasionado que dibujaba.

Eli, Mendax y yo intercambiamos una mirada. Era imposible que no nos hubiera oído entrar con los golpeteos húmedos que acompañaba cada uno de nuestros pasos. Eli, que era sin lugar a dudas el miembro con más don de gentes de nuestro grupo y el que más limpio estaba, tomó las riendas de la situación y se acercó al atril antes de carraspear exageradamente.

La mujer siguió escribiendo como una posesa.

—Bienvenidos al Moirai. Soy Anastasia y seré vuestra… Ay, por todos los Hados, sois vos. —Ignoró a Eli y clavó la vista en mí una vez que hubo levantado la cabeza y bajado la pluma despacio.

Me sentí algo violenta cuando me estudió de arriba abajo con expresión asombrada y boquiabierta y los ojos como platos.

No supe qué decir, así que me limité a devolverle la mirada.

Cuando me había imaginado entrando por fin en el Moirai para acabar con mi padre, no había contado con que habría una recepcionista o una impresionante variedad de plantas y criaturas que no había visto nunca. En mi cabeza, era un lugar sucio y lleno de hollín, con pinchos y barrotes de hierro. Algo mucho más parecido a una prisión. Cuando soñaba despierta, el enfrentamiento con mi padre daba comienzo nada más poner un pie en el Moirai, y

entonces lo atravesaba como a un cerdo mientras lo obligaba a confesar que se había equivocado al cederle sus poderes a la dulce Adrianna. En mis ensoñaciones, yo siempre hablaba con tranquilidad y suma elocuencia. Lo obligaba a suplicarme clemencia, y, justo antes de cortarle la garganta y arrancarle la cabeza, siempre soñaba con que me decía algo como: «Eres un monstruo, y tanto tu madre como Adrianna se merecían morir». Entonces le cortaba la cabeza y me reunía con mi familia de una vez por todas.

Ni una sola de esas veces me había imaginado llegando cubierta de barro, sin zapatos ni armas, y tampoco hablando con una recepcionista primero.

—Avisa a Zef de que tiene que venir aquí enseguida —dijo la mujer mirando hacia la derecha.

Yo recorrí la estancia con la mirada para ver a quién se había dirigido, pero allí no había nadie más.

—Es por aquí —susurró dándose un golpecito en la sien al tiempo que me guiñaba un ojo, como si me estuviera revelando un secreto profesional.

Asentí, todavía sin palabras.

—Por casualidad, no sabréis qué ha pasado con un floricornio de pelaje castaño, ¿verdad? —preguntó Eli en un hilo de voz.

—¿Un floricornio? Sí, creo que la han enviado al Tártaro —respondió ella con tono amable.

—¿Qué? ¡No me lo creo! ¿La habéis enviado al Tártaro? ¿Por qué? —A Eli se le quebró la voz.

—Lo siento, creo que en realidad ha sido a los Campos Elíseos —dijo pensativa.

—¿Qué? ¿Por qué? —insistió él claramente disgustado.

—Me temo que no tengo más detalles —se disculpó ella con una sonrisa.

Se oyó un estruendo a la derecha, como si alguien hubiera cerrado unas puertas pesadas de golpe, seguido del eco de unas fuertes pisadas. Me dio un vuelco el corazón al comprender que venían hacia nosotros.

Mi padre dobló una esquina y se detuvo en seco cuando reparó en mí. Ese rostro familiar de cuidada barba gris se descompuso al instante, aunque enseguida se tensó y se llenó de rabia. Sus ojos azules se endurecieron cuando miró a Eli y a Mendax.

—Estáis aquí.

Al oír la decepción que destilaba su voz, miré a Eli con mala cara para dejarle claro que le había advertido de que aquello pasaría. Zef me miró fijamente durante un momento antes de negar con la cabeza.

—He hecho todo cuanto estaba en mi mano para impedir que llegaras hasta aquí, pero, por desgracia, el destino guía a quienes lo acompañan y maltrata a quienes se resisten a sus designios. —Profirió un suspiro derrotado y arrugó la nariz al ver las manchas de barro y las huellas que habíamos dejado por el suelo blanco—. Y veo que te las has arreglado para ensuciarte las manos antes de tiempo.

—Tú me mandaste llamar —escupí cuando conseguí encontrar la voz.

—No, querida, te aseguro que no fui yo. Me temo que ha sido todo obra de los Hados. Créeme cuando te digo que yo lo último que quería era que acabaras aquí —dijo apretando los puños a cada lado de su túnica verde bosque.

Mendax se crujió los nudillos y se acercó tanto a mí que empecé a notar su vientre firme acariciarme la espalda cada vez que tomaba aire. Estaba bien saber que me cubría las espaldas tanto de manera literal como figurada. Me dio la inyección de confianza que necesitaba.

—No vuelvas a llamarme «querida». No sientes ningún cariño por mí. Me abandonaste… Nos abandonaste a las tres —me corregí.

Aquello no era por mí. Me hervía la sangre de odio y rabia. ¿Cómo había dejado que Eli me convenciera de que le importaba lo más mínimo a este tipo? Su desinterés era tan evidente que se le marcaba en las facciones.

Zef asintió despacio y se volvió hacia la mujer del mostrador.

—Sí, bueno, me temo que ya es demasiado tarde. Vamos a buscaros alojamiento y ropa limpia. Anastasia, ayúdalos a instalarse si no es mucha molestia. Calypso, estate preparada en una hora para reunirte conmigo en los jardines, por favor.

Se tomó un segundo para observar a Mendax y a Eli antes de volver a mirarme negando con la cabeza en actitud decepcionada y marcharse por donde había llegado.

La rabia que sentía era tan intensa que me nublaba la mente.

Tenía tantas ganas de golpear algo que sentía que la cabeza me explotaría si no lo hacía. Me temblaban los brazos a causa de la ira acumulada, pero pronto me desquitaría. Mi padre se enteraría de lo que vale un peine.

—Qué tenso se ha puesto todo en un momento. ¿Estás bien? —me preguntó Eli parándose delante de mí—. Lo siento. S-supongo que tenías razón. No es para nada como esperaba. Sin embargo, no puedo evitar pensar que hay algo que se nos está escapando.

Era raro verlo sin las marcadas líneas de expresión que normalmente rodeaban sus ojos gracias a su perpetua expresión alegre. Ahora sus enormes iris ambarinos me recordaban los de un cachorrito al que han golpeado y dejado abandonado en una zanja.

Odiaba verlo así. Y saber que mi padre era el culpable solo conseguía cabrearme todavía más. ¡Eli era el príncipe luminoso! Era todo luz y piel pecosa, risas y bailes, y mi padre se las había arreglado para ponerlo tan triste como a mí. Una parte de mí siempre había temido apagar su luz, y momentos como aquel no hacían más que confirmar mis miedos.

—¡Estoy bien! —le espeté—. ¿No se nota?

Extendí los brazos con teatralidad para que reparara en mi ropa sucia y mis pies descalzos.

—Tú tómatelo con tranquilidad —me pidió tocándome el brazo.

Eli me conocía desde hacía mucho, muchísimo tiempo, pero yo nunca me había permitido mostrarle las fisuras de mi fachada o la oscuridad que ocultaba tras ella. A esas alturas, ya sabía que estaban ahí, e incluso había visto pequeños atisbos de ellas, por

ejemplo, cuando había matado a su madre. Pero nunca se había enfrentado a ellas de verdad. De haberlo hecho, habría sabido que tocarme en aquel preciso instante no era una buena idea. Estaba harta de ocultar ciertos aspectos de mi personalidad.

Lo obligué a apartar la mano de un empujón y me volví para fulminarlo con la mirada.

—Tiene que haber una explicación lógica, Cal. Ya sabes que siempre tengo razón en estas cosas porque poseo una especie de sexto sentido o algo así. Pero créeme cuando te digo que le importas.

Extendió la mano para acariciarme el brazo, pero se lo pensó mejor y la dejó caer.

Yo cerré los ojos con fuerza para intentar tranquilizarme. Haber visto a mi padre, haber estado a unos pocos pasos de él en el Moirai, me había afectado mucho más de lo que esperaba, tanto mental como emocionalmente.

—¡Deja de intentar meter todo con calzador en tu mundo de piruletas y arcoíris, Aurelius! —Mi repentino grito resonó por todo el vestíbulo. Busqué un arma por instinto y, al no encontrar ninguna, apreté los puños hasta que se me durmieron los dedos. Suavicé la voz hasta terminar por convertirla en un susurro—: Si de verdad fueras mi mejor amigo, estarías ayudándonos a mi hermana y a mí. ¡Lo matarías por Adrianna!

—¡Eso a ella no le servirá de nada! —gritó Eli al tiempo que me agarraba con delicadeza por el hombro y me miraba a los ojos—. ¡Ni a ella ni a tu madre! ¡Lo único que vas a conseguir es apagar otra vida más!

Lo aparté de mí de un manotazo y eché un vistazo por encima del hombro para ver si la mujer del atril nos estaba escuchando antes de mirar de nuevo a mi amigo. Ahora estaba desaforada.

—¡Tú no conociste a Adrianna! ¡No sabrías ayudarla, igual que no habrías sabido ayudarme a mí si tu madre no te hubiera dicho cómo hacerlo!

Aquellas palabras escaparon de mi boca antes de que me diera tiempo a devolverlas a la caja de frases prohibidas de la que habían escapado.

Eli se quedó de piedra.

—Sé que no lo dices en serio. —Bajó la vista al suelo y luego la clavó en la puerta de cristal—. Estás enfadada y dolida y la estás pagando conmigo porque sabes que no podrías decirme nada que me hiciera perder el cariño que siento por ti. Tienes razón. No llegué a conocer a tu hermana, pero sé que ella no querría que te quitaras la vida para estar con ella. Nadie querría algo así para su hermana, y si era la mitad de buena y amable de como la describes, sé que tampoco desearía que mataras a tu padre. No estás haciendo esto por tu familia, Calypso. ¡Lo haces por ti misma!

Esperó a que le respondiera con el pecho agitado.

Sentí el impulso de golpearlo, pero me contuve. Retrocedí vacilante y mis pasos resonaron contra las baldosas frías cuando corrí hacia las amplias puertas en forma de mariposa.

—¡Espera, Cal! —me llamó Eli cuando salí con un portazo y me adentré en el paraíso vegetal.

No podía tolerar su voz en aquel momento. Me sentía sobrepasada, e iba a acabar haciendo algo de lo que luego me arrepentiría. No me veía capaz de poner en orden mis pensamientos, y tenía las emociones a flor de piel. ¿Cómo podía ser mi padre tan cruel? Siempre había sabido que se había marchado por mí, y lo que acababa de pasar no había hecho más que confirmarlo. Estaba segura de que se había dado cuenta de que yo era un monstruo y por eso había decidido cortar lazos con mi familia. ¿Cuánto desprecio podías llegar a sentir por una persona como para tomar la decisión de abandonarla? Y más cuando le acababas de ceder tus poderes a tu otra hija.

Apenas había salido por la puerta cuando estuvieron a punto de fallarme las piernas. Un dolor cegador me derribó y me hizo jadear en busca de aire mientras intentaba volver a ponerme de pie. Aun así, la rabia seguía ardiendo tras el velo de dolor. Oí unos pasos a mi

espalda. Me sentía como un león con una pata herida, incapaz de huir. Los pasos se detuvieron detrás de mí y una mano morena apareció en mi campo de visión para ofrecerme ayuda.

—Quien te echa una mano no siempre recurre a gestos ostentosos, Calypso. Quien de verdad quiere ayudarte no busca elogios o una palmadita en la espalda, sino que actúa porque de verdad le importas y quiere lo mejor para ti, independientemente de lo que pienses de él o de ella.

Eli acercó más la mano a mí. Un ligero destello le surcó la mirada y, de pronto, el dolor que sentía desapareció casi por completo, a excepción de la insistente molestia que siempre me agarrotaba las piernas y el pecho.

Acepté su ofrecimiento y dejé que me ayudara a levantarme.

—Ya me has dejado claro tu punto de vista, Aurelius. *¡Feuhn—Kai—Greeyth! ¡Feuhn—Kai—Greeyth!* Lo pillo. —Suavicé la voz—. Gracias por mantenerme viva y libre de dolor con el lazo que nunca he pedido compartir.

Aunque en aquel momento no lo pareciera, agradecía mucho todo lo que Eli había hecho por mí, incluyendo lo de manejar mi dolor. Pero todavía seguía muy enfadada.

—No lo digo por mí, Cal, sino por tu padre. Y no utilices nuestro lema tan a la ligera. Solo debemos decirlo cuando sentimos su mensaje con cada fibra de nuestro ser —dijo con un tono más adusto del que le había oído utilizar en un tiempo—. De lo contrario, será mejor que lo evites.

La rabia me inundó hasta tal punto que pensé que acabaría prendiendo fuego. ¡Él no tenía ni idea de lo que estaba sintiendo!

—Pues yo creo que los dos sois unos idiotas —dijo una voz grave desde la entrada. Mendax se acercó a nosotros con un chapoteo—. La gente solo ofrece su ayuda por motivos egoístas. Cuando alguien echa una mano, es porque sabe que invertir su tiempo y energía en la otra persona le acarreará beneficios.

—Entonces, ¿ese es el motivo por el que me estás ayudando? —le espeté desviando mi rabia hacia él.

Mendax se volvió despacio, como si fuera la única que no lo estaba entendiendo.

—Sí, por supuesto. No estoy aquí para impedir que te sientas sola. No me he embarcado en este viaje aparentemente interminable porque quiera estar a tu lado y apoyarte mientras superas tus traumas infantiles, cachorrito. Mis motivos son puramente egoístas, y te prometo que permaneceré a tu lado para el resto de la eternidad por esas mismas razones egoístas y nada caritativas.

—Acompañadme a vuestras habitaciones. Estoy segura de que os vendrá bien poneros algo de ropa limpia —dijo la mujer de cabello castaño asomando la cabeza para dirigirse a nuestro pequeño grupo.

Me mordí la lengua hasta hacerme sangre mientras seguimos a Anastasia y su túnica carmesí por otro precioso camino. Estaba enfadada con mi padre y tenía que controlarme. Tenía que dejar a un lado mi cólera hasta que la necesitara. No tenía ningún problema con Eli o Mendax. De hecho, me daba mucho miedo perderlos.

Toda mi vida había girado en torno a un plan. Después de perder a mi madre y a mi hermana, mi venganza me había hecho compañía. En mi mente no había habido espacio más que para la idea de ajustar cuentas. En algún momento, esos mismos planes se habían transformado en mi único amigo. Claro que desaparecían cada vez que Eli me visitaba en el mundo humano, pero volvían a mí con un arrebato de celos cuando se marchaba. Lo que me había empujado ante todo a pedirle a la bruja que dividiera mi corazón en dos fue la esperanza de que, tal vez y solo tal vez, la escisión mitigara mis emociones. También me había ayudado a convencer a Saracen de que yo era una artemi, por supuesto, pero había confiado que me diera otra cosa en la que pensar, que me distrajera de las incesantes fantasías de matar a Saracen y a mi padre.

Pero no había servido de nada.

Desde que mamá y Adrianna me habían dejado, no había habido un solo momento en que mi vida no hubiera girado en torno a la llegada de aquel momento. Sin embargo, había sido incapaz de ceñirme al plan que llevaba toda una vida urdiendo.

Mi padre debería estar echando ya sangre por la boca.

—Aurelius, Mendax, vosotros dormiréis aquí. Dentro encontraréis a un sirviente que os ayudará con todo lo que necesitéis. Calypso, por favor, sígueme —dijo la mujer.

Salí de mi ensimismamiento y recorrí el hermoso camino de matas de serpol. Había dos casitas encajadas en una amplia colina que parecía estar compuesta de varios tipos de suculentas y cactus. Daba la impresión de que la colina había empezado a engullir los edificios pero se había detenido justo ante el arco de la puerta de cada uno.

—¿Por qué no se queda Cal con nosotros? —preguntó Eli.

—Estas villas encajan mejor con vosotros. Calypso dormirá un poco más adelante —explicó con tono educado pero algo molesto. Mendax y Eli intercambiaron una mirada—. Os aseguro que estará a salvo en sus aposentos. Por favor, tened en cuenta que… —metió la mano en la túnica y sacó un reloj de bolsillo de cristal que, al abrirse, revelaba una hermosa flor de nenúfar púrpura— diez minutos después de la medianoche vuestros poderes quedarán neutralizados.

La pequeña flor se replegó cuando la mujer cerró la tapa de cristal del reloj para volver a guardárselo en la túnica.

—¿Cómo que quedarán neutralizados? Son lo único que nos está manteniendo con vida ahora mismo —dijo Eli con una repentina preocupación.

—Ahora estáis en el Moirai. Dentro de una hora más o menos, los Hados se encargarán de asegurar vuestra supervivencia hasta que se os convoque. Supongo que el juicio se celebrará mañana a última hora, así que os animo a descansar mientras podáis. Vuestros aposentos están por aquí, señorita —concluyó antes de retomar la marcha.

Di un paso para seguirla, pero me detuve para ofrecerles un pequeño asentimiento a los chicos.

—Supongo que nos vendrá bien pasar un poco de tiempo a solas para pensar. —Me volví hacia el príncipe dorado—. Te pido perdón

por lo de antes, Aurelius. Es que… —Un profundo suspiro me vació los pulmones—. Es que esto es más complicado emocionalmente hablando de lo que imaginaba. Siendo mi mejor amigo, sabes de sobra que no se me da muy bien manejar mis emociones, y menos cuando tienen algo que ver con mi familia. Os debo la vida a los dos de una infinidad de maneras, y me cuesta mucho pensar que uno de nosotros no vivirá para contarlo. —Negué con la cabeza—. Estoy agotada y muy confundida, así que lo que digo no tiene mucho sentido. Os veré por la mañana o cuando vengan a buscarnos. Os quiero.

Eché a andar tras la mujer.

—Llámanos si necesitas cualquier cosa. Te oiré sin problema —dijo Eli.

Le di las gracias con otro asentimiento y corrí para alcanzar a nuestra guía.

Caminamos en silencio durante unos minutos. Me condujo por un sendero que serpenteaba entre varios tocones cubiertos de musgo esponjoso. La hierba corta y espesa del camino me hacía cosquillas en los pies y aplacó la rabia y la tristeza que sentía. Me pregunté si habría escogido aquella ruta sabiendo que me ayudaría a tranquilizarme.

Oí un chasquido agudo por encima de nosotras y estuvo a punto de escapárseme un gritito de emoción.

—Hay murciélagos por aquí.

Me detuve para clavar la vista en el cielo oscuro y los vi volar a nuestro alrededor. Ella sonrió orgullosa.

—Sabía que os gustaría esta sección. —Al verme ladear la cabeza en un gesto de confusión, añadió—: La de los murciélagos es una de las zonas favoritas de Zef para pasear durante la noche.

Puse los ojos en blanco.

—El Moirai es el lugar de residencia de los hijos y los nietos de los dioses. Es el hogar de los Hados y los artemi, guías y creadores de la naturaleza por igual. —Extendió los brazos—. Todo lo que hay aquí

está creado con esa idea en mente. —Sonrió—. Es normal que os guste, pues albergáis los poderes de Adrianna.

—¿Cómo sabes tantas cosas sobre mí? —le pregunté.

—Os conozco bien. ¿Os importaría si os hago una pregunta sincera?

—Puedes preguntarme lo que quieras, pero no te prometo una respuesta…

Me encogí de hombros. ¿Qué coño estaba pasando? No quería entablar una amistad con la recepcionista. Lo único que quería era irme a dormir.

—Eli parece… sentirse perdido, ¿no os parece?

Me detuve en seco sobre el musgo. ¿Estaba intentando tenderme una trampa?

—¿Perdido?

Señaló el cielo negro azulado con el dedo justo cuando otro murciélago pasaba chillando por encima de nosotras.

—Sí. Tengo la sensación de que ya no sabe cuál es su destino.

No me sentía cómoda hablando de mi amigo con ella. La conversación me estaba poniendo los pelos de punta.

—Ya, es que tiene muchas cosas en la cabeza —respondí, sin entrar en detalle, pero devanándome los sesos desesperada por encontrar otra cosa de la que hablar con esta desconocida—. Tu reloj de bolsillo —dije al retomar la marcha.

Levantó la vista con una sonrisa sincera.

—Sí, ya he visto que os ha gustado mi reloj. Veréis, esta diminuta flor…

—Fotonastia.

La mujer me miró con amabilidad y, sin perder la sonrisa, enarcó una ceja. Imaginaba que ya sabía lo que era, pero que intentaba complacerme después de haber insistido en hablar de temas que preferiría no tocar.

Por eso, seguí hablando:

—Es la respuesta de las plantas a la caída de la noche y el cambio de temperatura dictado por el ritmo circadiano. La flor se cierra

cuando los pétalos inferiores crecen a un ritmo más rápido que los superiores, de manera que los primeros obligan a los segundos a cerrarse. Es fascinante.

—Es la magia de la naturaleza —coincidió sin detenerse.

—Es ciencia —repliqué caminando a su lado.

La mujer volvió a parar.

—¿Acaso no son lo mismo? —preguntó guiñándome un ojo y retomando la marcha.

—¿Eres amiga de mi padre? —le pregunté.

—Sí —respondió con una sonrisa—, tengo una relación bastante estrecha con él.

Caminamos en silencio, recelando más la una de la otra que al principio. Me pregunté si sería la novia de Zef o algo por el estilo. ¿Me habría oído hablando sobre mi intención de asesinarlo? Podría suponer un problema.

Pasamos por una pradera de lo más acogedora, salpicada de diminutas florecillas blancas en forma de campanilla y atravesada por un arroyo, hasta detenernos ante la parte trasera de una casita con un banco de pícnic viejo. Se me puso la piel de gallina a medida que la sangre me abandonaba el rostro.

—¿Es una puta broma? ¿Esto ha sido cosa tuya o de Zef? Ha sido idea de mi padre, ¿verdad? ¡No puede darme ni un puto respiro! —exclamé.

La mujer ignoró mi arrebato.

—Si no me equivoco, ya estáis familiarizada con el jardín que hay cerca de la entrada delantera puesto que allí es donde habéis aterrizado. Vuestro padre desea reunirse con vos allí en… —la esfera del reloj de bolsillo resplandeció como un lago de aguas cristalinas bajo la luz plateada de la luna— cuarenta y tres minutos. Tened, podéis quedaros con el reloj —dijo con un atisbo de simpatía al dejarme el objeto en la mano—. Aprenderéis a leerlo enseguida. No lleguéis tarde a la reunión con vuestro padre. Os hemos dejado ropa limpia y comida en el interior. Los Hados han considerado que no convenía dejar a un sirviente con vos dada vuestra inestabilidad

emocional, pero, por favor, no dudéis en llamarnos si necesitáis cualquier cosa.

—¡Inestabilidad emocional! Serás…

Me interrumpí al darme la vuelta y descubrir que se había esfumado. Escudriñé los alrededores buscándola, pero no había ni rastro de ella.

¿Cómo tenían la cara de decir que yo era demasiado inestable cuando a Mendax sí que le habían procurado un sirviente?

Dejé caer los hombros, derrotada, y centré mi atención a regañadientes en la casa. La casa de mi infancia. Incluso el aire tenía el mismo aroma a madreselva y ropa limpia de entonces. Sabía que nada de aquello era real, pero hasta los nudos de la madera de la mesa coincidían. Me toqué la cicatriz en forma de uve del pulgar como siempre hacía cuando pensaba en lo que había ocurrido aquel día.

Mi mirada aterrizó en la maceta de terracota pintada que había junto a los escalones de la puerta trasera. Aquello demostraba que Zef estaba intentando torturarme.

Sintiéndome incapaz de contemplar aquel lugar durante un segundo más, me aferré a las diminutas enredaderas doradas que decoraban el colgante donde guardaba las cenizas de Adrianna y me volví para marcharme. No tenía por qué seguir allí. No tenía que recordar lo ocurrido. Me quedaría con los chicos.

Las lágrimas empezaron a caerme por las mejillas y cada gota me fue debilitando más y más.

Se me ocurrió una idea mejor: iría a matar a mi padre en aquel mismo instante. O me quitaría la vida. Habría hecho lo que fuera por dejar de sentir.

Giré sobre los talones. Por más que quisiera desterrar mis emociones, el deseo de reencontrarme con ciertos recuerdos era mucho más intenso. Mis pies me llevaron de vuelta a la casa y solo me permitieron derrumbarme cuando me detuve ante la maceta de terracota. Me dejé caer al suelo y me coloqué el recipiente de tierra

sobre el regazo. Unos largos palitos de mantillo aterrizaron en mis pantalones al escapar de los agujeros de drenaje.

La maceta estaba decorada con un «MEJOREZ AMIGAZ» escrito con la letra torpe de una niña pequeña. Sobre la inscripción, había dos figuritas de palo con los brazos entrelazados. Adrianna se había encargado de dibujarnos, y yo, al ser la mayor, había escrito la frase. Me abracé a la maceta al mismo tiempo que me fundía con el suelo. Notaba el peso de mis lágrimas como si un río fluyera por mi rostro. La echaba más de menos de lo que era humanamente posible. No era nada sin ella.

—¡Calypso! ¡Deja tranquilas a las ranas y ven a cenar!

Me incorporé sobresaltada al oír la voz de mi madre. El corazón estuvo a punto de salírseme por la boca al verla sosteniendo la mosquitera de la puerta trasera. Estaba tal y como la recordaba, con su melena despeinada y su mirada nerviosa. Se colocó el cuello de la camisa distraídamente para cubrirse el esqueleto que llevaba tatuado en el pecho, como siempre hacía. Se mordió el interior de la mejilla antes de darse media vuelta.

—¡Mamá! ¡Soy yo, mamá! ¡Mamá!

Corrí hacia ella, pero la puerta se cerró de golpe con un crujido cuando entró en la casa, sin reparar en absoluto en mi presencia.

—¡Mamá, por favor! —la llamé yendo detrás de ella. Necesitaba que me mirara—. ¡Por favor, mamá, mírame! —grité al doblar la esquina de la cocina.

—Adrianna, sal de la habitación de tu hermana y siéntate a la mesa, que la cena ya está —le dijo mi madre mientras trasteaba en la cocina.

—Mamá —susurré, pero no obtuve respuesta. Era como si no estuviera allí.

—¿Dónde está Cal? —preguntó una vocecilla que me dolía demasiado escuchar.

Vi a mi hermana pequeña sentarse ante nuestra vieja mesa de madera.

Fue abrumador. Me choqué de espaldas con la pared al intentar marcharme. Me dejé caer hasta el suelo, incapaz de apartar la mirada de su cuerpecillo.

—Debería haber estado en tu lugar, Adrianna —empecé a balbucear de manera incoherente—. Lo… lo siento. Lo siento muchísimo, Addy. Saracen debería haberme matado a mí en vez de a ti. Lo siento mucho. Lo arreglaré… Te prometo que lo arreglaré.

Ella tampoco parecía verme u oírme. Siguió jugueteando con su tenedor.

Volví a la puerta trasera y la crucé tropezándome con mis propios pies. Me sentía como si todas y cada una de mis heridas ya cicatrizadas se hubieran abierto de golpe y estuvieran sangrando al unísono. Los dolorosos recuerdos y las emociones que había reprimido habían aflorado mientras que la rabia los apaleaba intentando devolverlos a las profundidades de mi mente antes de que me consumieran. Apreté los puños y dejé escapar un alarido capaz de avergonzar al de cualquier animal salvaje. Iba a ponerle fin a aquello. Mi dolor cesaría de una vez por todas.

Ni siquiera mi rabia consiguió refrenar las lágrimas. Mi ropa había empezado a secarse y el barro cuarteado se desprendía de la tela dejando un rastro que me estaba poniendo furiosa. Necesitaba encontrar de inmediato un arma. Di media vuelta para entrar de nuevo en la casa y coger un cuchillo de la cocina antes de ir a reunirme con él.

—Pongámosle fin a esto.

Se me agarrotaron los músculos al oír la voz de mi padre. Al volverme, me lo encontré a unos tres metros de mí ofreciéndome una daga de hoja larga. Era transparente como el hielo en la base y de un blanco turbio en el centro. La empuñadura era blanca y mate, con el diseño de una intrincada mariposa en la cruceta y el pomo.

Corrí hacia él antes de que hubiera terminado de hablar. El muy imbécil me había ofrecido un arma antes de desenvainar la suya. Su arma era similar a la que yo sostenía ahora, pero tenía la

empuñadura negra en vez de blanca y estaba decorada con enredaderas doradas.

Le lancé un ataque directo al corazón sin pensármelo dos veces. Le cortaría la cabeza en cuanto consiguiera derribarlo. Mi padre dio un paso a la derecha y esquivó mi caótico ataque. Intenté herirlo una y otra vez, volcando todas mis fuerzas y años de entrenamiento en clavarle el arma donde pudiera. Sin embargo, él se las arregló para hacerse a un lado ante cada ataque, independientemente de lo mucho que me acercara a él. Por si fuera poco, nunca sabía en qué dirección iba a moverse, porque su semblante permanecía impasible, casi triste. Apenas lo había rozado y ya empezaba a tener la sensación de que iba a derrumbarme.

Siguió esquivándome con gracilidad hasta que me dejó tan agotada, tanto mental como físicamente, que ya no podía siquiera mantener la daga en alto. Me derrumbé como una muñeca de trapo.

—¡Vale! Tú ganas —jadeé.

Se acercó para ofrecerme una mano y ayudarme a levantarme.

Imbécil.

Le enterré mi daga en el pecho con tanto ímpetu que mi puño impactó con él. Al menos, aquello sería lo que habría pasado si el arma no hubiera desaparecido.

Zef sonrió y me agarró el puño vacío para levantarme del suelo.

—Tu madre habría estado muy orgullosa de ti.

—Deja de burlarte de mí —gruñí lanzándole una mirada asesina—. ¿No has tenido suficiente ya con todo esto? —le pregunté moviendo la mano para abarcar la casa.

—No me estoy burlando de ti, Calypso. Te lo digo en serio. Tu madre era una de las mujeres más inteligentes que ha habido jamás —dijo desviando la mirada hacia la casa—. Te pareces mucho más a ella de lo que imaginas.

—No hables de ella. No te atrevas a mencionarla en mi presencia —rugí.

Aquello pareció ofenderlo.

—Hija mía, yo he pasado más tiempo con ella que tú y su pérdida me ha dolido mucho más de lo que puedas llegar a concebir jamás. No me digas que no puedo hablar de ella cuando tú ni siquiera te has permitido llorar su muerte.

Me abalancé hacia él.

Pero se hizo a un lado igual que antes, como si estuviéramos practicando una danza coreografiada y se supiera todos mis pasos. Nunca había estado tan agotada. La rabia y el rencor, las bestias que montaban guardia ante el resto de mis emociones, estaban demasiado cansadas para seguir plantándole cara. Unas lágrimas que parecían brotar directamente de mi corazón empezaron a deslizarse por mis mejillas, arrastrando consigo las moléculas de mi entereza.

—¡No te haces una idea de lo mucho que he llorado a mi madre! —grité como un monstruo salvaje.

—Pues sí. Sé todo lo que hay que saber sobre ti, querida, y te diré una cosa que va a terminar de sacarte de tus casillas. —Se inclinó hacia mí—. Te quiero más de lo que puedas imaginar.

Lo golpeé en el hombro. La punta de la daga que le había arrebatado de la mano le atravesó la piel, pero apenas le hice daño. Pronuncié una palabrota derrotada cuando dio un paso atrás y se llevó las dagas consigo.

—Sí, estaría y está muy orgullosa de ti —dijo tocándose la minúscula herida que acababa de hacerle en el hombro. Dejó escapar una risita casi muda—. Esto me recuerda a la vez que derrotaste a aquel fae de Rosenbecks. El que te quitó el arma y te obligó a utilizar… Ay, ¿qué era?

Me quedé de piedra.

—El alfiler de su sombrero —murmuré.

—¡Eso! El alfiler. Recuerdo que lo dejaste como un queso gruyer cuando acabaste con él.

Esbozó una sonrisa con los labios cerrados que no tardó en desaparecer de su mirada y convertirse en una expresión triste.

—¿Cómo sabes eso? ¿Has estado espiándome? —Hablé en voz demasiado baja y suave como para que se pudiera considerar una acusación en toda regla y no una expresión admirada y llena de esperanza.

—Lo he visto todo, querida. —Su expresión se desvaneció y envejeció diez años de golpe al bajar la vista al suelo—. Todo.

—¿Qué? ¡Qué asco! —escupí al pensar enseguida en las obscenidades y cosas lascivas que había hecho a lo largo de mi vida.

Zef retrocedió de inmediato.

—¡No, dioses santos! Supongo que debería haber sido más específico, pero te prometo que no he visto nada indecente —aseguró estremeciéndose.

Sus palabras apenas lograron calmarme.

—¿Por qué? ¿Por qué has estado vigilándome? Nunca te importamos lo suficiente como para que te quedaras a ayudarnos, así que ¿qué sentido tiene? ¿Es alguna especie de pasatiempo? ¿Disfrutas viendo a tu hija pasándolo mal?

Caminé hasta la mesa de pícnic con las piernas temblorosas y me senté. Me quedé ahí rezando para mis adentros. Esperaba que me bastara con recuperar fuerzas durante un minuto para pasar de nuevo a la acción.

—Nunca quise dejaros, créeme. No fue decisión mía. Ascendí, igual que cualquier otro artemi. Era mi destino, igual que lo habría sido para tu hermana. Igual que es tu destino hacer lo que estás haciendo ahora.

Se sentó al otro lado de la mesa.

—¿Me estás diciendo que tu destino era destruir a tu hija? Dices que lo has visto todo, pero ¿lo has oído también? ¿Oíste los gritos de dolor que le arrancaron los poderes que tú mismo le transferiste al manifestarse? Ni siquiera consiguió sobrevivir el tiempo suficiente para obtenerlos todos —exclamé.

Santos soles, ojalá fuera más fuerte.

—Sé que para ti no tiene sentido lo que voy a decirte y que sonará muy cruel, pero todo lo que has vivido, por desafortunado

que haya sido, es lo que te ha conducido hasta este momento. Y lo mismo en el caso de tu madre y tu hermana —aseguró.

—¡Ni siquiera te importan! Mírate. ¡Tú eres la razón por la que están muertas! ¿Cómo pudiste hacerle eso a tu propia hija? ¿¡Cómo!? ¿Cómo pudiste mirar a esa niña dulce y amable, que era sangre de tu sangre, y aun así hacer lo que hiciste con ella? ¡Era mi mejor amiga y tú me la arrebataste! ¿¡Cómo pudiste!? —Estaba gesticulando tanto que acabé cayéndome del banco. Al aterrizar de culo en el suelo, me puse a gritar para exorcizar los demonios que tantos años habían permanecido silenciados en mi interior—. ¡Fue demasiado para ella! ¡Era demasiado débil! Deberías habérmelos dado a mí. ¡Yo habría podido soportar el dolor!

Mi padre frunció las cejas grises y un atisbo de incomodidad le cruzó el rostro. De no haber sabido que era un auténtico monstruo, habría jurado que mis palabras le habían dolido.

—Te equivocas al pensar que habrías tolerado mejor el peso del poder, hija mía. Escogí a tu hermana mucho antes de que os concibiéramos porque era la más apta para la tarea. Tú consideras que era demasiado débil, pero ¿cómo se vuelve una persona más fuerte? Sobreponiéndose a las cosas que no se cree capaz de hacer. Mira en tu caso. —Se levantó del banco y se acercó a donde estaba tirada en el suelo con una mano extendida—. ¿Crees que serías tan fuerte y fiera si la vida no te hubiera curtido el carácter? —Se inclinó hacia mí y, en apenas un susurro, añadió—: Sin embargo, ni te imaginas el papel que el destino tiene reservado para ti en el futuro de los reinos.

Lo fulminé con la mirada y me negué a aceptar su ayuda. Él resopló y se sentó en el suelo a mi lado, lo cual solo contribuyó a enfadarme todavía más.

—Estaba destinada a cambiar los reinos.

Como entornara un poco más los ojos, iba a acabar sin ver nada. Me agarré a mi colgante distraídamente.

—Así es —dijo contemplando las cenizas de mi hermana con una mirada perturbadora.

Me puse de pie con torpeza y estuve a punto de caerme de nuevo. Me sentía mucho más débil de lo normal. Según parecía, el vínculo y el lazo me consumían más y más cada día que pasaba.

—Ya basta de tonterías. No quiero seguir hablando contigo. ¡Rompe la conexión que mantengo con Eli y Mendax ahora mismo! Ellos no tienen nada que ver con esto. Es un asunto entre Adrianna, tú y yo —exclamé.

Él clavó la vista en el suelo y cerró los ojos despacio.

—He intentado impedir que vinieras aquí. He hecho todo cuanto ha estado en mi mano. Traté de esconder y romper los pergaminos de los Hados antes de que los encontraras e incluso puse pasajes comestibles en uno de ellos para ponerte a salvo en el mundo humano, pero no sirve de nada luchar contra el destino. Por si fuera poco, perdí a mi halcón favorito en un accidente cuando intentaba retirar el pergamino del lago Sheridon.

—¿Por qué te has esforzado tanto en detenernos?

Me estaba empezando a poner roja de frustración.

—Porque los Hados van a dejar que Aurelius y Mendax se marchen… —se me quitó un buen peso de encima al oír aquello. Sabía que saldríamos los tres de allí juntos— y van a matarte a ti.

Ah, bueno, genial.

Era consciente de que esa no solía ser la respuesta inmediata de quien descubre que va a morir, pero, en mi caso, sería lo mejor para todos. Significaría que los dos príncipes regresarían a sus respectivos reinos y retomarían su vida donde la habían dejado… sin mí. Me negaba a ser responsable de la muerte de otro ser querido.

—Recibes a la muerte con los brazos abiertos —dijo mi padre al reparar en mi tenue sonrisa—. ¿Por qué?

—Llevo mucho tiempo esperando el momento de dejar el dolor y la soledad de este mundo atrás y reunirme con mamá y Adrianna —confesé sintiéndome en paz por primera vez en años.

Las cosas no estaban saliendo como yo había esperado, pero Eli y Mendax iban a sobrevivir y yo me iría a descansar con mi hermana a los Campos Elíseos. Cerré la mano en torno a mi collar. Casi podía

imaginar ya lo que sentiría al abrazarla de nuevo. Me pregunté si seguiría siendo una niña o si habría seguido creciendo. Me moría de ganas de verla y pedirle perdón.

—Me temo que Adrianna no está en los Campos Elíseos con el resto de los artemi que no han llegado a ascender, aunque tu madre sí que te espera allí —apuntó con delicadeza.

—¿Qué? —susurré.

—¿Te das cuenta de la cantidad de detalles que habrías pasado por alto si me hubieras matado nada más verme tal y como tenías intención de hacer? Hay mucho de lo que hablar, Calypso.

Las comisuras de sus labios se curvaron para esbozar una sonrisa triste.

—¿Cómo es posible que mamá esté en los Campos Elíseos? ¿No se supone que los humanos van al cielo? —pregunté recelosa, sin estar segura de si debía creerme lo que me dijera.

—Como ya te he dicho, tenemos mucho de lo que hablar. Al tratar de mantenerte alejada de esta situación, mi intención no era hacerte daño, sino dejarte lidiar con la muerte de tu madre y tu hermana, pues nunca te has permitido hacerlo. Tu rabia te ha impedido llorarlas como es debido —explicó cuidadosamente.

Quería odiarlo. Antes lo odiaba, pero no podía negar que las cosas habían cambiado. Lo único que me transmitía ahora era una paz cargada de sabiduría y calma, igual que los animales. Y ellos nunca tenían malas intenciones. Incluso cuando mordían, lo hacían por miedo o por hambre. Por mucho que lo hubiera estado intentando, por mucho que me doliera y me hiciera sentir culpable, ya no sería capaz de desterrar esa sensación.

—Permíteme que te lleve a tus verdaderos aposentos. Están en el jardín, porque me pareció que te gustaría —dijo ofreciéndome su mano una vez más.

—Si Adrianna no está en los Campos Elíseos, ¿dónde está entonces? —pregunté al levantar la vista.

Él suspiró y clavó los ojos en el suelo.

—Tu hermana está atrapada en el Tártaro por ti.

Justo antes de que retirara la mano como había hecho antes, me adelanté y acepté su ayuda. Lo solté en cuanto me hube incorporado.

—¿Por mí?

Su mirada rezumaba tristeza. Odiaba lo mucho que sus ojos almendrados me recordaban a los de mi hermana. Me resultaba prácticamente imposible permanecer enfadada con cualquiera que se pareciera a ella. Clavó la vista en mi collar y lo señaló con la cabeza.

—Los Campos Elíseos son el lugar de descanso eterno destinado a las criaturas buenas y de corazón puro. Es el lugar donde los buenos van a descansar, y los malos, a pudrirse en su miseria. Y lo mismo pasa con el Tártaro. Allí es donde los fae malvados van a sembrar el caos felizmente y donde los fae que fingen ser buenos van a ser castigados. Sàmacnun es la antesala del Tártaro, donde se decide a qué nivel se envía a cada persona.

Dio un par de pasos antes de volverse para mirarme.

—Ya sé lo que son el Tártaro y los Campos Elíseos —refunfuñé.

Él asintió con actitud alicaída.

—Solo los elfos, los miembros de la aristocracia hanabi y los luminosos y artemi de sangre pura tienen acceso inmediato a los Campos Elíseos.

—Pero Adrianna es una artemi de sangre pura. Ya debería estar allí.

—Lo estaría…, pero tú tienes una gota de su poder y una parte de su alma atrapada en las cenizas que llevas al cuello —explicó suavemente.

No.

—Mientes.

Me apreté el collar contra el pecho hasta que las diminutas enredaderas de oro blanco y la inscripción que rezaba «FEUHN—KAI—GREEYTH» se me clavaron en la carne.

—Adrianna permanecerá atrapada allí hasta que recupere esa gota de poder y el resto de su alma —concluyó con tristeza.

Empecé a entrar en pánico y la respiración se me aceleró.

—¿Cómo es posible? Esto son sus cenizas, no su alma.

Una diminuta lágrima cayó por la mejilla de mi padre.

—Tu hermana era, como tú has dicho, tan débil y amable que se negó a dejarte incluso al morir. Los recolectores de almas fueron a buscarla, pero cuando llegaron hasta ella, tú ya te habías llevado una parte de su alma. Y al encapsularla, le impediste escapar.

No me podía creer lo que estaba oyendo.

—Pues iré a buscarla. ¡Se la devolveré!

—Eso no es posible. Como bien sabes, el príncipe Aurelius te nombró miembro de la familia real luminosa. Cuando mueras, te reunirás con tu madre en los Campos Elíseos.

Me lanzó una rápida mirada por encima del hombro.

—¡Pero eso fue una broma! ¡Eli ni siquiera era consciente de lo que decía!

Lo agarré por los antebrazos. Me resultaba raro tocarlo sin intentar matarlo.

Él sonrió y un brillo le iluminó la mirada.

—Si uno de los dos no se lo hubiera tomado en serio, no habría tenido validez a ojos de los Hados. Pero la ha tenido. Puede que tú creyeras que estabas siendo astuta, pero Aurelius sabía tan bien como tú lo que hacía. Además, aunque eso no hubiera funcionado, te recuerdo que eres humana y tampoco habrías tenido acceso al Tártaro.

—Pero mamá… Acabas de decir que ella está en los Campos Elíseos.

Le solté la túnica y me masajeé las sienes.

Echó una última mirada atrás.

—Te contaré todo lo que quieras saber, pero no aquí. Lo creas o no, a mí también me duele estar en este lugar.

—¿Y por qué has preparado todo esto entonces? —le espeté.

—Porque no has llorado su pérdida. En vez de hacerle frente a tu dolor, has encontrado la manera de torturar a otros para que sufrieran tanto como tú. Esta era la única forma de abrirte los ojos.

CAPÍTULO 23

Eli

Apreté el paso mientras recorría el camino por el que Cal se había alejado con esa mujer de cabello castaño. Tenía que hablar con ella antes de que terminara el día. Odiaba estar peleado con ella. Sabía muy bien que no había tenido intención de desquitarse conmigo; no estaba molesto por eso. Estaba molesto porque sabía que sus sentimientos la estaban abrumando y, como siempre, intentaba ocultarme ciertos aspectos de su carácter.

Necesitaba que entendiera que no pasaba nada, que estábamos bien. No alcanzaba a imaginar lo que debía de estar sintiendo en aquel momento y, como no dejábamos de pelearnos y reconciliarnos, tenía que asegurarme de que estaba bien y recordarle, antes de que se cerrara en banda por completo, que la seguiría apoyando.

Doblé una esquina y me detuve tropezándome casi con mis propios pies al ver el arroyo y el prado. Después de visitarla tantas veces en el reino humano, habría reconocido aquel paisaje en cualquier parte. Allí estaba el arroyo en el que nos habíamos pasado los días jugando. El lugar donde me había dado cuenta de que estaba enamorado de ella.

Aceleré el paso al cruzar el prado por el que solíamos perseguir milanos y halcones. Mi mirada por fin aterrizó en la parte trasera de la casita de Cal antes de posarse en la mesa de pícnic que tan bien conocía…

Donde Zef y Cal estaban hablando.

¿Por qué le había hecho revivir el pasado? Zef no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo. Iba a destrozarla. No era consciente de lo que…

Me frené para no correr en ayuda de Cal.

¿Y si Zef sabía lo que estaba haciendo? ¿Y si conseguía ayudarla de una vez por todas?

Reparé en que tenía una pequeña mancha de sangre en el hombro. Cal permanecía tirada en el suelo mientras hablaban. Estaban manteniendo una conversación. ¿Y si Zef había reproducido aquel escenario para ella con esa intención? No creía que hubiera nada más efectivo que este lugar para derribar todas sus defensas.

Me escondí detrás de uno de los árboles que crecían en un lateral del jardín. Era el mismo árbol (o la réplica de este) contra el que tantas veces había apoyado la espalda mientras esperaba a que Cal saliera de casa. No pude evitar sentirme mal por estar espiándolos, pero no pensaba dejarla sola cuando más me necesitaba. Además, no quería entrometerme en su conversación, así que me quedé apartado mientras los escuchaba.

Entonces oí las palabras que cambiarían mi destino para siempre.

—Adrianna permanecerá atrapada allí hasta que recupere esa gota de poder y el resto de su alma —le dijo Zef a Cal.

Cuando vinieron hacia mí, comprendí que seguramente había perdido la oportunidad de hablar con ella.

Eché a correr y no me detuve hasta llegar a la entrada del Moirai.

CAPÍTULO 24

Mendax

—Lo siento, pero no podéis entrar ahora mismo. ¡Los Hados están ocupados! —exclamó la mujer de cabello castaño de antes.

—Y más que lo estarán cuando tengan que limpiar tu sangre de estas paredes como no me dejes entrar ahora mismo.

Di un paso hacia ella. Apenas me llegaba a la altura de los hombros.

—Si yo fuera vos —dijo volviéndose para mirar la amplia cortina de terciopelo verde que había a su espalda—, regresaría a la casita donde os hemos alojado antes de que lo estropeéis todo para vuestros amigos. Además, no deberíais ir amenazando a la gente que sabe de sobra que os estáis muriendo y no tenéis poderes —añadió frunciendo el ceño con sorna.

—Es una suerte que esos dos no sean mis amigos —dije guiñándole el ojo. Extendí la mano a toda velocidad y le cogí un puñado de pelo para estamparle la cara contra la pared de la izquierda. La sangre que manaba de su cabeza era tan oscura que casi parecía negra—. Como ya te comentaba, no me hace falta recurrir a mis poderes para hacerles bastante pupa a mis enemigos.

La lancé al suelo asegurándome de que se golpeaba la cabeza de nuevo con las baldosas blancas. Luego me acerqué a las cortinas verdes. Era una entrada de lo más extraña si su función era proteger a los Hados. Cogí la pesada tela, pero cuando me disponía a hacerla a un lado, una enorme figura apareció ante mí.

Joder. No me quedaba la energía suficiente para enfrentarme a nadie más. Tenía que hablar con los Hados antes de que fuera demasiado tarde.

—Mil disculpas, voy a… —empezó el hombre al avanzar hacia mi lado de la cortina.

—Aurelius, ¿qué estás haciendo aquí? —le pregunté tan pronto como reparé en su rostro—. ¿Dónde está Caly? ¿Le han hecho daño?

—Podría preguntarte lo mismo —replicó él retorciendo el rostro imberbe en una mueca de confusión.

El tipo parecía incapaz de dejarse barba, lo cual le daba el aspecto de un adolescente. Aunque, pensándolo bien, en edad fae, eso era precisamente lo que era.

—¿Le ha pasado algo a Caly? ¿Dónde está? —repetí con más insistencia.

Sabía que no deberíamos haberla perdido de vista. Y más aquí. No me fiaba ni de los Hados ni de su padre.

—No, está bien. Está hablando con su padre en el jardín.

—¿Y por qué estabas tú con los Hados? —le pregunté planteándome la posibilidad de cortarle el paso, aunque sabía que tenía un poco más de fuerza que yo en aquellos momentos.

—Supongo que por el mismo motivo por el que tú ibas ahora para allá. ¡Ay, santos soles! ¿Qué has hecho, Mendax? —preguntó al ver a la mujer tirada en el suelo.

—Estaré encantado de hacerte una demostración —dije con una sonrisilla.

A veces me resultaba sorprendente que Caly, mi Caly, hubiera llegado a considerar a aquel mendrugo su amante, porque no podrían ser más incompatibles. Ella era fuego y veneno coronados con una dulce pizquita de azúcar, mientras que él era el perrito faldero que respondía ante la más mínima orden y meneaba la cola a cambio de unos mimos o unas palabras amables.

Por eso estaba a punto de hacer lo que me había propuesto.

El otro fae puso los ojos en blanco.

—Más te vale entrar, porque voy a ayudarla y, cuando vuelva en sí, estoy seguro de que perderás la oportunidad de acercarte a los Hados —dijo como si tal cosa.

Ya se había agachado para coger a la mujer herida en brazos.

—Perro malo —lo amonesté.

Él me lanzó una mirada asesina antes de alejarse por el pasillo con la recepcionista.

Aparté las pesadas cortinas y la oscuridad se adueñó de mi visión. Un nudo de miedo se asentó en mi estómago al pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Se me quedó la boca seca al posar la mirada en dos siluetas envueltas en sombras.

Avancé unos cuantos pasos más y, al hablar, mi voz reverberó por el amplio espacio que nos separaba.

—Hagamos un trato.

CAPÍTULO 25

Eli

—Te pondrás bien. Vamos a limpiarte un poco.

Entré cargando con la mujer herida en el primer pasillo que encontré con tal de alejarla de Mendax antes de que se despertara. Sabía que nunca le haría algo así a Cal, pero su actitud me ponía de muy mal humor. Nadie debería tratar así a otra persona.

Al oír el rumor lejano de unas voces, doblé otra esquina para caminar en su dirección. Continué siguiendo las paredes de tonalidad verde clara, agradecido por tener una distracción que me permitiera dejar a un lado lo que acababa de hacer y el acuerdo al que había llegado con los Hados. No me apetecía darle más vueltas.

La mujer empezó a volver en sí. Le hablé con voz tan calmada y amable como pude para que no se despertara y pensara que había sido yo quien la había atacado.

—¿Me oyes, Anastasia? No sé si te acuerdas de mí, pero me llamo Aurelius y soy el príncipe del Reino Luminoso. O, bueno, lo era hasta que destrozaron nuestro castillo… y mi hermana y los Caídos se hicieron con el control. Supongo que ya no sé lo que soy. En fin, que te he encontrado herida y te voy a llevar a que te atienda algún sanador, ¿vale?

Ella levantó la mirada y clavó los ojos marrones en mí por un momento.

—No te he atacado yo —añadí solo por asegurarme de que le quedaba claro.

—Lo sé. Te has acordado de mi nombre —susurró—. Eres el hijo del rey Felix.

Aminoré la marcha durante un segundo.

—¿Cómo lo sabes?

Las voces ya se oían mucho más cerca.

—Cuando siempre te relacionas con las mismas personas, acabas quedándote sin temas de conversación, pero descubres todo lo que hay que saber sobre ellas. Por aquí no somos muchos. —Me ofreció una pequeña sonrisa—. Zef no ha dejado de hablar de su familia desde que llegó, y eso os incluye a Felix, a Tarani y a ti. Tu padre fue un héroe para muchos. He oído hablar tanto de vosotros que creo que podría identificaros tanto a tu hermana como a ti en medio de una multitud.

Sonreí, aunque me dolía pensar en mi padre.

—Zef y tú debéis de estar muy unidos, ¿no?

—Así es —respondió ella despacio.

Después de doblar unas cuantas esquinas más, llegamos a una habitación amplia en la que flotaba un intenso aroma y donde se oían golpes y gente cantando. Olía a limón y a hierbas aromáticas frescas. Al dar unos cuantos pasos más, varios manojos de romero me golpearon en la cara. Estaba claro que habíamos acabado en la cocina.

—¡Anastasia!

—¿Qué ha pasado?

Todas las personas que había allí dejaron lo que estaban haciendo y acudieron en nuestra ayuda.

—¿Estarás bien aquí? —le pregunté al dejarla en una silla al lado del fogón.

—Gracias por no dejarme tirada. —Sonrió—. Eres mi héroe.

—No ha sido nada. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti antes de marcharme?

Dos mujeres ya habían empezado a limpiarle la sangre de la cara.

Ella negó con la cabeza.

—Deberías saber que ya han decidido que serás tú quien se quede con la hija de Zef. Lo anunciarán mañana, cuando los tres os reunáis para el espectáculo.

—¿Espectáculo?

La mujer se tocó la cara hinchada con la yema de los dedos.

—Sí, pero yo no te he dicho nada. Gracias por la ayuda, príncipe Aurelius.

Salí de la cocina y me dirigí hacia el jardín. Todavía tenía que ver a Cal. Mis pensamientos daban un salto mortal tras otro. La felicidad y el nerviosismo que me embargaban se disparaban y caían en picado a medida que iba asimilando lo ocurrido. Conforme iba entendiendo lo que significaba todo aquello.

Recorrí los jardines distraídamente. El cielo se había oscurecido y me recordaba al del mundo humano, que se ensombrecía de noche y se iluminaba durante el día. El frescor del ambiente era de lo más agradable al entrar en contacto con mi piel. Siempre me había encantado despertarme y ver el sol cuando me quedaba en el mundo humano. Me hacía valorarlo mucho más.

Me moría de ganas de ver la cara de Mendax cuando se enterara de que los Hados me habían elegido a mí. Supuse que intentaría matarme. Esa era una de las pocas cosas que podía predecir de su comportamiento. Entonces mi mente imaginó la cara que pondría Cal y de pronto tuve la sensación de haberme tragado un puñado de espinas. Sabía que lo de Mendax la destrozaría.

Yo solo quería ayudarla. Aquella había sido siempre mi única intención.

—Te juro por los soles, Eli, que, si vienes a darme alguna noticia de mierda más, te voy a… ¿Eso es sangre? Pero no es sangre luminosa. ¿Qué ha pasado? —me preguntó Cal, que se había acercado a mí por detrás y me había pillado completamente desprevenido.

—Justo estaba yendo a buscarte.

En cuanto la vi, supe que había hecho bien en tomar aquella decisión. Tenía la mirada casi hueca, como si alguien la hubiera

drenado de vida. Ahora que Cal estaba a mi lado señalándome la camisa, me sentía más en paz con todo lo que había pasado. Lo único que quería era que volviera a reír y sonreír.

—Es de Anastasia. —Cuando me miró sin reaccionar, añadí—: La mujer que nos ha recibido antes, la del pelo castaño. Mendax le ha dado una paliza.

—Ay, santos soles. ¿Qué ha pasado? ¿Mendax está bien?

Sus ojos cansados prendieron fuego.

—Sí, está bien. —Su falta de empatía me causó cierto rechazo—. He ido a buscar ayuda para ella y Anastasia también se pondrá bien.

—¿Por qué lo ha hecho?

Sus preciosos ojos azules comenzaron a perder el brillo de nuevo.

—Eso tendrás que preguntárselo a él —dije encogiéndome de hombros.

Echamos a andar cuando la incomodidad volvió a instalarse entre nosotros.

—¿Qué estabas haciendo cuando te he encontrado? —me preguntó.

Nos detuvimos a admirar un parterre salpicado de flores similares a los tulipanes que brillaban en la oscuridad como si hubiera luciérnagas atrapadas en su interior. Las diminutas motitas de luz escaparon de ellas antes de que el viento las arrastrara a otras partes del exuberante jardín.

—Estaba yendo a buscarte —repetí—. Me sentía mal por cómo habíamos dejado las cosas antes de separarnos.

—No me sorprende viniendo de ti. —Me ofreció una pequeña sonrisa burlona—. ¿Te acuerdas de aquella vez que nos peleamos porque no podías venir a ver el eclipse solar conmigo?

El peso que notaba sobre los hombros disminuyó un poco y pude relajarme. Le devolví la sonrisa al pensar en los problemas tan tontos que teníamos cuando éramos más jóvenes.

—Tenía que acudir a una reunión sobre tácticas de guerra, pero no te enfadaste conmigo por eso.

Cal arrugó el ceño y dejó escapar una risita.

—¿Cómo que no me enfadé contigo por eso? ¡Llevábamos casi un mes entero planeando verlo desde mi tejado!

Negué con la cabeza y sonreí.

—Te enfadaste porque se te cayó el cuaderno al arroyo y la corriente se lo llevó, ¿recuerdas? Yo ni siquiera estaba presente.

Ella se rio y abrió la boca con fingida exasperación. Me encantaba verla tan relajada. Algún día me aseguraría de que se sintiera así cada minuto de su vida.

—Era mi primer cuaderno de campo, y cuando se me cayó, estaba esperando a que llegaras.

La suave brisa que se había levantado en el jardín mecía las flores y las hojas. Cal intentaba una y otra vez apartarse el pelo de la cara, pero no dejaba de metérsele en los ojos cada vez que un mechón o dos se le escapaban. Me coloqué ante ella y le sujeté esos mechones rebeldes para que pudiera peinárselos.

—Pero luego lo encontré por ti.

Un torrente de felicidad se abrió paso por mis venas al recordar la cara que puso cuando le devolví el cuaderno empapado. Nunca se lo había contado, pero pasé casi dos días recorriendo el arroyo con mi apariencia de zorro para localizarlo. Y lo volvería a hacer con tal de verla tan feliz. Se lo merecía.

Cal esbozó una sonrisa tan amplia que casi se le cerraron los ojos por completo.

—Sí, y, como estaba diciendo, pensar que estábamos peleados fue superior a ti, así que, después de aquello, empezaste a venir a buscarme cada vez que creías que me había enfadado contigo.

Me detuve al otro lado del caminito de hierba para ponerme a examinar…, en fin, cualquier cosa que no estuviera tan cerca de ella.

—Pero nunca te llegaste a enfadar de verdad.

Me agaché para oler un arbusto de color azul oscuro. Me llevé una pequeña decepción al descubrir que no desprendía un aroma a bayas como había esperado. De hecho, no olía a nada.

Cal salvó la distancia que nos separaba.

—Ya deberías saber que para mí eso es algo imposible.

—¿Me lo prometes? —insistí.

Necesitaba oír que no se iba a molestar conmigo por lo que estaba a punto de hacer… o que, como mínimo, acabaría perdonándome con el tiempo.

—Te lo prometo. ¿Quieres venir a pasar un rato en la casita en la que voy a dormir? He estado hablando con mi padre.

—Ah, ¿sí? ¿De qué habéis hablado? Me quedaré un rato, porque sospecho que Mendax sufrirá un aneurisma si paso toda la noche contigo. —No pude evitar reírme ante aquella imagen. Un aneurisma se quedaba en nada en comparación con aquello con lo que iba a tener que lidiar pronto.

Cal soltó una larga exhalación y entrelazó su brazo con el mío.

—Pues esa cabrona a la que Mendax le ha dado una paliza me llevó a mi alojamiento, pero no te vas a creer lo que me habían preparado.

Y, así, me contó con todo lujo de detalles lo que había pasado entre su padre y ella. Me quedé en sus aposentos hasta la madrugada. De vez en cuando, Cal hacía una pausa para que yo le diera mi opinión o hiciera algún comentario, igual que en los viejos tiempos. Era justo lo que ambos necesitábamos antes de que tuviera lugar el que seguramente sería uno de los peores días de su vida.

CAPÍTULO 26

Mendax

Al oír un ruido fuera, me incorporé y me cubrí el cuerpo con las sábanas blancas y rígidas.

Un segundo más tarde, alguien llamó suavemente a mi puerta. Era aquel sirviente tan pesado.

—He oído que os habéis despertado, señor, y quería comprobar si necesitabais algo. Os he traído una infusión especial de desayuno. Sé que todavía quedan varias horas para el amanecer, pero parece que tenéis el sueño ligero —divagó el joven.

—Déjala junto a la cama —le ordené con la esperanza de zanjar su parloteo.

Se apresuró a colocar una taza de piedra rebosante de un líquido caliente sobre un paño en la mesita de noche. Lo fulminé con la mirada hasta que se marchó y, una vez libre de su engorrosa presencia, recorrí la estancia en busca de ropa limpia hasta dar con la pila que me había dejado. Por el momento me bastaba con encontrar una camisa, pero estaba claro que no iba a tener tanta suerte. Lo llevaban claro si pensaban que no preferiría salir con la polla al aire y ofrecerles un buen espectáculo antes que ponerme una puta túnica.

Me di por vencido con el tema de la ropa y me tumbé de nuevo sobre el mullido colchón. Tenía la sensación de que habían pasado siglos desde la última vez que mi cuerpo había disfrutado del lujo de una buena cama.

Pese a contar con un colchón decente, sabía que apenas pegaría ojo sin tener a Caly donde no pudiera perderla de vista. Temía no sobrevivir otra noche más en cuanto inhabilitaran nuestros poderes. Al principio, Caly había sido mi mayor preocupación, pero no había tardado en darme cuenta de que estaba en buenas manos y que no la dejarían morir. Incluso un imbécil sin sentimientos se daría cuenta de lo mucho que la quería su padre. Tenerla en el Moirai le había puesto el mundo patas arriba.

Odiaba no compartir mi cama con ella. La razón por la que no había opuesto más resistencia cuando nos habían separado era sencilla: no podía soportar que me viera así, completamente indefenso.

Extendí la mano y traté de crear una nube de humo. Imposible. Si mi padre o mi madre me hubieran visto, probablemente habrían intentado desheredarme. Se me formó un pequeño nudo en el pecho al pensarlo. Era el único que quedaba de mi familia. Si algo salía mal, supondría el fin de los Asesinos de Humo. Al menos, de los conocidos. Cuando Caly y yo saliéramos de allí y regresáramos al Reino Oscuro, pensaba tener muchísimos hijos con ella. Como mínimo, una puta decena.

La sola idea de abrirme paso entre los preciosos pliegues rosados de mi reina y llenarla con mi semilla me la ponía dura. Santas estrellas, era increíblemente hermosa. Sobre todo cuando se ponía respondona… Joder, cómo me gustaba su boca. Me agarré la polla sin miramientos y me la acaricié de arriba abajo. Casi podía imaginármela ante mí. La habría lamido de pies a cabeza si hubiera estado allí conmigo. La habría obligado a desnudarse mientras la miraba. Entonces ella se habría quedado ahí, en su perfecta y gloriosa desnudez, a la espera de su siguiente orden. Como no habría podido ser de otra manera, la habría dejado esperando el tiempo suficiente para ponerla nerviosa e incomodarla. Joder, me encantaba provocarla.

Me masturbé más deprisa imaginándomela expuesta y vulnerable ante mí por no saber qué tenía pensado hacer con ella.

«De rodillas», le habría dicho.

Como era una chica muy mala, no me cabía duda de que habría opuesto resistencia. Me encantaba que nunca obedeciera a la primera. Joder. Seguro que me habría mandado a tomar por culo o me habría amenazado de alguna manera. Un brillo habría prendido en su mirada al ver lo cachondo que me ponía. Entonces le habría ordenado que se metiera mi polla en esa boca tan bonita y que me la chupara.

Me quité la sábana de encima para follarme mi propia mano.

Habría esperado hasta tenerla tan mojada que hubiera acabado chorreando como una perra en celo y entonces la habría obligado a agacharse con el culo bien levantado para mostrarme su coño, empapado y desesperado. Habría restregado mi polla contra sus pliegues hasta que los dos hubiéramos acabado cubiertos de su humedad. A esas alturas, Caly habría acabado pidiéndome que la follara entre gimoteos, así que habría obedecido y le habría dilatado el coño centímetro a centímetro hasta acabar enterrado hasta la base en su interior. Se la habría metido hasta el fondo. Al principio me habría movido despacio, mucho más despacio de lo que a ella le habría gustado, para que se frustrara y se retorciera impacientemente alrededor de mi polla. Luego le habría rodeado la cintura con el brazo para juguetear con su clítoris. La habría notado contrayéndose alrededor de mí mientras la embestía y me la follaba hasta que le lloraran los ojos.

Después le habría pasado tres dedos por su resbaladiza hendidura para empapármelos bien y la habría presionado más contra el colchón con la intención de centrarme en su culito respingón. Le habría separado las nalgas con delicadeza y, si hubiera vacilado, le habría dado un azote lo bastante fuerte como para dejarle la marca de mi mano en la piel. Entonces habría colocado esos tres dedos húmedos justo encima de su apretado agujero trasero, solo para hacerle saber que estaba ahí. Ella habría empezado a gemir mientras yo seguía follándome su estrecho coño, consciente de que tenía sus partes más íntimas y vulnerables expuestas por completo ante mí.

Le habría besado la nuca y le habría introducido dos dedos en el culo sin dejar de follarla. Caly habría gemido y gritado, habría dejado escapar ruiditos inesperados de sus labios. Entonces habría añadido el tercer dedo y la habría penetrado despacio para prepararla para el grosor de mi polla.

«Te voy a follar cada centímetro del cuerpo porque soy tu dueño. Todos tus putos agujeros me pertenecen», le habría dicho después de salir de su coño mojado y sujetarle las caderas.

Al principio habría sido demasiado para ella, pero habría acabado encontrando el ritmo. Justo cuando hubiera empezado a tensarse, cuando hubiera estado a punto de correrse, le habría dado un mordisco tan fuerte en el culo que le habría dejado marca. Joder, le habría encantado. Le habría rodeado el cuello con la mano libre y le habría introducido el pulgar en la boca para demostrarle que podía adueñarme de cualquier agujero que me viniera en gana. Y entonces se habría corrido alrededor de mi polla con un puto grito de guerra.

Joder, estaba a punto de correrme. Extendí la mano hacia la mesita de noche para coger el paño que el sirviente había dejado, pero ya era demasiado tarde. Como apartara la otra mano de mi polla para mover la taza, me iba a pringar los dedos.

Rodé por el colchón y cogí la taza justo a tiempo de derramar mi semilla en la infusión. La punta de mi polla se hundió en el líquido caliente al crisparse.

Me dejé caer de nuevo sobre la cama, agotado, justo cuando oí que la puerta de Aurelius se cerraba. Me levanté para acercarme a la ventana y vi su silueta tras la cortina de su habitación. Se estaba quitando la camisa. Se me empezaron a acelerar los latidos.

Maldito cabrón.

Estaba amaneciendo y acababa de volver al alojamiento que le habían reservado.

CAPÍTULO 27

Mendax

—Estabas con ella —lo acusé.

Aurelius abrió la puerta de su habitación, porque yo ya había entrado en la casita en la que se alojaba.

—¿Qué haces en mi dormitorio? O en mi casa, mejor dicho —preguntó adormilado.

Que no le preocupara que estuviera a punto de matarlo me sacaba de mis casillas. ¿Dónde estaba su instinto de supervivencia?

Lo aparté de mi camino de un empujón y casi me atraganté por el intenso olor a Caly que desprendía.

No puedes matarlo todavía. Su vida sigue ligada a la de tu cachorrito.

Lo fulminé con la mirada.

—Tómate esto. Tienes pinta de estar hecho una mierda —dije ofreciéndole la taza de piedra con la infusión que me había traído el sirviente.

Él la aceptó con un suspiro.

—Estaba con ella. Ha pasado un momento duro con su padre y necesitaba un amigo. No sé si te habrás dado cuenta, pero no se le da muy bien manejar sus emociones, así que siempre acaba recurriendo a la rabia. Pero, bueno, tú sabes lo que es eso mejor que nadie —refunfuñó antes de dar un sorbo de la infusión.

—Creo que ya te había avisado de lo que pasaría si la tocabas, ¿no es así? —le pregunté.

Aurelius se sentó en el banco que había a los pies de la cama.

—¿Cómo sabes que la he abrazado?

Respiré hondo y solté el aire lentamente.

—Porque esa criatura no me ha dado ni un solo respiro desde que la conocí. Su cuerpo, su voz e incluso su olor tienen el mismo efecto en mí que la sangre para una sanguijuela. Nunca me canso de ella, así que mis sentidos la buscan en todo momento como un lobo que gimotea desesperado. Sé que os habéis abrazado. Y muchas veces.

—¿Y? Han trasladado sus aposentos a los jardines. Además, ya te he dicho que no tienes de qué preocuparte porque solo somos amigos. Ahora vuelve a…

—Créeme cuando te digo que no estoy preocupado… por mí. No eres su tipo —lo interrumpí de camino a la puerta—. Espero que fueran abrazos de despedida, porque pronto te mataré.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Por qué estás tan seguro de que seré yo quien pierda hoy la vida? Espero de corazón que guardes algún as en la manga, porque me sabe fatal decirte esto, pero los Hados ya me han elegido a mí.

—Pues es una suerte que me debas un favor, ¿no te parece? Un favor que me puedo cobrar cuándo y dónde quiera. Recuerda que me diste tu palabra en la montaña. —Escudriñé su mirada para asegurarme de que me decía la verdad—. ¿Cuándo te has enterado?

Bajó la vista al suelo, casi como si se sintiera mal por lo que estaba a punto de decirme.

—Anoche, a última hora. Y no voy a hacerte ese favor. Me lo contó la mujer a la que heriste a las puertas de la sala de los Hados después de ayudarla. Deberías dejar de hacerle daño a personas inocentes.

—Se te olvida que me importan una mierda los inocentes o las personas en general. —Me dirigí a la puerta—. ¿Qué tal la infusión?

—Está buena. Deberías tener más gestos amables como este. —Tomó un largo trago—. No sé lo que va a pasar hoy, Mendax —continuó de pronto con tono serio—, pero quiero despedirme de ti también. Me gustaría decirte que siento cómo han acabado las cosas, pero no sería verdad.

Aquel era el problema con Aurelius: era la viva imagen del estereotipo luminoso. A diferencia de los oscuros, la maldad o el engaño no estaban en su naturaleza. Sin embargo, aquel luminoso en concreto se había criado con una reina que contradecía los rasgos de su pueblo. Aunque todo apuntaba a lo contrario, no me habría sorprendido descubrir que Caly se equivocara al creer que era un héroe con olor a flores que les sujetaba la puerta a los demás.

El fae de cabello rubio siguió hablando:

—Sigues sin caerme bien pese a haberte conocido mejor durante este viaje. Hay veces que lo pienso y me resulta desconcertante que Cal pueda quererte tanto como parece. En realidad, la sensación sería la misma con cualquiera que sintiera algo por ti.

Se le formaron dos surcos verticales entre las cejas.

—Si lo que intentas es herir mis sentimientos, me temo que te vas a llevar una decepción. —Me acerqué a la ventana y contemplé la casita en la que me alojaba—. La única criatura capaz de hacerme sentir algo es aquella cuyo aroma vistes como si fuera una puta capa.

—¿Sabes qué? Que me lo creo. Dudo que te preocupes por nada ni nadie que no sea ella. —Se levantó del banco y se colocó delante de mí—. Así que doy por hecho que coincidirás conmigo en que Caly se merece ser feliz y tener a alguien que sepa mantenerla a salvo. Al ser humana, es frágil, y está condenada a llevar una vida breve y mortal. Hasta que encuentre la manera de cederle todos mis poderes, necesita a alguien que le proporcione la vida más segura y feliz posible. Entiendo que tú también quieres eso para ella, ¿verdad? Adiós, Mendax.

A Aurelius todavía se lo podía considerar joven según los estándares fae, pero hacía gala de una seguridad en sí mismo que no había considerado apropiada para su edad hasta que había visto cómo se había enfrentado a mí temiendo que le hubiera hecho daño a Caly.

—Si crees que mi tiempo con Calypso está llegando a su fin, estás subestimando muchísimo la pasión que siento por esta mujer. Estaría

dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Cualquier cosa. Podrías matarme cien veces y yo regresaría siempre con renovada determinación solo por ella. Considera esta mi despedida, héroe del Reino Luminoso. Manda a tomar por culo a Éter de mi parte cuando llegues a los Campos Elíseos, ¿vale? —Le di una brusca palmada en el brazo y me encaminé hacia la puerta, pero me detuve justo antes de salir—. Nunca has sido un auténtico amigo si no has entendido ya que está hecha para mí.

Cerré a mi espalda con semejante portazo que las bisagras de la puerta temblaron mientras me alejaba pisando fuerte.

La necesidad que tenía de verla era tan imperiosa que dolía.

Me detuve en la intersección que se abría ante nuestras casas. Respiré hondo para llenarme los pulmones del aire fresco de la mañana y cerré los ojos para buscar el más mínimo rastro de su aroma. *Putas estrellas del Tártaro*. Estaba loco por ella.

Me detuve en medio del camino y estiré el cuello de lado a lado notando cada crujido y chasquido. Aquel día me encontraba mejor; tan bien como podía encontrarme sin poderes. No me sentía yo mismo, pero al menos no tenía la impresión de estar a punto de derrumbarme cada dos minutos. Pensé en las últimas semanas de viaje. Si no hubiera estado esforzándome tanto en mantener a flote la salud de Caly, habría conservado una mayor parte de mis poderes. Mi cabeza se transformó en un cubo de mnemoilusiones cuando una sucesión de imágenes se adueñó de ella. Vi a Aurelius y a Caly de la mano y riendo. El luminoso me había estado vigilando en todo momento.

Por primera vez, estuve dispuesto a creer que los Hados debían de ser tan grandiosos y omniscientes como se decía, porque, si hubiera tenido más poder, habría matado al fae dorado en el Reino Luminoso, antes siquiera de embarcarnos en aquel viaje, y entonces habría perdido a Caly.

Mis pesadas botas aplastaron la tierra cuando giré bruscamente a la derecha y retomé la marcha sin hacer ruido. Flexioné las manos siguiendo mi instinto, buscando el arropo mortífero del humo.

Aceleré el paso cuando flexioné los músculos de la espalda y mis alas no aparecieron. No me quedaba poder. Ni una gota.

Caly nunca ha tenido poder y mira todo lo que ha conseguido, me dije. *Tú también saldrás adelante*. Merecería la pena si me permitía quedarme con ella. Daría lo que fuera por tenerla a mi lado. Aquel era el trato que había hecho.

Apreté el paso todavía más y acabé saliéndome del camino para correr entre los cuidados parterres, levantando tierra y aplastando las flores que salpicaban el paisaje inmaculado; cada paso que daba en mi apresurada carrera era ligeramente más frenético que el anterior.

Cuando me había presentado ante los Hados, sabía que solo disponía de dos cosas con las que negociar: Caly y mis poderes. Moriría sin la primera y, en su ausencia, mi magia no importaba…, nada importaba. Como era de esperar, mis poderes les habían dado igual. En cambio, mis… habilidades únicas sí que captaron su interés.

Según parecía, la hermana de Caly era una especie de anomalía en la comunidad artemi y necesitaban urgentemente que ascendiera. No me habían dado más detalles, pero tampoco me importaba.

Aurelius no había sido el único que había estado vigilando a Caly y a su padre la noche anterior. Había escuchado todo lo que Zef había dicho sobre las cenizas que Caly llevaba al cuello y ahora sabía que albergaban la última gota del poder de Adrianna y eran el motivo por el que estaba atrapada en el Tártaro.

El corazón me palpitaba con tanta fuerza que, cuando el edificio apareció ante mí, notaba mis latidos como una melodía en el pecho.

Siempre había sido consciente de que los Hados decidirían matarme: nadie querría tener a un híbrido de Asesino de Humo e Instigador suelto por su reino, y menos si ese híbrido era como yo. Pero tenía una moneda de cambio y se la había ofrecido sin dudarlo.

Era el único de nosotros que iría al Tártaro al morir.

Siempre y cuando Caly permaneciera viva, a salvo y vinculada conmigo, estaba dispuesto a ir voluntariamente al inframundo fae para llevarle a su hermana el colgante que contenía su alma y la última gota de su poder. Yo me encargaría de liberar a Adrianna del Tártaro para que por fin pudiera ascender. Además, desde las profundidades del Tártaro, podría vigilar a Caly tanto como quisiera. Habían aceptado mi propuesta solo cuando les había pedido que borraran todos los recuerdos que Caly tuviera de mí para que no intentara ir a buscarme. Pasaría el resto de mis días haciendo las veces de contacto entre los Hados y Kaohs, con quien ya mantenía una relación estrecha.

Me daba igual cómo, pero necesitaba tener a Caly en mi vida de alguna manera.

Iba a cortarle la cabeza a Aurelius en cuanto rompieran el lazo que compartían, antes de que me mataran a mí. No me preocupaba que Solete se pasara de la raya con ella mientras yo no estaba. Sabía que Caly sentía una pasión tan intensa por mí como yo la sentía por ella. Por eso estaba seguro de que mi diablillo acabaría descubriendo todo lo que había pasado y vendría a buscarme. Encontraría la manera de hacerlo, independientemente de que se acordara de mí.

Mis pasatiempos favoritos les resultaban repulsivos a la mayoría de los fae, así que no hacía falta ser muy listo para entender lo que estaría dispuesto a hacer por la mujer con la que compartía un vínculo y de la que estaba enamorado.

Siendo realista, sin mis poderes era débil y vulnerable, pero, por algún motivo, tener la certeza de que podríamos seguir vinculados me hacía sentir más mortífero. No era mi humo lo que me convertía en un asesino. Disfrutaba de la sensación que me embargaba cuando le arrebataba la vida a alguien. Y, en adelante, esa sensación se vería amplificada. Antes de conocer a Caly, mataba por matar inconscientemente. Era una diversión que me permitía sentir algo. Sin embargo, con el diablillo vinculado a mí, sentiría todo lo que ella sentía como si lo estuviera viviendo en persona. Nuestra conexión

me había proporcionado una profusión de sensaciones que jamás habría experimentado de otra manera. Cuando se reía, me embargaba una emoción que antes del vínculo siempre me había sido esquiva. Caly corría por mis venas como un adictivo elixir del que ya no podría prescindir jamás. Y aunque ya no formara parte de sus recuerdos, ella seguiría siendo mía.

Caminé sin hacer ruido y me detuve tras un arbusto para espiar a través de las amplias puertas en forma de alas de mariposa del edificio principal. Me presioné contra las sombras, que, a pesar de no tener poder que cederles, me acogieron en su oscuro abrazo como viejas amigas para mantenerme oculto mientras los minutos pasaban.

El insoportable piar de los pájaros se imponía a la suave música de arpa. Tres artemi ascendidas salieron del edificio y se alejaron por el jardín. Su poder me golpeó como un puño en la sien cuando pasaron por delante.

Sin hacer el menor ruido, me colé por el hueco de la puerta antes de que se cerrara. La suave melodía de cuerda se hundía en el mármol bajo mis pies mientras recorría el vestíbulo vacío. Los escalones querían crujir bajo mi peso, pero fueron lo bastante listos como para no hacer el menor ruido cuando los subí de dos en dos. Los pasillos y las puertas se extendían tan lejos y a tanta altura como me alcanzaba la vista. Oí voces al otro lado del pasillo, así que avancé un poco para esconderme detrás de unas cortinas que colgaban junto a una ventana. Cerré los ojos para dejar que el poder de otro reducido grupo me pasara de largo.

Eran semidioses, mitad fae, mitad dios o diosa. Hasta aquel momento, siempre había pensado que mis poderes eran prácticamente imbatibles. Sabía que los Asesinos de Humo éramos unos de los fae más poderosos de la historia. Al menos, hasta que había percibido el poder de Zef en la montaña. Nunca había sentido una energía tan fuerte antes. Incluso aquí, en el Moirai, el poder de los Hados era el único que superaba al suyo. Si la hermana de Caly

era incluso más poderosa que su padre, no me sorprendía que hubieran aceptado mi trato con tal de sacarla del Tártaro.

Dejé escapar una queda exhalación y giré a la izquierda al final del pasillo, donde notaba el poder de Zef. Si la memoria no me fallaba, no me sentía tan nervioso desde que maté a mi padre. Aquel día me había cambiado para siempre. Me había convertido en una criatura cruel y fría. Mi padre había sido mi mejor amigo. Tener que cargar con la tarea de quitarle la vida para proteger la de mi madre y la mía había apagado un interruptor en mi interior.

Y no quería que ese mismo interruptor se apagara en Caly. No quería que sintiera lo mismo que había sentido yo. Iba a matar a Zef por ella para que no tuviera que cambiar. Seguiría siendo el diablillo perfecto al que tanto adoraba.

Haría lo que fuera por ella si me lo permitía. Yo me encargaría de solucionar sus problemas para que no tuviera que volver a tomar una sola decisión complicada el resto de sus días. Y era irónico, porque pronto dejaría de estar vivo y ella se olvidaría de mí.

Agarré el pomo de latón y lo giré. Abrí la puerta, listo para pelear, pero lo que vi me hizo detenerme.

El intenso aroma de la hierba recién cortada se asentó en mis fosas nasales mientras recorría con la mirada el jardín de una casa oscura que me resultaba familiar, a unos doce pasos de mí. Un halcón pasó volando con un gañido por encima de mi cabeza. Fruncí el ceño al reparar en que donde debería haber habido un techo había un cielo azul claro. Era como si, en vez de haberme metido en una habitación, hubiera acabado justo delante de otra casa.

Una casa oscura en la vía de lo Arcano.

CAPÍTULO 28

Mendax

No perdí tiempo dando una vuelta alrededor de la casa. Sabía que Zef estaba allí dentro; percibía su presencia. Accioné el tirador negro y abrí la enorme puerta lo justo para colarme dentro.

—Pero ¿qué…?

El viejo apareció en el vestíbulo antes de que me diera tiempo a reaccionar. Irradiaba tal cantidad de poder que me vibraban los huesos. Era clavadito a ella, y me daba en la nariz que eso iba a ocasionarme problemas.

—Tengo que hablar contigo sobre tu hija —le dije, y, a pesar de no tener poderes, ya se me aceleraba el pulso ante la promesa de una buena pelea.

La expresión de Zef se suavizó cuando mencioné a Caly, pero se mantuvo serio.

—No deberías estar aquí. Los Hados ya han fijado el juicio para esta tarde, así que te animo a despedirte de tus amigos, Asesino de Humo.

Parecía amable y cansado mientras hablaba, pero había algo escondido en su interior que desataba una carga de electricidad por mi piel.

Me odiaba.

—No te preocupes, viejo —dije con una sonrisa—. Me aseguraré de darle a Aurelius la despedida que se merece llegado el momento.

La intensidad que vi en sus ojos azules cuando los clavó en los míos fue tal que tuve que devanarme los sesos intentando recordar si los artemi eran capaces de colarse en la mente de los demás. Me parecía que no. Yo era un Instigador, igual que mi padre, pero mi poder no alcanzaba a manipular a los fae más fuertes. En cualquier caso, al haberme quedado sin poderes, tampoco habría podido impedírselo.

—Yo también tengo un par de cosas que comentarte sobre mi hija, ¿sabes? —Apartó la mirada y se dio la vuelta—. Acompáñame —me pidió con tono seco y echando a andar sin esperarme.

Yo lo seguí, buscando cualquier cosa que me sirviera para cubrirle la cara. No iba a poder tocarlo si reconocía el más mínimo atisbo de Caly en sus facciones. Pero no vi ni un saco de harina, ni un delantal, ni un abrigo, nada. Era como si supiera que su mejor defensa para evitar que le diera una paliza era mantener la cabeza descubierta.

Lo seguí hasta una espaciosa sala de estar revestida de cuadros y tapices. El interior parecía distinto ahora que estaba iluminado. La estancia en la que nos encontrábamos era mucho más oscura que el vestíbulo donde habíamos estado hacía un momento y su principal fuente de luz era una gran chimenea construida con enormes sillares. Frente al fuego, dispuestas en semicírculo, había unas amplias butacas de cuero.

Capté el olor de Caly.

Me volví al percibir un movimiento en una esquina, preparado para enfrentarme a un posible ataque. Se suponía que los artemi eran pacíficos, pero había visto de lo que eran capaces durante la guerra contra los Asesinos de Humo.

—¿Nervioso? —preguntó el hombre con una nota de diversión en la voz al sentarse en una de las butacas.

¿Estaba Caly allí?

Las diez mariposas cristal, como mínimo, que se encontraban en la estancia oscura salieron volando de la enredadera blanca que

había en una de las paredes. La planta, que crecía entre varias fotografías, me llamó la atención.

—Es una accipere. —Ladeó la cabeza al contemplarme fascinado—. Cada vez que me embarga la nostalgia por mi familia, contemplo esa planta. Es la única fuente de esperanza que tengo desde que llegué aquí.

A no ser que pudiera utilizarla para taparle la cara y poder matarlo, la planta me importaba una mierda. Una manta de lana color crema reposaba en la butaca de cuero que tenía al lado. Me serviría.

Me moví con impaciencia para coger la manta.

—La accipere es única en su especie. Tiene o, mejor dicho, tenía algo que necesitaba. Era un tipo de material que presentaba algunas de mis propias características. Mi intención era hacerle a Calypso un regalo con ella con la esperanza de poder visitarla un día y arreglar las cosas. —Hablaba con tanto orgullo que casi sentí pena por él. Casi.

Noté que se me marcaba el hoyuelo de la mejilla.

—Si me dices dónde está, con muchísimo gusto se lo haré llegar, aunque he de confesarte que, si no es un arma, dudo que lo quiera.

Su mirada se endureció.

—Llevo esperando desde mucho antes de que naciera para darle este regalo —señaló con frialdad—. ¿Qué es lo que querías contarme sobre mi hija?

Todavía tenía que ver a Caly antes del juicio, así que no podía permitirme perder mucho más tiempo. *Cojo la manta, le cubro la cara y lo mato.* No tenía por qué hablar con aquel cabronazo, pero, por algún motivo, no fui capaz de morderme la lengua.

—¿Cómo pudiste abandonar a esa mujer? —Sentía que me empezaba a enfadar—. Yo apenas fui capaz de pasar quince días alejado de ella sin volverme loco. Tú…, tú tuviste la oportunidad de estar con tu hija cada día… durante años y la desperdiciaste. Echaste a perder un tiempo que podrías haber compartido con ella.

Él agitó las manos con tranquilidad, pero un estallido de dolor se adueñó de su mirada.

—Yo nunca quise separarme de ellas, créeme. Nadie quiere abandonar a su familia. Pero no tuve otra opción, porque allí no estaba a salvo. —Su rostro moreno adquirió un tono rosado—. ¿Cómo me has encontrado? —Se puso de pie y alzó la voz—. Percibiste mi poder, y eso que estoy solo. No te haces una idea de lo fácil que habría sido dar con nosotros si Adrianna y yo nos hubiéramos escondido juntos. ¡Todo habría sido mucho más peligroso para ellas si me hubiera empeñado en quedarme!

Sonreí con suficiencia al comprobar lo fácil que era sacarlo de sus castillas.

—Si yo fuera tan poderoso como tú, me habría quedado a su lado para protegerlas y les habría enseñado a hacer lo mismo.

La sangre me ardía como un torrente de lava. Había hecho más daño a Caly que ninguna otra persona en el mundo e iba a pagar por ello. Me daba igual que fuera el fae más poderoso que hubiera conocido nunca. Moriría igual que el resto.

—¡No tenía forma de protegerlas! ¿Es que acaso no entiendes cómo trabajan los Hados? Todo esto ya estaba decidido mucho antes de que me convocaran para ascender. No se puede luchar contra el destino. ¡Lo mejor que podía hacer era venir aquí e intentar ejercer cierta influencia en las decisiones de los Hados! —Rodeó el semicírculo de butacas y se detuvo ante mí—. Mira a tu alrededor. ¿De verdad crees que las habría abandonado por voluntad propia? ¡Habría hecho lo que fuera por mis hijas! ¡Lo que fuera! ¿Tú qué has hecho? ¿Matar a unas cuantas personas y beber los vientos por ella? ¡Su madre vendió su alma a Kaohs para poder ir a los Campos Elíseos y estar con Adrianna cuando le llegara la hora! ¡Tú no sabes nada de lo que mi familia y yo hemos tenido que pasar!

Mientras agitaba las manos enrabietado, estudié los cuadros que decoraban la pared. Enseguida reconocí a Caly de pequeña, acompañada de otra niña. Debía de haber unos mil cuadros diminutos colgando de la pared entre las plantas y los tapices.

Llegaban tan alto que me di cuenta de que el techo también estaba cubierto de los retratos de sus hijas.

—Entonces, ¿los tres ibais a reuniros en los Campos Elíseos y a dejar a Calypso sola de nuevo?

No lo entendía.

—Recuérdame cuántos hijos tienes, Mendax. Te comportas como si supieras lo que supone ser padre. —Negó con la cabeza—. No tienes ni la menor idea de lo que hablas.

—Puede que tú seas su padre, Zef, pero ahora yo soy su papi en la cama. —Sonreí con suficiencia—. Y no vas a volver a hacerle daño nunca más, porque yo no voy a permitirlo.

—¿Crees que puedes herirme, Asesino? Me marché para que mi hija tuviera la oportunidad de llevar una vida exenta de odio y crueldad y lo único que conseguí fue que el mundo la hiciera pedazos, pedazos y más pedazos hasta que en ella no quedó más que ese mismo odio y esa misma crueldad de los que quería protegerla. Y tuve que verlo todo desde aquí mientras lo único que la empujaba a salir adelante era el odio que siente por mí. Por si fuera poco, en todo este tiempo, no he podido ayudarla más que en las contadas ocasiones en que logré convencer a los Hados de que encasquillaran alguna que otra arma. Tú no has experimentado un tormento así en la vida y espero de corazón que nunca tengas que hacerlo.

Se oyó un sonido amortiguado en la estancia. Pese a la amenaza que suponía, Zef apartó la vista de mí para centrar su atención en una de las esquinas de la sala. Un destello de preocupación ausente en él hasta hacía un momento lo empujó a abrir los ojos de par en par y le dibujó una arruguita entre las cejas.

Como buen oportunista que era, aproveché la ocasión para golpearle en la nuca con los puños y conseguí hacerle caer al suelo mientras se cubría la cabeza. Si hubiera tenido un instante para reaccionar, el artemi podría haber frenado mi ataque sin despeinarse, pero yo había sido más rápido. Cada golpe que le asesté iba seguido de otro inmediatamente después.

—Tú… le… hiciste… daño… a Caly… y…, ahora…, yo… te lo haré… a ti.

Me había convertido en un animal salvaje. Le di patadas y puñetazos pensando en Caly, obligada a construirse una coraza porque no había tenido a nadie que la protegiera.

—Eso se acabó —gruñí.

Zef rodó por el suelo intentando alejarse de mí, pero yo se lo impedí. Mientras me desquitaba, apenas respiraba entre golpe y golpe.

—Dile que siempre la he querido —dijo con voz ronca desde donde estaba aovillado en el suelo—. Tal vez a ti te crea. Tal vez tú puedas protegerla mejor que yo.

Ya ni siquiera trataba de defenderse de mis violentos ataques.

—¡Para! ¡Para!

Noté algo en el brazo, pero no bastó para sacarme del trance rabioso en el que me había sumido. Al menos, no hasta que volví a captar su olor.

—¡Espera, Mendax! —me pidió Caly mientras intentaba apartarme de su padre.

No entendía lo que estaba haciendo.

—Tú… No podía… No tienes que encargarte tú de matarlo. No quiero que cambies —jadeé deteniéndome un instante para mirarla.

—Espera. ¡Ya no estoy tan segura de querer matarlo!

Me tuve que esforzar por asimilar sus palabras con la adrenalina todavía corriéndome por las venas. Sus manos, apoyadas sobre mi pecho, se llevaron una buena parte de mi concentración. Tenía los ojos muy abiertos, con expresión vulnerable. Recorrí la estancia con la mirada al darme cuenta de que había salido de la nada.

—Estaba en ese rincón, detrás del tapiz. Había venido a matarlo yo misma, pero entonces has aparecido y… —Me agarró de los brazos y me alejó del cuerpo ensangrentado de su padre—. Lo he…, lo he escuchado todo.

Caminó describiendo un pequeño círculo mientras se sujetaba la cabeza entre las manos.

El ruidito que habíamos oído lo había hecho ella.

Santo Kaohs, qué puta mujer más increíble.

—Esta era la oportunidad que estabas esperando, ¿no? Encárgate tú de acabar con él si quieres —le dije respirando todavía con dificultad. Notaba sus dudas y su confusión a través del vínculo.

—No, te digo que… No sé. Creo… —Estaba demasiado abrumada.

—Más te vale poner tus pensamientos en orden rapidito, porque en cuanto se levante la cosa se va a torcer para los dos. ¿Estás intentando decirme que no quieres que mate a tu padre?

Zef se incorporó y se sacó con tranquilidad un pañuelo de tela blanco de la túnica para limpiarse la sangre de la cara con una serie de gruñidos que daban a entender que la paliza no le había dolido tanto como lo había exasperado.

Al ver que Caly clavaba sus enormes ojos azules en él como si lo estuviera viendo por primera vez, supe que ya no quería que su padre muriera. Una parte de mí se alegraba de que no tuviera que pasar por lo mismo que yo con mi padre, pero otra se negaba a escucharla. Quería seguir adelante y matarlo igualmente por haberle hecho daño. Ahora que Caly era mía, no toleraría que nadie le hiciera daño sin sufrir las consecuencias.

Zef le dedicó a su hija un asentimiento solemne, como si temiera que fuera a cambiar de opinión si se dirigía a ella directamente. Tras quitarse casi toda la sangre de la cara, no parecía tener ni un solo rasguño, lo que me hacía preguntarme si de verdad había logrado derribarlo o si él se había dejado.

—No sé lo que espero de ti, pero no quiero ser la responsable de tu muerte si decido que necesito más información —concluyó Caly con firmeza.

El silencio se prolongó mientras Caly y Zef se miraban con cierta agitación. Pese a la tensión que se respiraba en el aire, era evidente que algo estaba cambiando entre ellos.

—Entonces, ¿has venido a matarme pese a lo que hablamos anoche? —Su pregunta parecía más una muestra de curiosidad que

una acusación—. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea? Sé que llevabas ahí escondida una hora por lo menos.

Dio un paso hacia ella, pero yo me interpuse en su camino y le impedí acercarse más.

Escudriñó mi mirada sopesando si estaba de verdad preparado para detenerlo. Cuando comprendió que, efectivamente, lo estaba, un destello surcó sus ojos (¿una muestra de respeto tal vez?) y me ofreció un pequeño asentimiento de cabeza a la vez que me daba una palmadita en la espalda y me rodeaba sin inmutarse.

—Si te soy sincera, lo que me ha detenido han sido las plantas. —Caly encontró mi mirada para asegurarse de que me había calmado y no iba a interponerme más antes de acercarse a una de las plantas de la mesa, colocada bajo una amplia esfera de vidrio—. Me gustaría saber más cosas sobre ellas. En cuanto he entrado aquí, antes de que Mendax llegara, me he entretenido más de la cuenta mirando esta planta. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Zef ladeó la cabeza para señalar un grupo de mariposas cristal junto al que revoloteaban dos mariposas luna.

—No se han alejado del tapiz ni cuando su rey ha entrado en la estancia. Además, aunque solo dispones de una gota del poder de Adrianna, puedo sentirlo.

Caly asintió en silencio.

—Y hablando de eso… —Zef carraspeó, se pasó una mano por la cara y tiró el pañuelo ensangrentado en una mesita auxiliar—. Tienes que devolver el poder animal de Adrianna antes de reunirte con los Hados.

Noté que a Caly se le aceleraba el pulso.

—Pero… no. ¿A quién se lo doy? No…

Al ver que se ponía roja y los labios le empezaban a temblar, me acerqué a ella y me crucé de brazos mientras esperaba en silencio la más mínima señal por su parte que me diera vía libre para volver a intentar matar a Zef.

—Fusionaré la gota de poder con la parte de su alma que guardas en el collar. Puedes quedártelo hasta que los Hados decidan cómo

devolvérselo.

El padre de Caly señaló las butacas que había junto a la chimenea con la mano para que nos sentáramos y esperé a ver qué hacía ella para seguir su ejemplo.

—Pero… —Los ojos de Caly brillaron al reflejar la luz de las llamas mientras se debatía internamente—. Lleva mucho tiempo formando parte de mí. No… Es la única manera que tengo de sentirla cerca. No sé qué voy a hacer si no puedo sentirla ni a ella ni a los animales. —Se le rompió la voz.

—Lo entiendo, pero ya es hora de dejarla marchar. No es justo que Adrianna permanezca atrapada en el Tártaro solo porque tú quieres sentirte un poco más cerca de ella. Esa es la parte más dura de la pérdida…, dejar marchar a esa persona a la que solo quieres aferrarte con más fuerza porque ya se ha ido. Sin embargo, también nos impide procesar nuestro dolor y aprender a seguir adelante.

Se llevó el pulgar y el índice a los ojos como si él también estuviera intentando contener las ganas de llorar.

Tras pasar unos instantes en silencio, Caly se llevó las manos a la nuca, se quitó el collar de oro blanco y lo contempló durante un minuto antes de darle un beso y entregárselo a su padre.

—Voy a neutralizar su poder y a devolvérselo a la parte de su alma que reside en el colgante. Tú no sentirás nada, te lo prometo.

Zef se había arrastrado hasta el borde de su butaca para alcanzarla más fácilmente. Caly asintió mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

Sentía su profunda tristeza a través del vínculo. Una buena parte de mí sufría al verla así. Quería hacer algo para aliviar su dolor, pero también necesitaba el colgante para llevarlo hasta el Tártaro cuando me mataran dentro de unas horas, aunque ni Caly ni su padre estaban al tanto de ese detalle.

Extendí el brazo y le di un apretón en la mano. Era un gesto que me resultaba de lo más infantil, pero pensar que pronto me olvidaría hacía que el deseo de tocarla fuera irrefrenable. Sabía que aquello sería algo temporal y que el vínculo que compartía con ella

permanecería intacto. Estaría al tanto de todo lo que sintiera, incluso si no podía regresar a su lado para apoyarla, y me aseguraría de proporcionarle toda la ayuda que necesitara.

Zef cerró los ojos durante un momento y percibí una especie de descarga. La habilidad que tenían los artemi para arrebatar los poderes ajenos era aterradora, y que lo hicieran con tanta facilidad me ponía los pelos aún más de punta.

A Caly se le cerraron los ojos mientras se aferraba con fuerza a mi mano. Se estaba desmoronando. Su principal objetivo en la vida había sido llegar hasta allí, y ahora que por fin lo había conseguido, su mundo se había puesto patas arriba. Pero yo sería suyo y ella sería mía pasara lo que pasara. Estaba absolutamente dispuesto a dedicar el resto de mi existencia a ayudarla a recomponerse. De hecho, lo prefería así. ¿Cómo si no iba a esconder pedacitos de mí entre las fisuras que se habían abierto en su corazón?

—Tenía la esperanza de darte esto antes, pero… —Sacó un reloj de bolsillo de cristal con una flor diminuta dentro—. Me temo que no nos queda mucho tiempo antes del espectáculo.

—¿Qué espectáculo? —preguntó Caly abriendo los ojos de golpe.

—Espectáculo, juicio… Por desgracia, en este caso son sinónimos —murmuró Zef.

Se levantó de la butaca con el colgante en la mano y se acercó a la pared de la planta blanca. Caly lo siguió con la mirada como un halcón cuando metió la mano en el macetero de piedra y rebuscó durante un momento en su interior. Movió unas cuantas setas moradas de sitio antes de sacar una de las dagas más singulares que había visto nunca. Su hoja simétrica acababa en una punta afiladísima y delgada como una aguja y, en vez de ser de acero, estaba hecha de cristal. La empuñadura esmerilada parecía normal salvo por la figurita transparente e increíblemente detallada que brillaba en su base, justo encima de la cruceta.

Caly tomó el arma con una profunda bocanada que rompió el silencio de la habitación.

La cruceta estaba hecha con dos tallos de helecho que se curvaban ligeramente antes de enroscarse alrededor de la hoja. Los tallos verdes, lisos y resplandecientes, daban la impresión de estar hechos de algún tipo de mineral.

—Es el arma más bonita que he visto nunca. Se parece mucho a la que he utilizado cuando te he herido en el hombro —comentó Caly, que contemplaba el arma con avidez, casi como sumida en un trance.

En ese preciso momento, decidí que robaría la daga para ella antes de salir de allí. Valdría la pena solo por conseguir que me dedicara una mirada como aquella, aunque fuera solo mientras se la ofrecía.

La tensión que se había respirado entre Caly y su padre hasta aquel momento se había transformado en algo que no supe reconocer en absoluto, pero que, fuera lo que fuese, ya no tenía nada que ver con el odio.

A Zef se le iluminaba el rostro marchito al ver cómo Caly contemplaba el arma que sostenía en las manos. El artemi regresó a su butaca para sentarse junto a Caly sin poder contener apenas su sonrisa.

—Opino lo mismo. La han terminado esta mañana. Me alegro de que te guste porque, aunque depende del veredicto de los Hados, la daga ya es tuya.

CAPÍTULO 29

Caly

—¿Por qué depende tu regalo del juicio?

Si la daga me la hubiera ofrecido cualquier otra persona, no habría estado segura de poder aceptarla. Era sencilla pero demasiado exquisita al mismo tiempo. Sin embargo, me costaba mucho menos cogerla sabiendo que era un regalo de mi padre, el mismo hombre que había abandonado a mi familia.

—Extiende un dedo. Tengo que pincharte la yema con la hoja para que la daga esté completa —murmuró Zef mientras me agarraba una mano con delicadeza.

Mendax, que estaba sentado en otra butaca, se puso tenso.

—Te sugiero que te apartes de ella si no es para darle la daga y permitirle que te rebane el cuello con ella.

Mi padre dejó escapar una suave risita y ese sonido sorprendentemente reconfortante se derramó sobre mí y me calentó el pecho como una taza de té caliente.

—Me cuesta imaginar cómo se las ha arreglado Aurelius para sobrevivir a vuestro viaje teniendo a un oscuro tan enamorado de acompañante —comentó al tiempo que sus ojos azules se suavizaban un poco al ver que le devolvía la sonrisa.

Luego la desvié hacia Mendax. La posibilidad de perderlo incluso teniéndolo al lado debería aterrarme. El corazón se me estremecía de miedo solo de imaginármelo. Si no tenía forma de llegar hasta Adrianna, al menos debía encontrar la manera de devolverle su poder para que por fin pudiera descansar en los Campos Elíseos. Por

lo menos mamá la estaría esperando y no volvería a quedarse sola. Y si alguien podía ayudarme a encontrar la manera de hacerle llegar el collar, ese era Mendax. Había comentado en numerosas ocasiones que se llevaba bien con Kaohs, el guardián del Tártaro. Él me ayudaría a solucionarlo todo.

Esbocé una sonrisa más amplia y Mendax se recostó contra el respaldo de su butaca como un perro guardián, a la espera de recibir la orden que le permitiera entrar a matar.

—Estoy bastante segura de que no habría sobrevivido si no hubiera estado ligado a mí —respondí al caer en la cuenta de algo que me hizo apartar la mano de la de mi padre de inmediato. Mendax se levantó de un salto de su butaca ante mi reacción—. Tienes que hablar con los Hados antes del juicio. Voy a pedirles que corten el lazo que comparto con Eli. —Tragué saliva y me dio la impresión de que tenía la garganta llena de cristales ardientes—. Pero tienes que asegurarte de que le perdonan la vida.

De pronto la estancia se me antojaba demasiado pequeña, claustrofóbica. Descubrir que Adrianna estaba atrapada en el Tártaro había trastocado mi plan de quitarme de en medio y me había dejado atrapada en una horrible situación de la que no sabía cómo salir. Ante el silencio que sucedió a mis palabras, enseguida supe que aquello no sería posible.

—Lo siento muchísimo, cielo, pero me temo que es demasiado tarde. —Mi padre me cogió la mano de nuevo y agachó la cabeza con una mueca de dolor—. Uno de los dos morirá al romper el lazo. Y lo mismo ocurriría en caso de romper el vínculo. La víctima será quien los Hados decidan. Son implacables. De hecho, tendremos suerte si te dejan marchar, porque eres una humana sin poderes entre los fae. Los humanos no suelen tener la suerte de abandonar su mundo y vivir para contarlo.

—Pero ¿por qué? —pregunté con voz temblorosa.

Mi padre profirió un largo suspiro y me estrechó la mano suavemente. Me resultaba extraño sentirme tan reconfortada por alguien a quien había odiado toda mi vida.

Tan pronto como había entrado en aquella casa para matarlo esa mañana y había visto las fotos de Adrianna y yo, que ocupaban toda una pared y buena parte del techo, había comprendido que no era el hombre horrible, detestable y negligente que siempre había imaginado. Jamás se me había pasado por la cabeza pensar que me conocía o que se había mantenido al tanto de mi vida como buenamente había podido dadas las circunstancias. Ahora entendía por qué había intentado impedirnos llegar al Moirai. Para mí había sido imposible no ponerme en lo peor y rellenar las lagunas y espacios vacíos de mi cabeza con todas las razones por las que le habría resultado fácil abandonarme. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que se hubiera marchado en contra de su voluntad. Aquella idea tan sencilla iba acompañada de un rayo de esperanza que me incitaba a pensar que tal vez yo no era una persona tan prescindible como siempre había creído.

En aquel momento comprendí que en el fondo nunca había odiado a mi padre. Odiaba al personaje que había construido en mi cabeza y había decidido llamar papá. Había cogido cada incógnita y pregunta sin resolver y les había dado una respuesta movida por el odio porque había sido más fácil que vivir con el dolor de la incertidumbre. El primer susurro de la pena me había golpeado tan fuerte que me había obligado a crearme una coraza a mi alrededor para sobrevivir. Y nada crea unos muros tan resistentes como el odio. La realidad era que solo era una niñita asustada que se había quedado sola y no tenía otra cosa con la que entretenerse que los personajes imaginarios que ella misma había creado. Uno de ellos había sido mi padre, pese a que nunca había sabido nada de él, ni siquiera el motivo por el que me había abandonado. Ahora no podía evitar verlo con otros ojos.

—Para los Hados, la vida es una partida de ajedrez. Ninguno de nosotros entenderá jamás cómo actúan y qué es lo que hacen. Yo hace ya tiempo que dejé de intentar entenderlos. Los artemi que hemos ascendido los ayudamos a concretar los detalles de sus planes cuando nos necesitan, pero suelen ir tantos pasos por

delante de nosotros que lo normal es que no hagamos más que interponernos en su camino. Lo más seguro es que ya tuvieran decidido quién va a morir antes siquiera de que te mandaran llamar. Todo esto no es más que una pantomima con la que entretenerse.

Sostuvo la punta de la daga contra mi dedo y esperó a que yo misma me la clavara. Abracé con gusto el dolor que acompañó al gesto. Una gota carmesí brotó enseguida de la yema de mi dedo, pero, en vez de coger la gota de sangre, como yo esperaba, mi padre me apartó con delicadeza el dedo manchado de sangre de la daga. Luego me indicó que ya había terminado y orientó la punta esmerilada de la preciosa arma hacia el techo.

Mendax, que no se había apartado de mi lado, me cogió la mano de nuevo y, en vez de rodearla con la suya, me deslizó la lengua cálida por el dedo. Giré la cabeza para mirarlo y encontré sus firmes y deliciosos ojos azules clavados en los míos.

Mendax tenía la habilidad de darle un carácter peligroso y lascivo incluso a algo tan insignificante como una herida en el dedo. Era el pecado personificado, con alas de humo y cuerpo de guerrero. Si no encontraba la manera de quedarme con Adrianna en los Campos Elíseos y me veía obligada a vivir, habría de decidir cómo seguir adelante, pero tenía claro que quería hacerlo con Mendax a mi lado.

No quería que Eli muriera, pero necesitaba que Mendax sobreviviera.

—Bueno —concluyó mi padre devolviendo mi atención a la gota carmesí que había corrido por el centro de la hoja esmerilada—. Ya está hecho.

Esbozó una sonrisa tan luminosa que avergonzaría al mismísimo sol.

—¿Lo de la sangre era para la daga? Pensaba que la usarías con el collar —dije notando un incómodo hormigueo de curiosidad trepándome por el cuello.

¿Por qué había sangre dentro? ¿Qué tenía de especial aquella daga? Sabía que había algo que me estaba perdiendo. Bastaba con mirarla para comprender que era un arma única.

—Ah, sí, las cenizas de tu hermana. —Apoyó la daga sobre su regazo y abrió el puño para mostrar el colgante que le había dado. Apretó los labios en una línea compungida—. Me alegro de haber podido sostenerla de nuevo. —La fina línea de sus labios se transformó en una sonrisa y se le humedecieron los ojos. Abrió el enganche del collar y esperó a que yo bajara la cabeza antes de retirar las manos y recostarse contra la butaca—. También está hecho. La última gota de poder de Addy se ha fusionado con el pedazo de su alma que albergan sus cenizas. Estoy seguro de que los Hados no tardarán en hacérselo llegar. Me mata pensar en mi dulce niñita, atrapada en ese agujero de depravación.

Me mordí el labio y desvié la mirada de él. Encontraría la forma de hacerle llegar el collar. Aquel sería mi único objetivo en adelante. Con los ojos empañados en lágrimas, reparé en un retrato de Adrianna que me hizo levantarme de la butaca.

Si no hubiera tenido sus enormes ojos azules tan presentes a todas horas, todos los días, no habría reconocido a la mujer del cuadro. El intrincado marco negro volvía confusos los bordes oscurecidos del retrato en contacto con la pared ligeramente iluminada, de manera que casi parecía estar flotando. La melena entre dorada y castaña le llegaba a la altura de la barbilla en forma de uve y resaltaba sus ojos azules, que miraban hacia la derecha. Su expresión nerviosa acentuaba tanto el parecido con mi madre que se me formó un nudo en el estómago.

—¿Este retrato se lo pintaron estando en el Tártaro? —pregunté mirando a mi padre, que se había levantado y se había detenido a mi lado.

—Así es —confirmó con solemnidad.

—¿Cómo lo has conseguido?

Volví a admirar los detalles del retrato para intentar memorizar todas y cada una de las pecas que le salpicaban el puente de la nariz y que no estaban ahí cuando tenía seis años.

—Ser un hombre poderoso tiene sus ventajas —dijo con suavidad al tiempo que dejaba la hermosa daga en la mesa y se alejaba de

las butacas.

Clavé los ojos en la enredadera blanca de cuya maceta había sacado la daga y las pequeñas setas moradas que había apartado llamaron mi atención. Su sombrero era puntiagudo, tan alto que se curvaba ligeramente en los extremos. La planta en sí no tenía color, lo que significaba que carecía de clorofila, así que ¿cómo se las arreglaba para crecer?

—Los hongos —murmuré respondiéndome yo sola a la pregunta.

—¿Te han llamado la atención los ejemplares de *Monotropa uniflora vitis*? —preguntó mi padre con evidente fascinación.

—Consiguen sus nutrientes recurriendo al parasitismo, ¿no es así?

Su rostro se iluminó otra vez y una nueva sensación que no supe identificar me golpeó en la boca del estómago.

—Veo que sigues siendo una apasionada de la botánica. Siempre me he preguntado si no sería un componente más de tu fachada.

Noté la mirada de Mendax recorriéndome el cuerpo desde la butaca en que seguía sentado y un escalofrío me trepó por la nuca.

Cuéntale qué otra cosa te apasiona, cachorrito.

Dejé el hongo que había cogido y me volví para ver a Mendax levantándose de la butaca con total despreocupación. Me guiñó un ojo.

El vínculo. ¿Todavía podemos utilizarlo aquí?, le pregunté mentalmente.

Por supuesto. El vínculo no es un poder. Somos solo nosotros.

Se lamió el labio inferior mientras me contemplaba de pies a cabeza y viceversa.

—La planta recurre a una estructura llamada haustorio que…

—Que penetra en el tejido del huésped para robarle sus nutrientes —añadí con una sonrisa mientras le daba la espalda a Mendax y me volvía para mirar a mi padre—. Es un holoparásito, lo que significa que no es capaz de hacer la fotosíntesis y depende de su huésped, en este caso los hongos, para sustentarse. Al mismo tiempo estos se alimentan de los azúcares de la planta. Por eso es

capaz de crecer en una habitación oscura donde no entra la luz del sol.

Hablé con orgullo, lo cual me resultó raro, porque nunca me había molestado en impresionar a nadie en mi vida. Al menos, no hasta hacía un segundo y medio.

Mi padre dio una palmada, emocionado.

—Puede que sí que corra algo de sangre fae por tus venas mortales después de todo —rio.

Mi expresión cambió por completo.

—¿Qué tal le va a mamá en los Campos Elíseos? Antes has dicho que tenías mucho que contarme. Bueno, pues ha llegado el momento. ¿Cómo ha acabado ahí siendo humana? ¿Llegasteis a casaros? ¿Qué…?

—Vale. —Mi padre levantó las manos y habló con delicadeza—. Mereces que te lo cuente todo. Estás en tu derecho. —Echó un vistazo a la puerta—. Y espero no ser un necio por albergar la esperanza de que tengamos muchas más oportunidades de pasar tiempo juntos. Sin embargo, cada segundo cuenta antes del juicio, y en cualquier momento alguien te traerá la ropa para esta noche. ¿Te importaría hacerme ahora las preguntas más apremiantes?

Tenía tantas que mi cerebro estaba a punto de cortocircuitar. Abrí y cerré la boca mientras intentaba decidir cuáles consideraba más importantes.

—Tu madre y yo nunca nos casamos —dijo apiadándose sin duda de mí.

—¿Os queríais? —No sé por qué pregunté eso. No importaba mucho, pero una parte de mí necesitaba saberlo.

—Muchísimo. Tu madre solía decir de broma que se iba a tatuar mi cara sobre el cráneo del esqueleto de su pecho. —Cuando se reía, sus ojos se transformaban en un par de orbes felices y brillantes—. Yo le respondía que solo conseguiría que Kaohs escapara del Tártaro a golpes para borrárselo.

Volví a quedarme inexpresiva.

—¿Qué?

¡Me cago en mi impía vida! ¿El puto Kaohs le tatuó un esqueleto a tu madre? ¿Por qué nunca me lo habías comentado, Calypso?, preguntó Mendax a través del vínculo.

Fruncí el ceño. No tenía tiempo de lidiar con la rabieta del muy cotilla por no haberle contado cada detalle de mi vida.

—¿Por qué querría Kaohs borrárselo? —le pregunté a mi padre. Un hormigueo inquietante me puso la piel de gallina mientras mi nerviosismo iba en aumento.

—¿No sabes lo del tatuaje de tu madre? ¿El del esqueleto que sostiene unas llaves maestras? —preguntó Zef con una amplia sonrisa.

¡Santas estrellas, Calypso! Tu madre era una…

Agité la mano en el aire para mandar callar a Mendax con mala cara.

—Sí, me acuerdo del tatuaje de mamá, pero ¿qué tiene que ver con Kaohs? —Se me agudizó la voz, pero seguía tratando de mantener la calma.

Zef se puso serio y ladeó la cabeza ligeramente.

—No te lo contó.

—¿El qué? —Me temblaba la voz—. ¿Qué es lo que no me contó?

Tu madre era una niña cambiada.

Me volví de golpe para mirar a Mendax, que se había acomodado en la butaca que había junto a la mesa donde descansaba la daga.

Una niña cambiada. Una niña cambiada. ¿Qué coño significaba eso? Nunca había oído esa expresión. Me giré para mirar a mi padre de nuevo, boquiabierta.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Sí, dejadlos ahí mismo! —gritó sin apartar su mirada preocupada de mí—. ¿Ni siquiera te contó cómo nos conocimos? —El dolor se percibía entre sus palabras como el susurro del viento.

—Lo único que me contó de ti fue que nos abandonaste después de que Adrianna naciera —le espeté.

Me latía tan fuerte el corazón que me preocupaba que los Hados hubieran decidido quitarme de en medio antes de tiempo.

En aquel momento, todo pareció cobrar sentido para él.

—Ay, mi…

—Tu querida madre era una de las siervas de Kaohs —dijo Mendax esbozando el fantasma de una sonrisa.

—N-no sé qué implicaciones tiene eso —respondí apresuradamente, desesperada por que me hablaran de esa faceta de la mujer a la que tanto quería.

—Los oscuros raptaron a tu madre cuando solo era un bebé —me explicó mi padre con delicadeza.

Giré la cabeza de golpe hacia Mendax y él levantó las manos con una sonrisa.

—Como bien sabes, los humanos siempre me han parecido intolerables.

Mi padre lo fulminó con la mirada, pero siguió hablando.

—Cuando los oscuros todavía tenían permitido cruzar el velo, antes de que fueran enviados al Tártaro, acostumbraban a robar bebés humanos y dejaban a uno de sus propios retoños en su lugar. Cuando la situación entre los luminosos y los oscuros estaba en su peor momento, intentaban equilibrar el poder entre ambos bandos intercambiando el bebé de la familia real rival con un niño humano para que creciera sin poderes y les diera ventaja sobre ellos. Como nadie los quería, se los enviaban a Kaohs al Tártaro y él los utilizaba para cocinar y limpiar hasta que se hacían mayores.

—¿Y qué pasaba con ellos después? —le pregunté a Mendax.

La maldad destellaba en sus ojos fríos y un hoyuelo apareció en su mejilla.

—Estoy seguro de que ya te lo estarás imaginando.

—Kaohs tatúa a sus… posesiones más preciadas. No tienen permitido salir del Tártaro ni apartarse nunca de su lado —concluyó Zef frotándose la nuca.

—Pero, entonces…, ¿ella cómo escapó? —pregunté mirándolos a los dos.

—Conocí a Kaohs durante la guerra. Teníamos la esperanza de que se comprometiera a no apoyar a los Asesinos de Humo. —Miró a

Mendax con mala cara—. Supongo que ya sabrás cómo acabó eso. Cuando nos reunimos con él, trajo a algunos de sus siervos consigo. Tu madre estaba entre ellos. —Sus ojos se perdieron en la distancia y casi pude ver los recuerdos revoloteando por su mente—. Me enamoré tan pronto como posé la vista en ella. Intenté marcharme con ella aquel mismo día.

—Seguro que la jugada te salió de miedo —intervino Mendax con un resoplido.

—Tu madre acabó haciendo su propio pacto con el dios de los muertos. A cambio de su libertad, la cual incluía tener acceso a los Campos Elíseos para quedar muy muy lejos de él cuando muriera, ella le prometió su alma. —De pronto Zef parecía agotado e incómodo—. Yo me la llevé al mundo humano, donde Kaohs no podía seguirla, y nos escondimos, con la necia esperanza de haber sido más listo que el resto. Mi intención era llevar una vida feliz y tranquila con mi familia hasta que me mandaran ascender.

—Vaya —farfullé en la quietud.

Zef gruñó de tal forma que me recordó a un niño presa de una pequeña rabieta. Entonces salió de la estancia y, unos instantes más tarde, oí el chirrido de la puerta principal.

Clavé la mirada en una de las líneas de la alfombra de cuadros e intenté procesar todo lo que acababa de descubrir. Aunque me molestaba que mi madre no me hubiera contado nada, mi reacción fue algo pasajero. Yo tenía nueve años cuando Adrianna y ella murieron. Nadie le contaría algo así a su hija ni a esa edad ni a ninguna.

—¿Estás bien? —Mendax me apartó el pelo de la nuca y me besó con suavidad—. ¿Quieres que apuñale a Kaohs cuando lo vea esta noche?

Liberé un profundo suspiro.

—Por desgracia, no creo que apuñalarlo nos ayude a sacar a mi hermana del Tártaro. Espera… ¿Cómo que esta noche? —Me volví y lo agarré del brazo—. No, no vas a morir, ¿me oyes? Todavía no se me ha ocurrido qué hacer, pero encontraré la manera de que todo

salga bien. ¡Eli y tú no vais a morir ni esta noche ni en un futuro cercano!

—Yo soy el único que puede entrar en el Tártaro, cachorrito.

Me pasó los dedos por el pelo de la sien antes de acunarme el rostro con ambas manos.

—No me olvides —susurró después de pasar un minuto entero contemplándome con la mirada más intensa que me había dedicado nunca.

Yo lo obligué a apartarme las manos de la cara y lo alejé de mí.

—¡Para! —Estaba tan enfadada que cogí la daga de la mesa y se la pegué al cuello mientras intentaba calmar la respiración. Él se limitó a mirarme con un brillo algo triste en los ojos—. Como me dejes, te juro… te juro que me casaré con Eli y me lo follaré tres veces al día.

Le apreté la hoja esmerilada contra la piel. Nunca había amenazado a alguien tan en serio como en aquel momento, y sabía que Mendax lo notaba a través del vínculo…, aunque yo también percibía lo decidido que estaba a marcharse.

—No, no lo harás —dijo con total seguridad, sin apartar la mirada de la mía.

—Te juro que sí. Como me dejes esta noche, me convertiré en la reina luminosa.

Mi corazón estaba a punto de desmoronarse. Estaba segura de ello.

Una de las comisuras de la boca de Mendax se curvó.

—Hablo en serio. —Tragué saliva con fuerza, pero mi fachada rabiosa se resquebrajó—. Por favor, tienes que prometerme que no morirás esta noche. Por favor. Te necesito a mi lado.

—¡Santos Hados! ¡Baja el arma, querida! —La voz de mi padre llegó desde la entrada cuando regresó a la estancia con una pila enorme de tela roja doblada. La dejó en una de las butacas y me quitó el arma con una expresión alarmada—. ¡Debes tener cuidado con esto!

—Pensaba que era mía —dije arrugando la nariz.

Él negó con la cabeza y dejó la daga en la mesa más alejada de mí, casi al lado de la puerta.

—La he hecho para ti, pero es peligrosa, y tenemos que hablar con los Hados antes de poder entregártela de manera oficial, porque creo que podría interferir con el proceso.

—¿Por qué?

Estaba siendo un día de locos y, para ser sincera, tener una daga tan bonita como aquella me ayudaría a sentirme un poquitito mejor.

—La hoja está hecha con la flor de… —empezó mi padre.

—Estrellas del cielo, como tenga que oíros parlotear sobre plantas un solo segundo más, juro que os mataré y luego me suicidaré —lo interrumpió Mendax con un quejido exagerado.

—¿Seguro? —preguntó mi padre acompañando sus palabras con un suave murmullo de poder.

Ay, mierda.

Mendax lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—Esta arma le confiere a su dueña y solo a su dueña la capacidad de arrebatarle el poder a sus víctimas. No pude convertirte en una artemi, pero pensé que esta daga sería lo más parecido a eso que podía ofrecerte. La planta estaba modificada para dar una sola flor, y he hecho lo indecible para asegurarme de que nadie forje otra como esta. Así nadie te hará daño —explicó mi padre.

—¿Y si alguien se la roba y la utiliza? —preguntó Mendax.

Zef negó con la cabeza.

—Da igual quién la blanda o quién sea su víctima. El poder que arrebate siempre será para Calypso.

Me pareció ver un atisbo de sonrisa en los labios de mi padre, pero desapareció mucho antes de que pudiera posar la vista en él.

—Por supuesto, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que permaneces a salvo esta noche, pero, por desgracia, no sabría decir si podremos interferir en la decisión de los Hados en absoluto. Acaban de traerte tu ropa para el juicio. ¿Os importaría a alguno de los dos llevarle a Eli su túnica? Vuestras entradas llegarán cuando sea el momento de acudir al auditorio, así

que os sugiero que os preparéis lo antes posible. Lo siento muchísimo. Ojalá pudiera pasar más tiempo contigo, Calypso, pero tengo que hablar con los Hados y hacer lo que pueda por ayudar.

Nos pasó la pila de tela roja y nos acompañó hasta la puerta para conducirnos hasta el vestíbulo del edificio principal.

—Tengo que hablar con Eli —dije mientras colocaba las túnicas rojas e ignoraba la mirada ardiente de Mendax—. A solas.

CAPÍTULO 30

Caly

—¿Roja? —Mendax puso mala cara cuando llegamos a la puerta de la casita donde se alojaba y le ofrecí una de las túnicas.

—¿Lo que te preocupa ahora… es el color de la túnica? —le espeté.

Tenía la sensación de que cada gota de tensión que había sentido en la vida se había acumulado dentro de mi cuerpo para poder utilizarla en aquel preciso momento.

Su mirada se endureció mientras me estudiaba de arriba abajo.

—Mis preocupaciones siguen siendo las mismas que al principio. —Me agarró del mentón con brusquedad y se agachó hasta quedar a centímetros de mis labios—. Ve a hablar con Aurelius y a darle su túnica, pero date prisa. Necesito pasar tiempo contigo antes de que…

Se interrumpió al pasar el pulgar por el colgante de Adrianna.

—Me lo has prometido, Mendax. No puedes dejarme —susurré contra sus labios suaves mientras cerraba los ojos.

—¿Me esperarás? —murmuró él sin aliento.

—No —le espeté.

Estaba empezando a entrar en pánico. ¿Por qué estaba hablando así? No podía ir en serio. Era Mendax. Él jamás me abandonaría.

—¿Vendrías a buscarme entonces? —preguntó con una sonrisa.

—No. ¿Por qué no dejas de hablar como si fueras a marcharte? —Me mordí el labio tan fuerte que noté un sabor cobrizo en la

lengua.

Contempló mi labio inferior con atención.

—A lo mejor es que lo quiero ser todo para ti… Tu héroe y tu villano.

Dejó escapar una risa entrecortada como si no hablara en serio, pero el vínculo lo delataba: aquello no era ninguna broma para él.

—Por favor, prométemelo —supliqué.

—Te lo prometo.

Posó los labios sobre los míos y compartimos un beso que noté hasta en la planta de los pies.

—Venga ya, buscaos un hotel. Hay padres y amigos íntimos presentes por aquí —dijo Eli, que venía hacia nosotros por el camino de hierba que comunicaba con su casita.

Me reí a pesar de que era lo último que quería hacer en aquel momento. Eli tenía un don para hacerme sentir mejor cuando las cosas se complicaban demasiado.

—Tú ven conmigo. Tengo que hablar contigo y darte la túnica que debes llevar esta noche.

Eché una última mirada al rostro hermoso de Mendax antes de alejarme en dirección a la puerta de Eli. Oí que los dos intercambiaban unas palabras entre susurros y nunca sentí tanta envidia por la agudísima audición de los fae. Como humana, no alcancé a distinguir más que unos cuantos murmullos.

Una vez dentro, dejé las dos prendas que quedaban en la mesa de la cocina y cogí la que menos tela tenía. La puerta de la casita se cerró tras Eli.

—¿Qué me he perdido? —preguntó con expresión preocupada.

Solo fui capaz de contener las ganas de parlotear sobre lo ocurrido durante un segundo. Luego me senté en la encimera y le conté todo lo que había pasado entre mi padre y yo. Eli se puso a caminar de un lado a otro cuando le expliqué lo de mi madre, pero se detuvo en seco cuando mencioné la preciosa daga que mi padre había forjado para permitirme arrebatarle su poder a mis víctimas.

—Joder —dijo mientras se frotaba la cara con ambas manos.

Se mostró muy interesado en el arma y me pidió que se la describiera, como mínimo, en dos ocasiones, pero yo tenía muchísimas cosas que contarle, así que seguí adelante después de responder su última pregunta.

—Y lo peor de todo es que creo que Mendax va a intentar hacer que lo maten esta noche. Y sé que habla en serio gracias al vínculo. Creo que quiere ser el héroe por una vez, porque es el único que puede ir al Tártaro para devolverle el collar a Adrianna. —Se me llenaron los ojos de lágrimas por centésima vez en lo que iba de conversación—. No puedo perderlo, Eli. N-no tengo ningún motivo para seguir adelante sin él. Sé que juntos podemos hacer cualquier cosa y, como es amigo de Kaohs, estoy segura de que me ayudará a encontrar la manera de sacar a mi hermana de allí y llevarla a los Campos Elíseos, que es donde debería estar.

—¿Y luego qué? —preguntó mi mejor amigo—. ¿Qué pasará cuando Adrianna sea libre? ¿Qué harás entonces?

Me devané los sesos en busca de una respuesta mientras admiraba los detalles de la alfombra de algodón trenzado que había bajo los pies de Eli.

—Entonces supongo…, supongo que intentaré pasar página de una vez por todas y seguiré adelante con la vida de la que no pude disfrutar al vivirla como quien no era.

Eli sonrió, pero solo se pudo percibir en sus ojos durante un segundo. Un mohín triste se adueñó de su boca en cuanto su sonrisa desapareció.

—¿Qué te pasa? —le pregunté dándole un golpecito en el brazo con el hombro. A través del lazo, notaba que una emoción descontrolada se había despertado en él. De hecho, era la primera vez desde que habíamos llegado al Moirai que percibía algo a través de nuestra conexión—. Eli, no van a matarte. No lo permitiré. Mi padre está hablando con los Hados ahora mismo. Aunque… creo que tal vez deberíamos dejar que cortasen nuestro lazo. De esa manera, los tres podremos vivir.

No me hizo falta mirarle a la cara para ser consciente del daño que le había hecho con mis palabras.

—Ya, imaginaba que elegirías a Mendax. Ya estaba mentalizado.

Dejó escapar una carcajada, pero sonó irreconocible, como si el sonido hubiera brotado de los labios de otra persona y no de los de mi mejor amigo.

—No, no lo estoy eligiendo a él, Eli. Me salvaste la vida y te lo agradeceré toda la vida. Lo sabes de sobra. No podría haber hecho todo esto sin tu apoyo. Siempre has sido mi héroe cuando te he necesitado. ¿No quieres disfrutar de una vida en la que no tengas que preocuparte por matar accidentalmente a tu amiga? Además, ahora que ya no tengo la gota de poder artemi de mi hermana, el lazo debería haberse roto, ¿no? Los Hados tendrán que dejarnos marchar con vida.

Sonreí e hice todo cuanto estuvo en mi mano por dejarle claro que decía todo aquello de corazón.

—Yo solo te salvé la vida y me ligué a ti porque Mendax intentó matarte, Cal. Además, no me importa compartir el lazo contigo, aunque sea solo como amigos. Me gusta sentir lo que sientes o saber cuándo tienes problemas para ir en tu ayuda. Siempre he disfrutado siendo tu héroe.

Me mostró su dentadura perfecta con una de sus carismáticas sonrisas y no pude evitar devolvérsela.

—Bueno, ahora a Mendax parece habérsele metido entre ceja y ceja ser mi héroe, así que vas a tener que hablarlo con él —reí—. ¿Y si pruebas a ser el villano para variar? He oído que se lo pasan mucho mejor —dije alzando las cejas.

Sonreí, pero noté algo raro en la boca. En menos de un segundo, algo duro y de textura lisa me llenó la cavidad bucal. Me puse a toser, atragantada, y miré a Eli en busca de ayuda, presa del pánico, pero estaba igual que yo e intentaba librarse de lo que fuera que le estuviera obstruyendo la boca. Traté de imitarlo mientras me daban arcadas.

—Espera, espera, echa la cabeza hacia atrás —me pidió sosteniendo mi rostro entre las manos e intentando sacarme la cosa de la boca después de haber conseguido librarse de lo que lo había estado asfixiando también a él—. Listo —dijo con tono tranquilizador al liberarme del objeto que me obstruía la boca—. Ahí tienes otra razón por la que tu héroe soy yo y no Mendax. *Feuhn—Kai—Greeyth,* nena.

Me doblé por la mitad y tosí hasta que estuve segura de que echaría un pulmón por la boca.

—¿Qué coño ha sido eso? —exclamé.

Al levantar la vista, vi que sostenía dos papeles de papel grueso y rojo con letras doradas.

—Parecen dos entradas para un espectáculo que empieza en cinco minutos.

—¿Un espectáculo? Mi padre ha dicho algo sobre eso… —Dejé la frase a medias. ¿Un espectáculo? Pensaba que íbamos a enfrentarnos a un juicio—. Deberíamos vestirnos cuanto antes. ¿Dónde se supone que tenemos que ir?

Cogí el fardo más pequeño y me dirigí hacia la puerta.

—En teoría, la ceremonia se celebrará en el auditorio. Está en el edificio principal, a mano izquierda después de cruzar las cortinas —respondió él rápidamente antes de coger su túnica.

Me quedé inmóvil en la puerta.

—Tú ya has hablado con los Hados…

—Sí, y Mendax también —admitió con suavidad—. Te quiero, Cal. Ve a comprobar que Mendax no se esté atragantando todavía con su entrada. Nos vemos en la puerta del auditorio.

Me quedé mirándolo unos segundos más, pero salí corriendo para ir a cambiarme con Mendax.

CAPÍTULO 31

Caly

La pesada túnica carmesí me arañaba la piel y me asfixiaba cuando bajé los brazos con esfuerzo, arrancándome unos cuantos pelos sin querer. Estaba intentando conseguir un aspecto más o menos presentable antes de ir a ver a los Hados, pero me estaba resultando imposible. Tenía el pelo demasiado largo y enredado en ausencia de mi acondicionador. Además, los brazos se me enredaban en las enormes mangas acampanadas de la túnica y boicoteaban mis intentos de trenzarme la melena.

Planté las manos de golpe en el lavabo que había delante del espejo en señal de derrota. Lo único que quería era trenzarme el pelo y no pensar en que tal vez estuviera a punto de perder al amor de mi vida. Enterré los dedos en los mechones enredados hasta hacerme daño y cerré la mano, lista para seguir adelante.

Toda mi vida había estado calculada al milímetro. Nunca había habido nada que no hubiera estado dispuesta a hacer con tal de conseguir mis objetivos. Era algo innato. Por eso, ahora que me encontraba en el momento más desesperado de mi vida, no entendía por qué no era capaz de encontrar la manera de salir del Moirai con vida junto a Mendax y Eli. Mi intención siempre había sido llegar a los Campos Elíseos para pedirle perdón a Adrianna, y ni eso había salido como esperaba. Había pasado incontables horas intentando llegar a donde estaba para matar a mi padre y ahora lo único que quería era hacerle todas las preguntas para las que nunca había obtenido respuesta. Todo lo que había creído sobre él era una

mentira nacida de mi propio odio y de mi necesidad de volcar en alguien la rabia que sentía por la muerte de mi hermana. El odio y la rabia eran un buen camuflaje para la vulnerabilidad y la debilidad que acompañaban a la tristeza. Estando sola, nunca había podido mostrarme vulnerable ni débil, pero ahora… ahora ya no me sentía sola. Al principio me había resistido, movida por el más puro instinto de autopreservación, pero la verdad era que quería retomar la relación con mi padre. Ahora lo entendía todo y, después de haber descubierto cuánto había sufrido él también, no era capaz de odiarlo.

—Deja que te ayude —susurró Mendax desde la puerta, sacándome del ensimismamiento en el que me había sumido con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunté secándome la nariz con la enorme capucha de la túnica.

Mendax se detuvo detrás de mí como un espectro y me dividió la melena en dos con el meñique antes de peinarme una de las secciones con los dedos. Cuando una agradable sensación me hormigueó en el cuero cabelludo, me permití cerrar los ojos durante un segundo. Entonces se puso a recogerme el pelo con dedos hábiles y fuertes en una impresionante trenza de lo más intrincada.

—¿Cómo es que sabes hacer trenzas? —le pregunté, pensando que aquella era la gota que colmaba el vaso, que tal vez todo aquello no era más que un sueño.

Curvó una de las comisuras de su boca para esbozar una sonrisa antes de retorcer los labios en una mueca de concentración. Seguí todos y cada uno de sus movimientos a través de su reflejo. Mendax era un hombre aterrador y temerario que también se las arreglaba para ser sorprendentemente dulce. Suponía que aquello era lo que pasaba cuando tu coraza se endurecía: la protección que ofrecía no hacía otra cosa que enternecerte por dentro.

—Suelo trenzarle la crin a mi semental, y este matojo lleno de nudos que tienes no es muy distinto —susurró con un brillo en la mirada.

—Eres un encanto —mascullé poniendo los ojos en blanco.

Tuve que colocarme la túnica por enésima vez cuando volvió a escurrírseme por el hombro, y mientras Mendax me sujetaba el extremo de la trenza con una cinta para pasar a la siguiente, no pude evitar fijarme en lo bien que se ajustaba la suya a su espalda ancha y a sus brazos largos. Debía de ser el atuendo oficial de los juicios, porque solo había visto a otros hombres llevando túnica por allí. Aunque no había visto a muchas, las mujeres con las que me había encontrado llevaban vestidos o túnicas mucho más elegantes que las de sus compañeros. Mendax parecía un dios envuelto en la sangre de sus enemigos con su túnica, cuyo intenso color escarlata resaltaba su larga melena negra y sus ojos claros. Estaba guapísimo.

—Prométeme que no me dejarás esta noche —grazné en un hilo de voz.

—Te lo prometo —respondió casi al mismo volumen. Me pasó los dedos por la nuca y su caricia me puso la piel de gallina.

—¿Por qué me mientes? Sé que has ido a hablar con los Hados —dije con voz ronca mientras lo veía terminar con la última trenza.

Su mirada seria atrapó la mía en el espejo.

—Porque, entre otras muchas cosas, soy un mentiroso.

—Hay otras maneras de llegar al Tártaro, Malum, y, además, eres amigo de Kaohs. Por favor, no hagas ninguna tontería.

A pesar de todo, noté a través del vínculo que ya había tomado una decisión. Su miedo y su entusiasmo me ponían los pelos de punta.

Con un movimiento fluido, me dio la vuelta y me sentó sobre el borde del lavabo. La túnica que llevaba era tan enorme que me comía, pero a Mendax le permitió hacerse un hueco con facilidad entre mis muslos.

—Voy a ir al Tártaro esta noche. Los Hados ya han aceptado mi trato.

Me quedé blanca al oírlo.

—¿Qué trato? No.

—Romperán tu lazo con Aurelius, pero me matarán a mí —explicó sujetándome las caderas con fuerza.

No podía respirar. Mi mundo se estaba desmoronando y no sabía cómo impedirlo.

—¿A cambio de qué? No puedes hacerlo. No tienes por qué morir. Encontraremos otra manera de solucionarlo. Tienes buena relación con Kaohs.

Tragó saliva y seguí el movimiento de su nuez como si fuera un faro guiándome en la oscuridad.

—A cambio de la promesa de mantener nuestro vínculo intacto y de no hacerte ningún daño, no te acordarás de mí después de esta noche. —Por primera vez desde que lo conocía, las lágrimas empañaron los ojos de Mendax—. Me van a borrar de tu memoria, pero el vínculo permanecerá vivo para siempre. Nunca dejaré de velar por ti aunque no sepas que existo. —Me pasó la mano por el cuello y, con un rápido y repentino tirón, me quitó el collar de Adrianna—. No puedo prometerte nada, pero cabe la posibilidad de que Kaohs acceda a devolver a tu hermana al Reino Luminoso a cambio de mis servicios. Así por fin podrás reunirte con ella.

—¿Qué?

Quería gritar, llorar o, quizá, hacer las dos cosas. La idea de pedirle perdón a mi hermana de una vez por todas casi bastó para acallar mis súplicas… Pero solo casi. Se me acaloró el rostro.

—¿Y ya está? —le espeté con todo el veneno que fui capaz de reunir. Estaba hecha una furia—. Después de todo lo que hemos soportado, ¿tú también vas a dejarme tirada? ¡Eres un puto mentiroso! Te has pasado todo este viaje de mierda haciendo como si fueras a darle una paliza a Eli por el mero hecho de mirarme y ¿ahora vas y te rindes sin más? ¿Acaso te importo? ¿Por qué has estado fingiendo odiar tanto a Eli si ibas a acabar dejándome con él?

Me reí, pero mi risa estaba cargada de veneno y dolor y carecía de toda diversión.

Mendax se abalanzó sobre mí y me empujó contra el espejo con tanta fuerza que este se soltó de la pared, cayó de la encimera y se

hizo añicos al chocar con el suelo.

—Jamás dudes de lo mucho que me importas —dijo apretando los dientes.

Era evidente que lo había llevado al límite. Se apartó de mí y cerró dando un portazo tan fuerte que las bisagras chirriaron. Se dio media vuelta con una sonrisa malvada que lo hacía parecer enajenado.

—Además, ¿quién ha dicho que voy a dejarte con él?

Volvió a mi lado y los cristales del espejo crujieron bajo sus pies. El corazón estuvo a punto de salírseme por la boca cuando me agarró la cara con ambas manos. Jamás lo había visto así. Estaba completamente desatado. No sabía si iba a mandarlo todo a la mierda y matarme o si iba a follarme. Me habría gustado decir que no le tenía miedo, pero la verdad era que me aterrorizaba. Saber que podría acabar conmigo en cualquier momento pero que escogía quererme era una idea que me resultaba embriagadora.

—¿Qué le va a pasar a Eli? —pregunté temiendo de pronto por el destino de mi mejor amigo.

—Como es obvio, voy a matarlo antes de irme. —Sonrió de oreja a oreja—. Vamos, ya es la hora. —Se agachó y me besó en la boca abierta antes de cogerme en brazos para sacarme en volandas y evitar que pisara los cristales. No me soltó hasta que estuvimos fuera, y cuando volvió a hablar, lo hizo con voz suave—. Siempre estaré contigo a través del vínculo, Caly. No lo olvides nunca.

Me recogí la túnica que arrastraba por el suelo y seguí a Mendax hasta el edificio principal sintiéndome totalmente perdida. ¿Cómo iba a parar todo aquello?

Me devané los sesos, presa del pánico y la conmoción, hasta que entramos en el edificio. Dentro se respiraba un olor suntuoso con un toque a azafrán y cedro. Cada una de mis pisadas sonaba más y más fuerte, y caí en la cuenta de que era la primera vez en que no se oía un arpa tocando de fondo.

Me pegué al costado de Mendax y le estreché la mano. Independientemente de lo que ocurriera, necesitaba que nuestros

últimos momentos no estuvieran presididos por la rabia. Se detuvo en seco y yo me tropecé con la túnica, pero me cogió al vuelo y me pegó contra él. Parecía enfadado, y no sabía qué esperar.

—Por favor, no me olvides nunca —susurró antes de echarme un poco la cabeza hacia atrás y besarme con suavidad pasándome la lengua por el labio inferior y desatando un hormigueo por todo mi cuerpo.

Si de verdad pensaba que podría borrarlo de mi memoria, no tenía ni la menor idea de lo enamorada que estaba de él. Para mí era inolvidable.

—Joder, ya era hora. ¿Por qué siempre llegáis tarde?

Eli parecía furioso. ¿Qué había pasado?

Antes de tener oportunidad de mirarlo, a Mendax le dio un ataque de risa. Nunca lo había oído reír con tantas ganas, así que lo miré con los ojos abiertos como platos. Todavía no había posado la vista en Eli, pero mis carcajadas ahogaron las de Mendax en cuanto lo hice.

El príncipe luminoso, alto, musculoso y de piel morena, estaba de pie ante la cortina de terciopelo con los brazos cruzados… ataviado con un precioso vestido carmesí que le llegaba a la altura de los tobillos y que contaba con una larga cola. La tela elástica parecía estar a punto de reventar mientras Aurelius nos fulminaba con la mirada.

—Creo que te has puesto mi túnica —me dijo con el rostro colorado.

Supuse que aquello explicaba el tamaño de la prenda que llevaba puesta.

Mendax, que no había dejado de reír ni por un momento, me cubrió con su cuerpo mientras me quitaba la túnica y me ponía el vestido allí mismo, en el vestíbulo. No teníamos tiempo de cambiarnos en otro lado, y mi amigo pasó tanta vergüenza que se puso su túnica casi antes de que yo me hubiera metido en el vestido. Como era de esperar, la prenda me sentaba como un guante.

Mendax apartó la cortina de terciopelo y cruzamos el umbral los tres juntos por última vez.

CAPÍTULO 32

Mendax

—Sus entradas, por favor —dijo una mujer joven que salió de detrás de un pequeño mostrador de madera y extendió la mano con la palma hacia arriba.

Le dimos nuestras respectivas entradas y yo tuve que reprimir las ganas de metérselas por el gaznate igual que nos habían hecho a nosotros cuando nos las habían entregado. Como iba en cabeza, no tuve oportunidad de ver el rostro de Caly cuando se dio cuenta de que estábamos en un auditorio.

La mujer nos condujo a un área circular de butacas en el centro de la amplia estancia. Las luces irradiaban tanto calor como el mismísimo sol en aquella zona. Tres taburetes acolchados y tapizados con tela oscura descansaban en la zona más iluminada de toda la estancia.

—Esperad aquí, por favor —canturreó la mujer después de dejarnos a unos cuantos pasos de los taburetes.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Caly. Notaba su miedo a través del vínculo.

—Silencio, por favor —espetó la mujer.

Levanté una mano para partirle el cuello allí mismo, pero me lo pensé mejor y volví a bajarla. Tenía que asegurarme de que los Hados cumplían con su parte del trato. Tenía que asegurarme de que Caly permaneciera a salvo para siempre.

El padre de Caly salió de uno de los rincones envueltos en sombras que nos rodeaban y nos saludó con un asentimiento de

cabeza antes de detenerse detrás de nosotros, fuera de los focos. Unos sonoros golpes sordos resonaron por la estancia cuando arrastró hasta nosotros una enorme arpa dorada con tan solo unas pocas cuerdas. Aurelius carraspeó y el sonido reverberó por todo el auditorio. El héroe le ofreció su ayuda a Zef cuando pasó empujando un instrumento musical, pero el artemi negó con la cabeza en silencio y siguió trabajando hasta colocar un arpa delante de cada taburete. Cuando hubo terminado, volvió a desaparecer entre las sombras de las hileras de butacas que se alzaban a nuestra espalda.

Me quedé sin aliento cuando los tres Hados aparecieron en fila de a uno por el mismo camino por el que Zef había entrado. Quise coger a Caly en volandas y sacar su cuerpecillo mortal de la estancia lo más rápido posible.

La primera hermana se acercó con paso tímido al primer taburete. La luz era tan intensa que pude verla mejor que aquella primera noche, y el pulso se me aceleró tan pronto como me fijé en el rostro familiar de la mujer. El parecido era innegable. Tenían que ser familia sí o sí. La primera era la mujer de alborotada melena castaña que nos había recibido el primer día.

La misma a la que le había dado una paliza.

Me pasé los dedos por el pelo intentando convencerme de que no importaba, de que cumplirían con su parte del trato.

Cuando me había reunido con los Hados aquella primera vez, el auditorio solo había estado iluminado por un par de llamitas rutilantes repartidas por las paredes. Además, solo había hablado con dos personas, y no les había visto el rostro.

La mujer levantó la cabeza y me guiñó un ojo. Un dolor me atravesó el pecho como si me estuvieran partiendo las costillas. Iban a matar a Caly por lo que había hecho. Había atacado a uno de los Hados.

¡Mierda!

La segunda hermana, de cabello rubio pero facciones similares, salió con porte orgulloso y cierto entusiasmo en sus andares. Hizo

una reverencia antes de sentarse al lado de la otra, ante el arpa al que solo le quedaban la mitad de las cuerdas.

La tercera era la que menos se parecía a las otras. Tenía la nariz y la barbilla similares a las de sus hermanas, pero parecía cansada y más sabia pese a tener un aspecto tan joven como ellas. A diferencia de las otras, que vestían túnicas rojas parecidas a las nuestras, ella iba de negro y era la única que llevaba el pelo cubierto por la capucha. Se acercó despacio al taburete que quedaba libre, frente al arpa con todas las cuerdas.

La primera mujer se puso de pie e hizo una reverencia antes de hablar con voz suave:

—Como bien recordaréis, me llamo Anastasia y soy la hilandera. —Sacó una mariposa blanca del bolsillo de su túnica y se acercó al arpa con la mitad de las cuerdas—. Me encargo de crear la vida —añadió mientras depositaba a la mariposa en lo alto del instrumento.

Un foco de luz intensa se posó sobre la pequeña criatura, que se movió para colocarse justo donde faltaba la primera cuerda y quedar prácticamente colgando del marco. De pronto, la mariposa regresó volando junto a la mujer dejando atrás un gusano también blanco.

Caly jadeó al ver que la criatura se retorcía e iba descendiendo poco a poco, dejando un hilo a su paso hasta alcanzar la parte inferior del arpa y trepar por la cuerda que acababa de crear. Luego tejió un diminuto capullo a su alrededor y desapareció. La primera hermana volvió a sentarse con la mariposa posada en el dedo.

El taburete de la segunda hermana crujió cuando esta se levantó con una sonrisa para rodear el arpa y hacer una elegante inclinación.

—Yo soy Genome y soy la regidora. Me encargo de manejar los hilos de la vida.

Regresó a su sitio y se acomodó el arpa dorada. Las luces que brillaban sobre su cabeza se giraron para iluminarla solo a ella mientras movía los elegantes dedos por las cuerdas del instrumento y creaba una melodía similar a la que habíamos estado oyendo desde que habíamos llegado al Moirai. La mujer se perdió en la

música y, por un instante, me sentí como si hubiera llevado a Caly a un concierto en vez de a enfrentarse a una sentencia de muerte.

Tras tocar su hermosa melodía durante unos momentos, Genome se apartó del arpa con una sonrisa. El capullo que pendía del instrumento se abrió y una mariposa de color rojo carmesí agitó sus nuevas alas mientras se estiraba.

La tercera y última hermana se levantó y se puso delante de nosotros, igual que habían hecho las otras.

—Yo soy Morta y mi cometido consiste en decidir quién vive y quién muere. —Su voz grave resonó por todo el auditorio cuando se quitó la capucha. Tenía un cuervo posado sobre el hombro, pero apenas se distinguía entre sus mechones de cabello negro—. Yo corto los hilos de la vida.

Se dio la vuelta despacio y regresó junto a su arpa, donde se detuvo un instante antes de que el cuervo se lanzara a por la mariposa roja. El animal cerró el pico en torno a la criatura con un repentino chasquido, cortó el hilo en dos y volvió a posarse sobre el hombro de Morta. La mujer se puso la capucha antes de sentarse y las sombras volvieron a engullir tanto su rostro como al cuervo.

Desvié la mirada hacia Caly por miedo de encontrármela tirada en el suelo muerta, pero, para mi inmenso alivio, seguía de pie a mi lado, en silencio.

La segunda hermana, la rubia, se puso de pie una vez más y carraspeó para llamar nuestra atención.

—Los tres estáis aquí hoy porque habéis infringido las normas del destino. Calypso, al disponer de una parte del poder de tu hermana, te ligaste a Aurelius antes de vincularte con Mendax, el Asesino de Humo, ¿correcto?

Caly cambió el peso de un lado a otro de su cuerpo con incomodidad.

—Supongo que sí, pero yo no pedí…

—Gracias —la interrumpió la mujer—. Como seguro que habréis adivinado, el juicio ya ha tenido lugar y vuestro destino ha quedado sellado antes de que os presentarais aquí.

Los tres intercambiamos miradas de pánico. Me pasé los dedos por encima del bolsillo de la túnica buscando un consuelo que nunca llegó.

—¿Cómo que ya ha tenido lugar? —preguntó Caly en voz alta.

—Sí. Mientras intentabais llegar al Moirai, pusimos a prueba vuestra integridad, compasión y destreza. Todas aquellas aptitudes que consideramos factores determinantes a la hora de decidir qué conexión mantendremos viva y qué hilo habremos de cortar.

El Hado me miró y, por primera vez desde que crucé las puertas del auditorio, sentí cierto alivio.

—Basándonos en esos factores, debéis saber que la persona elegida para morir ha sido Calypso. —Me quedé sin aliento, a la espera de ver qué ocurría después—. Sin embargo, Mendax nos ha ofrecido un trato.

Santas estrellas. Miré a Calypso de reojo, pero no fui capaz de enfrentarme al dolor que inundaba sus enormes ojos.

—¡No! —aulló.

El cuervo de Morta soltó un sonoro graznido y todo el auditorio se quedó en silencio.

—Mendax se ha ofrecido a llevar la última gota de poder y el alma de tu hermana al Tártaro y convertirse en un enlace que mejore las relaciones con Kaohs a cambio de que nosotras cortemos el lazo que compartes con Aurelius y mantengamos vuestro vínculo intacto para que pueda verte y sentir lo mismo que tú sientas siempre que desee.

Oí el suave golpeteo de las lágrimas que caían al suelo a los pies de Caly.

—Por supuesto, tendremos que borrarlo de tu memoria, pero, como ya hemos dejado claro, todavía podréis ver y oír al otro a través del lazo… Disculpadme, quería decir del vínculo. Entenderás que esto es por tu propio bien —dijo la mujer asintiendo educadamente.

Las trabajosas bocanadas de Caly estaban bastando para matarme allí mismo, sin necesidad de que los Hados cortaran el hilo

de mi vida.

—Sin embargo, el destino no funciona así —dijo la hermana vestida de negro, que se puso de pie y esbozó una sonrisa tímida.

No.

No.

¡No!

—Hemos decidido aceptar la propuesta de Aurelius —concluyó.

—Un momento, ¿qué? —exclamé.

El cuervo graznó de nuevo y asomó la cabeza por la abertura de la capucha.

—¿Qué? Eli, ¿de qué habla? —preguntó Caly, desesperada.

—¿Qué propuesta? ¿Qué pasará con Calypso?

A los tres se nos aceleró el corazón. La primera hermana se aclaró la garganta y nos miró a Aurelius y a mí.

—En lo que respecta al lazo, la vida de uno ya no depende de la supervivencia del otro.

Aurelius encontró mi mirada antes de bajar la vista durante una fracción de segundo a mi bolsillo. Luego volvió a establecer contacto visual conmigo y asintió ligeramente.

—¿Tienes el arma?

Mi mano voló hasta la daga de cristal esmerilado con la cruceta de hojas de helecho que contenía la sangre de Caly. Escudriñé sus ojos para asegurarme de que entendía lo que quería decir. El alivio y el respeto me embargaron al caer en la cuenta de lo que pasaba.

—Sí.

Una de las comisuras de su boca se curvó en una sonrisa.

—Ya imaginaba que la habrías cogido. Seguro que has repasado el plan un millón de veces, pero me juego lo que quieras a que no te veías venir que sería yo quien te lo pidiera, ¿eh?

Perdió la sonrisa.

—¿Qué está pasando? —sollozó Caly.

—Aurelius se ha retirado y nos ha pedido que lo enviemos al Tártaro a su muerte —explicó la primera hermana.

El cuervo graznó a mi espalda y supe que solo dispondría de un segundo antes de que el ave cortara el hilo de la vida de Aurelius.

—¡No puedes morir, Eli! ¡Detén esto!

Los gritos de Caly me estremecieron hasta los huesos, pero di un paso hacia el luminoso.

—Te quiero, Calypso, y siempre te querré. Nunca te he visto tan feliz como cuando estás con él y… —Aurelius tosió mientras los ojos se le llenaban de lágrimas— nunca he dejado de pensar en toda la felicidad que te arrebató mi familia. Quiero hacer esto por ti. —Una lágrima le cayó por la mejilla morena—. Yo nunca busqué estar al frente del Reino Luminoso ni tampoco ser príncipe. Lo único que he querido siempre ha sido ayudarte, y ahora por fin puedo hacerlo. Utiliza mi poder tanto como necesites, Cal.

Esbozó una cálida sonrisa y se volvió para mirarme.

—¡No! ¡Para! ¡No lo hagas! —gritó lanzándose a por él.

—Necesito el colgante —me recordó con voz temblorosa.

Me lo quité del cuello y se lo lancé por el aire. Él lo atrapó al vuelo entre ambas manos. Tenía a Caly casi encima.

—¡No, Mendax! ¡Por favor, para! ¡No lo hagas! —aulló.

El cuervo graznó.

Salvé el espacio que me separaba de Aurelius para detenerme justo delante de él… y dudé. Yo nunca dudaba.

—Habrías sido un pésimo héroe —dijo con una cálida sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. Te pido por favor que la hagas feliz. ¡Ah! Sus chistes favoritos son los de gatos. —Otra lágrima cayó de sus ojos enrojecidos—. Con esos siempre se ríe.

Se dispuso a asentir, pero levanté el arma y se la enterré en lo alto de la cabeza antes de que tuviera oportunidad de concluir el gesto. Siempre había sabido que acabaría matándolo, pero no esperaba sentirme triste haciéndolo.

—¡No! —Caly me quitó de en medio de un empujón, cogió a Aurelius en brazos y se dejó caer al suelo con él—. ¡Eli! ¡Por favor! ¡Soles santos, por favor, no! ¡Por favor!

Le arrancó la daga de la cabeza, pero ya era demasiado tarde. Aurelius cerró los ojos mientras la sangre resplandeciente y dorada le empapaba la cara.

Tenía las cenizas de Adrianna firmemente agarradas contra el pecho y estrechaba una de las manos de Caly mientras jadeaba en busca de aire. Levantó el collar y trató de decir algo, pero solo consiguió proferir una serie de incoherencias atragantadas.

—¿Cómo voy a seguir adelante sin ti? —sollozó Caly abrazándose con fuerza al pecho de su amigo.

Él susurró algo y tuve que darles la espalda para recomponerme.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —dijo a duras penas, con voz ronca.

Amor y amistad eternos.

Me cubrí las orejas con las manos para ahogar los gritos de Caly. Supe que Aurelius había muerto y que no volvería a formar parte de nuestra vida en cuanto un profundo pesar le desgarró la voz.

No corrí de inmediato a su lado ni la rodeé con los brazos como me habría gustado. El dolor que irradiaba a través del vínculo era tan abrumador que no me veía capaz de actuar o pensar con claridad. En aquel momento comprendí que lo que habían compartido había sido mucho más que una amistad. Sus almas habían estado conectadas gracias al dolor y al sufrimiento y su relación se había solidificado hasta forjar algo que yo jamás comprendería. El sufrimiento que me embargaba a través del vínculo era mucho más intenso que el dolor que me habían infligido todas las guerras y enfrentamientos en los que había tomado parte. Las piernas me flaquearon, pero contemplé a Caly maravillado. Aquella pequeña criatura mortal se consideraba débil, pero estaba plantándole cara al dolor como una verdadera guerrera.

Zef corrió a su lado, y al verlo estrechar su sollozante cuerpecillo en un abrazo, por una vez me alegré de que otro hombre la estuviera consolando, porque ni todo el poder del mundo habría sido capaz de levantarme del lugar en el que me había desmoronado, presa del dolor.

EPÍLOGO

El frío gélido como el acero que circulaba por cada centímetro de mi piel me abrasaba. Los huesos me dolían a rabiar. Hasta la última célula luminosa de mi cuerpo sabía que no debía estar en aquel lugar. Por un momento, pensé que el frío me haría entrar en combustión, pero la horrible sensación desapareció en un instante.

Percibí la presencia de otras personas como un susurro amenazante en la nuca cuando me agazapé en el suelo. ¿Eso que oía era el relincho de un caballo? Apreté los puños instintivamente, listo para defenderme. Pero cerré los dedos en torno a algo pequeño y cilíndrico. Mi mente rebuscó entre una serie de imágenes desconcertantes.

—¿Aurelius? ¿Qué… qué cojones haces aquí? —preguntó alguien con tono sorprendido.

¿De qué me sonaba esa voz grave?

Me volví despacio y me encontré con unos ojos marrones que reconocí al instante.

Continuará en la cuarta parte de la saga Pasión fae…

AGRADECIMIENTOS

Antes de escribir una sola palabra más, tengo que darles las gracias a mis maravillosas editoras. Si pudiera alquilar una avioneta y escribir unas palabras de agradecimiento en el cielo, os las dedicaría a vosotras, Christa y Gretchen. Os prometo que jamás ha existido una autora que agradezca tanto trabajar con vosotras como yo. Gracias a mi increíble publicista y a todas y cada una de las personas que me han ayudado a lo largo del proceso de publicación. A mi familia, gracias por aguantar el caos que acompaña a mi trabajo y por sacarme a comer helado cuando me he visto superada por este libro. Pero, ante todo, quiero darles las gracias a mis lectores. Sin vosotros no sería más que una friki con una imaginación muy macabra que se pasa el día soñando despierta. Gracias por adorar esta saga tanto como la adoro yo.

Con cariño,
Jeneane O'Riley

Título original: *Where Did You Go?* Book 3 in the The Infatuated Fae series

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Sourcebooks LLC a través de International Editors & Yáñez Co' S.L

Diseño de cubierta © 2025 by Sourcebooks

Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2025 by Jeneane O'Riley
© De la traducción: Ankara Cabeza Lázaro, 2026
© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN ebook: 979-13-88108-00-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris: